Iván de Aldénuri

El asedio de Muihl-Athern

J. Pérez-Foncea

La aparición de un siniestro mensaje precederá a la ofensiva más terrible jamás conocida contra las tierras del Áldendor. Los escasos supervivientes deberán refugiarse en la legendaria fortaleza de Muihl-Athern, allá en las altas montañas de la frontera.

Mientras tanto, Iván se verá involuntariamente inmerso en una desesperada misión en las inexploradas tierras de la meseta del Thérraîn.

En este trepidante episodio de la saga de Iván de Aldénuri, los personajes del Áldendor y del Errion-Thal, muy especialmente Iván y su familia, tendrán que dar lo mejor de sí mismos para resistir a unas fuerzas hostiles con un poderío a todas luces superior en fuerza y en número.

J. Pérez-Foncea

El asedio de Muihl-Athern

Iván de Aldénuri - 03

ePub r1.0
Titivillus 28.06.2023

Título original: *El asedio de Muihl-Athern*
J. Pérez-Foncea, 2008
Ilustraciones: David Veloso
Diseño de cubierta: Greg Call

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Índice de contenido

Cubierta

El asedio de Muihl-Athern

Mapa

Introducción

Una ominosa embajada
- 1
- 2
- 3
- 4
- 5
- 6
- 7
- 8
- 9
- 10
- 11
- 12
- 13
- 14
- 15

Thórman-Dun
- 1
- 2

3

4

5

6

7

8

9

10

Héreggor

1

2

3

4

5

6

Desandando lo andado

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

A vida o muerte
1
2
3
4
5
Diccionario de la saga de Iván de Aldénuri
Sobre el autor
Notas

ENDEN
MEDIO
Aldénuri
YNDURNOR
Beltz
Thun
ÁLDENDOR
Léhiandar
Érdain
Ommah
Fernnia
Arkane
Dalko
TIERRAS
SALVAJES
DEL OESTE
Nórbriga
Thernia
Thórman - Dun
ERREST
Oësterwein
Gran
Estrecho
Héreggor o
Montañas del Este
TIERRAS DESCONOCIDAS
0 leguas aldenóricas 10
N
NO
NE
O
E
SO
SE
S

Introducción

Al regreso de Iván desde Erreth-Llàyr en una travesía libre de complicaciones, los áldenors pudieron conocer de primera mano los dramáticos acontecimientos acaecidos en aquella lejana isla.

Siguieron después tres largos y felices años en paz.

La animadversión sembrada por los morghuks hacia la familia de Iván había desaparecido como por ensalmo. Probablemente como una consecuencia más de la heroica victoria sobre esta nación salvaje y traidora. Más aún, los áldenors cayeron en la cuenta de que habían sido manejados como instrumentos del enemigo y quisieron resarcir con creces a la familia ofendida. Ferrio tuvo más trabajo que nunca en la fragua y los regalos llegados desde todas las comarcas del Áldendor se sucedían con ocasión y sin ella.

El transcurso del tiempo había ido relegando a los morghuks a la categoría de un mal recuerdo del pasado. También la casa de Hugo Gorkhol se había ido derrumbando lentamente bajo la presión creciente de la hiedra y de las zarzas.

Incluso las noticias que habían llegado de Nielsko eran reconfortantes: los niélskovar habían recobrado su libertad. Todo parecía augurar una tranquilidad duradera.

Sin embargo, al inicio de un nuevo verano, graves acontecimientos vinieron a demostrar que, desgraciadamente, no se había tratado más que de una paz temporal y quebradiza…

Una ominosa embajada

1

–Seguid vosotros. No merece la pena que arriesguéis más la vida por este pobre viejo… ¡Es demasiado para mí! ¡No puedo más!

—Abuelo, siga, ¡por favor! ¿Cree que hemos venido hasta aquí para dejarle morir en tierra extraña? Debe continuar un poco más…

—No, hijo. Sé dónde está el límite de mis fuerzas y sé que ya lo he excedido con creces… Lo he intentado, pero es inútil, continuad vosotros. Quizás un día podáis regresar a casa…

—¡Padre! —Una voz de mujer relevó al muchacho en sus súplicas—. Padre… ¡un último esfuerzo…!

—¡Súbelo al caballo! —intercedió Fínedan, acercándose al grupo.

—¡Gracias! —respondió la hija del agotado anciano con gran alivio.

—Todavía podrá con un jinete más…

El caballo resoplaba. Llevaba ya sobre sus lomos a otros dos ancianos envueltos en gruesas capas. Fínedan también se había apiadado de ellos durante la marcha.

—¡El animal está extenuado! No podrá con tanto peso.

—Alahia, debemos intentarlo. Es la vida de tu padre contra la de la bestia…

El viento frío de la noche en las cumbres silbaba quejumbroso al pasar entre las estrechas gargantas.

Largas hileras de fugitivos ascendían en zig-zag por la ladera de una de las majestuosas montañas. Ateridos de frío, presentaban un espectáculo desolador. Se esforzaban por ganar altura metro a metro. Los caballos tiraban penosamente de carros sobrecargados con personas incapaces de continuar a pie.

Se trataba de un grupo muy variado en edad. Había ancianos, niños de corta edad, jóvenes… Todos tenían en común la fatiga hasta el agotamiento.

Iban siguiendo cañadas transitadas solo por el ganado durante el verano. Algunos tramos se hallaban parcialmente cubiertos de espinos.

Los gemidos de cansancio y de dolor se sucedían a cada paso,

mezclándose con advertencias relativas a la marcha:

—¡Ten cuidado! ¡Apoya el pie en esta piedra…! ¡Dame la mano! Despacio, eso es…

—¡Esta región está deshabitada! ¡No entiendo cómo podremos encontrar refugio en un territorio tan salvaje!

Lánder no había cesado de dirigir al grupo durante las últimas horas. Sobre él había recaído la responsabilidad. Apenas había tenido tiempo de explicar, a su paso por los distintos poblados y aldeas, el motivo de aquella huida intempestiva. Había dicho lo imprescindible para que los habitantes de cada aldea se sumaran a la expedición, aportando caballos de refresco.

A pesar de que habían llegado a sus oídos rumores acerca de la desaparición de Ferrio, no había tenido ni un momento de respiro para comprobarlo. Ni siquiera para buscar a Ana y a los niños. No podían permitirse el lujo de desaprovechar las horas nocturnas para alejarse.

Tampoco sabía nada de Iván.

—«Dios quiera que esté en la caravana» pensó, tratando de animarse. «Pobre muchacho…».

Sumido en sombríos pensamientos, distinguió por fin, a la débil luz de su antorcha, el inmenso portón que flanqueaba la antigua fortaleza de Muihl-Athern. Hacía muchos, muchísimos años, que no entraba en aquel lugar. La última vez había sido durante su juventud, acompañado de su padre y del viejo Urmo. Podía recordarlo como si solo hubiesen transcurrido unos pocos días. Había visitado otras veces las imponentes murallas después de aquello, pero jamás había vuelto a acceder a su interior. Le habían dejado bien claro que no debía hacerlo. No, salvo que fuese estrictamente necesario…

El refugio de Muihl-Athern era un lugar seguro. Al menos, así lo creían en Érdain y en todo el valle de Assen. Pero al mismo tiempo era un lugar enigmático.

Se trataba de un formidable conjunto de edificaciones fortificadas y amuralladas que se alzaba en lo más abrupto e inexpugnable de las montañas al sur del Áldendor.

De proporciones gigantescas, se prolongaba aún más a través de un sinfín de galerías subterráneas, en su mayor parte inexploradas.

No había sido construido por los Áldenors, sino por un antiguo pueblo del pasado del que se tenía muy escasa noticia: ni tan siquiera se sabía su verdadero nombre. Por ello era conocido en todo el valle de Assen como el *Reino Perdido*.

Pero, cualquiera que hubiese sido su origen, a juzgar por las características de aquel enclave en las montañas, era evidente que sus habitantes habían llegado a constituir una nación fuerte y poderosa. Por alguna razón, aquella cultura había desaparecido sin dejar otro rastro que sus magníficas edificaciones. Siglos después, la fortaleza mostraba los restos de un poderío que seguía causando admiración.

Los fugitivos empezaban a llegar tras las huellas de Lánder. A excepción de los pobladores del valle de Assen, apenas había quien hubiera oído mencionar en alguna ocasión la existencia del Reino Perdido. E incluso los que habían oído algo, lo habían tomado por una mera leyenda, dado lo lejano e inaccesible del lugar. Ahora, de noche, eran todavía incapaces de apreciar en su verdadera dimensión la magnitud de las colosales murallas que se alzaban en aquel remoto lugar de las montañas.

Tan solo Lánder conocía el modo de abrir el gigantesco portón de entrada. Su padre y el viejo Urmo le habían transmitido ese conocimiento durante aquella señalada visita de su juventud.

Los habitantes del Reino Perdido habían ideado un ingenioso mecanismo que hacía de su posición un lugar inaccesible a extraños.

Y, a pesar de ello, habían sucumbido…

—¡Hurio! —Lánder desechó con un gesto sus malos presentimientos, mientras llamaba a un chiquillo de aire despierto que caminaba de la mano de su joven madre. El muchacho se encontraba todavía con fuerzas: no había debido soportar la fatiga de la interminable caminata desde Aldénuri, pues venía desde el relativamente cercano Érdain. Al igual que todos sus convecinos, el chico y sus padres gozaban de estrecha amistad y confianza con Lánder, por lo que no dudó en echar a correr atendiendo a su llamada.

Lánder le susurró unas palabras al oído y el niño, tomando una antorcha, corrió en dirección a las murallas. Pronto quedó oculto por las sombras de la noche.

Pocos minutos después, un estrépito ensordecedor lo envolvió todo. Parecía provenir de lo más profundo de la tierra. El suelo en las proximidades del alcázar retumbaba como en un terremoto. El enorme portón comenzó a descender lentamente…

Cuando la compuerta se hubo apoyado sobre el suelo, Lánder accedió el primero. El pequeño Hurio le esperaba en el interior del recinto, lo cual no sorprendió a Lánder:

—¡Buen trabajo, Hurio! —dijo, guiñándole un ojo a la luz de las antorchas.

Los refugiados comenzaron a entrar en la fortaleza a medida que iban llegando.

Con la ayuda de algunos hombres de confianza, Lánder los fue acomodando en torno a enormes hogueras que encendieron distribuidas por toda la extensión de lo que en un tiempo lejano había sido el patio de armas.

Los hospitalarios hombres de Lánder se encargaban también de repartir sukkôts bien caliente en humeantes cuencos de campaña.

Al calor del fuego y de la reconfortante bebida, fueron brotando tímidas conversaciones. Nadie sabía con exactitud qué estaba pasando, y cada uno relataba la parte de historia que le había tocado vivir en aquella amarga jornada.

—¡Ha sido espantoso! —decía con aire aún desorientado una joven a la que acompañaban su esposo y tres niños con ojos asustados—; ¡nunca hubiera pensado que algo así pudiera suceder! ¡Gracias a Dios que estamos con vida y podemos contarlo!

Los desplazados provenían de las comarcas situadas entre Aldénuri y Assen. Eran gentes a las que, a su paso, Lánder y sus hombres habían alertado de la amenaza que, como una tormenta, se cernía sobre el Áldendor.

La mujer que acababa de hablar venía de Aldénuri.

—Nosotros vivíamos cerca del Érevass… Un vecino nos avisó y decidimos unirnos a la caravana —respondió un hombre maduro sentado un poco a la izquierda de la mujer—, pero muchos otros, la mayoría diría yo, han preferido quedarse en sus casas y hacer frente a lo que pudiera venir.

—¡Dios mío, morirán todos…! —comentó, casi en un susurro, una voz femenina.

—¿¡Ana!? —preguntó la primera mujer, acercándose al origen

de la voz.

—Sí. ¿Nos conocemos?

—¡Claro! Soy Kenta, la hija de Lenna.

—¡Kenta! ¡Cuánto tiempo!

Lo que en otras circunstancias habría sido un feliz reencuentro con su gran amiga de la infancia, apenas provocó un desmayado esbozo de sonrisa en los labios de Ana. Como tantos otros de los presentes, sentía una profunda congoja ante la falta de noticias de Ferrio e Iván.

2

Tan solo unos días antes de este triste éxodo, en Aldénuri había amanecido con la aparente tranquilidad de una nueva jornada de comienzos del verano.

Haggio, un muchacho célebre en la comarca por su precoz destreza en las faenas de pesca, había salido a la mar muy de madrugada.

A su regreso, había tropezado con un funesto hallazgo: una barca flotaba a la deriva entre las violentas sacudidas de las olas en el estrecho desfiladero del Kéldoráin. Al acercarse, descubrió con horror el cadáver ensangrentado de un hombre, tendido en el fondo de la embarcación. El rostro le recordaba algo, pero apartó rápidamente la mirada de él, al notar un amago de mareo.

Sobre una de las tablas, junto al cuerpo sin vida, alguien había grabado groseramente a cuchillo unas palabras cuyo sentido resultó incomprensible para el joven pescador:

> *«El puñal de Harran lo hizo y con todo su poder vendrá al Áldendor»*

Sobreponiéndose a la repulsión que sentía, Haggio arrastró la embarcación hasta tierra firme y corrió a avisar a la aldea.

El Thaine Helder fue el primero en acudir. En cuanto pudo ver el rostro del cadáver, que Haggio había creído reconocer, lo identificó inmediatamente. Sin duda se trataba del mismísimo Hugo Gorkhol.

En cambio, aunque intuyó que se trataba de algún tipo de intimidación, tampoco el Thaine fue capaz de comprender del todo el significado de la inscripción tallada en la barca. Hizo llamar a Iván y a Filós, el maestro de la aldea. A su juicio, si había alguien en Aldénuri capaz de comprender el significado de aquellas palabras, debía ser necesariamente uno de ellos.

Filós llegó unos minutos después, pero —para consternación de Helder— el enigmático mensaje le resultó también ininteligible. Había oído hablar de Harran: sabía que era un importante guerrero de la antigüedad; y suponía, desde luego, que era perfectamente

posible que hubiera tenido un puñal. Sin embargo, no entendía qué relación podía tener todo ello con Gorkhol… salvo que algún terrible presagio parecía cernirse nuevamente sobre la aldea.

Apenas se había marchado el maestro, sumido en sus cavilaciones, cuando llegó Iván. Con él venían sus amigos Hure y Warko.

Hure era un viejo amigo de Iván. En cuanto a Warko, aunque años atrás, tanto él como su familia, influidos por los compromisos de su padre con Gorkhol, habían mostrado una abierta animadversión hacia Iván y los suyos, durante los difíciles días vividos en la isla de Erreth-Llàyr, los dos muchachos habían llegado a trabar una incipiente amistad, que los años posteriores no hicieron sino acrecentar.

—¿Quién ha podido hacer algo así? —se preguntó Helder en voz alta, casi sin esperar respuesta.

Iván respondió inmediatamente:

—Un morghuk. De eso no cabe la menor duda. Un morghuk cuyo corazón sea aún más negro que el de Gorkhol…

—¿Sabes qué puede significar esa inscripción? —le urgió el Thaine, ansioso. A la vez que se afianzaba en él, cada vez con más fuerza, la idea de que aquel suceso presagiaba consecuencias terribles, deseaba desesperadamente que alguien le diera motivos para desechar ese pensamiento.

—Es un desafío, desde luego. Una amenaza. Y solo un morghuk de los que estuvieron en Erreth Llàyr podría saber algo del puñal de Harran…

—¿Te refieres al cuchillo que perdiste al quitarles el estandarte? —preguntó Helder inquieto, recordando de pronto el relato de los hechos que había oído años atrás al propio Iván.

—Sí —respondió Iván con un deje de culpabilidad. Según me explicó Gheós, los morghuks creen que su posesión los volverá especialmente poderosos contra nosotros. Se ve que piensan que, al recibir este mensaje, también nosotros aceptaremos esa superstición y nos derrumbaremos…

—¿Y qué se supone que debemos hacer?

—Prepararnos para lo peor —Iván miraba al suelo con el ceño fruncido, mientras hablaba lentamente, como pensando en voz alta —. Enviando el cadáver de Gorkhol, un jefe fracasado, nos están

diciendo que ahora tienen nuevos jefes, y un nuevo poder irresistible… Creo que nos van a atacar —concluyó, mirando directamente a los ojos del Thaine.

Iván se mostraba profundamente afectado. Oscuros pensamientos comenzaron a asaltarle con virulencia: ¿No se suponía que él era el Bèrehor? ¿No había vencido al enemigo al arrebatarle el *Ussha*? ¿Cómo, entonces, volvía a hacerse presente la amenaza de los morghuks? ¿Cuántas veces habría que volver a hacerles frente…?

Warko y Hure permanecían en un incómodo silencio. A ambos les hubiera gustado poder aportar algo positivo que rebajara la creciente tensión, pero no sabían qué decir. Sobre todo Warko, que había padecido en carne propia las iras y coacciones de aquel enemigo, sabía que nada bueno podía derivarse de un hallazgo semejante en las costas del Áldendor.

Volvían a sentirse intimidados, con aquella sensación de opresión que tan bien conocían.

Una vez más, Iván hubiera deseado contar con el consejo del sabio Gheós, pero hacía ya mucho tiempo que había regresado al Errion-Thal. Los contactos eran muy esporádicos, mantenidos solo por medio de palomas mensajeras.

La llegada de Filós, que venía corriendo ruidosamente, sacó a Iván de sus cavilaciones. El maestro, jadeante, anunció antes de detenerse junto al grupo:

—¡Helder, Helder! ¡Un mensaje del Errion-Thal! —Acababa de recibir el envío y había corrido a la playa con la cansada y temblorosa paloma entre sus manos. Ni siquiera había perdido el tiempo en sacar el mensaje de la anilla. Suponiendo que el contenido de la misiva podía tener algo que ver con la inquietante situación que estaban viviendo, había optado por acudir al Thaine con la mayor celeridad.

Helder tomó en sus manos la paloma y desenrolló el mensaje. Leyó en voz alta:

> *Morghuks invaden Errion-Thal. Muchos Thaurroks. Desesperada resistencia. Se dirigen hacia el Oeste. Hui*

La última palabra del mensaje se desdibujaba, pero parecía

seguro que quería decir «huid». Tampoco había firma, sin duda la nota había sido escrita apresuradamente. Pero la letra era de Gheós, de eso Iván estaba completamente seguro.

—¡¡Vienen hacia aquí!! ¡Hay que prepararse! ¡Convocaré inmediatamente un Consejo! —El Thaine hablaba con ansiedad creciente. Estaba perdiendo su habitual aplomo.

Y no era para menos. La negra sombra de la amenaza se cernía una vez más sobre Aldénuri, aunque los áldenors eran todavía incapaces de comprender la inminencia y la magnitud de este nuevo desafío.

3

Iván estaba ya de regreso en casa. Habían transcurrido pocas horas desde el macabro descubrimiento, cuando empezó a oír una especie de murmullos intermitentes, todavía muy lejanos e indefinidos, que le hicieron ponerse en pie de un salto y salir al camino. Escuchó con gran atención durante un largo rato aquellos sonidos y, cuando al fin pudo identificarlos, sintió que se le helaba la sangre en las venas.

La realidad volvía a superar en dramatismo a sus peores temores. No cabía duda: a medida que se acercaban los ecos desde la distancia, eran más fácilmente reconocibles. Los espantosos rugidos de los thaurroks se entremezclaban con las siniestras trompas de guerra de los morghuks. Casi habría dicho que notaba ya en su corazón la presión de su oscura malignidad, de su opresiva cercanía.

¡Estaban ahí, muy cerca! Y esta vez, no solo los thaurroks, ni solo los morghuks: unos y otros se aproximaban juntos, como en los remotos tiempos de las guerras del Errion-Thal. Pero ahora su objetivo era el mismo Aldénuri: marchaban por sorpresa contra la aldea desprotegida.

Un ataque de semejantes proporciones contra la población desprevenida, resultaría sencillamente imparable. Tal como trataba de avisar Gheós en su mensaje, solo cabía huir.

—¡Padre! —gritó—. ¡Son los morghuks! ¡Y se oyen también rugidos de thaurroks! ¡Son muchos!

Ruth y Magge, las hermanas de Iván, al reconocer la gravedad del peligro por los dramáticos relatos que habían oído, corrieron a abrazarse a su madre, sollozando. A los risueños gemelos Kel y Enkel se les oscureció el rostro, mientras miraban al tío Lánder, como esperando confirmación de las malas noticias. Lánder asintió:

—Yo también lo he oído… Suena como un ejército muy grande en marcha. Suena como si estuvieran a pocas millas de aquí…

Ana miró a su marido aguardando una decisión, que no tardó en llegar:

—Lánder: ¿se podría acceder al refugio de las montañas de

Érdain en esta época del año?

—La nieve no cerrará ya el collado de Hírikorr, pero en el otoño volverá a cubrirse.

—¡Tanto mejor! ¡Una vez consigamos pasar, cuanto antes se cierre, más a salvo estaremos! Ana, prepara lo que creas imprescindible. Nos vamos a Assen. Probablemente no regresemos ya nunca a esta casa. Cargad con todas las provisiones que sea posible llevar. Lánder, por favor, conduce a todos hasta allí. Llevaos todos los caballos. Voy a avisar en la aldea y me reuniré con vosotros en las montañas. ¡Debemos salir ya, no hay tiempo que perder!

Ferrio corrió a la cuadra y ensilló rápidamente su caballo. Un instante después, galopaba hacia la plaza central de Aldénuri. Mientras descendía la colina, hizo sonar varias veces el cuerno de guerra, que no tardó en recibir respuesta, como un eco cada vez más insistente, desde los valles cercanos. Los hombres que lo oían repetían a su vez la señal mientras se dirigían presurosos a la aldea.

Hark, su amigo y vecino más próximo, cabalgaba tratando de dar alcance a Ferrio. Gritándole desde una buena distancia, consiguió detenerle:

—¿Qué ocurre? ¡Resuenan los cuernos de guerra!

—¡Hark! —respondió Ferrio jadeante, reemprendiendo la carrera en cuanto Hark llegó a su altura—. ¡Los morghuks nos atacan! ¡Vienen desde el Este, y parece ser que traen con ellos muchos thaurroks! ¡Nuestra única posibilidad es huir! ¡No hay tiempo para organizar la resistencia aquí! ¡No hay un instante que perder! ¡Nosotros escaparemos a Érdain, al refugio frente a Léhiandär, en las montañas del Sur! ¡Lánder nos conducirá!

Hark quedó como mudo por unos instantes. Sin alcanzar a recuperarse de la fuerte impresión, respondió, sofrenando el caballo:

—¡Vuelvo a casa, a decirles que se preparen y sigan a tu familia! ¡Gracias, Ferrio! ¡Nos vemos luego!

Cabizbajo, Hark se apresuró a regresar a su hogar… al que había sido su hogar hasta ese día.

Ferrio volvió a espolear a su caballo y continuó colina abajo hacia el Thainemark, donde daría la alarma a toda la comarca.

Seguía haciendo sonar el cuerno de guerra a intervalos regulares

mientras galopaba. Otros hombres se le fueron uniendo por el camino. Al llegar a la plaza, se dirigió directamente a Helder, cuyo rostro cansado manifestaba que aún no había conseguido reponerse del hallazgo de la mañana:

—¡Helder! ¡Los morghuks están muy cerca de la aldea! ¡Desde la colina podían oírse sus tambores y gritos de guerra!

La noticia hizo que un bramido de indignación recorriera la plaza, mientras los presentes se agolpaban en torno a Helder y Ferrio. Este continuó informando al Thaine:

—Me temo que no hay nada que hacer. Iván asegura que los rugidos que se oyen indican que vienen acompañados de muchos thaurroks… Ya sabéis lo que pasó en el Errion-Thal: nadie podría aguantar una acometida así… Creo que deberíamos huir mientras estemos a tiempo, ceder terreno para intentar reaccionar más adelante…

—¡¿Huir?! —exclamó una voz con furioso desdén.

La noticia de la llegada del cadáver ensangrentado de Gorkhol en una barca había corrido por la aldea como un reguero de pólvora, de manera que los nervios volvían a estar muy alterados… Y tal vez no se trataba solo de los nervios. Quizás la maligna opresión del enemigo comenzaba ya a trabajar de nuevo en los espíritus de muchos. Esto explica que algunos reaccionaran con enojo e incredulidad ante las noticias de Ferrio, y sobre todo ante su consejo de abandonar la aldea. El hombre que había hablado se adelantó, acercándose a Ferrio hasta casi tocarle:

—¡¿Otra vez con esas patrañas y con las imaginaciones calenturientas de tu hijo?! ¡No pretenderás que nos creamos esas historias! Una cosa es escuchar las historias de Iván, y otra muy distinta hacer depender nuestras vidas de ellas: ¡Helder: Ferrio ha perdido el juicio! ¡O está muy alterado! Si nos atacan los compinches de Gorkhol, será mejor que demos su merecido de una vez por todas a esa gentuza… Así nos ahorraremos muchos disgustos en el futuro.

—¡¡No!! ¡Hacedme caso! —Ferrio, conteniendo a duras penas su irritación, adoptó un tono suplicante. No podía permitir que sus palabras fuesen puestas en tela de juicio en una situación tan apurada. La vida de demasiadas personas dependía de que su aviso fuese creído por la Asamblea—. ¡No tardaréis en oír el estruendo

del avance enemigo! ¡Os digo que no tenemos tiempo para organizar la resistencia! ¡Solo cabe huir! ¡En Érdain sí hay posibilidades de hacernos fuertes y preparar la defensa!

—¡No vamos a abandonar nuestros hogares y nuestras haciendas a esos andrajosos! ¡Y menos porque alguno se asuste con cuentos de viejas! ¡Hay aquí aún muchos hombres capaces de luchar por lo suyo, como siempre han hecho los áldenors!

Ferrio vio, impotente, cómo buena parte de los presentes aprobaba con entusiasmo las palabras de su oponente. El lejano fragor que los había alertado poco antes se iba haciendo cada vez más audible. El tiempo se agotaba…

4

Lánder conducía ya a la familia de Ferrio colina abajo. Seguirían el curso del río sin entrar en la aldea. El efecto intimidatorio de los tambores enemigos se hacía notar en la colina de Illúnn. El lejano sonido se volvía por momentos un estruendo ensordecedor.

—¡Vamos, Ana! ¡Más rápido! ¡Hay que alcanzar la senda junto al vado antes de que lleguen a la colina…!

—¡No puedo ir más rápido! —Ana tenía dificultades para cabalgar sobre el terreno desigual fuera de los caminos habituales.

—Sujétate fuerte y trata de acelerar el paso. ¡Vamos, por lo que más quieras! ¡No hay tiempo que perder…!

Los gemelos Kel y Enkel cabalgaban a continuación. Después lo hacían Ruth y Magge. Iván cerraba la comitiva.

Lánder había asumido con toda determinación el encargo de conducir a la familia de su sobrina hasta un lugar a salvo en las montañas al sur de Assen. Aún no habrían recorrido ni siquiera un par de millas cuando el guía se detuvo en seco, haciendo un gesto para que todos guardaran silencio. Había distinguido la silueta de alguien que acechaba oculto en la espesura, a muy poca distancia por delante de ellos.

Iván desenvainó su espada. Lánder exclamó:

—¡¿Quién vive?!

Una voz juvenil respondió en aldenórico:

—¡No ataquéis! ¡Somos nosotros! —gritó Warko, mientras salía al descubierto con un gesto de alivio, acompañado de su madre y de su hermano, Oiker—; creíamos que nos alcanzaban ya los morghuks y por eso nos hemos escondido entre la maleza…

Lánder apenas perdió el tiempo en saludos o explicaciones:

—Vamos a las montañas de Érdain. Allá existe un antiguo refugio que puede brindarnos seguridad. Ferrio está dando la alarma y las indicaciones necesarias para que todas las familias de la aldea se pongan en marcha siguiéndonos. Podéis acompañarnos si queréis.

—Gracias, Lánder. Iremos con vosotros —respondió Kerma, agradecida.

Continuaron la marcha presurosos y en silencio. De cuando en cuando, al cambiar el viento, los rugidos de los thaurroks se distinguían nítidamente sobre la monótona cadencia de los tambores de guerra.

El espantoso sonido horrorizaba a todos los fugitivos, pero Iván, oyendo aquellos rugidos que conocía por experiencia, revivía con violenta intensidad los lejanos días pasados en el bosque de Arkane. Sentía que asediaba de nuevo su corazón la helada desesperanza que irradiaban aquellas criaturas malignas.

A medida que el ejército enemigo se acercaba, el estrépito de su marcha se iba imponiendo a todos los ruidos ordinarios de la vida. Ya nadie podía hacerse ilusiones sobre la realidad e inminencia de la amenaza, y nuevas partidas de fugitivos amedrentados, cada vez más numerosas, alcanzaban al grupo. Eran gentes sencillas del Áldendor que huían a pie o a caballo ante un peligro al que no sabían poner rostro pero que, con razón, juzgaban irresistible.

El ánimo de Lánder se encogía ante la visión, cada vez más frecuente, de mujeres que corrían desoladas con niños de corta edad en sus brazos, ancianos que a duras penas podían caminar tratando de alejarse de la aldea… Trataba de acoger a todos a medida que iban llegando, con la ayuda de Iván y de su familia. Pero eran demasiados para avanzar al ritmo que se requería…

Sentía que las tropas morghuks y los thaurroks les pisaban ya los talones… Era como si una gigantesca ola marina avanzase inexorable a sus espaldas, a punto de romper violentamente en cualquier momento. Lánder comenzó a apurarse muy de veras. La misión que le había tocado en suerte parecía exceder ya sus posibilidades, cuando apenas acababa de empezar.

Iván, obedeciendo a la compasión, cedió su caballo a una mujer que arrastraba a dos niños de corta edad. Después, trató de elevar el vuelo.

No había vuelto a volar en los tres últimos años. Todo había ido bien durante ese periodo de tiempo y ni siquiera lo había intentado. Algo en su interior le había movido a actuar así: había pensado que obrar de otra manera, sin una auténtica necesidad, habría resultado gravemente perjudicial. Nadie se lo había dicho pero, por alguna razón, estaba seguro de ello. Quizás simplemente a causa de la experiencia y del saber acumulados en sus luchas por combatir el

mal que representaban los morghuks: estaba plenamente convencido de que, si podía volar, era por ser el Bèrehor. Y por tanto, no debía utilizar esa facultad por capricho o en beneficio propio, sino únicamente cuando su misión en favor de su pueblo así lo exigiera.

Después de tanto tiempo, dudó de que fuera a conseguirlo. Sin embargo, no tardó en verse libre de las ataduras de su propio peso e inició un lento vuelo orientándose por el estruendo que producía la marcha de las tropas invasoras.

Ana, al verlo, trató de retenerle:

—¡¡Iván!!

Al oír la llamada, el muchacho experimentó un intenso desgarrón interior. Hubiera deseado dar media vuelta y regresar, pero comprendió que su puesto estaba en otro lugar, allá donde pudiera hacer algo por detener a los thaurroks y a sus amos, los morghuks.

En silencio, dirigió una tímida mirada a su madre, sin encontrar el valor para sostenerla durante mucho tiempo…

5

Los áldenors reunidos en la plaza central de Aldénuri estaban perdiendo un tiempo precioso en palabrerías inútiles.

Solo un puñado de hombres dieron crédito a las palabras de Ferrio y salieron rápidamente hacia sus casas, tratando de llegar a tiempo para llevar a sus familias a algún lugar seguro.

En cambio, los miembros del Consejo Militar, al menos los más influyentes, eran partidarios de hacer frente al enemigo. Ferrio, incapaz de convencer a los más testarudos, que comenzaban ya a armarse y tomar posiciones de defensa, decidió que había llegado el momento de partir. No podía demorarse más tiempo. Su puesto estaba junto a los suyos.

Esta vez —pensó con tristeza— no tomaría la senda de regreso a casa: galopando sobre uno de los antiguos puentes de madera, tomó la ruta hacia Érdain. Atrás quedaba Aldénuri. Indefensa. Inerme ante la inminencia del formidable azote morghuk…

Si todo había ido según lo previsto, Lánder debía de estar ya a algunas millas de la aldea pero no tardaría en darle alcance.

El estruendo de las huestes enemigas seguía oyéndose cada vez más cerca. Pero Ferrio, concentrado en la huida, ya no le prestaba atención. Había pasado a percibirlo como parte del paisaje, algo así como el chapoteo del agua en un día de lluvia persistente. Por este motivo, su sorpresa fue grande al toparse con una avanzadilla de invasores fuertemente armados. Tenían retenido a un grupo de áldenors a los que habían cortado el paso mientras trataban de huir. Por sus gestos y actitudes, parecían querer que les entregaran sus joyas y su oro antes de matarlos.

Un escalofrío recorrió la espalda del valiente herrero al reconocer a su vecino Hark. Junto a él estaban su mujer, Eider, y sus hijos Hure, Léirenn y Anthe. Hure estaba desarmado. Solamente Hark llevaba espada.

Exceptuando a Hugo Gorkhol —que mientras vivió en la aldea vestía como un áldenor y procuraba no llamar la atención—, Ferrio jamás había visto a un morghuk. Las únicas referencias que tenía de ellos procedían de los relatos de Iván, Ghulden, Astuur y Gheós a su

regreso de Erreth-Llàyr. Como sucedía a cuantos los contemplaban por primera vez, se sintió amedrentado al ver sus semblantes desfigurados, la expresión inhumana de sus ojos, sus piojosos atuendos de pieles…

Al descubrir al recién llegado, uno de aquellos hombres comenzó a aullar como lo hubiera hecho una bestia.

Ferrio, sobreponiéndose al miedo que sentía crecer sin poder evitarlo, se aprestó a presentar batalla. No había alternativa. Eran cuatro hombres armados. Uno de ellos montaba a caballo.

Hubo un instante de mutua observación.

De manera inesperada, el jinete enemigo cayó muerto ante el asombro del resto. Una flecha le había atravesado el corazón. Parecía tratarse del dardo de una ballesta, aunque no era posible determinar su procedencia.

Aprovechando el instante de sorpresa, Ferrio armó su arco y derribó a otro de los invasores.

Casi al mismo tiempo, Hark, blandiendo la espada con un movimiento fulgurante, acabó con un tercer enemigo.

Su familia observaba la escena horrorizada.

El único morghuk superviviente se revolvió con salvaje ira buscando el origen del inesperado ataque. En ese momento Iván se dejó ver por encima de la copa de un árbol, gritando:

—¡Corred! ¡El grupo que avanza hacia Érdain está muy cerca! ¡Podéis uniros a ellos junto al molino de Alden!

El morghuk comprendió que había sido una flecha de Iván la que había desencadenado la reacción de los áldenors. Apuntó su arco hacia el muchacho. Lo tenía a tiro y lo abatiría sin piedad.

Para tratar de evitarlo, Ferrio espoleó a su caballo en dirección al arquero.

—¡Iván! ¡Escóndete! ¡Te va a matar!

Ferrio logró que el arquero se viera obligado a desviar el tiro hacia el caballo que se le echaba encima impetuosamente. La flecha destinada a Iván atravesó el corazón de Arryel, la fiel montura de Ferrio, que rodó por tierra. Inmediatamente, con espantosa furia, el morghuk se abalanzó espada en alto contra Ferrio, que intentaba incorporarse.

Hark corrió en defensa de su amigo en apuros, pero el bárbaro atacante era mucho más rápido.

Un nuevo disparo de Iván pasó silbando a un palmo de la oreja del morghuk, que no se inmutó. Olvidado de todo, rugiendo salvajemente, se disponía a caer sobre el indefenso herrero, cuya espada había rodado lejos de él en la caída.

Ferrio se dio cuenta de que no podría recuperar a tiempo su arma. Solo un milagro podía salvarlo del atacante que ya alzaba la espada para descargar el golpe mortal.

Iván, presa de la agitación, no conseguía cargar de nuevo la ballesta. Parecía que nada podría evitar la muerte de Ferrio.

En ese momento, sin dejar de correr hacia el enemigo, espada en mano, Hark lanzó un grito que distrajo al morghuk lo suficiente para que Ferrio lograra esquivar parcialmente el violento mandoble que pretendía decapitarlo. Cayó al suelo con una profunda herida entre el cuello y el hombro, pero vivo aún.

Antes de que el guerrero invasor pudiese rematar a su víctima, Hark llegó a su altura y se le enfrentó con decisión.

—¡Ten cuidado, Hark! —gritó despavorida Eider.

Iván había conseguido cargar finalmente su ballesta y, apoyándola sobre una rama para asegurar la puntería, disparó antes de que pudieran cruzar las espadas.

El morghuk se desplomó herido de muerte.

Todos corrieron a socorrer a Ferrio. Estaba apenas consciente. La herida era fea y sangraba mucho. Necesitaba urgente atención.

El relincho de un caballo les hizo mirar con sobresalto a sus espaldas. De la espesura salieron temerosos algunos granjeros áldenors con carros y caballos. Eran de los que habían creído las palabras de Ferrio en el Thainemark y se disponían a huir. Pero, asustados en su avance por los gritos de Hark y los sonidos de la reciente escaramuza, habían avanzado sigilosos, temiendo caer en una emboscada morghuk.

—¡Hermo! ¡Gracias a Dios todavía queda gente honrada en estos bosques! —gritó Hark, aliviado al ver un rostro amigo. Ferrio está malherido. ¿Hay con vosotros alguien que sepa de heridas?

—¡Aquí estoy, Hark! —respondió Ath, el médico de la aldea, desmontando de un salto y acercándose al caído.

Ferrio permanecía inmóvil en el suelo, con los ojos entrecerrados. Iván había descendido a tierra e, inclinado sobre su padre, trataba de darle ánimos, aunque daba la impresión de que él los necesitaba

mucho más:

—¡Padre! Te pondrás bien, ya lo verás.

—Tranquilo, hijo —respondió, con un hilillo de voz—, no te preocupes por mí…

Alguien apartó delicadamente a Iván. Entre varios hombres acomodaron a Ferrio en uno de los carros. En seguida Ath comenzó a ocuparse diligentemente de la herida.

El avance del ejército enemigo no había dejado de oírse en ningún instante. En cuanto la tensión en el grupo descendió, fueron conscientes nuevamente de lo cerca que sonaba:

—¡Vámonos de aquí! —urgió a todos Hermo—. ¡Este lugar no es seguro!

Inmediatamente reanudaron la marcha. La familia de Hark se unió también a la caravana. Iván permanecía cabizbajo e inmóvil mientras comenzaban a alejarse.

Léirenn, la hija de Hark, lo llamó desde uno de los carros:

—¡Iván! ¿No vienes con nosotros?

Iván levantó la mirada con expresión indecisa. Estaba muy inquieto por la gravedad de la herida de su padre. Sabía que un largo viaje hasta las montañas de Érdain no era lo más recomendable para un herido en esas condiciones. Pero todavía sería peor que los morghuks lograran darles alcance, así que decidió retrasarse, con intención de detener o distraer al enemigo si fuera necesario.

—No, aún no. Tengo que asegurarme de que no nos siguen a corta distancia. Os alcanzaré y me uniré a vosotros un poco más adelante… ¡Cuidad de mi padre!

—¡Ten mucho cuidado… Y suerte! —le deseó Léirenn, compadecida del sufrimiento de su amigo.

—¡Gracias… Vosotros también! ¡Hasta pronto! —contestó Iván, deseando con todas sus fuerzas que la caravana consiguiera llegar sana y salva hasta el refugio en las montañas de Érdain.

Para su vuelta de reconocimiento, se cubrió con las pieles del jinete morghuk caído y montó sobre su caballo. Quizás así tuviese más posibilidades de adentrarse en territorio enemigo sin llamar la atención a primera vista. Tiempo habría de emprender el vuelo si llegara a ser necesario.

6

El grueso de las tropas invasoras afluía como un río desbordado hacia la plaza central de la aldea. Allí comenzaba a librarse una desigual batalla entre los áldenors que habían desoído las advertencias de Ferrio y los morghuks, acompañados por los terroríficos thaurroks.

Muchos se arrepentían ahora de las duras palabras que habían dirigido al suplicante Ferrio poco antes. No tendrían ya ocasión de expresarle sus disculpas…

Las gigantescas fieras campaban a sus anchas, movidas por una escalofriante furia destructora. En cuestión de horas la aldea sería devastada. Apenas quedarían algunas paredes en pie, sobresaliendo como testigos mudos e inanimados sobre el montón de escombros en que se estaba convirtiendo rápidamente Aldénuri.

Antes de derruir las casas, se producía un salvaje saqueo. Muchos de los invasores lucían ya colgantes de oro y todo tipo de joyas robadas a los áldenors sobre sus sucias vestiduras de pieles.

Porque los morghuks eran frenéticamente codiciosos. Se lanzaban como animales sobre cualquier cosa que brillara. Por un poco de oro eran capaces de matar furiosamente, no solo a sus víctimas, sino también a sus propios compañeros. A menudo, tras una invasión, o durante ella, había duras peleas entre morghuks por una moneda, un brazalete o un cinturón con una hebilla valiosa. Luchas que con frecuencia acababan en la muerte de uno de los contendientes y que eran tanto más duras cuanto mayor fuera el botín que podrían repartir.

De cualquier modo, fuera del tesoro guardado en el castillo y de las posesiones del rico Anditz, Aldénuri no era una ciudad opulenta. Apenas había joyas o piedras preciosas. Esto permitió a muchos áldenors huir. Pues los morghuks dedicaron mucho tiempo a buscar y rebuscar casa por casa, desentendiéndose de la gente desarmada que no se interponía en su camino.

Los guerreros áldenors que habían sobrevivido al primer combate en el Thainemark, habían conseguido hacerse fuertes en el castillo. Las puertas, sólidamente atrancadas y apuntaladas, resistían de

momento las arremetidas de los enfurecidos thaurroks.

Helder, el Thaine, aunque dio crédito a Ferrio desde el primer momento, había decidido quedarse para dirigir la resistencia junto a los veteranos del Consejo Militar. Si estos sabían de tácticas y estrategias de guerra, nadie mejor que él conocía los vericuetos del castillo y de la geografía circundante.

Durante el día, los áldenors habían logrado abatir a un par de thaurroks, que habían resultado alcanzados en los ojos, y a un buen número de guerreros morghuks.

Sin embargo, al anochecer, a todos les resultó evidente que su situación era desesperada: a pesar de contar con abundantes ballestas y municiones, el alimento era escaso y las puertas acabarían cediendo. Era solo cuestión de tiempo.

Los morghuks también lo sabían, y organizaron el asedio a conciencia. Tal vez suponían que Iván se habría refugiado en la fortaleza…

Una vez devastada la aldea, y a la espera de la toma definitiva de la fortaleza, la catástrofe se iba extendiendo a los territorios y caseríos circundantes: con una furia incluso superior a la que Iván había conocido en el Errion-Thal, grupos sueltos de aquellas infernales criaturas destrozaban cuanto encontraban a su paso.

Iván cabalgaba libremente entre los invasores, protegido por su convincente apariencia de jinete morghuk a la media luz del anochecer. La visión que tenía ante sus ojos era hasta tal punto descorazonadora y dura, que varias veces estuvo a punto de vomitar. Todos los lugares queridos, los hogares de sus amigos, sus recuerdos de infancia, todo… hecho trizas. Nada había sido respetado. Comprobó con dolorosa claridad las tremendas consecuencias que podían derivarse de un uso correcto o incorrecto de la libertad: qué costoso era construir y qué sencillo destruir…

Con un gran esfuerzo de voluntad consiguió apartar la angustia que le ahogaba y afirmarse en su propósito de hacer lo posible por distraer y desorientar a los invasores. De esta manera, los fugitivos podrían ganar un tiempo precioso para su supervivencia.

Aun a riesgo de ser descubierto, decidió aprovechar los conocimientos que tenía de los thaurroks para acabar con todos los que se pusieran al alcance de su ballesta.

Con el corazón en un puño, galopó hasta colocarse frente a la

mirada rabiosa del primero de ellos. Tras comprobar que nadie parecía fijarse en él, lanzó un disparo que horadó certeramente uno de los ojos de la bestia.

Previendo de antemano la enloquecida reacción del thaurrok, cargó rápidamente una segunda saeta y desde muy cerca atravesó el otro ojo mientras el animal yacía en tierra agitando convulsamente sus cortas garras en el vano intento de alcanzar el lugar de la herida. Inmediatamente después se alejó unos pasos, volviendo la espalda al thaurrok caído.

Pero los rugidos de dolor de la fiera atrajeron a muchos guerreros que estaban cerca. Uno de ellos, un zakhir veterano de la guerra en Erreth-Llàyr, se quedó mirando fijamente a Iván y al cabo de un momento, sin disimulo de ningún tipo, dirigió su caballo hacia él, preguntándole a voz en grito:

—*¿Uyun Aldenurya beshta izzbhyya?*

Iván trató de simular que no había oído. Miró hacia otro lado mientras taloneaba suavemente a su caballo para separarse poco a poco del peligroso interlocutor. No dejaba de observar de reojo las reacciones del morghuk, pendiente de lo que pudiera suceder. Si conseguía zafarse sin levantar mayores sospechas, continuaría tratando de dejar fuera de combate al mayor número posible de thaurroks, aprovechando que con su apariencia de morghuk, podría acercarse a ellos sin que le atacaran.

Pero el zakhir no estaba dispuesto a renunciar así como así. Plantándose delante de Iván y mirándole fijamente con sus sombríos ojos, repitió la pregunta más o menos con las mismas palabras y en un tono claramente retador. Sus sospechas habían aumentado ante la actitud esquiva del áldenor.

Iván le sostuvo la mirada mientras pensaba a toda prisa. No podía elevar el vuelo ante su enemigo: lo derribarían a flechazos mucho antes de haber logrado tomar altura. Tampoco había tenido tiempo de volver a cargar su ballesta.

No quedándole otra opción, dio un fuerte grito espoleando a su caballo y embistió al zakhir, casi derribándolo.

Con la sorpresa de la brusca arrancada consiguió unos segundos de ventaja. Pero en cuanto el morghuk logró afirmarse de nuevo en la silla, salió en su persecución como alma que lleva el diablo. Gritaba feroces imprecaciones y amenazas, alertando a las varias

decenas de guerreros que podían escucharle.

Dejar atrás a un experto jinete zakhir era algo que no estaba al alcance de las posibilidades de Iván. Tenía que pensar algo si quería salir con vida. Resolvió internarse en un espeso bosque cercano, que conocía como la palma de la mano, pues lo había recorrido a menudo con Hure en busca de caza. Si lograba zafarse de sus perseguidores siquiera por breves instantes, quizás pudiera alcanzar la altura suficiente para huir sin que lo derribaran sus flechas. Además, el bosque se alzaba sobre un cortado que caía a pico sobre un arroyo cuyas aguas desembocaban en el Kéldoráin. Si no conseguía levantar el vuelo con seguridad, quizá podría también deslizarse acantilado abajo sin ser visto y desde allí alcanzar la costa…

Entretanto, la noticia de que el jinete que huía en las proximidades de la aldea podía ser el joven que buscaban, había llegado ya al nuevo cabecilla morghuk. Si en algo pondría todos los medios a su alcance, sería en capturar a Iván: vivo o muerto.

El fugitivo se internó al galope en el bosque a través de un estrecho paso entre dos viejos robles. Muy pronto dobló a la izquierda. Después giró a la derecha y otra vez a la izquierda. Eran regates muy cortos que trataban de despistar a sus seguidores, aprovechando que el campo visual en el interior del tupido bosque era extremadamente reducido, y contando con que tardarían algún tiempo en descubrir su rastro.

Temblaba a causa de la tensión acumulada, pero su cabeza funcionaba a pleno rendimiento. Esta vez no podía cometer un error. Por pequeño que fuera, le conduciría a una muerte segura.

Se fijó un objetivo: tenía que dirigirse a la costa. Allí tendría un espacio libre desde donde podría ascender a gran altura; después volaría sin peligro sobre el mar y regresaría a tierra para unirse a una de las caravanas y poder así alcanzar a su familia en el refugio.

El problema estaba en salvar la distancia que le separaba del mar de Enden, teniendo en cuenta lo arriesgado que era intentar volar sin tener plena seguridad de que nadie podría descubrirlo a tiempo para disparar sobre él durante la lenta ascensión… Pero no podía perder más tiempo cavilando: tenía que tomar una decisión, y tenía que tomarla inmediatamente.

Optó por despedir a su caballo, al que ahuyentó con un fuerte

manotazo en los cuartos traseros, y avanzar a pie. Conocía bien su situación exacta en el bosque. No estaba muy lejos de la costa. Si no hubiera sido por el estruendo de las huestes enemigas, desde su posición actual habría podido incluso oírse el rumor de las olas. Comenzó a moverse. Trataba de aprovechar la ventaja que le confería el hecho de que el enemigo buscara todavía a un jinete. Caminaba despacio, agazapado de tronco en tronco, jugando la baza del camuflaje más que la de la velocidad.

Se detuvo unos instantes a escuchar.

Para su consternación, se oía un creciente movimiento de morghuks en el bosque. Se trataba sin duda de varios grupos que avanzaban separados.

Decidió intentar la opción de descender a pie por el acantilado. Era la única escapatoria que podía funcionar en ese momento.

Un chasquido a sus espaldas le hizo volverse: ¡ya estaban ahí, y le habían visto! Reaccionando con urgencia, echó a correr hacia el cortado sobre el Kéldoráin.

Ni tan siquiera se aventuró a volver la cabeza para averiguar cuántos hombres le seguían. Estaba seguro de que se trataba de un buen grupo. Podía oír sus gritos a muy poca distancia.

No tenía otra salida que llegar al cortado antes que ellos. Corrió como una gacela zigzagueando por los espacios más estrechos entre los árboles, para dificultar la persecución a caballo. Seguía sin mirar atrás.

Al llegar al borde del cortado, se descolgó aferrándose a la roca y se concentró un instante para dejarse caer suavemente, sin separarse de la abrupta pared, hasta una cornisa que sobresalía pocos metros más abajo.

Los morghuks no tardaron en llegar y asomarse al vacío. Estaban dispuestos a acabar de una vez por todas con el insolente muchacho volador. Pero Iván ya se había ocultado en una de las innumerables hendiduras de la pared. Allí pensaba quedarse inmóvil hasta que fuera noche cerrada.

Las largas horas en silencio y la quietud propiciaron que los duros acontecimientos de la jornada se agolparan en su mente. En la soledad y al abrigo de la roca, lloró como no lo hacía desde mucho tiempo atrás, con sollozos hondos y silenciosos. Era un desahogo de la tensión nerviosa acumulada y, sobre todo, del dolor por la

catástrofe que se había abatido sobre su pueblo y de la inquietud por la suerte de su padre, malherido y con un largo y difícil camino por delante.

El llanto en la soledad de la roca actuó como un bálsamo que le reconfortó considerablemente.

Al anochecer, las nubes cubrieron completamente el cielo y comenzó a llover con intensidad. Le sería imposible guiarse por la posición de las estrellas. Estaba tan oscuro que incluso sería difícil orientarse a partir de los accidentes geográficos. A pesar de ello, decidió que era el momento de abandonar su escondite. Si cuando todavía había luz sus perseguidores no lo habían buscado descolgándose por la pared del acantilado, era muy improbable que estuvieran allí vigilando, y en todo caso sería muy difícil que pudieran verlo en aquella oscuridad.

Tratando de no hacer ruido, se deslizó pared abajo, sujetándose con cuidado en las grietas de la roca, hasta alcanzar la base del cortado. Una vez allí, siguiendo el caprichoso curso del arroyo del Iggara, llegó hasta la confluencia con el Kéldoráin, donde se elevó despacio y continuó subiendo tan alto como pudo. Desde aquella altura, hacia el oeste, aún se vislumbraba la débil claridad de los restos del día. Tomó esa dirección, juzgando que le encaminaba casi en línea recta hacia Érdain, donde, si todo iba bien, volvería a encontrar a su familia.

El fulgor crepuscular del horizonte fue menguando rápidamente hasta ceder su lugar a las tinieblas.

La noche era muy cerrada. Apenas era capaz de distinguir las copas de los árboles mientras las sobrevolaba a escasa altura.

La lluvia le iba empapando hasta los huesos y el viento nocturno era muy fresco. Sin embargo, prefirió no bajar a tierra hasta tener la seguridad de hallarse fuera del alcance del enemigo. Al contrario, se elevó tan alto como pudo. No quería arriesgarse: ¡bastante se había expuesto por ese día! Además, si descendía a dormir, se empaparía de igual manera y perdería un tiempo precioso, así que más valdría continuar. En Érdain —se dijo— habrá tiempo de sobra para secarse y calentarse, pero no antes…

El viento recio del Norte le ayudaba en su empeño de ganar distancia tierra adentro. En realidad, avanzaba a una velocidad muy superior a la que pensaba. En la creencia de estar viajando hacia el

Suroeste, y con la esperanza puesta en encontrarse al amanecer en las cercanías del valle de Assen, continuó recorriendo milla tras milla durante horas.

Al cabo, empapado, destemplado y agotado tras tantas horas de fatiga, no le quedó más remedio que descender a tierra y buscar un refugio donde echarse a dormir. Era incapaz de continuar un minuto más. Ya no pensaba en los morghuks, ni en los thaurroks, ni en los horrores pasados. Solo le importaba descansar. Las desagradables emociones del día anterior y el cansancio acumulado habían hecho mella en él y terminaron por imponerse.

7

Al romper el día, el nítido azul oscuro del cielo, todavía estrellado, hacía predecir una jornada de buen tiempo. El frío era intenso.

El panorama que podía contemplarse desde cualquiera de las torres de la fortaleza era de una belleza indescriptible. Afilados picachos emergían sobre la blanca niebla de los valles, deshilachada en jirones ascendentes que parecían desperezarse con los primeros fulgores del alba.

El castillo de Muihl-Athern se hallaba situado sobre una amplia altiplanicie entre dos altas y escarpadas montañas.

El enclave, rodeado en todo su perímetro de grandes peñascos que formaban una especie de corona, constituía una magnífica fortaleza natural.

Al avanzar el verano, la hierba de las laderas circundantes adquiría un intenso verdor que confería al lugar un aspecto amable y acogedor.

El enorme edificio de la fortaleza se extendía a lo largo de todo el diámetro de la corona de peñascos, de un extremo al otro. Desde las torres, la vista se perdía en una vastísima extensión que alcanzaba varias decenas de leguas a la redonda. En los días claros no era difícil distinguir el mar de Enden en el horizonte.

Hacia el Sur se extendían las tierras altas del Thérraîn, una elevada y vasta meseta de clima extremado, donde a los glaciales meses del prolongado invierno sucedían secos y calurosos veranos.

El territorio del Thérraîn había sido poco visitado durante las últimas generaciones por los áldenors, pero había noticia de que en los tiempos de la fundación de Aldénuri algunos colonos habían atravesado las montañas para buscar nuevos asentamientos en el Sur. Las escasísimas noticias que de ellos se tenían en el Áldendor eran inciertas, siempre a mitad de camino entre el mito y la historia.

Lánder comenzó la trabajosa tarea de organizar una verdadera sociedad en Muihl-Athern. De frío asentamiento de gentes huidas, debía pasar a ser para los desplazados al mismo tiempo hogar, aldea

y refugio.

Con ayuda de hombres como Fínedan realizó una especie de censo de población. Más pronto que tarde, los morghuks acabarían presentándose a las puertas de la ciudadela. Si querían organizar una verdadera comunidad, capaz de hacer frente y vencer a un enemigo tan imponente, debían saber ante todo cuántos y quiénes eran.

Lánder obtuvo confirmación de que no había noticias de Ferrio ni de Iván en todo Muihl-Athern. Tampoco de Hark ni de su familia. No eran los únicos que faltaban. Como era de temer, había más ausencias que presencias…, sobre todo entre los originarios de Aldénuri.

A lo largo del día fueron llegando nuevas gentes que huían alertadas por las noticias que se propagaban a gran velocidad a lo largo y ancho del Áldendor.

A pesar de las contrariedades y de las noticias luctuosas que inevitablemente se iban conociendo, el balance de aquellas primeras jornadas en Muihl-Athern fue altamente positivo: se asignaron las tareas más urgentes y el trabajo contribuyó a levantar la moral de los desplazados, unidos estrechamente en su objetivo común.

Equipos de hombres de diversos oficios comenzaron a reparar las viejas construcciones abandonadas. Las mujeres que no tenían enfermos a su cargo se encargaron de acondicionar y adecentar los edificios para hacerlos acogedores y agradables, en la medida de lo posible.

Los heridos, enfermos o ancianos tendrían un abrigo bajo techo donde cobijarse. Los demás todavía tendrían que esperar unos cuantos días más.

Siempre que sus responsabilidades se lo permitían, Lánder se acercaba a hacer un poco de compañía a su sobrina. El aspecto de Ana traslucía las huellas de su sufrimiento, y su tío se esforzaba por darle ánimos:

—No debes dejar que tu ánimo vacile. Tarde o temprano, Ferrio e Iván regresarán, tenlo por seguro…

A Ana le hubiera gustado más que nada en el mundo creer aquellas palabras, pero le sonaban solo a buenos deseos. A pesar de ello, le hacía bien desahogarse en aquellas conversaciones con Lánder.

—Ferrio me preocupa mucho, pero aún temo más por Iván. Se fue tan decidido… Y es tan inexperto…

—La Providencia tiene sus caminos. Iván tiene una alta misión que cumplir…, y ahora le necesitamos más que nunca. ¿Qué te dice tu corazón de madre?

—Que está vivo, es verdad. Pero aun así…, me resulta muy difícil mantener el valor y dar confianza a los niños…

La joven Ruth irrumpió a la carrera al encuentro de su madre. Llegaba agitada y jadeando:

—¡Madre! ¡Madre…!

—¿Qué ocurre? ¿Ruth, te pasa algo…?

—Está llegando un nuevo grupo: entre ellos vienen Hark, Eider…, Hure y Anthe…, nuestros vecinos. Están a la puerta… ¡No he visto a Léirenn…!

Así era. Hure llegaba a pie, deshecho por la fatiga. Su apariencia era lastimosa: sucio, despeinado y con la ropa hecha jirones. Tenía aspecto de no haber probado bocado desde la invasión de Aldénuri. Tiraba de las riendas de un agotado caballo sobre el que montaba su madre, Eider, junto con Anthe, su hermano más joven, que procuraba sujetarla para que no cayera. Un poco más atrás llegaba Hark. Las trazas de todos ellos eran igualmente lamentables.

Fínedan y Sonne se acercaron a la entrada tan rápido como pudieron. Venían radiantes y agitados por la noticia de la llegada de su familia. Aún no habían visto su aspecto ni sabían de la ausencia de Léirenn…

8

El asedio al castillo de Aldénuri no se prolongó demasiado. Los thaurroks habían seguido embistiendo día y noche contra el sólido portón, que a pesar de los refuerzos colocados desde dentro, acabaría por ceder al amanecer del día siguiente a la invasión.

Los áldenors buscaron un último refugio en la ciudadela interior de la fortaleza. Armados de ballestas y arcos y bien provistos de municiones, estaban dispuestos a vender cara su vida. Los thaurroks no podrían acceder hasta allí debido a la angostura de las galerías.

A pesar del peligro, movidos por una codicia y una hostilidad inhumanas, los morghuks llegaban a entorpecerse unos a otros en su ansia por irrumpir los primeros para aniquilar a los supervivientes. Era una verdadera marea humana.

Helder y sus hombres disparaban a la multitud sin concederse un respiro. Sabían que solo un milagro podría salvarlos. Pero antes de que llegara su hora, lograrían al menos diezmar al ejército enemigo. Causarían el mayor número posible de bajas entre sus filas. Quizá su heroica y desesperada acción de hoy sirviera para que en el futuro los áldenors supervivientes lograran derrotar a los morghuks.

La férrea resistencia de los sitiados logró que los atacantes se retiraran en varias ocasiones, pero nunca por mucho tiempo.

Tras la huida de Iván en el cortado sobre el arroyo de Iggara, había cundido entre los morghuks la idea de que el muchacho había podido tratar de refugiarse en el castillo. Por ello, el cabecilla invasor ordenó redoblar los esfuerzos para conquistar cuanto antes la fortaleza y capturar a Iván, vivo o muerto.

Los invasores se prepararon para el ataque final.

Las catapultas habían llegado ya a la aldea. Tenían alcance y potencia sobrados para destrozar los muros de la ciudadela.

Volvían a sonar los tambores. Los agudos aullidos del enemigo hacían vacilar a muchos de los áldenors.

Helder, al frente de las tropas, trató de infundir coraje a sus descorazonados hombres:

—¡Vamos, amigos…, luchemos hasta el final! ¡Demostremos a

esa turba innoble cómo muere un hijo del Áldendor! ¡Combatamos con valor la última batalla: por nuestro honor, por el futuro de nuestra gente!

El rugido de asentimiento de los áldenors se impuso por un momento al repetitivo clamor de guerra de las hordas invasoras:

—¡¡¡Khujj!!! ¡¡¡Morghukkah!!!

La catapulta, una vez preparada y apuntada, lanzó su primer proyectil.

El impacto fue sobrecogedor. Consiguió derribar parte del muro Este, abriendo la posibilidad de que los nuevos lanzamientos pudieran alcanzar directamente a Helder y a sus hombres. No tenían más remedio que abandonar la ciudadela por la brecha abierta…

Pero ni siquiera tuvieron tiempo de organizar una salida ordenada: riadas de morghuks afluían enloquecidas por las callejuelas del castillo.

En pocos instantes se produjo el desigual encuentro entre apenas unos centenares de áldenors, que se mantuvieron unidos junto a Helder sin retroceder un solo paso, y las hordas desbocadas en furiosa acometida.

Incluso después de que hubiera caído el último áldenor, las catapultas, dirigidas por mentes sedientas de destrucción, continuaron vomitando proyectiles hasta arrasar completamente los muros del castillo.

El tesoro de Aldénuri quedó sepultado bajo los escombros, quizá para siempre. Ninguno de los morghuks lo buscaría: únicamente Gorkhol había sabido de su existencia. Nunca se lo había dicho a nadie. Había planeado invadir Aldénuri desde Erreth-Llàyr para hacerse con él y no tenía la menor intención de compartirlo. Al ser asesinado por Mokke, se llevó su secreto a la tumba.

9

Al amanecer, Iván se despertó acurrucado en una pequeña hondonada bajo una roca. Tenía frío, hambre y sed. En cuanto reconoció el terreno a la luz del día, comprendió que se había perdido. En todo momento había creído estar volando hacia el Suroeste, pero en realidad el viento nocturno del Norte lo había impulsado, a través de uno de los valles al Oeste de las montañas del Thanegh, hasta un lugar remoto tierra adentro. Era tanta la distancia recorrida, que ni siquiera alcanzaba a divisar en el horizonte las altas montañas del Sur de Aldénuri.

El descubrimiento de su extravío resultó un golpe durísimo que, unido a los amargos recuerdos de la víspera, le sumió en una profunda tristeza. Permaneció un buen rato como paralizado.

Tardó tiempo en reunir la suficiente presencia de ánimo para afrontar el nuevo día. Decidió entonces que debía partir de inmediato en dirección Norte, desandando lo andado. Si quería regresar junto a los suyos, necesitaba retomar el camino de Érdain desde donde lo conocía. Pero antes tendría que reponer fuerzas: llevaba un día y una noche enteros sin probar bocado ni beber una sola gota de agua. Debía de haber algún arroyo cercano…

El paisaje era muy diferente al que le era familiar en Aldénuri: se trataba de una amplia llanura cuya monotonía apenas se veía interrumpida por la ondulación de suaves lomas que rara vez alcanzaban el rango de colinas. La hierba era de un verdor menos intenso, posiblemente porque las montañas detenían la mayor parte de las lluvias que descargaban en la costa.

Parecía un lugar poco o nada poblado. Sin embargo, prefirió no levantar el vuelo a la luz del día: quizás habría sido más eficaz para buscar agua, pero no sabía cómo podían reaccionar los moradores de la región, en caso de que los hubiera. Además, el viento continuaba soplando fuerte desde el Norte y no quería alejarse más de su camino.

Comenzó a andar, describiendo un círculo amplio en torno al punto en que se hallaba, en busca de un curso de agua.

A pesar de su desolación, había en aquel lugar un raro esplendor de

belleza salvaje e indómita. Una belleza muy diferente de la de los prados y bosques de Aldénuri, pero que tenía algo de majestuoso. Quizá fuese su inmensidad.

El cielo era de un azul intenso y la luminosidad de la atmósfera, muy superior a la que le era familiar.

Muy de vez en cuando, alguna conífera enana y retorcida parecía animarle a perseverar en su búsqueda, de momento infructuosa. Si ella conseguía sobrevivir, debía de haber agua en algún lugar…

Seguía sin encontrar rastro alguno de vida humana. Sin embargo, no dejaba de inquietarle una sensación indefinida de no estar realmente solo en aquel lugar.

En efecto, ojos atentos vigilaban la solitaria figura desde las lomas del Oeste.

Los observadores ocultos formaban parte de uno de los múltiples pueblos que componían la gran cultura conocida como «ruhar», gentes seminómadas habituadas a la dura vida en las estepas. Se refugiaban en las pequeñas cuevas que ellos mismos habían abierto en las laderas de las colinas. Vivían de la ganadería y del pillaje de los raros viajeros que se aventuraban en aquellos yermos.

Eran pueblos poco sociables de los que se sabía muy poco. Esto era quizá lo que los hacía más temibles, junto a la sospecha nunca confirmada de que practicaban el canibalismo.

Iván creyó distinguir un rápido movimiento en el horizonte.

Todavía estaba valorando sus impresiones, cuando nuevos indicios le confirmaron que estaba siendo observado a distancia. Fingió no haberse dado cuenta. Tras sopesar los pros y los contras, decidió no levantar el vuelo. El cierzo continuaba barriendo la estepa con fuerza creciente. No podría vencer su fuerza, que le impulsaría hacia el Sur obligándole a adentrarse aún más en tierra extraña. Además, si aquellos hombres iban armados, podrían dispararle antes de que ganara altura.

Era una situación sumamente tensa. Iván no osaba manifestar que los había descubierto, y sus observadores lo iban rodeando sin darse a conocer abiertamente.

Transcurrieron así largos minutos. En la soledad de los páramos, el tiempo parecía haberse detenido.

De repente, un ruido lejano rompió el incómodo silencio. Era el

sonido inconfundible de cascos de caballo al galope. A lo lejos, Iván distinguió una partida de jinetes armados que atravesaban la meseta en dirección al Sur. Demasiado lejos para pedir auxilio.

La tierra pareció tragarse momentáneamente a los hombres de la estepa.

Pero unos minutos después, cuando todo sonido procedente de los jinetes se hubo extinguido, los ruhar iniciaron un extraño canto que recordaba de algún modo al de los morghuks en orden de batalla.

Iván se estremeció.

10

El enorme portón de Muihl-Athern descendía pesadamente para acoger a los recién llegados.

Ana también corría a su encuentro. Sentía un profundo y sincero afecto por la familia de sus vecinos y, además, ansiaba recibir noticias de Ferrio y de Iván. Albergaba la esperanza de que los recién llegados tuvieran información de primera mano…

Hure estaba al límite de sus fuerzas. Apenas podía hablar, pero su mirada era bien elocuente: habían encontrado a los morghuks en el camino, de eso no cabía dudar.

Eider descendió del caballo y abrazó a Ana entre sollozos. Parecía un pálido reflejo de la mujer que era en realidad. Las pupilas dilatadas y la mirada perdida le conferían un aspecto de persona cercana a la locura:

—Ana, han estado a punto de matar a Hark… Léirenn ha resultado gravemente herida…, unos jinetes extranjeros se la han llevado… ¡Es horrible…!

Las lagrimas humedecieron las mejillas de Ana mientras abrazaba, conmovida, a su amiga. No se atrevió a preguntar si conocían la suerte de Ferrio e Iván…

Fínedan y Sonne acogieron con cariño a toda la familia y los acompañaron para ayudarles a instalarse. Lánder caminaba junto a ellos animándoles y explicándoles que en aquel lugar se harían fuertes y se reharían como pueblo.

Varias mujeres de Érdain, Kerma entre ellas, les aguardaban a la entrada de la que sería su nueva casa. Querían contribuir a acomodarlos convenientemente.

Aprovechando un momento en el que se encontraron los dos solos, Lánder preguntó a Hark:

—¿Sabéis algo de Ferrio e Iván? ¿Están vivos?

Hark asintió con la cabeza, haciendo un esfuerzo para hablar de tan desagradables recuerdos:

—Iván y Ferrio nos salvaron de los morghuks cuando todavía estábamos saliendo de Aldénuri. Fueron muy valientes… Ferrio resultó herido, me temo que de gravedad… Uno de los granjeros de

Illúnn, Hermo, lo montó en su carro y otro hombre se ocupaba de curar su herida mientras viajaban. Vienen hacia aquí. Si todo les ha ido bien, llegarán hoy o mañana…

Sin que Lánder le hubiera preguntado, Hark añadió, casi en un murmullo:

—Unos jinetes se llevaron a Léirenn malherida…

Lánder se limitó a asentir en silencio, apoyando una mano con fuerza en el hombro de su amigo. Comprendía que no debía seguir preguntando. Como los demás, Hark se encontraba agotado y atenazado por la angustia.

Un matrimonio de edad madura y aspecto sencillo llegó montado sobre un rico carro, tirado por una reata de seis mulas. Venía muy cargado. A juzgar por su suntuosa manufactura, parecía muy difícil que los ocupantes fuesen los auténticos propietarios.

—¡Lánder! —llamó el recién llegado—: soy Irzio, y esta es Ayne, mi mujer, ¿nos recuerdas?

—¡Irzio! ¡Ayne! ¡Cómo no os iba a recordar! ¡Bienvenidos al refugio!

»Pero decidme, ¿cómo venís tan cargados? Parece mentira que hayáis podido llegar hasta aquí con semejante impedimenta.

»¿Y Anditz…?

Irzio y Ayne trabajaban como criados de Anditz, un personaje de Aldénuri con fama de usurero: probablemente el hombre más rico de todo el Áldendor.

Irzio se apresuró a responder:

—Quisimos disuadirle de traer hasta aquí toda su fortuna. Dejó parte en casa, pero fue incapaz de desprenderse de lo que traemos en este carro. No sé ni lo que hay, pero pesa muchísimo. Bueno, ya ves la cantidad de mulas que hacen falta para moverlo…

»El caso es que una flecha perdida lo mató a la salida de la aldea: finalmente el viejo Anditz también se fue sin nada, como el resto de los mortales…

»Lo enterramos mi esposa y yo; y en seguida continuamos el viaje con el único medio de transporte de que disponíamos: esta carreta cargada hasta los topes. Con el temor de vernos alcanzados por esa gentuza, ni siquiera hemos querido detenernos para aligerarla durante el camino…

Cuando el carromato se alejó hacia el lugar donde se distribuían las

viviendas, el veterano señor de Érdain se quedó pensativo, con la mirada perdida en el infinito: los muertos se contaban por centenares, sin hacer excepción de personas, ricos y pobres, ancianos y niños…

Esta vez el enemigo estaba golpeando muy duramente…

Lo que más preocupaba a Lánder era la suerte del resto de los áldenors: ¿cuántos podrían hallarse aún a merced de los morghuks, ignorando el peligro en el que se encontraban? Gentes de valles y comarcas aisladas…, ¿estaría todavía a tiempo de acudir en su ayuda?

En circunstancias normales, los hombres de Aldénuri hubieran enviado un mensaje de aviso a los habitantes del Oeste del Áldendor. Pero en esta ocasión, a causa de la increíble rapidez con que se había producido la invasión, probablemente nadie hubiera podido preocuparse de eso. Era urgente, pues, enviar un grupo de reconocimiento que tratase de localizar y rescatar del inminente peligro a cuantas familias pudiese.

No cabía duda de que, en cuanto el enemigo arrasara Aldénuri, continuaría avanzando por todo el Áldendor hasta llegar hasta las mismas puertas de Muihl-Athern.

Y, desde luego, Aldénuri no podía tardar en caer ante un ataque tan súbito y desproporcionado…

Ana tenía un oído muy fino para captar todo lo que estuviese relacionado con su marido y su hijo ausente. Había oído sin ser vista el breve relato de Hark, y las noticias no habían hecho sino agravar su inquietud: cada minuto, cada hora que pasaba sin saber nada nuevo, disminuía las posibilidades de que llegaran con vida y ponía a prueba su esperanza…

11

Al amanecer del día siguiente, el propio Lánder encabezaba una partida de hombres que saldría en busca de áldenors a los que avisar del inminente peligro. Recorrerían la mayor extensión posible de territorio en busca de personas y familias aisladas.

Componían la patrulla siete hombres, Lánder incluido. El joven Warko iba con ellos. Parecía ansioso por rubricar con obras el arrepentimiento de su padre, así como su propia fidelidad a las palabras que este pronunció al morir…

También Fínedan y Jan habían querido sumarse a la expedición. Como veteranos de Erreth-Llàyr y viejos conocedores de los morghuks, no quisieron faltar.

Los restantes eran tres jóvenes a los que la llegada de los morghuks había dejado sin familia. Lánder creyó que esa misión les ayudaría a mantenerse con la cabeza ocupada y por tanto, a sobrellevar el dolor de la mejor manera.

Emplearon buena parte de la mañana en descender desde las alturas de la fortaleza hasta el valle de Assen, en el que casi con toda seguridad no quedaría ya nadie.

Donde más posibilidades habría de encontrar pobladores ajenos al peligro, sería sin duda en las zonas Norte y Oeste de la región, así que decidieron dirigirse hacia allá.

Evitaron atravesar la aldea de Érdain, conscientes de que no resultaría agradable recorrer las calles abandonadas.

Continuaron cabalgando ligeros mientras atravesaban el anchuroso valle, atentos a cualquier indicio que pudiera significar la presencia de avanzadillas enemigas. Sabían que la llegada del grueso de las tropas se haría notar desde la distancia, a causa del estruendo infernal de los tambores y de los cuernos de guerra, acompañados de los estentóreos rugidos de los thaurroks.

Poco antes del mediodía alcanzaron las laderas de Léhiandär, la grandiosa montaña de granito en cuya ladera se asentaba la pintoresca aldea de Léveren. Sus habitantes tenían fama de poco afables, no en vano vivían en un rincón remoto y poco accesible del Áldendor.

El grupo encabezado por Lánder convino en que era poco probable que las desgraciadas noticias hubiesen llegado hasta allí. De hecho, si los habitantes de Léveren estaban al tanto de la reciente invasión, sería una buena señal: significaría que los rumores se habían difundido con rapidez por todo el Áldendor.

Iniciaron la trabajosa ascensión hacia la aldea. Se trataba de una pendiente muy empinada. El poblado se hallaba a media altura de la montaña, enclavado en una amplia vaguada que lo ocultaba a la vista desde el valle.

Jan no pudo sustraerse de emitir algún comentario acerca de lo abrupto del terreno:

—Si lo llego a saber, os espero abajo… Estos tipos deben de estar chiflados para vivir en un agujero tan apartado. Desde luego, no creo que estén excesivamente acostumbrados a recibir visitas…

Fínedan respondió con buen humor al farero de Aldénuri:

—Tampoco creo que los fareros seáis gente habituada a las aglomeraciones ni a largas conversaciones, Jan…

—No. En eso tienes razón —Jan guiñó un ojo, con expresión pícara—, pero a nosotros es el propio mar el que nos aísla de los demás, no lo hacemos por gusto como estas buenas gentes…

Cuando hubieron rebasado el último collado a poco más o menos un par de millas de distancia, un vigía dio la señal de alarma haciendo sonar su cuerno.

Todos los hombres en edad de combatir abandonaron sus tareas en el campo o en el hogar y corrieron a esperar a los forasteros sobre los muros del poblado. En comparación con las imponentes construcciones de Muihl-Athern, las dimensiones y la solidez de la fortificación resultaban irrisorias.

A la vista de la enseña del Áldendor flameando en el mástil de la torre más alta, Lánder se estremeció: también aquella aldea debería ser abandonada al enemigo. Era tiempo de replegarse para tratar de reconquistar en el futuro el territorio perdido.

Lánder se adelantó en solitario unos metros al galope. Conocía bien a Áramil, el Thaine del lugar:

—¡Áramil! ¡Soy Lánder! ¿Acaso no conocéis el peligro que amenaza a todo el Áldendor? ¿No han llegado las noticias hasta aquí?

—¡Lánder! ¡Buen amigo! —respondió el Thaine desde uno de los

muros—, ¿a qué noticias te refieres? ¡Nada ha turbado hasta ahora la paz de nuestro valle…!

—Una numerosísima invasión enemiga ha asolado Aldénuri… Pronto se extenderá a todo el país. No tardarán en llegar hasta aquí. Los que hemos conseguido sobrevivir al primer embate nos hemos refugiado en la fortaleza del Reino Perdido, en Muihl-Athern…

—¿Habéis huido desde Aldénuri hasta Muihl-Athern?

»¿Acaso sugieres que nosotros debemos seguir vuestro ejemplo abandonando nuestras casas?

—¡Áramil, no queda otra alternativa! Son los morghuks…, vienen acompañados de muchos thaurroks, unas enormes bestias que arrasan todo cuanto encuentran a su alcance. No tardarían más que unos minutos en derribar vuestras murallas. Léveren no sería la primera aldea que arrasarían sin dejar tras ellos alma viviente…

Áramil guardó silencio unos instantes, era evidente que trataba de asimilar el alcance de las trágicas noticias que estaba recibiendo. Por fin respondió:

—Lánder, ¿has venido hasta aquí solo para prevenirnos? ¿Estoy en lo cierto?

—Lo estás —asintió gravemente Lánder.

—Bien —casi susurró Áramil, mirándole con fijeza a los ojos—; entonces es que no hay elección. Te creo. Confío en tus palabras. Siempre nos has ayudado. Te acompañaremos a Muihl-Athern.

»¿De cuanto tiempo se supone que disponemos para recoger nuestros enseres?

—Es difícil de decir. Podrían aparecer de un momento a otro o podrían retrasarse aún algunos días, dependerá del tiempo que tarden en localizar nuestro refugio…

—¿Y qué será de Béltzeren? —pareció recordar de repente Áramil. Béltzeren se encontraba al Norte de Léveren, en las laderas de la montaña de Beltz.

—Nos acercaremos también hasta ellos para avisarles.

—Bien, Lánder. Id allá. Cuando regreséis nos encontraréis dispuestos y nos uniremos a vosotros…

—De acuerdo, pero recordad: el tiempo es vuestro enemigo. Si es posible, partid hoy mejor que mañana. Si lo conseguís antes de que regresemos, dejadnos una señal en el valle: bastará con que plantéis la enseña del Áldendor junto a la bifurcación del camino.

De este modo, al verla, continuaremos hacia Muihl-Athern sin subir hasta aquí.

—Así lo haremos. ¡Buena suerte y que la Protección de lo Alto os guíe!

—¡Que nos guíe a todos! ¡Lo vamos a necesitar! ¡Hasta nuestro reencuentro aquí o en Muihl-Athern!

—¡Hasta entonces! ¡Y gracias por pensar en nosotros!

Lánder y sus hombres volvieron a tomar la senda llamada de Beltz, hacia el Norte.

Entretanto, en Léveren comenzaban urgentemente los preparativos de su particular éxodo, con el inevitable cortejo de incredulidad, miedo y, por encima de todo, incomprensión y dolor.

12

Una vez aniquilado todo vestigio de vida en Aldénuri, los feroces invasores emprendieron una minuciosa búsqueda entre los escombros de la ciudadela. Una inspección que duró solo el tiempo que el jefe morghuk tardó en cerciorarse de que el cadáver que buscaban no estaba entre los defensores del último reducto. Al parecer, el muchacho había escapado.

Mokke, que había sido el cabecilla en Molievo durante el tiempo en que los morghuks habían ocupado Nielsko, era el nuevo hombre fuerte. En realidad, no era de origen morghuk, sino un mercenario de origen niélskovar. Pero poco a poco había ido asimilándose a los morghuks hasta hacerse uno más, incluso peor que ellos.

Hablaba la lengua morghuk con cierta dificultad. Dominaba, en cambio, el aldenórico, que había aprendido de niño y que le había permitido realizar misiones por encargo de los morghuks preparando su retorno a Arkane.

Había sido él quien había acabado con Gorkhol y con toda su familia, dando paso a una nueva era que pronto superaría en violencia y barbarie a la que acababa de concluir ahogada en sangre.

Contrariamente a su antecesor, Mokke carecía de todo vínculo familiar. Si entre los morghuks hacía muchos años que había desaparecido del vocabulario la palabra amistad, se diría que, además de la codicia de poder y riquezas, a Mokke solo le movía la ira y el afán de venganza.

Para obtener sus fines, utilizaba cualquier medio a su alcance y mantenía aterrorizada a su propia gente para afianzarse en el poder. Nadie osaba enfrentarse a su odio implacable. Las consecuencias eran siempre terribles.

Sus órdenes eran no dejar un solo áldenor con vida, aunque, en realidad, a quien realmente le interesaba destruir era a Iván de Aldénuri. Deseaba hacerle pagar con creces la humillante derrota que había infligido a los morghuks en la que ya era conocida en todas partes como la Batalla del Paso de los Gigantes. No podía permitir que en el futuro otros pueblos pensaran que tenían alguna

esperanza de resistir a su poder guerrero: eso habría supuesto un retraso muy enojoso en sus planes de conquista y sometimiento.

Al confirmarse la noticia de la huida del muchacho, el brutal cacique se encolerizó muy por encima de lo habitual. Su ira alcanzó cotas salvajes. Ordenó ejecutar a aquellos de sus hombres que habían llegado a ver al fugitivo, aun de lejos, sin conseguir detenerle.

—¡Pagaréis por esto! ¡Inútiles! ¡Sois basura! ¡¿Habéis entendido?! ¡¡Basura!! ¡Pero la basura se tira…! ¡¡Eso es!! ¡Los entregaremos a los thaurroks, así nos libraremos de esta inmundicia!

Una vez más, el terror se erigió en ley. Nadie osó contradecir, ni con el gesto, al feroz Mokke, cruel entre los crueles.

Además, la piedad y la conmiseración no existían entre los morghuks, ni siquiera entre miembros de una misma estirpe: hasta ese extremo de degradación habían llegado. Cada cual velaba únicamente por sus propios intereses.

Inmediatamente, Mokke se propuso como principal objetivo localizar a Iván. Envió a dos partidas, cada una de ellas formada por seis de los veloces jinetes zakhir, para peinar el territorio en su busca. Su exploración también debía servir para orientar la dirección de la marcha de la tropa durante los próximos días.

Uno de los grupos de jinetes seguiría la costa hacia el Oeste y el otro retrocedería en dirección Este, por si Iván hubiese tratado de huir por esa ruta. Los del Oeste tratarían de seguir el rastro de las caravanas de fugitivos, entre las cuales esperaban encontrar a Iván.

Además, hacía ya un día que el propio Mokke, movido por un presentimiento irracional, había enviado una patrulla de reconocimiento hacia el Sur. Su instinto le decía que Iván podía haber ido en esa dirección.

Jemkha, un avezado explorador, dirigía a los zakhir que galopaban hacia el Oeste. Sus pequeños y oscuros ojos parecían escudriñarlo todo en la lejanía. Era un gran jinete, capaz de pasar horas y horas sin bajar de su caballo. Su arma preferida era el hacha de doble filo, que siempre llevaba consigo.

Sus hombres no le iban a la zaga en cuanto a resistencia, destreza y capacidad de observación. Se diría que habían nacido para perseguir a una presa sobre un caballo.

Nada más partir, Jemkha parecía apremiado por una especial urgencia. Probablemente no le moviera más que la codicia por la recompensa que, quizá, recibiría el primero que descubriera la pista del refugio de los áldenors. O simplemente el temor a regresar con las manos vacías… Por una razón o por otra, el hecho es que apremiaba a sus hombres con constantes y secos gritos, casi ladridos:

—*¡¡Izzmujj!! ¡¡Izzmujj!!* (¡¡más rápido, más rápido!!)

Transcurridos algunos minutos, Jemkha volvió la cara y contempló el grueso del ejército, con las enormes moles de los thaurroks que sobresalían, caminando sumisamente entre los guerreros como si se tratara de mascotas amaestradas. Algunos de los monstruos tiraban de pesadas catapultas, que también sobresalían en la distancia. Todo ello, unido al constante resonar de los tambores de guerra, producía un efecto capaz de sobrecoger al guerrero más curtido.

En una sola mañana, los zakhir habían logrado rastrear a conciencia casi todo el territorio de la costa entre Aldénuri y la montaña de Beltz a la que, desconociendo su verdadero nombre, denominaron «la gran montaña del Oeste».

Sin embargo, no habían encontrado un solo ser humano con vida. Los caseríos y poblados que encontraron a su paso estaban desiertos. A juzgar por los restos, habían sido abandonados precipitadamente.

Como buitres carroñeros, los hombres de Jemkha se habían detenido a cada paso a llenar sus alforjas con los despojos que encontraban en las casas.

Uno de sus hombres encontró un collar de oro. Otro de ellos sintió envidia y se lo arrebató de las manos.

—¡Eh! ¡Es mío! ¿Qué diablos haces? ¿Quieres que te abra en canal aquí mismo?

—¡Que un rayo te parta! Quítamelo si puedes.

El zakhir que había encontrado el collar corrió a su caballo y descolgó las mazas que llevaba sujetas a la silla. Se disponía a aplastar con ellas al ladrón.

Su oponente blandía ya el hacha de guerra con las dos manos. Esperaba la acometida en posición de defensa.

El resto del grupo observaba la escena con indiferencia, después de comprobar que el jefe del grupo no detenía la pendencia. Dos de

ellos incluso cruzaron apuestas.

El macero descargó un soberbio golpe contra su adversario, que trató de detenerlo con el hacha. Solo consiguió desviarlo levemente. Las mazas le golpearon en la cabeza, hiriéndole, y las cadenas se enrollaron alrededor del mango del hacha. El macero tiró con fuerza y lo desarmó fácilmente.

Entonces Jemkha decidió que era el momento de intervenir:

—¡Alto! ¡Déjalo ya! Te quedarás con el collar. Has vencido…

No lo había hecho por piedad, sino simplemente porque le parecía mal momento para reducir los efectivos de su patrulla de reconocimiento.

Después de ayudar a restañar la herida del morghuk derrotado, continuaron en silencio su camino hacia el Oeste.

Sin dejar de cabalgar, al mediodía habían comenzado a comer la carne cruda que se había ido macerando durante la mañana bajo las sillas de montar.

Empezaban a ponerse nerviosos: ni rastro de un solo áldenor con vida… No podían regresar sin novedades. Ya no era cuestión de recompensas. Su propia vida podía verse en peligro…

Habían estudiado las huellas dejadas por los habitantes de los poblados desiertos. Se dirigían invariablemente hacia el Sur. Jemkha y sus hombres tomaron la misma dirección.

Las claros entre las nubes se habían ido agrandando a medida que avanzaba el día y ahora el sol brillaba con la fuerza propia de los días en torno al solsticio de verano. La atmósfera, límpida tras las recientes lluvias, permitía distinguir con claridad cada uno de los accidentes geográficos de la comarca.

Una ligera humareda parecía levantarse allá en las cercanías del Beltz, hacia el Oeste. Podría haberse confundido con una hoguera si no fuera porque se desplazaba lentamente hacia el Norte.

Al descubrir que se trataba de un grupo de jinetes, Jemkha esbozó una mueca de satisfacción, y ordenó galopar a sus hombres:

—*¡¡Uhl-akkan izz!!*

13

Los ruhar surgieron a decenas desde detrás de cada loma y de cada peñasco. Vestían toscas prendas oscuras confeccionadas con un paño muy rudimentario. Una especie de abultado vendaje les cubría la cabeza. También se tapaban la boca para protegerse del polvo mediante una especie de ancha cinta de color azulado. Por todo ello, Iván fue incapaz de distinguir el aspecto de sus rostros. Solo sus pequeños y escrutadores ojos quedaban a la luz.

Su lenguaje, de dicción apresurada y lleno de siseos, unido a sus movimientos rápidos y nerviosos, hizo que la imaginación de Iván le sugiriese que se hallaba ante una especie de roedores de tamaño gigante.

Aunque se había dado cuenta de que estaba siendo espiado, no había sospechado ni remotamente que pudiera tratarse de un número tan grande de merodeadores.

Los ruhar le fueron cercando hasta cerrarle el paso. Iban armados con garrotes y hondas confeccionadas con cuero de animales. Daba la impresión de que desconocían por completo el uso del metal.

Uno de ellos emitió una orden y dos de sus hombres, vivaces como serpientes, maniataron a Iván, que prefirió no quejarse ni oponer resistencia. Contaba con que antes o después se le presentaría la ocasión de escapar volando en un momento de descuido…

A empellones, le hicieron saber que querían que caminase. Iniciaron una larga marcha, probablemente hacia su poblado.

Caminaban en fila india. Dos hombres por delante y el resto por detrás del prisionero, por lo que Iván no pudo saber con exactitud cuántos eran.

El paisaje era tan monótono que parecía muy fácil desorientarse. La vista se perdía en inmensas extensiones onduladas. Sin embargo, aquellos hombres parecían saber muy bien hacia dónde iban.

Por la posición del sol, Iván conjeturó que se dirigían hacia el Sur. Le parecía también que la ruta que seguían no era completamente llana, sino que iban ganando altura de manera

apenas perceptible. Anduvieron durante horas y horas sin detenerse. Ni siquiera para comer. Habría desfallecido si no le hubiesen ido ofreciendo cada cierto tiempo una bebida de sabor avinagrado que llevaban en unos mugrientos odres.

Sus captores apenas hablaban entre sí. Parecían hechos para la vida en aquellos páramos desolados. No tenían nada que comunicarse unos con otros, o al menos parecían no sentir necesidad de hacerlo.

Iván tuvo mucho tiempo para reflexionar…, quizá demasiado. Como en otras ocasiones en que había estado cerca de los morghuks, oscuros pensamientos pugnaban por abrirse paso en su mente. Pensamientos negativos acerca de la suerte que correrían su padre, su madre y sus hermanos.

Otra vez padecía intensamente recordando la atropellada huida de su querida tierra natal y la violenta escaramuza en la que resultó herido su padre.

No eran, ciertamente, los primeros reveses que debía afrontar en la vida; pero pese a todo le seguía costando muchísimo asimilar los acontecimientos que estaba viviendo.

Y cuando conseguía apartar su pensamiento para volver al presente, era solo para tomar nuevamente conciencia de que se encontraba en una situación muy inquietante, cuyo desenlace todavía no podía prever.

Al atardecer continuaban caminando. Los captores daban muestras de estar habituados a largos recorridos en busca de caza y alimentos.

Iván caminaba exhausto y el cansancio en nada ayudaba a levantarle el ánimo. Muy al contrario, se iba sumiendo en un profundo abatimiento que le minaba las energías psicológicas que necesitaba para resistir el ritmo de los incansables ruhar. En varias ocasiones estuvo tentado de dejarse caer. Pero los empujones y amenazas de sus inmediatos guardianes se lo impidieron. Semejante ritmo constituía una auténtica tortura para quien no estuviese entrenado desde la infancia.

Llegó un momento en que el muchacho avanzaba de un modo automático, casi ausente, caminando milla tras milla en un itinerario que parecía no tener fin.

No se veían indicios de que estuvieran aproximándose a alguna

aldea o poblado. La monotonía de la marcha no era interrumpida por nada. Hasta que de repente, un distante pero imponente bramido alteró visiblemente el ánimo de los sigilosos hombres de la estepa. Cuchichearon agitados entre sí y aceleraron el paso, obligando al cautivo a correr. Iván estaba llegando al límite real de su capacidad de resistencia física.

Se oyó un segundo bramido. Provenía del Oeste. La criatura capaz de emitir semejante sonido debía, por lo menos, igualar a un thaurrok en tamaño y poderío físico. Pero aquellos rugidos eran de otra especie distinta.

Los atemorizados ruhar, comenzaron a vociferar entre sí:

—¡Yammouth!! ¡Yammouth!!

La ordenada fila india que habían guardado hasta entonces comenzó a romperse.

Un nuevo bramido, esta vez proveniente del Este y superior en intensidad a los dos anteriores, terminó por sembrar el pánico entre los hombres de la estepa.

Se produjo una auténtica desbandada. Cada cual corría lo más rápido de que era capaz, buscando refugio en alguna cueva o quizá dirigiéndose hacia el campamento o poblado más próximo.

Nadie se preocupó más del prisionero, que quedó solo en medio de la gran llanura.

Al verse libre, Iván aprovechó inmediatamente para ponerse a frotar las cuerdas que le aprisionaban las muñecas contra el borde afilado de una roca. Estaba tan cansado que el esfuerzo le resultaba muy trabajoso.

Pasaron bastantes minutos hasta que notó que las ligaduras comenzaban a aflojarse. El sudor le escocía en los ojos y le hacía agitar la cabeza, impotente, tratando de sacudirse las gotas que le brotaban constantemente desde debajo del pelo. Al fin, con un suspiro de alivio, pudo separar las manos y enjugarse furiosamente la frente con la manga.

Aún estaba frotándose las muñecas para recuperar la movilidad, cuando tras una loma cercana surgió la gigantesca figura de un yammouth. Era una auténtica mole a la que el abundante pelaje de aspecto lanoso confería una apariencia aún más formidable. Dos largos colmillos se proyectaban desde ambos lados de la boca del animal como agudísimas espadas. Sus pisadas hacían retumbar el

terreno exactamente igual que lo habrían hecho las de un thaurrok.

La enorme bestia se detuvo a unas decenas de metros. Parecía olfatear los contornos. Aún no había visto al muchacho.

Iván quedó como petrificado. Si alguna vez había pensado que sus encuentros con los thaurroks le habían vacunado contra todo sobresalto, ahora comprendió que había estado en un error. Un desagradable escalofrío le recorrió la espalda. Comenzó a concentrarse para elevarse lo antes posible. Le vino a la memoria la apurada situación que había vivido tiempo atrás, cuando el skerrag en que viajaba resultó hecho añicos por el furioso ataque de unos krilden en el mar de Enden[1]. Entonces, como ahora, hubo de sobreponerse al terror que le producía la proximidad de unos monstruos temibles.

Si el yammouth le veía o le olfateaba antes de que consiguiera alcanzar la suficiente altura, estaría perdido. Tenía que evitar pensar en eso, debía concentrarse con todas sus fuerzas en volar.

Ya casi comenzaba a elevarse cuando un nuevo bramido ensordecedor le hizo perder la concentración. Otros dos ejemplares se unieron al primero, posiblemente atraídos por su llamada.

Iván, más nervioso aún, intentó concentrarse de nuevo. Estaba ansioso por salir de allí. A cada pisada de los gigantescos animales, el terreno retumbaba con fuerza. No era fácil mantener la sangre fría…

Cerró los ojos y se tapó los oídos con las manos. Dirigió su mente a evocar su casa natal en Aldénuri, que con toda probabilidad no existiría ya, y trató de imaginar que jugaba con sus hermanos y que empezaba a ascender hacia la copa de uno de los tres abetos que flanqueaban la fachada.

Entonces comenzó a elevarse muy lentamente. Temía que su ascensión se viese repentinamente interrumpida por la violenta embestida de una de aquellas bestias, pero no osaba abrir los ojos ni separar las manos de los oídos. Tenía que mantenerse concentrado a toda costa. Era su única escapatoria. Continuó ganando altura muy despacio, en un esfuerzo que se le hacía interminable.

Comprobó que le temblaban las manos, a pesar de que trataba de apretar con fuerza los oídos. Gruesas gotas de sudor le caían por la frente.

Al rebasar la loma que le protegía del viento, una ráfaga de aire

más fresco le sacudió con cierta violencia. Instintivamente, abrió los ojos y se descubrió los oídos.

Se encontraba aún a escasa altura del suelo. Lo que le había parecido una eternidad en realidad habían sido solo unos pocos segundos.

Vio con consternación que los tres yammouths le observaban inexpresivamente. No parecían mostrar especial interés hacia un ser volador. Al menos, no el suficiente para atacarle antes de que lograra ponerse a salvo.

Con la altura, la intensidad del viento arreciaba. Era tanta su fuerza, que Iván se dejó llevar sin ofrecer resistencia. Cualquier lugar era preferible a permanecer al alcance de aquellas moles imponentes. Poco o nada importaba por ahora hacia dónde fuese arrastrado. Le bastaba con alejarse a una buena distancia de aquel peligro.

Aliviado por el momento, continuó ascendiendo hasta que consiguió ganar una altura que le devolvió una consoladora sensación de libertad. La tensión padecida entre los ruhar cedió considerablemente, mientras sentía renacer las fuerzas en su interior.

Permaneció largo tiempo en el aire. Nuevamente viajaba hacia el Sur, pues el recio viento seguía soplando del Norte.

En la lejanía, hacia el Este, le pareció vislumbrar el perfil de imponentes cadenas montañosas de las que jamás había oído hablar.

Anchos y caudalosos ríos reverberaban en la distancia. Volaba tan alto y estuvo tanto tiempo absorto contemplando el bello paisaje, que para cuando quiso darse cuenta, había olvidado localizar la ruta seguida por los hombres ruhar en su huida. No volvió a ver ni rastro de sus antiguos captores.

En su lugar, tras coronar un amplio promontorio, descubrió a lo lejos lo que parecía una importante ciudadela. Sólidas murallas la protegían. Se trataba de un lugar tan desconocido para Iván, como las montañas y ríos que acababa de descubrir en lontananza.

Comprendió que debía tomar una decisión: a pesar de que el largo rato suspendido en el aire le había supuesto un descanso físico, muy similar al experimentado al flotar en el agua del mar, seguía estando cansado y sediento, y tenía mucha hambre. Se

encontraba demasiado hambriento y debilitado para poder confiar en sus propias posibilidades de obtener alimentos: no tendría otro remedio que aventurarse a aterrizar en aquella aldea.

Hasta donde podía ver y juzgar, el aspecto de la población era pintoresco. Altas y sólidas torres se alzaban en puntos estratégicos a lo largo de las murallas. La pulcritud y el cuidado de los detalles arquitectónicos atrajeron su atención a medida que se iba acercando. Desde luego, no podía tratarse de un asentamiento ruhar. Horas de caminata en medio de aquellos hombres le habían proporcionado el convencimiento de que un pueblo así habría sido incapaz de realizar una obra de semejante perfección y belleza.

Se afianzó en la idea de que valía la pena correr el riesgo y darse a conocer. Tampoco tenía alternativa: de lo contrario, acabaría desfalleciendo a la intemperie.

Estaba ya muy cercano a las murallas. Descubrió que un río abrazaba completamente el perímetro de las fortificaciones exteriores, sumando una nueva defensa al ya de por sí robusto emplazamiento.

Estudió con detenimiento la campiña y, cerciorándose de la ausencia de yammouths o de algún otro tipo de amenaza visible, descendió lentamente hasta el suelo. Juzgó preferible acercarse a pie a las puertas de la ciudad; de ese modo no levantaría recelos y, en caso de peligro, contaría con una inestimable baza que jugar en su huida.

A medida que perdía altura, las murallas que desde el aire le habían impresionado por su factura, pasaron a sobrecogerle por su tamaño.

Ya en tierra, comprendió que se hallaba ante una auténtica ciudad fortificada en el más noble y pleno sentido de la palabra. Pensó que debía de tratarse del asentamiento de un rey.

Más confiado, continuó caminando hacia la ciudad. Había aterrizado a una buena distancia para evitar que le distinguieran en el aire. Casi se arrepentía de haber descendido tan lejos. Después de las horas de caminata entre los ruhar, tenía llagas y rozaduras que no le dejaban un punto sano en los pies. Con cada paso sufría las consecuencias de aquella interminable jornada de marcha. El sol comenzaba a ocultarse por el Oeste. Debía darse prisa si quería llegar antes del anochecer.

El territorio era llano en su mayor parte, si bien no estaba exento de irregularidades: pequeños arroyos que abrían surcos y quebradas aquí y allá, obligando a Iván a seguir una ruta sinuosa en lugar de dirigirse derechamente hacia las puertas de la muralla. En algunas ocasiones, al descender hasta las piedras sobre las que parecía posible vadear un arroyo, o al franquear una zona algo más baja, perdía temporalmente la visión directa de la ciudad.

Con la cercanía del crepúsculo, las sombras se alargaron y el paisaje pareció transformarse de modo sustancial. El aire refrescaba muy rápidamente y en el ambiente parecía emerger algo siniestro y hostil.

Gracias a Dios, estaba ya muy cerca de la ciudad. Todavía quedaban algunos minutos de luz, media hora quizás. Tiempo más que suficiente para llegar a sus puertas.

Pero, casi al mismo tiempo que se consolaba con ese pensamiento, un gruñido aterrador le cortó la respiración.

14

Tanto podía tratarse de una patrulla de reconocimiento de Béltzeren, como de una partida de morghuks, una avanzadilla de las huestes que vendrían después.

Warko notó que un escalofrío le recorría la espalda al advertir su presencia en el horizonte.

Antes de decir nada, trató de distinguir mejor su aspecto, pero la distancia hacía muy difícil apreciar detalles característicos de los jinetes que galopaban hacia ellos.

Entonces, señalando hacia el frente, preguntó:

—¿Habéis visto eso?

Lánder, Fínedan y Jan no alcanzaban a ver nada aún. Su vista no podía competir con la de Warko. No obstante, los tres veteranos prefirieron ponerse en lo peor y pusieron alerta al resto del grupo. Todos, en absoluta inmovilidad, escudriñaron intensamente el horizonte, intentando confirmar o desechar la impresión de Warko.

Instantes después, un joven llamado Délain, que había padecido ya la crueldad del enemigo en su propia familia, exclamó:

—¡Son ellos! ¡Son morghuks!

En efecto, a medida que los jinetes se aproximaban, podía apreciarse con cada vez mayor claridad el característico e intimidatorio aspecto de la patrulla de zakhir con Jemkha a la cabeza. Pronto pudieron distinguir sus yelmos coronados por enormes astas de toro, la profusión de extraños colgantes al viento y hasta los colores de sus siniestras pinturas de guerra.

Todos miraron a Lánder en silencio, manteniendo firmes las riendas de sus cabalgaduras.

El veterano áldenor se tomó unos instantes para sopesar las posibilidades. Aún estaban a tiempo de galopar para buscar refugio tras los muros de Béltzeren. Eso evitaría un encuentro cuerpo a cuerpo con el enemigo y el consiguiente derramamiento de sangre. No había tiempo que perder. Con gesto decidido, devolvió la mirada a sus compañeros, mientras hacía volverse a su montura.

—¡A Béltzeren! ¡Vamos! ¡Al galope…!

Los siete miembros de la patrulla espolearon a sus caballos

campo a través e iniciaron la escarpada ascensión hacia el poblado de montaña.
Los jinetes zakhir, percatándose de la maniobra de huida y deseosos de tomar prisioneros a los que su jefe pudiera interrogar, modificaron el rumbo, acelerando su marcha. Su intención era cortar el paso a los hombres de Lánder y obligarles a presentar batalla.
Béltzeren se hallaba todavía a casi una legua de distancia. Había tiempo más que suficiente para que los áldenors fueran alcanzados si cualquier imprevisto entorpecía o ralentizaba su marcha pendiente arriba.

Warko cabalgaba el primero. Su caballo era el más rápido y él era el jinete más ligero. El resto le seguía a poca distancia, con Lánder a la cabeza.

El terreno era irregular y muy pedregoso. Nadie ignoraba que los caballos corrían el riesgo de tropezar o de lesionarse a cada paso.
Los límites del Áldendor eran fácilmente reconocibles por la línea de torres de vigía que custodiaban su seguridad. Al igual que en Léhiandär o en el Thanegh, en la montaña sobre la que se asentaba Béltzeren existía un importante bastión fronterizo.

Hacia el Oeste se extendía una región poco explorada y apenas conocida. Tribus salvajes recorrían el territorio y de vez en cuando trataban de lanzar incursiones, que eran sistemáticamente repelidas por los guerreros de la guarnición de la frontera.

Desconocedores de los últimos acontecimientos, los habitantes de la comarca de Beltz habían vivido las últimas semanas en medio de la más absoluta normalidad.

Pero la frenética persecución no pasó inadvertida a los vigías de la torre de Béltzeren, en constante observación de cualquier movimiento anómalo.

En la torre se produjo un momento de desconcierto, mientras el centinela llamaba a otros y cambiaban impresiones. La distancia no permitía reconocer la identidad y el origen de los jinetes. De cualquier manera, no eran habituales las persecuciones de ese tipo en el interior del Áldendor. Algo extraño estaba ocurriendo y la guarnición decidió dar la alarma.

Uno de los vigías hizo sonar el cuerno de guerra, cuyo eco

resonó con fuerza amplificándose al rebotar contra las paredes rocosas de la montaña.

A su ronca llamada, todos los hombres en condiciones de empuñar un arma acudieron a prepararse para la defensa. En especial, los guerreros de la guarnición de la frontera.

Entretanto, la patrulla dirigida por Lánder continuaba su frenética carrera monte arriba.

Los jinetes morghuks acortaban distancias lentamente.

Lánder había intentado hacer sonar su cuerno varias veces. Su tono característico era conocido y fácilmente identificable en las tierras del Oeste del Áldendor. Si los hombres de Béltzeren lo oían, sin duda saldrían en su defensa. Sin embargo, la necesidad de mantener los cinco sentidos atentos a dominar su montura sobre un terreno tan irregular le había impedido hacerlo hasta ahora.

Warko, consciente del peligro, azuzaba a su caballo a cada instante. Sabía que si no conseguían llegar a las murallas antes de que los morghuks les dieran alcance, estaban perdidos. Si el enemigo atacaba desde la espalda con sus pesadas mazas y hachas, los áldenors estarían en clara inferioridad. Quizás hubieran cometido un error en el momento de tomar la decisión de escapar, cuando todavía podían haber hecho frente al enemigo, pero la suerte estaba echada, era ya tarde para lamentarse…

En medio de estas cavilaciones, el caballo de Warko tropezó y cayó, lanzando a su jinete por los aires.

Inmediatamente, Lánder tiró con fuerza de las riendas de su montura para dirigirse a donde había caído el muchacho, que yacía inmóvil.

—¡Voy hacia allá, Warko! ¡No te apures! ¡Vosotros seguid —gritó a los demás—, os alcanzaremos en seguida!

Los morghuks continuaban acercándose a una velocidad frenética, como si montaran caballos desbocados.

Lánder descabalgó junto a Warko y comprobó que respiraba. Antes de incorporarlo descolgó el cuerno de guerra del cinto y lo hizo sonar con todas sus fuerzas…

Los hombres de Béltzeren, reconociendo la llamada de Lánder, se prepararon a salir en su defensa. Pero la distancia era demasiada para asegurar que llegarían a tiempo.

Fínedan, Jan y los otros tres, viendo que Lánder había

desmontado, dieron la vuelta y acudieron también al lugar en donde Warko había caído. Rápidamente formaron un círculo a su alrededor para hacer frente al enemigo y protegerse mutuamente.

Los zakhir estaban ya muy cerca. Jemkha daba grandes voces ordenando a sus hombres la estrategia que debían seguir. Inmediatamente, los jinetes se dividieron en dos grupos: el primero pasaría de largo monte arriba para después regresar y caer con la ventaja de la pendiente a la espalda de los áldenors, mientras el segundo atacaría de frente.

Los hombres de Lánder apenas tenían elección sobre la estrategia defensiva. Detenidos para proteger al caído, solo podían hacer frente a los primeros atacantes y esperar acontecimientos. Warko permanecía tendido en el suelo, en medio del cerco que habían formado a su alrededor. Respiraba, pero no había recobrado aún el conocimiento.

Jemkha blandía ya su enorme hacha dispuesto a deshacer la débil línea defensiva al primer golpe.

—¡¡Las ballestas!! —gritó Fínedan.

Warko abrió los ojos y se sentó torpemente. Estaba todavía desorientado. No tenía ningún hueso roto, al menos eso pensaba. Su ballesta, colgada a la espalda durante el viaje, había rodado con él sin sufrir daños. Jan, que había bajado de su caballo y había acudido a ayudarle, se ocupaba en armarla y cargarla con la máxima celeridad. Sus dedos, temblorosos a causa de la urgencia con la que debía actuar, se movían con cierta torpeza. Entretanto, masculló con voz entrecortada:

—¿Estás bien? ¡Nos atacan! Intenta ponerte en pie…

Warko murmuró un confuso asentimiento, mientras trataba de levantarse. Se iba dando cuenta cada vez con mayor claridad de la apurada situación en la que se encontraban.

En ese momento, cuando los zakhir estaban a solo doscientos metros, Délain, en medio de la tensa espera, se irguió sobre los estribos y gritó:

—¡Hay que cortarles el paso: quieren envolvernos!

Sin esperar más, espoleó a su caballo y, secundado por otro de los jóvenes áldenors llamado Kérun, arrancó espada en alto al encuentro de sus atacantes.

—¡Nooo! —gritaron Lánder y Fínedan al unísono—. ¡Volved!

¡Tenemos que seguir agrupados!
Lánder era un veterano y experto guerrero. Fínedan, por su parte, conocía bien a los morghuks. Ambos tenían razón en alarmarse ante el equivocado movimiento de los jóvenes. El empuje de la fuerza atacante era demasiado para que dos hombres solos pudieran detenerlo o, siquiera, retardarlo.

Los morghuks, lanzando sus horribles alaridos de guerra, cargaron contra ellos.

Délain, el primero de los áldenors que se habían adelantado, trató de parar con el escudo el violento hachazo de uno de los hombres de Jemkha, pero cayó por tierra como si lo hubiera derribado un rayo. El jinete enemigo lo remató sin necesidad de desmontar. Su avance blandiendo el hacha de guerra parecía tan imparable como un tornado.

15

En cuestión de segundos, Kérun, el segundo de los jóvenes compañeros de Lánder, caía igualmente sin vida. Jan consiguió disparar su ballesta y acertó con un flechazo mortal al verdugo de sus compañeros de expedición.

Tras esta primera escaramuza, el número de contendientes se había igualado: Lánder, Fínedan, Jan, Warko y el guerrero llamado Ílduir, debían hacer frente a Jemkha y otros cuatro jinetes.

Lánder, viendo a Warko recuperado y consciente de que mientras permanecieran parados irían sucumbiendo uno a uno ante los aguerridos morghuks, ordenó a sus hombres:

—¡Hay que continuar hacia Béltzeren! ¡En marcha! ¡Si nos quedamos aquí, jamás saldremos con vida!

Mientras los demás hacían girar sus caballos, Jan volvió a disparar desde tierra contra otro de los atacantes. Erró el tiro y provocó que el salvaje morghuk, que acababa de ver de cerca la cara de la muerte, cargara directamente contra él.

No había tiempo material para volver a cargar la ballesta, así que, abalanzándose sobre el caballo herido de Warko, Jan trató desesperadamente de soltar la lanza que llevaba sujeta a uno de los costados.

El atacante, hacha en mano, se acercaba como una exhalación.

En cuanto logró destrabar la lanza, el farero de Aldénuri se arrodilló y la sujetó firmemente con la punta hacia el jinete morghuk, hundiendo su contera en tierra para resistir la acometida del caballo de su agresor.

El atacante quiso esquivarle, pero el animal llevaba demasiada velocidad y estaba demasiado cerca para corregir el rumbo. En un instante, el caballo mortalmente herido y su jinete rodaban por tierra envueltos por el alarido de Jan, que expresaba por igual terror y victoria.

—¡Aguanta Jan, ya llegamos! —gritaron Lánder y Fínedan, volviendo a recoger a su amigo.

El morghuk se había levantado rápidamente, lanzándose como una fiera enloquecida contra el farero.

Fínedan, cabalgando con las riendas sueltas para apuntar mejor la ballesta, consiguió abatirlo con un dardo certero.
En ese momento se oyó a poca distancia el claro sonido de los cuernos de Béltzeren, que produjo en los áldenors la misma emoción que la melodía más armoniosa. Los refuerzos caerían sobre los zakhir restantes si no emprendían la retirada de inmediato.

Los morghuks eran salvajemente fieros en combate e incapaces de encajar una derrota. Jamás soltaban una presa, aunque les fuera la vida en ello. Pero eran también taimados y calculadores. Jemkha valoró rápidamente la situación y decidió retirarse para emboscarse durante unas horas con los otros tres supervivientes. Después podrían continuar rastreando el paradero de los áldenors huidos y volver a caer sobre ellos en ocasión más favorable.

Antes de emprender la retirada, el cabecilla de los zakhir arrojó con violencia una lanza que atravesó la espalda de Ílduir, momentáneamente distraído por la llegada de los refuerzos. Nada pudieron hacer los demás por evitarlo.

Lánder, Fínedan, Warko y el bravo farero miraron con rabia y abatimiento los cuerpos de sus compañeros caídos, mientras los cuatro jinetes morghuks se alejaban al galope.

Los hombres de Béltzeren habían llegado a tiempo de impedir que la matanza fuera completa: los morghuks se habrían contentado con dejar un solo prisionero con vida para que Mokke pudiera interrogarlo.

—¿Quién está al mando? —preguntó Lánder a los recién llegados, sobreponiéndose a la amarga sensación de cansancio que le invadía.

—¡Yo, Áradain, hijo de Éradair!

—¡Áradain! ¡No te hubiese reconocido! Han pasado tantas cosechas…

—Es cierto, Lánder. Aunque veo que sigues siendo el mismo de siempre —respondió Áradain en una clara referencia a la evidente fortaleza del veterano de Érdain.

—Te agradezco tus palabras, Áradain —respondió Lánder esbozando una triste sonrisa; y pasó inmediatamente a dar cuenta de la grave situación en que se encontraban—, pero ahora escúchame bien: ¡Grandes desgracias se ciernen sobre el Áldendor! Un gran ejército de un pueblo enemigo llamado morghuk, ayudado

por enormes bestias a las que dominan a voluntad, avanza hacia aquí. Han asolado ya el Áldendor. Los pocos que hemos conseguido escapar nos hemos refugiado en las montañas, en la fortaleza del Reino Perdido. Hemos venido a avisaros para que os unáis a nosotros. Ya hemos hecho lo mismo con la gente de Léveren.

»Lamento ser portador de tan malas noticias, pero debo añadir una petición urgente: esos cuatro morghuks que acaban de huir informarán de nuestros movimientos y el enemigo vendrá con mayor celeridad, sabiendo que aquí hay población. Debéis alcanzarlos y acabar con ellos, solo así ganaremos el tiempo necesario para reforzar las defensas en Muihl-Athern. El tiempo es crucial para preparar una resistencia capaz de hacer frente a lo que se nos viene encima.

Áradain era un hombre joven que conocía a Lánder desde la infancia. Sin dudar de la veracidad de sus palabras, respondió dirigiéndose a uno de sus hombres:

—Fériun, sigue a los fugitivos con diez hombres de la guardia de la frontera hasta la cuenca del Irkoa. No más allá. Si no lograrais alcanzarlos, regresaréis directamente a la fortaleza del Reino Perdido.

»¡Id con cuidado! ¡Y que vuestra ausencia no se prolongue más tiempo del indispensable! ¡Entretanto, nos encargaremos de ayudar a vuestras familias a prepararlo todo!

Fériun y sus hombres partieron inmediatamente: la estela de polvo levantada por los fugitivos aún era fácilmente visible a escasa distancia hacia el Este.

El resto ascendieron hacia la aldea, en donde, dado lo avanzado del día, esperarían hasta el amanecer.

El grupo de Lánder fue invitado a cenar con Éradair, el Thaine. También estarían presentes Ilika, la esposa del Thaine, y su hijo mayor, Áradain. Lánder y Éradair eran viejos amigos, de modo que las explicaciones resultaron incluso más sencillas y breves que con Áramil.

Béltzeren era un lugar famoso por su venado. Ilika sabía preparar la carne al gusto de la región de Érdain, lo cual contribuyó a suavizar ligeramente los tintes dramáticos de la conversación. La reciente muerte en combate de tres compañeros pesaba extraordinariamente en los ánimos de todos. Pero por primera vez

en muchas horas, Lánder y los demás pudieron relajarse compartiendo su preocupación con gentes amigas:

—Será necesario que todos conozcan las noticias cuanto antes. Debemos estar listos para partir inmediatamente en cuanto amanezca. El camino hasta el Reino Perdido es largo y el paso de toda la aldea en marcha será sin duda muy lento. Necesitaremos aprovechar todas las horas del día para avanzar lo máximo posible.

Éradair asentía con la cabeza, aunque tenía la mirada perdida, fija en la madera que chisporroteaba en el fuego.

—Tantas generaciones seguidas en esta aldea y ahora…, ahora no sabemos si algún día podremos regresar…

Ilika le acarició el hombro y trató de consolarle:

—Volveremos, Éradair. También la flor de montaña en lo alto del Beltz debe pasar largos meses bajo la nieve antes de volver a ver la luz del sol y al brotar es las más bella de todas las flores…

»Ahora se nos pide escondernos, pero también llegará la primavera para nosotros.

Éradair miró conmovido a su mujer, esbozando una débil sonrisa. Sacudió la cabeza con resignación y ordenó a su hijo mayor:

—Encárgate de avisar en la aldea. Todos deben estar preparados antes de que salga el sol. Las familias de los que han salido tras los pasos de los morghuks…, que alguien les eche una mano, que no se sientan solas en estas horas amargas…

—Así lo haré, padre.

Áradain se levantó y tras saludar cortésmente a los forasteros, abandonó la sala.

—Áradain…, buen muchacho —musitó su padre orgulloso cuidando de que su hijo no alcanzara a oírle.

Thórman-Dun

1

Iván apretó el paso. A pesar de su extrema debilidad, sabía que debía apurar hasta las últimas fuerzas.

Sonidos inquietantes y desconocidos se superponían a los lejanos gruñidos.

La luz de las antorchas sobre las torres de la ciudad, en contraste, se le antojaba segura y acogedora.

Un aullido, agudo e hiriente como la hoja de un cuchillo, le paralizó la sangre en las venas. Nunca había oído antes un alarido tan insultantemente amenazador y frío. Se detuvo un instante, aguzando el oído.

Algo se movía muy rápido hacia donde estaba. Al parecer, eran varias las criaturas desconocidas que se aproximaban, pues creyó distinguir rumores provenientes de lugares diversos a su alrededor. Era como si lo estuvieran rodeando para acorralarlo.

Las murallas estaban a unos centenares de metros.

Los nervios le dominaron y, de manera instintiva, echó a correr. Un pánico irresistible se había apoderado de él, arrebatándole la presencia de ánimo necesaria para concentrarse en levantar el vuelo.

Trató de gritar pidiendo auxilio, pero sentía la garganta agarrotada y apenas consiguió susurrar:

—¡Socorro! ¡Los de la ciudad…!

Los sobrecogedores jadeos y el ruido de pisadas se iban haciendo cada vez más audibles a sus espaldas y a ambos lados. Quizá estuviera aún a tiempo de elevar el vuelo, pero su agitación interior era demasiada. El pánico le atenazaba casi físicamente.

Continuó corriendo, con toda la energía que le prestaba el miedo, hacia las puertas de la ciudad.

Trató de gritar de nuevo:

—¡Socorro…!

Demasiado débil. Nadie le hubiera podido oír.

Un nuevo aullido, incomparablemente más cercano, avivó el terror, pero ya no podía correr más deprisa: le parecía que las piernas eran de otra persona y no podía controlarlas. Llegó a

pensar, con extraña lucidez, que nunca se había encontrado tan cerca de la muerte, a pesar de las situaciones por las que había pasado…

Un joven, forastero en la ciudad, se asomó desde lo alto de las murallas atraído por los terribles aullidos provenientes de la llanura. A la luz crepuscular pudo observar cómo alguien corría hacia las puertas, con una manada de warolf asesinos a punto de darle alcance.

Sin perder un momento, bajó las escaleras de cuatro en cuatro hasta el lugar donde la guardia del portón custodiaba las entradas y salidas:

—¡Rápido, abrid las puertas! ¡Fuera hay alguien perseguido por una manada de warolf!

—¿Te has vuelto loco? No puede haber nadie con vida ahí fuera a estas horas. ¡Incluso los yammouth temen a los warolf y se reagrupan para pasar la noche!

—¡Os doy mi palabra de que acabo de verlo! ¡No hay tiempo que perder! ¡Si no abrimos el portón, lo despedazarán aquí mismo, junto a la puerta!

—¡Y si abrimos y los warolf consiguen entrar, nos despedazarán a todos nosotros!

—¡Seréis responsables de su muerte!

Un hombre ya anciano entró en ese preciso instante y, en cuanto se dio cuenta del motivo de la discusión, ordenó enérgicamente:

—¡Hacedle caso! ¡Abrid el portón! ¡Bajo mi responsabilidad!

Mientras los hombres de la guardia iniciaban la maniobra de descenso del pesado portón que hacía a la vez de puente de acceso a la ciudad, un retén se preparaba para hacer frente con sus armas a los temibles warolf.

La tensión entre los guardias del puesto de entrada se elevó sensiblemente, como en los instantes que preceden a una batalla.

A Iván comenzaban a fallarle las fuerzas y, sobre todo, la esperanza de éxito: ¿de qué le serviría llegar hasta los muros de la ciudad si no iba a poder entrar y ponerse a salvo? Su imaginación le representaba espantosas criaturas ya a punto de lanzarse sobre él desde todas las direcciones.

Trató de gritar por última vez:

—¡Por favor! ¡Los de la ciudad! ¡Abrid la puerta!

Nadie daba señales de haberle oído. Estaba extenuado y le faltaba el aire en los pulmones. El corazón parecía querer estallarle en el pecho cuando, para su sorpresa y alegría, el portón comenzó a descender pesadamente, con un quejumbroso chirrido de los goznes.

Intentó acelerar su carrera con nuevos bríos.

Los gruñidos de las bestias indicaban bien a las claras que iban acortando distancias a cada paso. ¡Tenía que alcanzar el puente levadizo antes que ellas!

Y el puente debía bajar a tiempo…

Continuó corriendo, mientras el puente descendía con agobiante lentitud hasta tocar tierra.

En cuanto saltó sobre él, los hombres de la guardia, sin esperar siquiera a que se incorporara, comenzaron a izarlo de nuevo.

El primero de los warolf llegó a tiempo de saltar sobre la plancha, que apenas se había alzado un metro del suelo. Con medio cuerpo colgando fuera, empezó a contorsionarse violentamente para intentar subir las patas traseras.

Iván estaba aún a cuatro patas, desfallecido e incapaz de reaccionar.

Al final del portón, en la penumbra de la entrada, una figura que se le antojó vagamente conocida le gritaba:

—¡Vamos! ¡Un poco más! ¡Ya casi lo has conseguido!

Fueron las últimas palabras que oyó antes de desvanecerse.

Al despertar, permaneció inmóvil, mirando desorientado al techo: ¿Qué día era? ¿Dónde estaba?

Volvió muy lentamente a la realidad. Recordó su huida de Aldénuri en medio de la noche, la captura por los hombres de la llanura y la aparición de los gigantescos yammouths. Después había volado un buen trecho hasta que divisó una gran ciudad… Borrosamente creía recordar también que unas extrañas criaturas le habían perseguido y cuando estaba a punto de morir devorado, las puertas de la ciudad se abrieron. No sabía si realmente o en sueños, una voz amiga le había animado a un último esfuerzo…

—¡Iván! ¡Por fin has despertado! ¡Gracias a Dios!

Girando bruscamente la cabeza, Iván vio que quien le hablaba era Astuur, que acababa de entrar por la puerta de una espaciosa

habitación del castillo de la ciudad fortificada de Thórman-Dun. A pesar de que era verano, el fuego crepitaba en la chimenea, pues los gruesos muros dificultaban la entrada del calor diurno.

¿Estaba todavía soñando, o era verdad lo que veían sus ojos?

Se pellizcó con fuerza y se restregó los ojos, provocando una gran carcajada de Astuur, que se alegraba enormemente de volver a ver a su amigo sano y salvo.

—¡Iván! ¡Haz el favor de no pellizcarte más o tendremos que volver a llamar al médico!

—¡Astuur…! Entonces…, ¿es cierto? ¿Eres tú? ¿Estás aquí? ¿Cómo has venido?…

Al oír las voces, Gheós y Ghulden entraron también en la habitación. Al verlos, Iván se emocionó visiblemente. Después de la tensión y el agotamiento de los días precedentes, en los que había presenciado la muerte de seres queridos y la grave herida de su padre, y en los que él mismo había estado tan cerca de morir, verse rodeado de sus buenos amigos del Errion-Thal le supuso tal consuelo que no pudo contener las lágrimas de pura alegría.

Gheós se inclinó sobre él con una sonrisa que, sin embargo, no conseguía ocultar que pesaban sobre su ánimo graves preocupaciones:

—¡Iván! —le habló con su voz serena de siempre—: una vez más volvemos a reunirnos. En realidad, nunca hemos llegado a alejarnos de verdad: mucho me temo que seguimos metidos en la misma guerra que hizo que nos conociéramos en el Errion-Thal.

—Pero… ¡es asombroso!

—Lo es, sí. Aunque recuerda que sigues siendo el Bèrehor y nosotros…, en fin, parece que también tenemos algún papel que desempeñar en relación con el Bèrehor…

Dándose cuenta de que aún no había saludado a Ghulden, Iván se dirigió a él:

—¡Ghulden! ¿Cómo estás?

—Bien, Iván. Contento de tenerte con vida entre nosotros. Aunque me parece que no debemos cansarte más con nuestra cháchara. Cuando te recuperes del todo habrá tiempo de charlar largo y tendido.

—¿Recuperarme? ¡Si estoy perfectamente! Si no, decidme: ¿cuántas horas llevo durmiendo aquí? —El muchacho se incorporó

y se sentó al borde de la cama para demostrar que estaba en plena forma y dispuesto a retomar la acción en ese mismo instante.

—Exactamente dieciséis —respondió inmediatamente Astuur, que lo tenía bien calculado.

—¿Veis?, estoy recuperado… ¿Qué pasó exactamente anoche… o cuando fuera?

—Has tenido mucha suerte —respondió Gheós—. Te has salvado por los pelos: llegaste al pie de las murallas con una manada de warolf pisándote los talones…

—¿War-qué…?

—Warolf —intervino Ghulden—: son fieras extremadamente agresivas y voraces. Su aspecto es parecido al de un lobo, pero son más voraces y muchísimo más grandes. Su tamaño se acerca más al de un oso.

»De día se esconden, pero los warolf son los dueños de la noche en los territorios donde se asientan. Desde el crepúsculo hasta el amanecer vagan por las llanuras buscando presas: ni siquiera esperan a matarlas para disputarse entre ellos el bocado más grande.

»Por eso ningún hombre de la región osaría aventurarse de noche por la llanura.

—Pero uno de esos animales consiguió saltar sobre el puente… Es casi lo último que recuerdo, junto con la voz de Astuur dándome ánimos…

—Así es. Izamos el puente justo a tiempo. Solo ese consiguió saltar sobre la plancha. Los arqueros estaban preparados y pudieron matarlo con flechas incendiarias. Aun así, fue un momento tremendo. Una sola de esas bestias bastó para poner en jaque a toda una guarnición de experimentados guerreros.

»En fin, creo que eso explica lo poco poblado que se encuentra este territorio.

—Hay unos hombres…

—Los ruhar —asintió Gheós—. ¡No me digas que también te tropezaste con ellos!… Viven en cuevas. Son despreciables: un pueblo carroñero. Llegan a practicar el canibalismo.

—Me capturaron, pero logré escapar —respondió Iván escuetamente, pues estaba deseando saber cómo y por qué habían llegado sus amigos hasta aquel remoto lugar.

Gheós, sonriendo con comprensión ante la curiosidad de Iván, le relató en breves trazos lo sucedido en el Errion-Thal en las últimas semanas: hordas de morghuks acompañadas de thaurroks habían invadido el territorio de improviso. Se habían servido de personajes que, como Hugo Gorkhol hiciera en su día en Aldénuri, vivían infiltrados y camuflados entre el resto de la población. Ya no cabía dudar de que uno de ellos era quien había robado la llave de Fenndor años atrás, poco antes de la llegada de Iván al bosque de Arkane.

En esas circunstancias, el viaje desde Eekklo hasta Aldénuri era inviable por tierra y mar. Por ese motivo, el anciano había enviado algunos mensajes apresurados, tratando de poner sobre aviso al Áldendor y a otros territorios.

A su vez, el Thaine había encargado a Gheós la arriesgada misión de acudir a la ciudad donde se encontraban, llamada Thórman-Dun, en busca de ayuda.

Thórman-Dun era la ciudad de una brava estirpe de guerreros cuyo origen había que buscarlo en las edades antiguas. En la época de la emigración de una parte de los primeros habitantes del Errion-Thal al Áldendor, algunos de ellos continuaron viaje hacia el Sur y fueron bien acogidos en Thórman-Dun, donde se establecieron definitivamente. Eso explicaba que una de las dos lenguas de uso común en la ciudad fuese el aldenórico y que, además del thormándico, se hablase también un dialecto que en realidad era una simpática mezcla de los dos idiomas principales.

—¡Un momento! —interrumpió Iván—: ¡Guerreros! ¡Yo los vi pasar al galope en la estepa! Su sola presencia en la lejanía pareció atemorizar a los ruhar…

—Es muy posible… Nosotros enviamos un destacamento a Aldénuri. Siento mucho que no lograse llegar a tiempo. Aunque a decir verdad…

El semblante de Gheós se nubló por un instante, después continuó:

—La hora que vivimos es muy negra, Iván, y creo que será decisiva: o ellos o nosotros…

—¿Qué quieres decir?

—Quizás esté equivocado, pero algo me dice que esta vez es la definitiva: ellos también han sufrido importantes bajas, pero han

arrasado el Errion-Thal y muy probablemente Nielsko; en el Áldendor, a estas horas, ya solo quedará el reducto de Muihl-Athern…

»Así las cosas, no habrá una próxima vez. O conseguimos derrotarlos o no sobreviviremos a la invasión. Por eso me alegro de tener con nosotros de nuevo al Bèrehor sano y salvo…

2

Tal como había ordenado el Thaine, el amanecer encontró a la aldea de Béltzeren ya lista para partir.

Desde los más jóvenes hasta los más ancianos, nadie era capaz de ocultar su gran dolor. Había lágrimas en muchos ojos: contenidas en algunos casos, acompañadas de llantos y gemidos en otros.

La mañana era fresca. Ráfagas de viento descendían desde la montaña. Parecían querer despedir a los habitantes que durante generaciones habían acompañado a la imponente mole del Beltz.

Fínedan reprimía también a duras penas las lágrimas, profundamente compadecido del dolor de tanta gente. Él, que había sufrido un cautiverio atroz durante la mayor parte de su vida, era especialmente sensible ante el sufrimiento de los demás, aunque bien sabía que no existía alternativa.

A una orden de Éradair, el Thaine, la población inició la marcha. No hubo palabras para la ocasión, ni miradas atrás. Toda la aldea estaba ya perfectamente informada de lo que ocurría. Por su propia supervivencia, debían llegar a la fortaleza de Muihl-Athern lo antes posible. Mientras estuviesen en camino serían muy vulnerables. Debían imprimir a su marcha el mayor ritmo posible.

Pronto se formó una larga caravana de carretas tiradas por caballos y bueyes. Sobre ellas viajaban los ancianos, las mujeres y los niños, además de una multitud abigarrada de enseres apilados con celeridad durante las breves horas nocturnas.

Los guardias de la frontera, fuertemente armados, cabalgaban a los flancos de la caravana.

A pesar de que espesas nubes impedían contemplarlo, la claridad del sol naciente aumentaba por momentos, alumbrando el dificultoso camino.

Lánder pidió que se enviaran oteadores algunas millas por delante. Deseaba cerciorarse de que no encontrarían nuevas sorpresas desagradables como la de la víspera. Jan y Warko se ofrecieron como voluntarios para la tarea:

—¡Nosotros iremos! ¡Nadie mejor que un farero para observar, y la juventud y fortaleza de Warko me defenderán en caso de apuro!

Era cierto que, durante los tres años transcurridos desde su regreso de Erreth-Llàyr, Warko había madurado mucho, debiendo cubrir el hueco dejado por su difunto padre en multitud de tareas, y que a la madurez psíquica había acompañado un nada desdeñable crecimiento físico. En esos tres años, el adolescente larguirucho y desproporcionadamente desarrollado se había convertido en un muchacho fornido.

—Bien, Jan —aceptó Lánder—, pero por favor, tened cuidado…, ya ha habido demasiadas bajas. Si os envío por delante es para prevenir nuevas matanzas, no para que paguéis con vuestra vida la seguridad de los demás…

—Entendido, Lánder, seremos prudentes… —respondió Jan.

Partieron de inmediato: si algo sobraba en ese día eran largas leguas por recorrer.

Salvo durante la huida de Erreth-Llàyr, Jan había tenido muy poca relación con Warko y su familia. Durante las últimas jornadas, había comprobado que el cambio operado en el chico con motivo de la muerte de su padre había sido profundo y, por tanto, duradero. Jan le había cobrado un gran afecto, lo cual facilitó que muy pronto se entablara una espontánea conversación.

Movido por la confianza que le inspiraba Jan, Warko se atrevió a formularle una pregunta que le avergonzaba hacer a otros, por si la consideraban un tanto pueril. Sin embargo, era lo que más inquietaba a todos:

—¿Jan, crees que existe alguna posibilidad de que salgamos de esta? Quiero decir…, aun suponiendo que la fortaleza de Muihl-Athern resistiera los embates de los thaurroks y de las armas morghuks, terminaremos por agotar nuestros alimentos…

Jan no se sorprendió de la llaneza con la que Warko había expuesto su preocupación. El viejo farero de Aldénuri era, a su modo, un hombre lleno de sabiduría de la vida. Durante las horas de soledad en el faro había tenido mucho tiempo para meditar y había aprendido muchas cosas. Su respuesta desconcertó a su joven interlocutor:

—Warko, casi podría decirte que estoy seguro de que saldremos con bien de este trance.

»Sí… —se reafirmó Jan como si intentara convencerse a sí mismo—, estoy seguro de que sobreviviremos como pueblo. Habrá

bajas, sí. De hecho, ya las ha habido. Y dolor…, también lo está habiendo…, pero al final venceremos, no me cabe ninguna duda. Los morghuks desaparecerán de aquí.

Warko le observaba con asombro. Por un momento se arrepintió de haber formulado una pregunta tan directa y dudó de si el farero estaba completamente en sus cabales. Este, sin desanimarse ante la expresión de Warko, continuó:

—Te preguntarás por los motivos de mi optimismo… Verás, con la edad, la vida te enseña algunas cosas —bromeó, haciendo un cómico guiño—… Para empezar, te diré que el enemigo, por imponente que parezca, siempre tiene su punto débil.

»Quizá merezca la pena que te grabes algo en la mollera, podría servirte de ayuda en alguna ocasión. Al menos a mí me ha consolado muchas veces en esta vida. Verás…, el mal por sí solo no puede nunca subsistir: él mismo se autodestruye y desaparece. Es como un parásito sobre un árbol: si no hay árbol, no hay parásito, pues el parásito, solo, muere. Lo mismo ocurre con el mal: siempre necesita al menos una pizca de bien para subsistir, pero tarde o temprano sus mismas incoherencias y contradicciones internas terminan por aflorar de un modo u otro, y destruyen esa pizca de bien que lo sostiene todo (por ejemplo, la confianza mutua entre los que hacen el mal, su orden y disciplina, su entrega a la causa…). Y entonces…, bueno, lo que ocurre entonces es que su aparente fortaleza se desmorona, se deshace como el azúcar en el agua.

»¿Comprendes lo que quiero decir?

Warko asintió en silencio, asombrado de la profundidad de las ideas del farero. Ahora no tenía ninguna duda de que estaba plenamente en sus cabales y, además, había conseguido infundirle un optimismo que necesitaba desesperadamente.

—Jan, eso que has dicho está muy bien…

—¡Toma! —fingió indignarse Jan—. ¿Conque esas tenemos? ¿Me habías preguntado para que te respondiera una tontería?

Warko se limitó a sonreír, dando una palmada amistosa en el hombro de Jan. Continuaron cabalgando un rato en silencio, sumidos en sus pensamientos. Sus ojos escudriñaban atentamente el bello paisaje del valle que se extendía a sus pies. La suave brisa de la llanura mecía los ondulantes campos de trigo que hasta ahora habían sido cultivados por los béltzeren.

Al cabo de un rato, Warko asintió, volviendo a dar la razón a las palabras de Jan:

—Sí. Entiendo perfectamente lo que quieres decir, y me parece que tienes razón. Hay demasiada mentira y odio entre los morghuks. No me sorprendería que un día acabaran matándose entre ellos…

Jan vio brillar los ojos de Warko y se alegró de haber sido capaz de levantarle el ánimo. Alegre por ello, espoleó a su caballo y le desafió con cierta sorna:

—¡Vamos, Warko! ¡No me digas que no eres capaz de alcanzar a un viejo huesudo que apenas ha pegado ojo en toda la noche…!

—¡¿Que no?! ¡Ahora verás! —respondió Warko con buen humor.

Galoparon un buen trecho hacia el Sur, sin encontrar ni rastro del invasor. Solo bosques solitarios y campos barridos por el viento. Ya al trote, subieron un pequeño promontorio y se detuvieron para observar el terreno desde aquella altura.

Una espesa polvareda se levantaba a un par de leguas hacia el Norte. Se trataba de los béltzeren. El pesado avance de toda una aldea con caballos y ganado causaba una tolvanera visible desde mucha distancia.

—¡Es difícil no verlos! —exclamó Jan—. Dios quiera que consigamos llegar hasta la fortaleza antes de que más morghuks se dejen caer por esta región…

Warko se detuvo a su lado observando en silencio el panorama.

—Bastará con que no nos ataquen durante la jornada de hoy —respondió.

—Sí, así es. Pero el enemigo tiene sus exploradores desplegados por todas partes, ya lo vimos ayer. No me gusta nada que se destaque tanto nuestra presencia.

»Viajando tan al descubierto, no podemos bajar la guardia, y mucho menos el paso. Hay que advertir a Lánder y a Éradair.

3

La mejoría de Iván fue muy rápida. En realidad, no había estado enfermo, sino simplemente extenuado. En cuanto pudo descansar el tiempo necesario con un mínimo de tranquilidad y alimentarse normalmente, se sintió recuperado.

Pero mientras cedía la tensión de mirar a cada instante por su supervivencia, se abría paso sin obstáculos su sufrimiento moral. Padecía de veras. Casi no se atrevía a pensar en la suerte de su padre, ni en cuál sería la situación de su madre y sus hermanos en ese mismo momento.

Gheós respetó en silencio la aflicción de su joven amigo. Una mañana, con delicadeza, lo condujo a una espaciosa sala donde pudieron desayunar y charlar sosegadamente.

Iván comenzó a narrar detenidamente sus peripecias desde la precipitada salida de Aldénuri. Por un lado, quería que Gheós se hiciera cargo de todo lo sucedido y, por otro, necesitaba desahogarse. Al relatar la despedida de su madre y de sus hermanos, o las circunstancias en que su padre resultó herido, la emoción le traicionó y tuvo que detenerse unos momentos para recuperarse.

Gheós escuchaba atentamente, sin interrumpirle, respetando las naturales manifestaciones de dolor que, como un iceberg, afloraban del sufrimiento que el muchacho había tenido que sepultar en lo hondo de su alma durante todos esos días.

El relato tuvo un efecto tranquilizador. Iván fue sintiendo poco a poco que podía pensar en esos sucesos y hablar de ellos con serenidad, y hasta con esperanza.

Cuando hubo terminado de contar sus peripecias, Gheós, con expresión bastante más seria que hasta ese momento, le dijo:

—Iván, unos guerreros de Thórman-Dun trajeron hasta aquí a alguien del Áldendor en muy mal estado. Probablemente se trataba de la misma partida de jinetes que viste galopar en la llanura.

»El físico de la ciudad ha dictaminado ya la medicina que esta persona necesita para recuperarse por completo. Si no se le administra a tiempo, morirá en cuestión de semanas, pocos meses

como máximo.

Iván observaba atento a Gheós. No sabía muy bien qué tenía que ver él en todo eso. La mayor parte de la población del Áldendor había sido aniquilada, ¿por qué hablaba Gheós con tanto énfasis de una sola persona? Si el enfermo del que hablaba necesitaba con tanta urgencia esa medicina, lo que debían hacer era dársela sin demora… Sin embargo, la experiencia le había enseñado que el anciano tenía un modo enigmático de decir las cosas. Por eso se abstuvo de interrumpirle, aunque estaba lejos de entender de qué le estaba hablando.

Gheós prosiguió:

—Solo tú puedes conseguir esa medicina…

—¿Quieres decir que no está aquí? ¡Pero yo tengo que volver al Áldendor, a reunirme con los demás… Ni siquiera sé qué ha sido de mi padre y de mi familia!

—Eso puede esperar —le aseguró con firmeza Gheós—. La medicina se prepara con unas hierbas que crecen solamente en un lugar lejano y de difícil acceso, por eso posiblemente seas la única persona capaz de conseguirlas a tiempo.

—Pero, Gheós… ¿Y los supervivientes refugiados en Muihl-Athern? ¿No soy el Bèrehor? ¿No debo estar junto a ellos?

—Por supuesto que sí. Pero bastará que estés allí en el momento preciso…

»Y, si me pides mi opinión, esta vez no te responderé con ningún enigma. Te diré lisa y llanamente que creo que tu puesto no estará en Muihl-Athern antes de que hayas conseguido esas hierbas.

—¡Pero es la vida de una sola persona contra la de muchas…!

—¡Iván! No creas que no tengo en cuenta tu alta misión junto a tu… nuestro pueblo —replicó Gheós con suavidad—, pero dime: ¿podría el Bèrehor viajar hasta Muihl-Athern con la conciencia tranquila si, teniendo en sus manos la única posibilidad de salvar la vida de uno de sus compatriotas, lo abandonara a una muerte cierta?

»¿Pasarías de largo junto a un herido al que pudieras socorrer, solo por adelantar unas horas o unos días tu llegada a Muihl-Athern? Ten en cuenta que hay cosas que uno debe hacer sencillamente porque puede hacerlas… ¿No te dice nada el hecho de que hayas llegado hasta aquí, sin quererlo ni pretenderlo, en el

momento oportuno y cuando más se te necesita? A mí me parece que deberías meditar si esta «coincidencia» no tendrá ya de por sí algún sentido…

»Por otra parte —añadió el anciano con una triste sonrisa, compadeciéndose de la confusión de Iván—, te diré que en Muihl-Athern el peligro no es inminente. Las murallas resistirán. Sufrirán un largo asedio durante el cual tendrás tiempo de sobra para llegar y ayudarles…

Iván se hallaba literalmente hundido sobre su silla. Jamás Gheós le había hablado antes de manera tan clara. Sus palabras le habían convencido plenamente.

Bien es cierto que entre los motivos que le urgían a regresar pesaba, y no poco, la incertidumbre por la suerte de su familia. Pero sabía que todos estaban acompañados y contarían con la ayuda necesaria… Nunca tendría paz en su interior si, por no ser capaz de dominar su ansiedad, abandonaba a un ser humano a la muerte, pudiendo ayudarle… Ahora veía con claridad que debía cambiar de planes.

—Perdona, Gheós —habló, un tanto avergonzado, pero con firmeza—, tienes razón y yo estaba equivocado. He razonado como un mezquino. Buscaré esas hierbas…

—Gracias, Iván —El rostro de Gheós mostraba satisfacción y alivio—. Sabía que no me…, sabía que no nos fallarías…

Iván sintió también que su corazón se aligeraba, viendo la sonrisa de su anciano amigo y mentor, aunque le costaba lo indecible partir de nuevo a un destino desconocido, apenas había dejado atrás situaciones que no tenía ganas ni de recordar. Ligeramente abrumado inquirió:

—Dime Gheós, ¿dónde debo encontrar esas hierbas?, ¿cuándo crees que debo partir?

—Cuanto antes, mejor. Te explicaré adónde debes ir y cómo llegar, pero antes quiero que veas a la persona herida. ¡Ven, acompáñame!

El anciano se incorporó con agilidad y echó a andar en dirección a la enfermería de la ciudadela. Caminaron en silencio.

Cuando llegaron a la estancia, antes de atravesar la puerta, Gheós le explicó:

—Iván, muchacho, lo que vas a ver no debe entristecerte más.

Como te he explicado, todavía es posible su recuperación, solo quiero que la veas para que comprendas que no te sacrificas por algo abstracto, sino por alguien real, a quien por otra parte conoces bien…

Al entrar en la habitación, Iván reconoció inmediatamente a la joven que yacía dormida. Se trataba de Léirenn, hija de sus vecinos más próximos. A pesar de su extrema palidez, su hermosura resplandecía en la serenidad de su rostro dormido.

Iván conocía a Léirenn desde la infancia. Tanto sus hermanos como ella eran muy buenos amigos y habían compartido infinidad de juegos con él y sus hermanos.

Además, en la etapa más dura y amarga que había sufrido su familia, a causa de las intrigas de Gorkhol, la ayuda de Léirenn, que se había revelado como una amiga fiel, inteligente y delicadamente comprensiva, había sostenido y reconfortado muchísimo a Iván. Desde entonces, le tenía un hondo afecto y confiaba plenamente en su buen juicio cuando necesitaba desahogarse o cambiar impresiones sobre alguna preocupación.

Al verla así, se le hizo un nudo en la garganta. Quiso hablar pero fue incapaz.

Una débil y entrecortada respiración era el único indicio de que la joven continuaba con vida. Por lo demás, presentaba un aspecto muy desmejorado. Se hacía difícil pensar que pudiera recuperarse.

Angustiado y al borde de las lágrimas, Iván acertó a preguntar en un susurro:

—Gheós…, ¿de verdad es posible que llegue a sanar? ¿Qué han dicho los médicos?

—Sanará, si se le aplica el remedio a tiempo. Léirenn fue salvada por los guerreros de Thórman-Dun, que intervinieron para defender de una emboscada morghuk a la caravana en la que viajaba su familia, durante la huida de Aldénuri. Llegó aquí como la ves ahora.

»El físico ha determinado que más allá de las heridas recibidas, que no son muy graves, hay algo más que le está afectando muy negativamente. Apenas habla algunas palabras, durante los breves momentos de mejoría, para volver a sumirse en seguida en prolongados periodos de letargo.

»Para devolverle la salud es necesario elaborar una sustancia que solo puede obtenerse a partir de la *Adalía*, la flor del yermo,

que crece en ciertas cimas altas. De lo contrario, su vida se irá apagando lentamente como la débil llama de una vela. Será cuestión de días, de semanas o, en el mejor de los casos, de meses. Eso solo Dios puede saberlo.

—¿A dónde hay que ir por esas… hierbas?

—Las adalías. Las encontrarás en las altas montañas del Este, conocidas como Tierra de Héreggor, o simplemente, el Héreggor. No es un lugar agradable. Es el territorio de los ruhar. Viven en multitud de cuevas excavadas en la falda de las montañas.

—Iré y regresaré cuanto antes.

—Regresarás para sanar a Léirenn, pero conseguir las adalías te llevará algún tiempo: Héreggor está lejos. Y hay una dificultad añadida…

—¿Una dificultad añadida? ¿Cuál?

—Tendrás que ir solo. Nadie te podrá acompañar. Los warolf se han establecido en la región y se han convertido en amos de la noche. Cualquier caballo o jinete que tratara de dormir al raso moriría sin remedio entre los colmillos de esas alimañas.

—Pero…, ¿y los guerreros de Thórman-Dun? ¿Y los ruhar? Ellos viajan por la estepa…

—Los ruhar pasan la noche en sus cuevas. Protegen convenientemente las entradas de los asaltos de las fieras. Los guerreros viajan en grupo y las jornadas de viaje se calculan siempre teniendo en cuenta el refugio más próximo donde pasar la noche. Tu caso es diferente, debes regresar lo antes posible y si alguien te acompañara por tierra, te retrasaría enormemente…

—Pero Gheós, si hay varios días de camino hasta las montañas del Este, ¿dónde podré dormir? ¿O acaso volando podré llegar en un solo día?

—No. Dudo mucho que ni siquiera volando en línea recta consigas llegar en una sola jornada de viaje. Necesitarás pernoctar en la estepa. Por seguridad deberás buscar siempre lugares inaccesibles a los warolf: lo alto de una peña, de un árbol robusto…

—Pero apenas hay árboles y por lo general son pequeños…

—Es cierto, Iván, pero tendrás que improvisar… de lo contrario, Léirenn morirá.

Iván asintió lentamente, mirando al rostro de Gheós con expresión decidida:

—Entonces, ¿cuándo crees que debo partir?

—Esa decisión te pertenece solo a ti. Ahora cuentas con todos los elementos de juicio necesarios. Pero recuerda, cada instante que pasa se reduce el tiempo que nos queda para reanimar a Léirenn…

—Entonces es hoy mismo cuando debo partir.

Había una nota de melancolía en el aire. En la mente de ambos se dibujó la escena vivida años atrás en Eekklo, cuando Iván se despidió para volver a Fenndor e intentar socorrer a Astuur y Ghulden.

Ahora, como entonces, el futuro inmediato de Iván estaba amenazado por un peligro de proporciones desconocidas. No sabía si volvería a ver a Gheós, ni en que circunstancias.

—Presiento —dijo suavemente Gheós, como si pudiera leerle el pensamiento— que volverás con la flor del yermo, Iván. No olvides que sigues siendo el Bèrehor…: presiento que regresarás y salvarás a Léirenn de la muerte.

»De todos modos, pediré para ti el ordeigh del Thaine, lo vas a necesitar…

—¿En Thórman-Dun también hay un Thaine?

—No exactamente, ellos lo llaman Énaith, pero su función es la misma. Vamos, te conduciré hasta él.

El Énaith Esnaurr era un hombre joven de nobles facciones y conversación afable. Estaba perfectamente al corriente de quién era Iván y de la conversación que Gheós acababa de tener con él. El joven áldenor y él congeniaron inmediatamente.

Gheós le comunicó que, puesto que el tiempo apremiaba, Iván había decidido partir esa misma mañana. A continuación, le pidió el ordeigh para el éxito de su misión.

El Énaith se dirigió a Iván con admiración apenas disimulada:

—Has hecho muy bien, Iván, en tomar esa decisión. Gracias a Dios que has llegado hasta aquí. Por una vez, la acción de los ruhar ha servido para algo bueno…

»Como me ha pedido Gheós, pediré el éxito para tu misión y para que regreses pronto sano y salvo.

Siguiendo la tradición inmemorial, el Thaine pronunció entonces las palabras en la lengua antigua con las que la persona de mayor autoridad invocaba la protección divina para las empresas arriesgadas en favor del pueblo:

—*¡Habein seiger Éir-Féréin Hëvenn duine ite elkair! ¡¡Ite veist hourke hainde etourr fraigged im Thormann-Duinis!!*

—*¡Aise lehiàrr!* —respondieron Iván y Gheós.

El físico describió a Iván las flores que debía buscar, enseñándole unas muestras que se conservaban en la enfermería. Tras la explicación de la ruta que debía seguir, le dieron un pequeño zurrón con alimentos, que llevaría atado a la espalda. Muy poco era el peso que podría cargar en el aire, así que además de los víveres, una espada corta constituiría su único equipaje.

Pocos minutos después, Gheós, Astuur, Ghulden y el Énaith se encontraban reunidos en lo alto de la muralla del Este para despedirle.

Gheós le dio unos últimos consejos:

—Recuerda Iván, no debes bajar a tierra en las llanuras. Y desconfía siempre de los ruhar.

—No te apures, Gheós. Volveré con las hierbas… ¿cómo se llamaban?

—Adalías: lo importante no es su nombre, sino que las reconozcas y las traigas a casa…

—Ya, ya, pero si me preguntaran los ruhar… —bromeó Iván mientras comenzaba a elevarse suavemente.

A pesar de su aparente buen humor, un nudo de congoja le volvía a apretar con fuerza en la garganta. Se le hacía extremadamente duro despedirse de sus amigos después del consuelo que había supuesto encontrarlos tan inesperadamente. No fue capaz de volverse para responder a las palabras de despedida que le dirigían desde la muralla:

—¡Suerte, Iván! ¡Lo lograrás…! ¡Hasta pronto!

Poco a poco fue ganando altura y distancia sobre la ciudad, hasta encontrarse solo en medio del cielo, en camino hacia un destino incierto…

4

Jan tiró de las riendas de su caballo y mientras daba media vuelta, exclamó:

—¡Vámonos, Warko! Lo mejor será avisar al Thaine cuanto antes. ¡Habrá que apretar el paso! Esto no me gusta nada…

Warko le siguió de inmediato.

Estaba también convencido del peligro que corría la caravana hasta que no se vieran protegidos tras los sólidos muros de Muihl-Athern.

Tan pronto como regresaron, los dos oteadores se encaminaron a donde se encontraban Lánder y el Thaine.

Les explicaron la peligrosa visibilidad de la caravana y su común opinión de que sería necesario continuar la marcha hasta alcanzar el refugio, sin detenerse ni siquiera de noche.

Éradair se manifestó de acuerdo:

—Está claro que no podremos avanzar sin levantar una polvareda que nos delate a varias millas de distancia… Tendremos que mantenernos en movimiento y no dar ocasión al enemigo para que caiga sobre nosotros de improviso en medio de la noche. Estoy de acuerdo con vosotros, no nos detendremos para acampar. Sería una locura. Hay que seguir hasta Muihl-Athern.

»¿Opinas lo mismo, Lánder?

—Estoy de acuerdo, sí. Será un penoso esfuerzo para los más débiles, pero no nos queda otra elección. La partida de exploradores con la que combatimos ayer habla por sí sola… Hay que extremar las precauciones y evitar cualquier demora.

Les llevó todavía unas cuantas horas alcanzar las proximidades de Léhiandär, la grandiosa montaña de granito. No lo hicieron hasta bien pasado el mediodía. Entonces pudieron ver la enseña del Áldendor que ondeaba sacudida por el viento sobre una tosca vara. Era la señal convenida para indicar que los hombres de Léveren habían partido ya hacia Muihl-Athern.

En caso de que también se hubiesen puesto en movimiento al amanecer, les llevarían una ventaja considerable. Mejor así. Resultaba un alivio poder pasar de largo y continuar la ruta

sabiendo que sus vecinos avanzaban seguros por delante.

Ahora el tiempo era el principal enemigo. A pesar de que evitaban cualquier retardo innecesario, el avance era exasperantemente lento. La noche les sorprendería a mayor distancia de Muihl-Athern de lo que hubiera sido deseable.

Los ejes de dos carros se habían partido y no había habido medio de repararlos. Para ello hubiese sido necesario detener la marcha durante demasiado tiempo, horas tal vez. Hubieron de conformarse con que las personas y los enseres se repartieran entre el resto de las ya de por sí sobrecargadas carretas.

Una hora antes del anochecer, los niños y los ancianos daban ya visibles muestras de agotamiento. Estaban hambrientos y entumecidos después de tantas horas de camino sin paradas. Pero para entonces todos estaban al corriente de su situación: no podrían detenerse hasta alcanzar el destino final. El enemigo acechaba demasiado cerca.

Es cierto que habían cubierto ya la mayor parte del itinerario. Acababan de rebasar, rodeándola, la aldea de Érdain, en los confines con las primeras estribaciones montañosas del Sur. Pero ante ellos quedaba aún una importante distancia por cubrir. No en vano se trataba de la parte más dura del trayecto: la ascensión hasta el elevado emplazamiento de la fortaleza del Reino Perdido…

Lánder volvía la cara con frecuencia mirando hacia el Este y a sus espaldas. Temía descubrir de un momento a otro la terrible silueta del ejército morghuk recortado sobre el horizonte, o la de un gigantesco thaurrok asomando desde una loma lejana. Estaba inquieto y era incapaz de disimularlo. Sopesaba la oportunidad de enviar una nueva partida de reconocimiento, o incluso de enviar un destacamento en busca de refuerzos hasta Muihl-Athern. Pero esto último —concluyó— probablemente no supusiera una gran diferencia para el caso de que la caravana de los béltzeren fuera atacada, y sin embargo distraería fuerzas necesarias para la defensa de la fortaleza…

Finalmente, decidió realizar una nueva excursión de reconocimiento. Acudió a informar al Thaine de su decisión. En esta ocasión iría él mismo, acompañado de Warko, que estaba demostrando ser un excelente rastreador.

Warko se manifestó de lo más favorable a repetir una salida de

reconocimiento.

Antes de partir, Lánder quiso instruirle someramente, debían evitar imprudencias:

—Hijo, abre bien los ojos, y ten cuidado. No podemos permitirnos un solo error. Se trata de que nosotros logremos descubrir al enemigo sin que el enemigo nos descubra a nosotros.

»Creo que no me quedaré tranquilo si no realizamos una nueva inspección antes de que anochezca. Solo de imaginar que pudieran darnos caza antes de que tengamos a toda esta gente en lugar seguro…, en fin, más valdrá no pensar en eso. Pero vayamos a echar un vistazo de todas maneras…, tal vez así podré serenarme…

Las primeras montañas dignas de este nombre comenzaban a alzarse al frente de la caravana como preludio de los límites del Sur del Áldendor. Eran elevaciones aún no muy altas, cuyas laderas estaban cubiertas de un intenso verdor.

Un poco más allá se alzaban las altas cumbres en las que el color ocre y grisáceo de las paredes rocosas dominaba sobre el verde oscuro de los bosques y sobre los tonos más claros de la hierba. Espesas nubes cubrían las cimas más elevadas.

En la parte más baja y cercana a Érdain, salvo en los altozanos y en las laderas de las montañas, donde los bosques eran extensos y tupidos, el arbolado era algo menos abundante y denso que en Aldénuri. La llanura y los valles más resguardados del viento se hallaban cultivados de trigo, que ya amarilleaba.

Quizá como mera consecuencia del cansancio, Lánder experimentaba una creciente sensación de temor e inseguridad que no lograba disimular ante el joven Warko. La caída del día no contribuía a mejorar su estado de ánimo.

Debían inspeccionar un vasto territorio, trazando un extenso círculo en torno a la posición de la caravana. Decidieron comenzar por el Este: emprendieron la marcha en esa dirección, y pronto se perdieron de vista tras una loma.

Avanzaron en silencio en medio de las soledades de una tierra que no era de nadie. Así cubrieron un buen trecho. Aparentemente, nada alteraba la tranquilidad de los campos.

Lánder comenzaba a relajarse poco a poco.

Continuaron cabalgando hacia el Sur.

Algunas millas más adelante, iniciaron la subida a un altozano

que descollaba ligeramente sobre los que le rodeaban. Cerca ya de la cumbre, Lánder desmontó de su caballo e hizo señas a Warko para que hiciera lo mismo y le siguiera a pie colina arriba.

Caminaban despacio y en silencio, con los sentidos atentos. En caso de que hubiera enemigos en los alrededores, una imprudencia podría resultar fatal.

Avanzando casi en cuclillas, como si temieran toparse con una partida de morghuks a cada paso, alcanzaron la cima. Antes de asomarse al otro lado, Lánder se echó cuerpo a tierra. Warko le imitó.

La luz disminuía lentamente. Las sombras alargadas comenzaban a extenderse como tentáculos sobre el fondo de los valles, donde los bosques adquirían un aspecto sombrío en chocante contraste con la claridad del trigo y de la hierba de la llanura. A pesar de todo, hacia el Noroeste, la enorme polvareda que levantaba la caravana béltzeren era todavía fácilmente visible.

Pero lo que más les inquietó fue el descubrimiento de otra pequeña nube de polvo que se acercaba desde el Este. Pudieron comprobar que se trataba de una partida de jinetes que cabalgaban a paso firme hacia donde ellos estaban. Los tenían ya casi encima, a no más de una milla de distancia.

No hubieran sospechado tener al enemigo tan cerca. No tan pronto…

Las sombras impedían distinguir el aspecto de los jinetes con claridad, pero Warko hubiera asegurado que quien abría la marcha era un morghuk. Lánder también percibió algo siniestro en la patrulla.

Pasados algunos instantes, cuando el grupo atravesó una zona iluminada por los rayos del sol poniente, la precisa silueta de las astas de toro en el casco del jinete que abría la marcha disipó cualquier duda.

Lánder rompió el tenso silencio:

—Warko, ¿ves lo mismo que yo?

—¡Son morghuks! Una avanzadilla. ¿Significa eso que han descubierto la caravana? Parecen venir derechos hacia aquí.

—Parece otra patrulla de reconocimiento, igual a la que nos topamos ayer en Béltzeren.

»No son muchos hombres. Nueve o diez, una docena todo lo

más. Pero más que suficientes para crearnos graves problemas, y sobre todo para enviar emisarios en busca de refuerzos…

Warko intentó adivinar lo que pasaba por la cabeza de su veterano acompañante que, tras unos intensos momentos de silencio, exclamó:

—¡Hay que adelantarse a ellos! Les tenderemos una emboscada…

—¡Pero… nos superan por seis a uno!

—Lo sé, hijo, lo sé, pero no se me ocurre nada mejor. Si descubren la caravana, estaremos perdidos. Traerán refuerzos antes de que puedan ponerse a salvo y acabarán con todos.

»No nos queda otra salida que intentar mantener apartados a esos morghuks. La sorpresa jugará a nuestro favor. Tendremos que ser muy rápidos… Con que uno solo de ellos escape y vaya a dar la alarma, todo estará perdido…

5

Siguiendo las órdenes de Áradain, Fériun había galopado en persecución de los rastreadores morghuks. Le habían acompañado diez hombres de la guardia de la frontera de Beltz, número más que suficiente para neutralizar sin dificultad a los cuatro fugitivos. Eso, contando con que no se produjese ninguna sorpresa: otras avanzadillas morghuks podrían merodear por la zona.

En todo caso, las órdenes eran terminantes: no debían aventurarse más allá de la cuenca del Irkoa, uno de los afluentes que, recogiendo las aguas de diversos arroyos provenientes de las montañas de Léhiandär y de Érdain, iba a alimentar el caudal del río Áldendor, que desembocaba en el Kéldoráin, ya en Aldénuri.

El Irkoa confluía con el Áldendor a mitad de camino entre el nacimiento de este en las laderas del Beltz y su desembocadura en Aldénuri.

Al cabo de un buen rato de persecución, los cuatro morghuks seguían manteniendo la misma ventaja. Parecía que los perseguidores no iban a ser capaces de acortar las distancias. Fériun lo achacó a la circunstancia de estar siguiendo la misma senda utilizada por los fugitivos. Sin pensarlo más y dando una fuerte voz, ordenó dividir la patrulla en dos: la mitad de sus hombres continuarían cabalgando por la senda, mientras él y la otra mitad acortarían distancias campo a través, tratando de ahorrarse los serpenteos del camino.

Jemkha y sus hombres sabían lo que hacían. A pesar de su inferioridad numérica, el cabecilla morghuk había tomado la decisión de presentar batalla. Además de su natural fiereza, le movía a ello el temor a presentarse ante su gente con una estela de áldenors pisándole los talones. Eso le acarrearía terribles consecuencias. Antes prefería tentar a la suerte, e incluso la muerte en combate. Por lo demás, once perseguidores no eran demasiados. No, si sabía escoger el lugar y el momento apropiados.

En esa época del año, en torno al solsticio de verano, los días eran largos y las noches cortas. Pero la tarde iba ya de caída. Y eso le beneficiaba. Jemkha, al igual que todos los de su estirpe, prefería

las tinieblas a la luz. Sería cuestión de mantener la distancia solo unas pocas horas más. No era necesario que la noche fuese cerrada para deshacerse de un puñado de áldenors. Bastaría con las horas crepusculares. El gris indefinido de esas horas era su escenario preferido de batalla. Ordenó a sus hombres apretar el paso y mantenerse a distancia hasta el anochecer:

—¡Aljamn, izze khijje, izzmujj waddh!

Fériun continuaba avanzando veloz. Su decisión de buscar el modo de atajar campo a través comenzaba a dar sus frutos: ahora sí acortaba distancias a ojos vista. Además, los caballos morghuks empezaban a dar señales de acusar el cansancio de toda una jornada de viaje.

Jemkha comprendió que sus planes se desmoronaban. No lograría mantener la ventaja durante mucho tiempo. Sin embargo, su sombrío rostro pareció iluminarse con una perversa mueca. Acababa de entrever un estrecho paso junto a un bosque a lo alto de una colina a algo menos de media milla. Dirigiéndose a sus hombres, modificó sus anteriores instrucciones:

—¡Fezz ahm daiwah!

La patrulla de Fériun continuaba forzando el paso. Continuaban ganando terreno con claridad.

Jemkha comenzaba ya a ascender ladera arriba por la colina.

En cuanto llegaran a lo alto y la pendiente los ocultara a la vista de sus perseguidores, él y sus hombres desparecerían en cuestión de instantes. Entre las habilidades de los jinetes zakhir se encontraba la de hacer revolcar a sus animales de lado y ocultarse en la maleza sin dejar rastro, dando la impresión de haberse esfumado en el aire. Para ello solo necesitaban unos breves momentos, y una vegetación lo bastante espesa para ocultar a hombres y caballos.

Fériun gritaba con fuerza, azuzando a su pura sangre y dirigiendo a sus hombres. Blandía su pesada espada al aire. No tardarían en caer sobre el enemigo.

El grupo de béltzeren que había seguido el sendero continuaba ligeramente rezagado. Tardarían todavía algunos segundos en llegar a la base de la colina, cuyo ascenso iniciaban ahora Fériun y su grupo a toda la velocidad que la pendiente permitía a los caballos.

Imitando a su cabecilla, todos habían desenfundado ya las espadas. Sabían que los morghuks podían acechar al otro lado

aprovechando la ventaja de la momentánea pérdida de vista tras el altozano.

De cualquier manera, el grupo de béltzeren era lo más parecido a una manada en estampida, capaz de arrollar con su solo empuje a cualquiera que osara interponerse en su camino.

Coronaron la cumbre preparados para hacer frente al más que probable ataque enemigo. Pero no encontraron nada. Solo el movimiento provocado por la suave brisa que silbaba entre las ramas de los árboles. No había ni rastro de los morghuks. Era como si la tierra se los hubiera tragado.

Fériun ordenó a sus hombres que se detuvieran sin bajar la guardia. No podía tratarse más que de una emboscada. Comenzaron a discurrir con exasperante lentitud instantes de incertidumbre y máxima cautela en medio de un denso silencio.

Cuando los hombres que habían mantenido la persecución a través de la senda se reunieron finalmente con Fériun, les explicó en breves palabras lo sucedido.

En circunstancias normales, poco o nada podían tener que temer once hombres frente a solo cuatro. Pero esa desaparición repentina, casi irreal, creaba un ambiente de inquietud ante lo desconocido.

Fériun trataba de infundir serenidad en medio de tan extraña situación: ordenó a sus hombres que se dividieran en grupos para registrar la zona a conciencia, en especial el tupido bosque que comenzaba un par de metros a su derecha. Era muy posible que los zakhir se hubieran ocultado en él. Al otro lado de la vereda apenas había algunos arbustos diseminados aquí y allá.

Lo más extraño de todo era la ausencia total de huellas en cualquier dirección. Era como si en un abrir y cerrar de ojos los morghuks se hubieran esfumado en el aire.

El jefe béltzeren fue el primero en adentrarse en el espeso bosque de robles y coníferas. Dos de sus hombres le siguieron.

La oscuridad interior contrastaba fuertemente con el todavía luminoso ambiente del exterior. Pero el sol continuaba perdiendo altura sobre el horizonte y las alargadas sombras de los árboles oscurecían cada vez más la espesura de la fronda.

El silencio era absoluto.

Los tres caballeros continuaban adentrándose muy poco a poco.

—¡¡Fériun!! ¡¡Aquí!! —La voz provenía del sendero fuera del

bosque.

Al mismo tiempo, pudo escucharse el sonido inconfundible del choque de metales.

6

Según las instrucciones que le habían dado, Iván debía volar siempre hacia el Este. Si todo iba bien, en un día y medio de viaje aproximadamente, llegaría al territorio de Héreggor, donde se hallaban las altas montañas en las que, durante el verano, crecían las flores del yermo que debían devolver la salud a Léirenn.
Incluso durante el verano, las mañanas eran frías en la alta y seca estepa de Thérraîn, donde las variaciones de temperatura entre la noche y el día eran muy notables.

El viento había cesado por completo.

Desde las alturas, la vastísima extensión de tierras que podía contemplarse parecía fundirse con el cielo en el horizonte.

La superficie era de un vivo color rojizo. La vegetación, escasa, consistía sobre todo en matorrales espinosos y algunos árboles dispersos que de algún modo conseguían sobrevivir en medio de condiciones muy hostiles.

Hasta donde la vista alcanzaba, la monotonía de las inacabables extensiones de tierra llana o ligeramente ondulada parecía prolongarse indefinidamente. Nada hacía pensar que más allá pudieran existir formaciones montañosas.
Guiándose por la posición del sol, Iván avanzaba lenta pero constantemente hacia el Este. A sus espaldas hacía ya algunas horas que había desaparecido de la vista la ciudad de Thórman-Dun.

Recordando su desagradable encuentro con los ruhar y temiendo que pudiera repetirse, se esforzó por mantenerse a una altura suficiente para no exponerse a ser alcanzado por sus hondas.

Desde la altura divisó una manada de yammouths a poca distancia hacia el Norte. Volvió a impresionarle el gigantesco tamaño de aquellos animales y se preguntó, siguiendo inconscientemente el curso de su imaginación, qué resultado tendría una pelea entre uno de ellos y un thaurrok. Tal vez un día no lejano tuviese ocasión de conocer la respuesta…

Pero pronto, con una involuntaria sonrisa, se forzó a volver a la realidad inmediata y se concentró en el modo de resolver la dificultad de encontrar un refugio para poder dormir seguro aquella

noche. Comenzó a observar con detenimiento las posibilidades que le ofrecía el lugar. Desde luego, los pocos árboles que crecían dispersos aquí y allá no reunían condiciones. Los únicos que eran lo bastante altos eran los álamos que se agrupaban formando bosquecillos junto a las torrenteras y cauces de agua. Pero sus copas eran demasiado espigadas para poder descansar sobre ellas.

Por lo demás, casi todas las especies que crecían en la zona eran enanas: abundaba una especie de enebro desconocida en Aldénuri. Sus vigorosos troncos se retorcían en caprichosos escorzos. Podía adivinarse que habían sido moldeados en una constante lucha contra los fuertes vientos dominantes en las desprotegidas llanuras.
Decidió desechar los árboles y centrar su atención en las rocas o en otros accidentes geográficos que pudieran ponerle fuera del alcance de las temibles fieras nocturnas.

Sin embargo, pronto comprobó que tampoco esta posibilidad parecía ofrecer excesivas garantías. De vez en cuando se alzaban aquí y allá gigantescas rocas graníticas cuya altura habría sido suficiente. Pero sus laderas, profundamente cinceladas por el agua y el hielo, presentaban numerosos salientes que las hacían fácilmente accesibles para un hombre o —supuso— para un warolf…

Dándose temporalmente por vencido, Iván decidió abandonar la búsqueda hasta más tarde. Todavía quedaban muchas horas por delante antes de que el problema se planteara de verdad. Al fin y al cabo, el paisaje que encontraría al atardecer sería probablemente muy diferente del actual.
Las horas se sucedían con una monotonía exasperante. Al mediodía se sentía cansado y hambriento. El calor era insoportable. No se veía una sola nube y el sol brillaba con todo su esplendor en medio de un cielo azul intenso.

Consideró que había llegado el momento de bajar a tierra para comer algo y estirar las piernas.

Escogió una de las pequeñas elevaciones que se veían cerca. Antes de descender, se cercioró de que en los alrededores no hubiese nada ni nadie que pudiera perturbarle.

En tierra, el calor era aún más intenso. Se sentó a la sombra de un pequeño grupo de enebros.

El paisaje que tenía ante sí era similar a la campiña que rodeaba a Thórman-Dun. Tal vez un tanto más inhóspito: la vegetación era

más escasa y raquítica.

Apenas dedicó unos minutos a recuperar fuerzas. La calma y la extrema soledad que le rodeaban la producían una profunda sensación de inseguridad. Decidió dejar para otro momento la idea de caminar para estirar las piernas y se elevó de nuevo rumbo al Este.

Pasado un buen rato, una enorme mancha en movimiento atrajo su atención: se trataba de otra gran manada de yammouths. Se cruzaría a varias decenas de metros por encima de ellos.

Se le ocurrió descender unos metros, sin correr riesgos, para observarlos mejor. Sentía una fascinación creciente por aquellas extrañas criaturas. Se acercó muy despacio, a pocos metros de la enorme cabeza del ejemplar que parecía guiar a la manada. Cuidó de mantenerse en todo momento fuera del alcance de su poderosa trompa.

El animal no hizo el menor caso de él. Con un comportamiento muy diferente al de los coléricos y violentos thaurroks, el yammouth continuó impasible en su tarea de buscar y rebuscar con la trompa entre los matorrales.

Iván, avanzando al mismo ritmo que el animal, se acercó más, hasta casi tocar el espeso pelaje de su cuello.

El yammouth, al igual que el resto de la manada, siguió sin dar muestras de haber advertido su presencia. Quizá lo tomara por alguna de las aves que a menudo se posaban sobre su lomo para librarle de los parásitos.

Iván se sentía cada vez más confiado. Le parecían animales tranquilos y casi amistosos. Tanto que, en un arranque de osadía, se preguntó si no podría montar sobre uno de ellos… Si no habían rechazado su presencia tan próxima, quizás le permitieran posarse encima. Podía resultar un buen modo de pasar la noche… Hasta el momento seguía sin encontrar un refugio aceptable para dormir. Desde luego, sobre un yammouth se encontraría a salvo de todo enemigo nocturno, warolf incluidos.

Al principio había sonreído ante la imprudente ocurrencia, pero a medida que se iba confiando, la idea le parecía cada vez menos peregrina…

Miró de nuevo detenidamente la cabeza del coloso y comprobó que, al menos en apariencia, continuaba impertérrito.

Sin pensarlo dos veces, comenzó a descender suavemente sobre la espalda del animal.

Conteniendo la respiración, posó cautelosamente un pie sobre la pelambrera, que, a pesar de que en verano era notablemente más ligera que en invierno, le pareció muy espesa.

Apoyó los dos pies. Sin embargo, el yammouth no pareció advertir el insignificante peso sobre sus espaldas. Fue Iván quien, súbitamente, experimentó una extraña sensación: como si acabara de darse cuenta de dónde estaba. Pasada la tensión que había acompañado a su audaz movimiento, se sintió invadido por un intenso temor. Si la bestia decidía arrojarlo al suelo, la caída desde esa altura sería probablemente mortal. Además, en ese caso sería casi imposible escapar volando: si se veía obligado a usar todas sus energías en mantenerse sujeto para no caer, no podría concentrarse lo indispensable para levantar de nuevo el vuelo.

Afortunadamente, no ocurrió nada anormal. El yammouth continuó triscando apaciblemente las ramas de los arbustos que se llevaba a la boca con su larga trompa. Apenas si dio un par de cortos pasos para alcanzar otro arbusto cercano: nada que pudiera inquietar ni desequilibrar al asustado jinete.

Iván se fue tranquilizando. Después de un rato, le pareció comprobado que, llegado el momento, si conseguía encontrar una manada, podría recurrir a esa solución para pasar la noche en medio de la estepa con la necesaria seguridad… Incluso estaría abrigado, ya que el peludo lomo del yammouth despedía un calor que sería muy reconfortante durante las horas nocturnas.

Satisfecho con el resultado de su audaz operación, decidió reemprender el viaje. Debía aprovechar las horas de luz que todavía quedaban. Concentrándose para retomar el vuelo, volvió a elevarse lentamente sobre la tranquila manada, que continuaba manifestando la misma indolencia con la que le había recibido.

La tarde transcurrió sin incidentes. La presencia de pequeñas manadas de yammouths, aquí y allá, se mantuvo a lo largo de todo el trayecto.

A medida que el sol fue perdiendo altura sobre el horizonte, el calor comenzó a ceder poco a poco.

Cuando el cielo empezaba a tornarse rojizo, Iván se encontraba ya tremendamente cansado. El aire empezaba a refrescar.

Volvió a descender para tomar algo. Sería su último alimento del día. Después de que oscureciera, le sería imposible volver a pisar el suelo. Los hambrientos warolf iniciarían sus cacerías nocturnas.
En aquel lugar tampoco descubrió ningún accidente del terreno que pudiera servirle como refugio, así que decidió, no sin cierta aprensión, descender sobre una de las manadas de yammouths, para pasar la noche a lomos de uno de ellos. Los animales se estaban ya reuniendo y apiñando unos contra otros. Formaron así una especie de cerco defensivo en el que todos se protegían mutuamente. La visión de un bosque de gigantescos colmillos apuntando hacia el exterior, resultaba capaz de disuadir de acercarse a cualquier posible enemigo.

Iván recordó el comentario que había oído en Thórman-Dun: incluso los yammouths buscan cobijo frente a los warolf durante la noche…

Una serie de largos aullidos interrumpieron en seco sus pensamientos. Sintió un desagradable estremecimiento ante la cercanía de los warolf.

Vio cómo las rabiosas fieras aparecían en grupos dispersos, pero numerosos. Parecían brotar del fondo de la tierra. Era como si se hubieran abierto de par en par las mismísimas puertas del infierno.

No consiguió descubrir de dónde salían, pero no tardaron en juntarse por decenas, que recorrían las tierras en jaurías hambrientas buscando qué devorar. Pudo comprobar con sus propios ojos que los warolf se limitaban a mirar de lejos a la manada reunida y pasaban de largo sin acercarse.

Un bramido ensordecedor le hizo volver la cabeza para mirar hacia su izquierda. Un yammouth rezagado apretaba el paso para llegar a reunirse con el resto del grupo. Viendo las colosales dimensiones del animal, que parecía un auténtico castillo en movimiento, Iván pensó que sería imposible que los warolf se atrevieran a acercarse él.

Sin embargo, en cuestión de segundos lo rodearon cortándole el paso. La furia de los atacantes era algo indescriptible: pugnaban entre sí por asestar la primera dentellada a las patas del coloso. Algunos de ellos morían, arrollados y pisoteados por su enloquecida presa.

A los pocos minutos de brutal refriega, las profundas heridas que

sangraban ya en las extremidades del yammouth acabaron por hacerlo caer, como una alta torre a la que hubieran fallado los cimientos.

Los sanguinarios depredadores se abalanzaron sobre él con tal avidez y ensañamiento que Iván no quiso seguir mirando. El espectáculo, además de cruel, resultaba repulsivo. El temor a caer presa de esas alimañas se impuso decididamente sobre la incertidumbre de pasar la noche a lomos de un yammouth…

7

Fériun dio media vuelta seguido de sus hombres.

Al regresar a la claridad del sol, vieron que un morghuk yacía muerto en el suelo, mientras uno de los guerreros béltzeren era atendido por su compañero: un hacha morghuk le había abierto una profunda herida en el hombro y había perdido el conocimiento.

Otro de los hombres se batía furiosamente con el morghuk causante de la herida de su camarada. Espada contra hacha. Se trataba de Kéol, el más fornido de los miembros de la guardia. Utilizando con maestría su escudo ovalado de hierro, conseguía detener con facilidad los hachazos, mientras forzaba a su oponente, cada vez más cansado, a retroceder constantemente ante su espada. Cuando el morghuk empezó a dar señales de agotamiento, el bravo béltzeren intensificó su ataque.

El morghuk, como todos los de su estirpe, era aguerrido y temerario hasta la irracionalidad. La rabia parecía ser su fuente de vida. Pero finalmente sucumbió ante Kéol.

Entretanto, el resto de los béltzeren perseguían a Jemkha y al último de sus hombres, que huían colina abajo.

Uno de los perseguidores, diestro en el manejo de la ballesta, disparó desde su caballo al galope y derribó al acompañante del jefe morghuk, que quedó inmóvil en el suelo mientras su caballo seguía corriendo despavorido.

Jemkha, comprendiendo que seguir huyendo no le serviría de nada, optó por detenerse y volverse hacia sus perseguidores. El viejo morghuk estaba dispuesto a vender cara su vida. Lleno de ira, empuñó las pesadas mazas en la mano derecha y aguardó desafiante. Estaba dispuesto a morir matando.

El ballestero detuvo su caballo a pocos metros y le apuntó con su arma:

—No sé si entiendes mi lengua, sucio bellaco, pero te aseguro que no fallaré el tiro. ¡Deja las mazas en el suelo o te atravieso!

Si no el significado de las palabras, Jemkha había comprendido su sentido. Con una mirada de fuego y agitando el brazo armado en el aire, dio a entender que jamás se rendiría.

El béltzeren alzó la ballesta y apuntó a su altivo enemigo. Antes de que disparara, Fériun llegó jadeante y lo detuvo:

—¡Alto! ¡No lo mates! Nos lo llevaremos. Quizás pueda sernos de utilidad. Sabe muchas cosas que nosotros desconocemos.

Las mazas giraban ya con mucha violencia. Jemkha estaba a punto de arrojarlas contra sus oponentes.

La destreza del ballestero, que no había dejado de apuntar al morghuk ni un instante, le permitió herirle en el hombro derecho, haciéndole soltar la pesada arma.

Pero Jemkha, con un rugido de rabia que no parecía humano, trató de asir un puñal con la mano izquierda. No estaba dispuesto a caer prisionero.

Cuando los béltzeren se adelantaron para apresarlo, el morghuk, consciente de que no podría hacerles frente, trató cobardemente de quitarse la vida con su daga. El gigantesco Kéol le detuvo sujetándole la muñeca con una fuerza asombrosa.

Estrechamente maniatado y vigilado, Jemkha acompañaría a sus captores de regreso hacia el Oeste.

Fériun comprobó el estado del béltzeren herido. Estaba consciente y animado. No parecía que hubiese que temer por su vida, aunque un médico tendría que completar en cuanto fuera posible la tosca cura que le habían podido hacer. Por lo avanzado del día, acordaron acampar al resguardo del viento en la falda del mismo altozano en donde se había producido la emboscada. Al amanecer emprenderían la marcha para dar alcance a su gente en la ruta hacia la fortaleza del Reino Perdido.

8

Lánder y Warko se apostaron al borde del camino, ocultos tras los arbustos.

Caerían sobre los jinetes morghuks por sorpresa. Tendrían que actuar con rapidez: golpear con dureza, y huir en seguida en dirección contraria a la posición de la caravana de los béltzeren. Esperaban atraer a todo el grupo en su persecución… Si uno solo de ellos llegaba a descubrir la caravana y se separaba del grupo para llevar la noticia a su ejército, sería un desastre.

Warko sujetaba su ballesta dispuesta para disparar con una mano visiblemente temblorosa, mientras con la otra retenía firmemente a su caballo. Estaba muy asustado. El corazón le latía con fuerza y un nudo le oprimía en la garganta.

Lánder empuñaba su cuerno de guerra. Pensaba hacerlo sonar al iniciar el ataque, para sembrar el desconcierto entre las filas enemigas.

Ambos sabían que tenían muy pocas posibilidades de salir con vida de aquella escaramuza, a pesar de la ventaja de la sorpresa. Era una locura, pero no había alternativa. Tenían que intentar evitar a toda costa que los ojeadores enemigos avistasen la caravana.

Los jinetes continuaban acercándose.

Los últimos rayos de sol sobre el horizonte iban dando paso a la penumbra.

Estaban ya muy cerca.

Lánder aguardaba en silencio. Warko era un manojo de nervios a punto de estallar, pero sus facciones mostraban una firme resolución. Entonces, el primero de los morghuks asomó tras la loma. Los enormes cuernos de toro de su casco se recortaron con nitidez contra la media luz crepuscular.

Un segundo jinete asomó por detrás. Este no llevaba cuernos en su yelmo. Ni tampoco el tercero, que cabalgaba herido, con un brazo en cabestrillo.

Lánder se extrañó: ¿quién habría herido al zakhir? ¿Y por qué un morghuk herido seguía adentrándose hacia el Oeste en lugar de

regresar a su campamento? Confuso y en tensión, asió con fuerza su lanza, apretándola entre los dedos.

Apareció un cuarto hombre.

Warko buscó con la mirada a Lánder, al otro lado del camino, esperando ansioso la señal de atacar.

Pero en ese preciso momento Lánder acababa de descubrir asombrado que los jinetes eran béltzeren. ¡Tenía que ser la patrulla que el día anterior había salido en persecución de los zakhir fugitivos!

Antes de que Warko pudiera cometer un error, gritó con fuerte voz:

—¡¡¡Warko!!! ¡¡¡No dispares!!! ¡¡¡Son de los nuestros!!!

Warko tenía ante sí a Jemkha, cuya silueta de guerrero morghuk era inconfundible. El dedo oprimía ya el disparador para atravesar al enemigo. El grito de Lánder le desconcertó momentáneamente, hasta que Fériun gritó en perfecto aldenórico:

—¡¡¡A cubierto!!! ¡¡¡Una emboscada!!!

Al oír hablar en su propia lengua, Warko bajó el arma justo a tiempo.

Lánder gritó de nuevo, adelantándose un poco con las manos vacías a la vista:

—¡¡No temáis!! ¡¡Soy yo: Lánder de Érdain!! ¡¡Os habíamos tomado por morghuks…!!

Jemkha no comprendió el significado de las voces, pero era lo bastante astuto para hacerse una idea de lo que estaba ocurriendo.

A pesar de cabalgar con las manos atadas y dolorido por su herida en el hombro, aprovechó la oportunidad que le brindaron los breves momentos de confusión.

Espoleando a su caballo, arrancó impetuosamente y se internó veloz entre las sombras.

—¡¡¡El prisionero se escapa!!!

Warko disparó su ballesta. Demasiado tarde para acertar el tiro. Pero Fériun salió de inmediato tras él. No estaba dispuesto a dejar escapar al morghuk tan fácilmente.

Jemkha cabalgaba a galope tendido. Había pasado toda su vida sobre un caballo y llegado el caso, las manos no le hacían ninguna falta para dirigir a su montura campo a través.

Era consciente de que si conseguía mantenerse libre hasta que

anocheciera por completo, habría consumado la evasión.

Sin saberlo, estaba yendo directamente hacia la caravana béltzeren. A ese paso frenético, no tardaría en llegar a su altura.

Los demás áldenors habían tardado unos momentos en reponerse de su sorpresa, hasta que, dejando las explicaciones para otro momento, salieron en pos de Fériun.

Lánder galopaba a la cabeza, temeroso de que, en el furor de su huida, Jemkha cometiese alguna atrocidad al encontrarse con la desprevenida caravana. Había oído contar que los salvajes guerreros morghuks, viéndose acorralados, eran capaces de inmolarse con tal de ocasionar el mayor daño posible a sus enemigos.

Fériun pronto avistó en la lejanía a su gente en marcha. Al instante se vio invadido por los mismos temores que asaltaban a Lánder. Echó mano de su cuerno de guerra y lo hizo sonar mientras seguía espoleando a su caballo. Con ello trataba de evitar que el morghuk cayera por sorpresa sobre la caravana.

En respuesta a la señal de Fériun, los hombres de la guardia se apresuraron a cubrir el flanco del que provenía la alerta.

No tardaron en distinguir la terrible figura del morghuk, que galopaba derechamente hacia ellos mientras emitía espantosos alaridos. Varios jinetes se adelantaron a cortarle el paso, pero el enemigo, describiendo un amplio arco, cambió bruscamente de dirección hacia el Norte.

Fériun se detuvo jadeante ante la caravana. Ordenó que varios jinetes frescos se unieran a la persecución y volvió a ponerse en marcha de inmediato, tratando de no perder de vista al zakhir.

El magnífico caballo de Jemkha, más que galopar, parecía flotar sobre la grisácea hierba a la débil luz del anochecer. Consciente de haber conseguido una amplia ventaja sobre sus perseguidores, el taimado explorador se internó en una zona de espesa vegetación, donde se perdió de vista, ayudado por las sombras del anochecer.

Jemkha se sabía libre, pero el furor y el deseo de venganza le movían a no concederse un instante de tregua.

Quería informar cuanto antes de la posición de la caravana en su lento avance hacia el Sur.

Con la huida de Jemkha, la situación de los béltzeren se agravaba. Ahora más que nunca sería necesario forzar la marcha.

Lánder y Warko llegaron a la caravana. Pocas veces se había visto al

viejo señor de Érdain tan apesadumbrado. Se culpaba a sí mismo de la huida del morghuk. Consideraba que su exceso de celo había propiciado la ocasión para que escapara el peligroso explorador enemigo.

Fínedan y Jan, que empezaban a conocer bien y a apreciar la generosa personalidad de Lánder, trataron de consolarlo. Incluso poniendo empeño en hacer las cosas lo mejor posible, a veces es inevitable que un error o una casualidad estropeen nuestros planes. Pero eran demasiados días de tensión y esfuerzos, y todos comenzaban a acusar el desgaste físico y psicológico. No era momento para ceder al desánimo.

El médico de la aldea atendió al herido del grupo de Fériun. Aunque tenía fiebre, no parecía estar muy mal. Lo acomodaron en uno de los carros, para que pudiera descansar hasta que llegaran a la fortaleza. El herido no tardó en caer profundamente dormido. Sentada junto a él, su mujer, Sarai, velaba por su descanso. Le aplicaba paños húmedos sobre la frente para aliviarle la fiebre. Sus hijos, de corta edad, viajaban dos carros más atrás al cuidado de otra familia.

Al anochecer, el aire se hizo sensiblemente más frío. Kírunai, la esposa de Fériun, ofreció a Lánder y a sus acompañantes una taza de sukkôts caliente.

Los béltzeren eran conocidos entre los demás pueblos del Áldendor por sus recipientes de fhaàrne, un tipo de arcilla que conservaba muy bien el calor, y que abundaba en las cuevas de Beltz. El barro de fhaàrne, al contacto con el aire, se volvía duro como la piedra.

—Gracias Kírunai. Te lo agradezco de veras. Este sukkôts es capaz de resucitar a un muerto…, me encuentro mucho mejor.

Pero el apesadumbrado Lánder apenas se detuvo a reponer fuerzas durante los breves minutos que tardó en beber su taza de sukkôts. Al acabar, regresó junto al Thaine. Debía ayudarle a escoger la vía más rápida para alcanzar la fortaleza del Reino Perdido. Aún quedaban muchas horas por delante y había que evitar cualquier rodeo innecesario.

—Me preocupa Lánder —comentó Jan, bebiendo a pequeños sorbos de su humeante y aún medio llena taza—, lleva demasiado peso sobre sus hombros, y ya no es joven…

—Es el único que conoce bien la senda hasta la fortaleza. De noche, sin su guía, nos perderíamos en las montañas —respondió Áradain sin dejar de experimentar la misma preocupación que el farero—; pero creo que tienes razón, Jan. Cabalgaré a su lado y procuraré echarle una mano en lo que pueda.

Era ya bien avanzada la noche cuando Fériun y sus hombres se reincorporaron al grupo, tras abandonar su infructuosa persecución. Jemkha había conseguido escabullirse. La presencia de los guerreros junto a la caravana sería más necesaria que nunca.

Fériun explicó en dos palabras los sucesos de los dos últimos días a un grupo de notables entre los que se encontraban Lánder y sus acompañantes de Aldénuri. Todos coincidieron en que si el morghuk huido conseguía dar la voz de alarma a tiempo, sería muy difícil que consiguieran escapar. Si el grueso del ejército enemigo estaba lo bastante cerca, bastaría con que una fuerza de caballería lo suficientemente nutrida y rápida les cortara el paso antes de que pudieran ponerse a salvo. Su única esperanza residía en que el ejército morghuk se encontrara aún lejos… Entretanto, no tenían más remedio que continuar su camino a la mayor velocidad posible, a pesar de que resultara extenuante para los muchos ancianos y niños de la caravana.

—Si hemos llegado hasta aquí en medio de tantas penalidades, es señal de que no nos faltará la ayuda del Cielo para llegar hasta el final.

»No, no podemos darnos por vencidos. Ahora menos que nunca. ¡Llegaremos a Muihl-Athern aunque sea a rastras! —Éradair pronunció estas palabras con tal convicción, que consiguió infundir ánimos entre sus gentes.

—¡Muy bien, hijo! Sabias son tus palabras… —concluyó el Thaine, orgulloso de descubrir en su hijo los mismos ideales y el mismo coraje que habían animado las gloriosas gestas de los béltzeren en el pasado.

Iniciaban la parte final del trayecto: la prolongada y penosa ascensión a las montañas, que acabaría de poner a prueba la capacidad de sufrimiento de todo un pueblo en lucha por su supervivencia.

No era un tramo largo en comparación con el que llevaban recorrido desde la aldea, pero sí tremendamente accidentado y

difícil.

Lánder volvía a abrir la marcha. A cada tramo debía sopesar la conveniencia de tomar una dirección u otra, tratando de elegir un itinerario que fuera a la vez corto y practicable para los carros sobrecargados.

Las penalidades de la marcha se multiplicaban, pero todos procuraban ayudarse de modo que no se provocaran retrasos.

El frío de la noche se hacía sentir con mayor intensidad a medida que la caravana iba ganando altura: violentas rachas de viento llegaban desde las cumbres, en las que los grandes neveros pervivían desafiando los cambios de estación.

Pese a todo, las horas transcurrían con relativa tranquilidad. La fatiga era grande pero a cada paso la esperanza de alcanzar con vida la fortaleza iba creciendo a cada paso.

A medianoche, cuando más en calma parecía estar la naturaleza, un aullido escalofriante desgarró la paz nocturna, despertando a los chiquillos dormidos y provocando un coro de llantos, a modo de patética respuesta.

La mayoría de los béltzeren nunca había oído mencionar a los thaurroks. Ahora los tenían muy cerca. A juzgar por el sonido, a no más de una legua de distancia.

La fortaleza no podía estar muy lejos, pero se encontraban en el trecho más empinado de todo el recorrido.

Lánder se dirigió a Áradain que, como había prometido a Jan, cabalgaba constantemente a su lado:

—Áradain, voy a adelantarme para pedir ayuda en Muihl-Athern, continúa tú guiando a la caravana por esta cañada. Si llegas hasta una enorme peña granítica sin que yo haya regresado, rodéala y déjala a tu izquierda, para seguir el curso del arroyo que encontrarás unos metros más adelante.

—Descuida, Lánder. Ve tranquilo y tráenos refuerzos…

Lánder se adelantó con su caballo. Tardó todavía largos minutos en cubrir la distancia que le separaba de la fortaleza. Ante el portón de entrada, gritó a los centinelas:

—¡Ah de la fortaleza! ¡Os habla Lánder de Érdain! ¡Escuchad!: ¡Los habitantes de la aldea de Béltzeren se encuentran a pocas millas de aquí! ¡Si no actuamos rápidamente, todo el esfuerzo habrá resultado en vano: los morghuks nos pisan los talones y pronto

caerán sobre todos nosotros!

—¡Lánder, soy Leuken! ¡Hemos oído los rugidos de los thaurroks! ¡Deben de estar ya a la altura del arroyo de Ghur!

—¿Han llegado los hombres de Léveren?

—Sí, llegaron al anochecer: están bien. Venían exhaustos, pero ahora descansan en la ciudadela del Sur.

—¡Bien! ¡Oídme…! —la mente de Lánder volvía a discurrir veloz, tratando de encontrar una salida a la apurada situación—. ¿De cuántos caballos de refresco disponemos?

—Caballos no nos faltan. Contamos con todos los necesarios.

El bramido de un thaurrok interrumpió momentáneamente la conversación, mientras los hombres se miraban unos a otros, asustados. El estruendo de los tambores y trompas morghuks era ya reconocible a distancia.

—¡Están muy cerca, no hay un momento que perder! ¡Leuken: rápido, reúne el mayor número de jinetes que puedas y bajad a recoger a los viajeros! Con los carros jamás conseguirán llegar hasta aquí. Habrá que abandonar los enseres al enemigo.

Sin esperar respuesta, Lánder tiró de las riendas de su caballo y dio media vuelta.

Al llegar de regreso a la caravana, expuso en breves palabras su plan ante Fínedan y el Thaine: todos los que fuesen capaces de montar a caballo, cargarían con una persona hasta la fortaleza y regresarían a recoger más, hasta evacuar a toda la caravana. Desde la fortaleza, un buen grupo de jinetes con caballos de refresco colaboraría en la operación.

Los rugidos de los thaurroks aumentaban en frecuencia e intensidad. Como ya había ocurrido cuando llegaron por sorpresa a Aldénuri, daba la impresión de que una terrible y devastadora tormenta se aproximaba sin que nada fuese capaz de contenerla.

9

Tal y como se había propuesto, descendió lentamente sobre el lomo de uno de los yammouths que se encontraban formando un cerco defensivo.

No hubo sorpresas. Ni el animal sobre el que se había posado ni el resto de la manada reaccionaron.

Algo más tranquilo, Iván aprovechó su alta y confortable atalaya para tomar alimento.

Pero la estridente algarabía de los warolf que devoraban al yammouth recién caído le distrajo en el momento en el que acababa de descolgarse la bolsa de las provisiones. Se le deslizó de entre los dedos y comenzó a resbalar hacia el suelo. Aunque consiguió sujetar a tiempo el zurrón, la mayor parte de su contenido cayó bajo los pies del yammouth. Acababa de perder los alimentos. Pudo conservar el pequeño odre de agua, pero la mayor parte de su contenido se había derramado también. Tendría que racionar el agua que le quedaba.

Rebuscó en el fondo de la bolsa, donde comprobó que solo se habían salvado los pedernales. Ahora tendría que conformarse con descansar y esperar a que amaneciera, aunque fuera con el estómago vacío.

Estaba tan cansado, que al poco tiempo cayó en un sueño profundo.

Nada le despertó hasta que la claridad del amanecer le hizo abrir los ojos. Hacía bastante frío. Los contrastes entre el día y la noche en aquella alta y seca meseta aislada del mar eran asombrosos. Notablemente entumecido, se puso en pie estirándose sobre el lomo del yammouth, que seguía sin moverse. Observó la campiña a su alrededor. Una tenue neblina lo envolvía todo. El rocío había empapado la hierba sedienta. El sol iba ganando altura y el cielo lucía un intenso azul de gran belleza. No se veía ningún warolf en los alrededores. En presencia de la alegre luz del día, el recuerdo de aquellas alimañas nocturnas parecía proceder de un sueño irreal.

Ya despierto y dispuesto para la acción, pensó que esa jornada

podía ser la decisiva para conseguir las adalías, de las que dependía la plena recuperación de Léirenn. Esto le estimuló a ponerse en marcha cuanto antes. Su mente volvió a Thórman-Dun: ¿cómo seguiría la enferma? ¿Podría resistir el tiempo suficiente?

¿Y su familia en las montañas de Érdain? Por unos instantes quedó absorto, recordando a sus padres y hermanos.

Pero su estómago vacío terminó por devolverle a la prosaica realidad. Hoy se quedaría sin desayunar. Tal vez más adelante encontrara algo. Bebió un poco de agua y levantó lentamente el vuelo sobre la tranquila manada de yammouths que tan buen refugio le había brindado. Continuaban dormitando inmóviles en su peculiar disposición circular. Al parecer, el desperezarse de aquellas moles requería su tiempo…

El sol de verano ascendía rápidamente sobre el horizonte y pronto dejó de molestar a Iván en su avance hacia el Este. Había perdido ya de vista a sus yammouths.

Durante un par de horas viajó sobre un monótono paisaje, muy semejante al del día anterior. Después, el terreno que sobrevolaba comenzó a plegarse y a cobrar un aspecto notablemente más accidentado.

Abruptas cadenas montañosas se alzaban en la distancia. Su altura debía de ser considerable, pues la nieve reverberaba al sol en algunas de las cumbres más alejadas.

Al verlas a distancia, Iván pensó que, pese a lo que había oído decir en Thórman-Dun acerca de las «grandiosas» montañas de Héreggor y a su innegable tamaño, no merecían tanta consideración. Al menos no en comparación con sus añoradas sierras del Áldendor.

Pero, unas horas después, tras rebasar la primera barrera de montañas, aquellas que a primera vista le habían decepcionado, casi no dio crédito a lo que vieron sus ojos. Su valoración cambió súbita y radicalmente: hubo de rendirse a la evidencia. ¡Jamás hubiera imaginado que en todo el mundo pudiera existir nada semejante!

Se hallaba frente a las cumbres nevadas que apenas había visto aflorar tras las primeras cadenas montañosas. Ahora pudo observar de frente las majestuosas montañas del Este, y comprobar que eran grandiosas de verdad. La nieve las cubría por completo, confiriéndoles un brillo intensísimo a la luz del poderoso sol de

verano. A su lado, la divisoria de Erreth-Llàyr y las montañas del Sur del Áldendor parecerían meras colinas.

Continuó acercándose, extasiado por la belleza del paisaje.

A medida que se aproximaba, fue tomando más y más conciencia del colosal tamaño de aquellas montañas. Sus fabulosas dimensiones le habían producido la impresión de hallarse considerablemente más cerca de lo que en realidad estaban. Esto motivaba que las horas de viaje transcurrieran con exasperante lentitud. Parecía que nunca terminaba de acercarse del todo.

Cuando más distraído estaba, una piedra del tamaño de un puño le pasó a muy poca distancia. Embelesado en la contemplación de las montañas, había ido perdiendo altura sin darse cuenta. También el terreno bajo sus pies se había ido elevando poco a poco.

Un hombrecillo ataviado de pieles a la usanza ruhar corría a esconderse tras una peña. Llevaba una honda desenrollada en una mano.

Iván se propuso inmediatamente recuperar altura, tenía que situarse fuera del alcance de aquellos proyectiles. Observó que el terreno, de naturaleza cárstica, estaba agrietado en multitud de simas y cuevas que debían de servir de refugio a los ruhar.

La presencia de estos hombres del páramo volvió a alarmarle, recordando su reciente experiencia y la conversación en la que Gheós le había advertido que era probable que practicaran el canibalismo.

La concentración de ruhar parecía mayor en la cercanía de las montañas. Los signos de vida se hacían más visibles a cada milla que avanzaba. Había tantas cuevas que desde el aire parecían colmenas.

Un hombre lanzó un estentóreo grito de alarma desde lo alto de una rudimentaria torre de madera, un vigía sin duda.

La visión de un hombre volador estaba causando una profunda alarma entre aquellas primitivas y extrañas gentes. Cientos de ellos salían atropelladamente desde las entrañas de la tierra.

Avisados por el centinela, comenzaron a perseguir a Iván desde tierra. A pesar de los obstáculos que debían sortear, se deslizaban sobre las rocas con la agilidad de las lagartijas. Trataban de no perder de vista al muchacho. Este había tenido ya ocasión de comprobar la resistencia de aquellos hombres. Si no desistían de

perseguirle, podía verse en serias dificultades para bajar a tierra a descansar… e incluso para recoger las plantas que había venido a buscar.

También le inquietaba la gran cantidad de nieve que cubría las montañas: si todo estaba tan cubierto, ¿dónde se suponía que podría crecer la flor del yermo?

Continuó aproximándose. Volaba a gran altura. La proximidad de las montañas y la mayor elevación del terreno habían refrescado notablemente el ambiente. Aunque el sol alcanzaba entonces su cenit señalando el mediodía, desde las cumbres llegaban frías ráfagas de viento.

10

Aunque sabían que se encontraban ya en los últimos metros de su accidentada huida, los exhaustos fugitivos sentían flaquear sus ánimos oyendo los rugidos de los thaurroks cada vez más cercanos.

Los jinetes de Muihl-Athern, obedeciendo las órdenes de Lánder, habían ido trasladando uno a uno, en repetidos viajes, a los béltzeren que carecían de caballo. Habían comenzado por los más necesitados: heridos y enfermos, ancianos y niños.

Cada uno pudo llevar consigo un pequeño hatillo con lo más imprescindible. Fue necesario abandonar los carros cargados, pues hubieran impedido llegar a tiempo a la fortaleza. Atrás quedaron muchas cosas necesarias, e incluso los objetos más queridos, que constituían entrañables recuerdos familiares.

También los bueyes hubieron de ser abandonados a su suerte. Nadie ignoraba que su fin sería servir de alimento a los thaurroks, pero no había alternativa. No había tiempo que perder.

A los resignados lamentos de los adultos se unían los llantos desgarradores de los más pequeños, atemorizados por el creciente estruendo que anunciaba el avance de las hordas morghuks.

Una escuadra de arqueros de Aldénuri, armados con flechas incendiarias, se preparaba para cubrir la retirada de los béltzeren.

En cuanto fueron visibles los primeros thaurroks, unos cientos de metros por detrás de los últimos integrantes de la caravana que quedaban por llegar a la fortaleza, los arqueros efectuaron la primera descarga. Los brutos apenas resultaron afectados. Su gruesa coraza de piel les protegía.

Sin embargo, la línea de fuego creada por la nube de flechas pareció desconcertarlos unos momentos. A la luz incierta de las llamas, los arqueros pudieron hacerse una idea cabal de la verdadera situación, mucho más crítica de lo que habían pensado: hordas interminables de morghuks subían veloces las abruptas laderas espoleando sin compasión a sus grandes caballos.

Ahora resultaba evidente que, de no haber sido por la decisión de Lánder de trasladar solo a las personas abandonando toda la impedimenta, ninguno de los béltzeren hubiera conseguido llegar

con vida a la fortaleza.

Pero ya casi toda la caravana estaba a salvo. Apenas quedaban unas docenas de hombres fuera de las murallas. Los jinetes de Muihl-Athern habían iniciado el último viaje con ellos.

Lánder, vigilante, seguía al frente de la operación, instando a todos a mantener la sangre fría para evitar errores que pudieran retrasarlos.

En cuanto los últimos evacuados cruzaran la entrada al Reino Perdido, se cerrarían y asegurarían las enormes puertas.

Entonces habría llegado la hora de organizar la resistencia desde el interior. Nadie podía saber cuánto tiempo estarían en condiciones de aguantar, pero por el momento habrían logrado salvar la apurada situación.

Los últimos áldenors en peligro, los léveren y los béltzeren, se encontrarían a salvo. La salida de Lánder no habría sido en vano.

Además, los guerreros de estas poblaciones constituirían un importante refuerzo para la defensa de Muihl-Athern durante los largos días que se avecinaban.

En medio de la noche, cuando la influencia de los sonidos sobre los ánimos es muy superior a la de la visión, la frenética y creciente resonancia de los tambores se hizo incluso más sobrecogedora que los rugidos de los thaurroks.

Lánder, Warko y Fínedan traspasaron los últimos las puertas de la fortaleza, detrás de los últimos hombres rescatados.

El mugido aterrorizado de un buey apresado por los thaurroks se confundió con el estruendo de los pesados portones que comenzaban a cerrarse lentamente. Demasiado despacio para lo que los asustados áldenors hubieran deseado.

Tras unos momentos de incertidumbre, un impresionante chasquido indicó que las puertas habían llegado a los topes de la muralla: ¡estaban cerradas!

Se oyeron gritos de alivio.

Sin perder un instante, multitud de hombres acudieron a reforzar la entrada con las sólidas trancas de hierro forjadas en las antiguas fraguas del Reino Perdido.

A partir de ese momento ya nadie más podría entrar. Ni salir… Sabían que comenzaría un largo y duro asedio. Pero esa situación, al menos, les permitiría conservar lo más importante: la vida y la

esperanza en la victoria final.
Ana acudió presurosa a recibir al agotado Lánder.

Tenía muchas cosas que contarle. Sobre todo…: ¡que Ferrio había llegado con vida a la fortaleza! Hermo, uno de los granjeros de Illúnn, había conseguido llevarlo hasta Muihl-Athern en su carro. Pero su estado era grave. La herida había empeorado durante el largo trayecto. Ath trataba de hacer todo lo humanamente posible por que sanara, pero su vida corría aún peligro.

De Iván… seguía sin tener noticias.

El aspecto de Ana movía a compasión. Tenía profundas ojeras y daba la impresión de haberse avejentado en muy pocos días. Apenas había dormido y casi no se había separado de su marido desde que este llegó al refugio.
Lánder trató de animarla, con una desmayada sonrisa, aunque él también estaba padeciendo bajo el peso del cansancio y de las preocupaciones:

—¡Ana! ¡Mi querida Ana! Tienes que ser fuerte…, una vez más tenemos que resistir…

Ante los sollozos de Ana, que se le había abrazado con fuerza, ocultando el rostro en su pecho, poco faltó para que también el valeroso señor de Érdain se derrumbara y rompiera a llorar como un niño. Para evitarlo, se dirigió hacia el Thaine de Léveren, que había caminado a su encuentro, y exclamó:

—Mucho me temo que esta misma noche atacarán. Querrán probar de qué somos capaces antes de que el sitio se estabilice…

»Creo que las horas que siguen van a ser decisivas. Hoy es cuando debemos demostrarles que no les va a resultar fácil entrar. Ni siquiera con sus thaurroks. Solo entonces bajarán la presión, y tendremos la oportunidad de prepararnos para un largo asedio.
El Thaine asintió reflexivamente antes de responder:
—Sí, creo que estás en lo cierto. Voy a avisar a los demás jefes para que pongan alerta a los hombres de sus sectores. Esperaremos tus órdenes.
Mientras lo miraba alejarse, Lánder sintió un profundo cansancio. Eran demasiados días seguidos de desgaste físico y sobre todo, nervioso. Pero ahora más que nunca debía permanecer en pie, organizando la defensa para el primer choque con el enemigo. El portón debía ser reforzado y defendido desde las murallas.

Estaba despidiendo a Ana, ya más calmada, cuando sonaron las llamadas perentorias de los cuernos y tambores de guerra del enemigo, respondidas por los demenciales clamores de los morghuks al iniciar la marcha sobre la fortaleza. Dando a su sobrina un beso en la mejilla, le ordenó en tono paternal:

—Vuelve con Ferrio y los niños. Después te veré… No te preocupes: esta vez resistiremos.

Warko apareció como por ensalmo al lado de Lánder, dispuesto a ayudarle en todo lo necesario. Con él venía Hure, el hermano de Léirenn. Los dos serían una eficaz ayuda en las labores de enlace. Su juventud les permitía moverse de un lado a otro de las murallas con extraordinaria rapidez para transmitir las ordenes de Lánder.

Nadie en Muihl-Athern dormía ya. Los guerreros y los hombres útiles se encontraban ya en los puestos de combate que tenían asignados; pero, además, todos los que podían hacer algo, por pequeño que fuese, colaboraban en los preparativos de la defensa y en tareas auxiliares.

Aunque recién cerrados, los portones aún no estaban completamente atrancados con los macizos travesaños de hierro. Colocarlos llevaba tiempo y esfuerzo. Decenas de hombres con poleas y cuerdas se afanaban por acabar la operación de sellado antes de la primera acometida, urgidos por el griterío del enemigo y los rugidos espeluznantes de los thaurroks. Fínedan destacaba entre todos ellos. La corpulencia que había adquirido por necesidad durante sus años de cautiverio entre los kerren le permitía realizar el pesado trabajo a una velocidad sorprendente, a pesar de su edad bastante más avanzada que la de sus compañeros.

Al mismo tiempo, otro grupo iba fijando a modo de puntales y contrafuertes grandes vigas de la más sólida madera de roble, tomadas de la estructura de los edificios derruidos del interior de la fortaleza. De ese modo, la resistencia de las colosales puertas frente a los violentos embates desde el exterior se incrementaría notablemente.

Cuando las traviesas y los puntales estuvieron en su lugar, los defensores estallaron en un estentóreo grito de júbilo, que desconcertó momentáneamente al enemigo, ya muy cercano.

Los sitiados sabían que, una vez sellados y asegurados, los gigantescos portones mostrarían tanta solidez como si de los propios

muros de la fortaleza se tratara.
Ahora debían demostrar a los morghuks que en Muihl-Athern contaban con medios de defensa suficientes para resistir y causar graves daños a los asaltantes. Solo así lograrían detener el empuje de la ofensiva inicial del enemigo y ganarían tiempo, obligándolos a establecer un asedio prolongado.

Lánder instruyó a los arqueros de Érdain y de Aldénuri para que permitieran acercarse a los invasores lo más posible. Se trataba de dejar que se confiaran hasta el momento de lanzar una respuesta masiva, que les causara las máximas bajas posibles. Había que buscar abatir al mayor número posible de thaurroks, disparando siempre al cuello y a los ojos, sus únicos puntos débiles además del talón.
Afortunadamente para los defensores, las pesadas catapultas morghuks no habían llegado aún al campo de batalla, y subirlas hasta las altas crestas en las que se alzaba la fortaleza no sería tarea fácil para los atacantes.

Si la ruta había resultado casi impracticable para los carros tirados por bueyes, aún lo sería mucho más para las enormes máquinas de guerra. Las laderas tremendamente escarpadas e irregulares que deberían superar para llevarlas a distancia de tiro obligarían a transportar las catapultas pieza a pieza en muchos tramos.
Ya no tardaría en amanecer. A la luz de la luna, los guerreros morghuks que avanzaban hacia los muros ofrecían el aspecto inquietante de una jauría de demonios ansiosos por penetrar en la fortaleza para cobrar sus piezas. Sin embargo, aún se trataba únicamente de tropas de infantería ligera flanqueadas por algunos escuadrones de caballería.

Ignorando la existencia de la inmensa fortaleza del Reino Perdido, el ejército enemigo alertado por Jemkha había enviado para alcanzar y destruir a la caravana de los béltzeren algunas compañías de guerreros pertrechados casi exclusivamente con hachas y espadas cortas, reforzados por unos cuantos thaurroks.

Jamás hubieran imaginado encontrar en la alta cordillera del Áldendor meridional una fortificación semejante. Habían esperado encontrar columnas de fugitivos desprotegidas, alguna aldea defendida con frágiles empalizadas o, a lo sumo, alguna torre de

defensa o algún pequeño castillo en lo alto de una colina.

La visión de la fortaleza de Muihl-Athern había causado una profunda mella en los ánimos de los invasores. Y el recibimiento que les dispensaron los defensores cuando recibieron la orden de comenzar a disparar incrementó considerablemente su frustración.

Los morghuks habían avanzado en masa detrás de los thaurroks, pensando que podrían penetrar en la fortaleza inmediatamente después de que las bestias hubieran abierto el acceso. Pero los portones resistieron el ataque sin mostrar la menor debilidad, y gran número de guerreros habían quedado estancados bajo las almenas, teniendo que buscar la retirada bajo la densa lluvia de flechas que se había desencadenado de repente. Las bajas se contaban por centenares y tres de los thaurroks habían sido abatidos, aplastando a muchos morghuks en su caída.

Por primera vez desde su llegada al Áldendor, los morghuks estaban experimentando el coraje del pueblo áldenor luchando por su supervivencia.

Gojhk, el capitán de la expedición asaltante, vio con angustia el desorden de la sangrienta retirada. Sabía que, si no conseguía dar la vuelta a la situación, su cabeza rodaría por esto. Ciego de ira y de miedo, ordenó volver a cargar con todos los thaurroks restantes contra los portones. Amenazó con la muerte a quien se retirara antes de que hubieran invadido la fortaleza.

Lánder esperaba esta reacción, más propia de una mente obcecada que de un verdadero estratega. Los morghuks no consiguieron sino aumentar sus bajas, a merced de los arqueros y ballesteros de Muihl-Athern.

Comenzaba a amanecer. Con las primeras luces, el espectáculo del desastre sufrido por las tropas enemigas resultaba aún más pavoroso. La indómita fiereza de los morghuks parecía quebrantarse ante tanta desolación.

Era evidente que con los efectivos con que contaban sobre el terreno, jamás lograrían forzar la entrada a la fortaleza. Y que manteniéndose al alcance de los arqueros y ballesteros áldenors solo conseguirían ir muriendo uno tras otro.

Ya únicamente quedaban en pie dos de los thaurroks que habían traído.

A pesar de todo, Gojhk no daba la orden de retirada: sabía que

de todas formas, a su regreso, sus jefes lo matarían sin piedad de ningún tipo. Ese convencimiento le movía a continuar. La desesperación le llevaba a tratar de abrir una brecha en el formidable baluarte de Muihl-Athern.

Pero sus hombres no estaban dispuestos a sacrificarse por la ineptitud de su cabecilla. Las voces discordantes crecían a cada instante. Muy pronto se amotinaron abiertamente y su lugarteniente Mohojj acabó con él de una cuchillada, cuando intentaba obligar a las ya escasas fuerzas a un nuevo asalto.

Al ver caer a Gojhk, los morghuks huyeron en completa desbandada, buscando cada cual su propia salvación.

Los dos enloquecidos thaurroks, abandonados a su suerte, continuaron todavía arremetiendo contra los muros y los portones, lanzando espantosos rugidos mientras las flechas se acumulaban alrededor de sus puntos vulnerables. Finalmente acabaron cayendo como sus congéneres. El clamor de victoria en las almenas se impuso a los violentos estertores del último de ellos, que se retorció en tierra hasta quedar inmóvil.

En la fortaleza, la completa victoria de esta jornada, sin una sola baja mortal que lamentar, había elevado considerablemente la moral; algo que resultaba de enorme importancia para afrontar el desgaste psicológico que supondría el duro asedio que se avecinaba.

A pesar de todo, los jefes de la defensa no se hacían ilusiones y trataban de templar los ánimos, a la vez que felicitaban a todos por su magnífico comportamiento.

En efecto, la situación en el interior distaba todavía mucho de ser halagüeña: además de los heridos y contusionados en la batalla, seguían teniendo muchos enfermos y unas condiciones de vida precarias para los numerosísimos ancianos, mujeres y niños. Escaseaban los alimentos y debían fabricar con toda urgencia flechas y otros proyectiles, ya que la batalla había acabado con la mayor parte de sus reservas.

Nadie ignoraba que los morghuks regresarían pronto, borrachos de ira y de venganza… Y trayendo el armamento adecuado para combatir la resistencia de una fortaleza.

Pero ahora debían recuperar fuerzas y organizar del mejor modo posible todos los trabajos necesarios para resistir el sitio con eficacia. La gran victoria obtenida había encendido en todos los

corazones la convicción de que la salvación era posible. No podían ceder al desánimo. Hoy menos que nunca…

Héreggor

1

Iván comenzaba a apurarse seriamente. Desde la altura podía darse cuenta de que los ruhar que hormigueaban por todas partes, surgiendo de las profundidades de la tierra, eran tan feroces como los morghuks, aunque más primitivos y de una raza menos corpulenta. Por las armas que empuñaban, se reafirmó en la idea de que no parecían conocer el hierro. Trataban en vano de herirle, lanzando piedras de buen tamaño con sus hondas. Algunos llegaban tan lejos con sus disparos que tuvo que elevarse unos metros más, para mantenerse por encima de su alcance.

El aspecto de los hombres que veía se asemejaba al de los ruhar que había conocido en las llanuras. Sin duda pertenecían a la misma estirpe. Sin embargo, había algo en ellos que los hacía diferentes. Quizás el mero hecho de vivir junto a las montañas los hacía más fornidos que sus hermanos de la estepa. También su indumentaria era algo distinta. Muchos de ellos usaban prendas de pieles, quizás de yammouth, a juzgar por su color y su aspecto lanoso.

La furia de la persecución parecía ir en aumento. Esto podía complicar mucho los planes de Iván. No podría descender si no lograba zafarse de los ruhar que corrían debajo de él sin perderlo de vista. Esperaba que dejaran de acosarle cuando rebasara los límites de su territorio y sobrevolara las tierras más altas.

Volvió a asaltarle la duda de dónde y cómo encontraría las plantas medicinales: ¿a qué altura crecerían? ¿Qué ocurriría si lo hacían en zonas accesibles para los salvajes habitantes de la región?

Eran demasiadas las preguntas que todavía no tenían respuesta, habrían de ser resueltas a su debido tiempo. No tenía ningún sentido preocuparse por adelantado. Ahora debía centrarse en alcanzar las altas montañas antes de que anocheciera, y en encontrar, una vez más, el imprescindible refugio para pasar la noche. Una cueva tal vez. A esa altura, rodeado de nieve por todas partes, las noches debían de ser heladoras.

Esa misma circunstancia le hacía pensar que aquellas gentes que le hostigaban desde tierra no tendrían asentamientos allá arriba. Y, desde luego, no parecía probable que continuaran persiguiéndole

durante mucho más tiempo. Con un poco de suerte, antes del anochecer se habría librado de ellos sin incidentes.
Continuaba avanzando lenta pero constantemente. Procuró concentrarse en el vuelo, sin prestar atención a los belicosos nativos que continuaban correteando a varios centenares de metros bajo sus pies.

Las montañas estaban ya muy cerca. Gélidas corrientes de aire e impetuosas turbulencias así lo confirmaban.

Pronto tuvo ante sí una gigantesca muralla pétrea parcialmente cubierta de nieve y hielo.

Su primera impresión fue la de hallarse a las puertas de una región que tenía de inhóspita cuanto tenía de bella. Cuanto más se aproximaba a las paredes de las montañas, las impetuosas turbulencias se acrecentaban.
No tardarían en convertirse en violentas rachas huracanadas.

Al principio fue capaz de luchar contra el viento, aunque se sintió zarandeado como una débil hoja de otoño. Pero antes de que pudiera darse cuenta, viajaba arrastrado por un irresistible torbellino ascendente. Nada podía hacer por mantener su propia trayectoria.

Ascendía a una velocidad de vértigo.

En pocos minutos se encontraba volando a una altura sobrecogedora sobre el fondo de los valles… Y el viento seguía arrastrándolo hacia arriba.

Afilados peñascos pasaban amenazadores ante su asustada mirada. A cada momento, corría el riesgo de perecer estrellado contra las rocas.

En medio de aquel vértigo trepidante, le pareció ver un animal que se movía sobre las altas cornisas de hielo. Se le figuró semejante a un enorme oso de color blanco, pero muy superior en tamaño a los osos de las montañas del Áldendor. No pudo contemplarlo con detenimiento porque el torbellino lo arrastraba en dirección opuesta.

Superó la altura de un amplio saliente rocoso que actuó de protección frente a la corriente. Sintió cómo el viento que le arrastraba amainaba considerablemente.

Sobre el saliente descansaba una amplia plataforma pétrea.

Iván logró recuperar momentáneamente el control de su vuelo.

Tenía que aprovechar la circunstancia favorable, o tal vez nunca lo conseguiría…

No sin dificultad logró maniobrar entre las traicioneras corrientes de aire y aterrizar sobre aquella especie de balconada natural. Se tumbó rostro en tierra apretando fuertemente unos puñados de nieve en sus manos, con los ojos llenos de lágrimas. Estaba atemorizado. Durante los pocos momentos que había pasado a merced del torbellino, había visto de cerca la muerte en varias ocasiones.

Tardó un largo rato en recuperarse de la especie de parálisis causada por la tensión.

Descansaba sobre una gran plataforma de roca de unos cien metros de perímetro. La nieve era relativamente escasa, debido a la orientación del saliente, al abrigo de una alta y abrupta pared montañosa.

Allá donde había algo de tierra, en los lugares más protegidos entre las grietas de las paredes, crecían algunos hierbajos amarillentos y de apariencia mortecina.

El viento continuaba soplando con virulencia en torno y a los alrededores de la plataforma.

Iván comprendió que tendría graves dificultades para volver a alzar el vuelo, a no ser que volviera a exponerse a ser zarandeado de acá para allá, con riesgo casi inevitable de acabar estrellándose contra alguna de las afiladas rocas.

Ya no había guerreros ruhar a la vista. O, al menos, desde aquella altura no era capaz de distinguirlos. El vasto paisaje que tenía ante sí se perdía en una interminable sucesión de llanuras hasta el remotísimo horizonte. Tan lejos alcanzaba a ver, que se preguntó con cierta nostalgia si su vista no le permitiría divisar en algún momento hasta la mismísima posición de Thórman-Dun, y descubrir qué sería de su familia y de sus amigos… Pero pronto el recuerdo de su deber inmediato obligó a su imaginación a regresar a la realidad: estaba allí para encontrar aquellas flores lo antes posible y salvar a Léirenn. No había tiempo que perder.

Después de inspeccionar su refugio con detenimiento, descubrió que su situación sobre aquella plataforma de roca era muy semejante a la de un náufrago en una isla desierta. En ese lugar no había absolutamente nada. Por supuesto, nada que se pareciera

mínimamente a una flor; y tampoco un abrigo para pasar la noche. Los minutos que llevaba transcurridos en relativa inacción le demostraron que el frío era intenso. No quería ni pensar en lo que supondría una noche a la intemperie en aquel lugar. Más que un refugio, aquello era una prisión mortal. Debía hacer lo posible por evadirse de ella cuanto antes.

Caminó con gran cautela hasta el borde del saliente y observó atentamente el terreno que había por encima y por debajo de su posición.

Hacia arriba se extendía una agrietada pared que, a unos cien metros sobre su cabeza, parecía culminar en una de las cimas que le rodeaban.

A sus pies, la pared caía vertical formando un cortado que parecía tener más de mil metros de caída libre. Acababa sobre un amplio y verde valle de alta montaña, cubierto por grandes neveros en las zonas umbrías.

A la vista del verdor de aquel valle, Iván se estremeció: si había hierba allá abajo, muy posiblemente crecerían también las adalías. ¡Tenía que bajar hasta el valle!

Se acercó un paso más al borde. El torbellino ascendente que continuaba soplando sin cesar le empujó con fuerza hacia atrás haciéndole perder el equilibrio.

Era imposible salir volando de aquel inhóspito paraje. Se estrellaría sin remedio contra la pared y entonces se precipitaría en caída libre hasta el fondo del valle. Jamás lograría descender con vida volando entre semejantes corrientes huracanadas.

Estaba atrapado en el corazón de las Montañas de Héreggor.

Le hubiera gustado llorar. De impotencia, de dolor, de miedo… Pero comenzaba a estar tan asustado, que se sintió dominado por un ansia irresistible de luchar por su vida.

No podía terminar así, se decía con rabia creciente. Si era allí donde debían terminar sus días, al menos moriría peleando. No podía quedarse de brazos cruzados a esperar a que el frío, el hambre y la debilidad acabaran con él en medio de aquellas soledades. Si no podía volar, seguía teniendo pies y manos: se aferraría a la roca mientras tuviera fuerzas, y escalaría hasta salvarse… o sucumbiría intentándolo.

Alzó la mirada. La pared sobre su cabeza presentaba numerosas

grietas y oquedades. Quién sabe, quizá fuese capaz de trepar los cien metros que le separaban de la cumbre y, una vez en lo alto, existiera una vía por la que descender al valle… No había otra forma de averiguarlo que ponerse en marcha.

Consciente de la dificultad de la empresa, antes de emprender la ascensión se encomendó con confianza a la ayuda de Dios, hablando en voz alta por primera vez desde que había empezado el viaje:

—No sé si ha llegado mi hora ni si merezco alcanzar la cumbre, pero sí sé que necesito tu ayuda. Yo solo nunca sería capaz… Ya sabes que no he venido hasta aquí por propia voluntad sino por ayudar a Léirenn: ayúdame a subir esta montaña y a volver con las adalías…

Tras unos momentos de silencio, alzó de nuevo la mirada al cielo y, con voz firme y resuelta, pronunció la invocación en la lengua antigua que había confortado siempre a su gente en todas las empresas arriesgadas:

—*¡Aise lehiàrr!*

2

Algunas mujeres, compadecidas del lastimoso estado de Léirenn, se turnaban día y noche tratando de combatir la fiebre mediante paños humedecidos en agua fría.

La enferma cada vez pasaba más tiempo inconsciente. Incluso durante los escasos momentos en que abría los ojos, parecía ajena a cuanto ocurría a su alrededor. Lejos de mejorar, su aspecto empeoraba con el paso de los días. Estaba perdiendo el poco color que le quedaba en las mejillas.

Faorn, uno de los guerreros que habían traído a Léirenn desde Aldénuri, y Offah, el físico de Thórman-Dun, que había acompañado a los guerreros en esa expedición, hablaban con Gheós en una estancia cercana. El sabio de Eekklo quería volver a escuchar de primera mano el relato de los hechos. Quería saber exactamente qué había ocurrido para que Léirenn fuese víctima de un mal tan grave y extraño.

No existía proporción entre su herida en el brazo, que no era grave, y el mal que padecía. Tenía que haber algo más que fuera la causa del preocupante estado de la muchacha.

Faorn, que había dirigido el destacamento durante la operación de rescate, volvía a relatar pacientemente los hechos ante Gheós y Offah, el físico:

—Como sabéis, nuestra misión principal consistía en avisar de la destrucción que amenazaba al Áldendor. Eso fue lo que hicimos desde la misma frontera del Fhárendain y a nuestro paso por las aldeas y poblados que cruzamos.

»Pero cuando llegamos a Aldénuri, ya era demasiado tarde: las casas ardían por doquier y los thaurroks campaban a sus anchas. Era una escena desoladora.

»No pudiendo hacer otra cosa, tratamos de ayudar a escapar al mayor número de gente posible.

»A pocas millas de Aldénuri, encontramos una caravana de carros que huían hacia las montañas de Érdain. Estaban siendo atacados por un grupo de morghuks. No eran muchos, pero actuaban muy decididos. Parecían buscar a alguien…

—Es casi seguro que a Iván de Aldénuri —interrumpió momentáneamente Gheós, que escuchaba reconcentrado, con los ojos semicerrados.

—No podría decirlo —continuó Faorn—, pero mientras unos hostigaban a los fugitivos, otros miraban dentro de los carros, levantando las lonas… Entre los atacantes había un morghuk que destacaba en seguida por su indumentaria. A pesar de ir bien pertrechado de armas de combate, parecía preferir un puñal que manejaba orgulloso. Lo agitaba ostentosamente ante los atemorizados áldenors que trataban de huir.

»Nos lanzamos al ataque, pero no pudimos impedir que, mientras llegábamos, se acercara al carro en el que viajaba Léirenn, el último de la caravana. Cuando comprobó que tampoco estaba en él la persona que buscaba, quienquiera que fuese, se llenó de ira y comenzó a herir a diestro y siniestro a cuantas personas pudo alcanzar mientras huía. Con una mano usaba el cuchillo que he dicho y con la otra su hacha de guerra.

»Los perseguimos un breve trecho, casi hasta las afueras de Aldénuri, pero no llegamos a entrar en combate, gracias a Dios, no fue necesario. En seguida nos dimos la vuelta para socorrer a los fugitivos, que tenían algunos muertos y varios heridos, Léirenn entre ellos. Offah desmontó para atenderla…

Gheós, sin abandonar su aspecto concentrado, dirigió la mirada al físico, que continuó entonces la narración donde la había dejado Faorn:

—No me pareció que la herida fuese grave. Era un corte limpio y algo profundo, por lo que decidí hacerle un torniquete para detener la hemorragia. Pero antes de que hubiese terminado de apretarlo, la muchacha ya había perdido la conciencia…

»Entonces empecé a inquietarme.

»Con la aprobación de sus padres, la subimos a uno de nuestros caballos. Queríamos sacarla aprisa de la zona invadida por los morghuks para tratar de aplicarle algún remedio que le devolviera las fuerzas. Tenía un pulso muy débil.

»Apenas la habíamos subido al caballo, una nueva partida de morghuks nos atacó…

Faorn retomó el hilo del relato:

—Si no les hacíamos frente, los áldenors de la caravana estarían

perdidos. Les dijimos que se pusieran en marcha: nosotros nos ocuparíamos de rechazar el ataque y más adelante nos volveríamos a reunir para darles escolta.

»En efecto, los carromatos partieron, pero ya no los volvimos a ver: los morghuks parecían brotar de la tierra. Luchábamos a brazo partido y nos iban acorralando poco a poco. Temíamos que, de un momento a otro, alguno de los thaurroks que había por la zona se dirigiera hacia nosotros…

»Decidí dar la orden de retirada. No podía exponer a los hombres durante más tiempo a semejante peligro.

»Galopamos varias millas perseguidos por un puñado de morghuks. Tenían buenos caballos pero se veía que estaban fatigados y conseguíamos mantener la distancia.

»Tomamos una dirección bien alejada de la ruta de Érdain, para distanciar al enemigo de la caravana fugitiva. Así que nos persiguieron hacia el Sur hasta que se hizo de noche cuando alcanzábamos la frontera del Áldendor.

»Estoy casi seguro de que entonces dejaron de seguirnos. Aunque, a decir verdad, tengo mis dudas…

Gheós se incorporó como movido por un resorte. Hasta ese momento había permanecido absorto. Si no hubieran sabido el interés que tenía en escuchar esa historia, le hubieran creído dormido. Pero al oír esto último, preguntó sobresaltado:

—¿Qué quieres decir exactamente?

—Verás, Gheós, una vez fuera del Áldendor, viendo que no parecían seguirnos, bajé la guardia, esa es la verdad. Sobre todo cuando estuvimos ya en la estepa de Thérraîn. Nosotros conocemos bien los peligros que acechan en estas tierras, me refiero a los warolf. Eso me hizo, en cierto modo, desentenderme de los morghuks. Acampamos en los refugios de la senda del Norte…

La mente de Gheós iba por delante de las palabras dubitativas del relato:

—¿Hay algo que te haga pensar que pueden haberos seguido hasta aquí?

—Al principio no lo creí posible —respondió Faorn, tras meditar unos segundos—; ni siquiera pensaba en los morghuks. Pero a medida que pasan los días, la sospecha va tomando cuerpo…

—¿Por qué razón?

Faorn titubeó un momento, azorado. Le resultaba difícil tener que hablar de impresiones y sensaciones más o menos vagas, sin hechos concretos a los que remitirse. Finalmente habló en voz baja, como pidiendo excusas:

—No sé…, en presencia de los morghuks percibí algo especial. Algo diferente de la tensión ante un enemigo mortal. Una sensación indefinida de opresión, de presencia maligna… Pues bien, esa sensación no me abandonó durante todo el viaje de regreso a casa y tampoco me ha abandonado aquí. No me pidas otras razones, porque no he visto nada anormal, pero presiento que alguien nos acecha y que su presencia en torno a la ciudad es cada vez más intensa…

—¡Faorn! —intervino Offah—: ¡acabas de describir la misma sensación que vengo teniendo yo desde entonces! No habría sabido expresarlo mejor…

Gheós asintió, pensativo:

—Es posible que crean que Iván está aquí. De hecho, dentro de unos días regresará… Pero creo que…

—Gheós —le interrumpió Offah, con cierta ansiedad en la voz—, ¿ha habido algo en el relato que haya podido ayudarte, ayudarnos?

—Sí, Offah. Me habíais hablado de la herida recibida en una emboscada, pero ahora habéis descrito al autor de la herida, un cabecilla morghuk, si no el jefe de todos ellos. Y creo que ahí puedo empezar a vislumbrar el origen del extraño mal al que nos enfrentamos…

3

Al amanecer, el centinela no daba crédito a lo que veían sus ojos: hordas de guerreros de aspecto maléfico rodeaban la ciudad fortificada de Thórman-Dun. Llevaban cascos rematados por enormes astas de toro. Muchos mostraban rostros desfigurados hasta la monstruosidad.

Pero le impresionó aún más la visión de los gigantescos animales que les acompañaban y que parecían superar en agresividad a sus propios amos…

Sin pensarlo dos veces, hizo sonar el cuerno de guerra que los pobladores de origen aldenórico habían introducido algunos siglos atrás a su llegada a las altas tierras de Thérraîn.

Hacía muchos años que no resonaba el cuerno de guerra en Thórman-Dun. Sin embargo, todos sabían cuál era su cometido y cada uno acudió a su puesto.

Como primera consecuencia de la señal de alerta, las puertas de la ciudad permanecerían cerradas y aseguradas también durante las horas diurnas.

El centinela que había dado la alarma fue relevado por otro soldado y acudió a dar la noticia personalmente al Énaith Esnaurr. No fueron precisas muchas palabras pues Gheós, que también había contemplado el panorama desde las murallas, le estaba ya poniendo al corriente de lo que ocurría. De hecho, atendiendo a la sugerencia de Gheós, el Énaith había hecho venir a Ghulden y Astuur, que eran los que mejor podían informarle de la idiosincrasia y de los modos de actuar de morghuks y thaurroks.

—La mera presencia de los morghuks —explicaba Gheós— es de por sí maligna, y es capaz de influir en los corazones introduciendo en ellos el desaliento.

»Al principio, este influjo es apenas perceptible, pero su prolongación en el tiempo hace que sus efectos vayan creciendo, hasta el punto de llegar a paralizar o torcer la voluntad de quien no lucha con todas sus fuerzas por resistirles…

—¡Es cierto! Es terrible. Te hace sentir como hielo en el corazón —asintió Astuur recordando los difíciles días pasados en Arkane y

en la aldea de Byur-Mukâh.

»Los thaurroks temen al agua —continuó—: el hecho de que el río abrace completamente el perímetro de la fortificación exterior nos da una gran ventaja. Mientras haya agua a nuestro alrededor, no podrán pasar.

—Tiene razón, Astuur, pero no podemos confiarnos —apostilló Ghulden—: los morghuks son astutos y tenaces. Si han llegado hasta aquí, intentarán cualquier estratagema para entrar. No se darán por vencidos hasta que lo consigan.

»Esnaurr, no me sorprendería que intentaran desviar el curso del río, o cortarlo…

—Saldremos a pelear. Thórman-Dun es desde su fundación un pueblo de guerreros, no tenemos por norma esperar a que nos ataquen.

»Podemos usar nuestros yammouths contra los thaurroks. Los yammuîns se encargarán de ellos.

—¡Yammouths adiestrados! —se admiró Gheós—, ¡no lo había imaginado! Es una buena posibilidad. Pero estimo que no debemos apresurarnos a mostrarles nuestras cartas.

»Dentro de la ciudad estamos completamente a salvo. Por ahora, no existen motivos que nos urjan para exponernos a luchar. Son ellos los que deben arriesgar…

Gheós tenía mucha razón. Era vital conservar la cabeza fría. Si cometían un error, podían ser aniquilados como ya había ocurrido en parte en Aldénuri y en el Errion-Thal y, aunque carecían de noticias, muy probablemente también en Nielsko.

Se hizo un breve silencio. Esnaurr meditaba las palabras de Gheós, hasta que Ghulden rompió el silencio:

—Decidme, ¿cómo es que han podido llegar hasta aquí en plena noche? ¿Pensáis que los thaurroks han sido capaces de mantener a raya a los warolf?

—No lo sé —respondió Esnaurr—, pero si yo fuera un morghuk no estaría muy tranquilo. Has dicho antes, Gheós, que los morghuks son astutos, y no lo dudo. Pero los warolf son animales taimados como pocos. Estudiarán a los thaurroks y, si descubren un punto débil, puedes estar seguro de que esas bestias y los propios morghuks tendrán sus días contados en la estepa de Thérraîn.

»Lo que no acierto a comprender es qué ha podido traer a esos

hombres maléficos hasta aquí…

—Eso no es difícil de imaginar, Esnaurr, han venido a acabar con Iván. Creen que puede estar aquí. Una partida de rastreadores siguió el rastro de Faorn y sus hombres cuando traían a Léirenn.

»Me temo que, si no les entregamos al muchacho cuando nos lo exijan, querrán destruirlo todo, como en Aldénuri, para asegurarse de que Iván perece también. Cuando ataquen, será con la intención de no dejar ni rastro de esta ciudad y de sus habitantes.

Las previsiones de Gheós comenzaron a cumplirse bien pronto. Al mediodía, un emisario morghuk con bandera blanca solicitó parlamentar con un representante de la ciudad delante de las murallas.

Se trataba de algo muy poco frecuente en las prácticas de ese pueblo siniestro, que nunca entablaba negociaciones, excepto como medio para engañar al enemigo.

Gheós se mostró reacio a acceder, pero Esnaurr, movido por sus belicosos impulsos, acabó por asentir: estimaba que nada perderían con saber qué querían. Deseaba conocer cuanto antes de primera mano qué buscaban realmente los amenazantes sitiadores; y, sobre todo, recorrer lo más rápido posible las etapas previas al ataque. Le parecía preferible eliminar toda incertidumbre y volcar sus energías y las de su gente en rechazar y destruir aquella amenaza.

El propio Esnaurr salió, flanqueado por otros dos jinetes, a parlamentar con el emisario morghuk: el zakhir que capitaneaba las tropas en posición frente a Thórman-Dun. Le acompañaba un morghuk conocedor de la lengua aldenórica. Al menos en apariencia, todos iban desarmados.

Durante la brevísima entrevista, tal como Gheós había previsto, el morghuk exigió que les entregaran a Iván si querían salvar su ciudad de la destrucción. Esnaurr respondió con toda firmeza que el muchacho no estaba en la ciudad, pero que si hubiera estado allí tampoco lo habrían entregado.

Pero el Énaith no había contado con lo poco que importaba a su enemigo transgredir las normas no escritas de caballerosidad en la guerra. En cuanto el zakhir hubo comprendido que Esnaurr no les entregaría al joven, hizo una señal a sus tropas, que se lanzaron de inmediato al asalto de la ciudad, sin respetar la tregua para parlamentar que él mismo había pedido.

Esnaurr, sorprendido por la innoble traición, masculló una imprecación mientras hacía girar a su caballo y galopaba con sus escoltas para ponerse a salvo. Un grupo de arqueros acudió velozmente a cubrir su retirada desde la parte alta de las puertas.

La guardia esperó en tensión, mientras sonaban arrebatadamente los cuernos de alarma y las almenas se poblaban de defensores. Hasta que el Énaith no hubiera entrado, las pesadas puertas no podrían empezar a alzarse. Y, desde ese momento, todavía tardarían en cerrarse por completo, ya que subían muy lentamente.

Los thaurroks corrían enloquecidos muy por delante de la caballería, como punta de lanza de las terribles hordas morghuks en orden de batalla. Si uno solo de ellos conseguía saltar a tiempo sobre los portones, probablemente las cadenas se romperían bajo su mole y el puente quedaría echado, dejando vía libre al saqueo de Thórman-Dun.

Gheós observaba el dramático y vertiginoso desarrollo de los acontecimientos desde lo alto de la muralla. La suerte de la ciudad pendía de un hilo muy fino.

Cuando Esnaurr y su escolta lograron finalmente cruzar la puerta de entrada, el primer thaurrok los seguía a poco más de cien metros.

Las macizas puertas comenzaron a separarse del suelo muy lentamente, con un gruñido que parecía condensar la furia y el miedo de toda la ciudad.

Astuur, que en ningún momento había dejado de desconfiar de los morghuks, se había colocado con su ballesta entre los arqueros que defendían la puerta. Apoyando los codos sobre el pretil de la muralla, apuntó cuidadosamente a los ojos del primero de los thaurroks y esperó a que estuviera a la distancia conveniente para no fallar el tiro.

Una lluvia de flechas caía ya sobre el rugiente animal, pero ninguna atravesó la poderosa coraza de su piel.

Astuur se contuvo todavía unos momentos. Cuando juzgó llegado el momento, disparó sin separar los ojos de su punto de mira.

Casi al instante, el thaurrok emitió un quejido atronador y, retorciéndose, cayó por tierra con el dardo de Astuur

profundamente hundido en uno de sus ojos.

Sin embargo, no había tiempo para cantar victoria.

Muchos más venían detrás y el puente levadizo apenas había cubierto una fracción de su recorrido.

Astuur recargaba frenéticamente su ballesta, mientras gritaba a los arqueros:

—¡A los ojos! ¡Apuntad a los ojos y al cuello!

Para cuando consiguió tener la ballesta cargada, otro thaurrok estaba a punto de saltar sobre el puente. Sin tiempo para apuntar, disparó.

El dardo fue a estrellarse contra la cabeza de la bestia, que continuó corriendo sin que pareciera posible detenerla por ningún medio.

El thaurrok saltó y fue a caer en pie sobre el puente con una sacudida descomunal. El tremendo golpe y la vibración que le siguió hicieron que la cadena que sujetaba uno de los lados se partiera con un chasquido. Los defensores, paralizados, contuvieron el aliento como un solo hombre.

La plancha se venció con una violenta inclinación, mientras la cadena la sujetaba aún por el lado opuesto. El brusco bandazo hizo que el thaurrok perdiera pie y se precipitara a las aguas del río.

Desde las almenas, todavía paralizados por la angustia, los arqueros contemplaron cómo la bestia, incapaz de nadar, empezaba a ahogarse rápidamente, entre roncos aullidos que parecían hacer vibrar las murallas.

Los hombres de la entrada consiguieron finalmente levantar el maltrecho puente con solo una de las cadenas. Los herreros se pusieron inmediatamente a trabajar para repararlo.

Los daños eran aparatosos pero no excesivamente graves. La enorme puerta aguantaría, si bien tendrían que trabajar de firme para tenerla colocada de nuevo en sus goznes y asegurada antes de que llegara la noche y, con ella, los warolf.

Entretanto, el foso sobre el río bastaría para mantener temporalmente a raya a las hordas morghuks y a los thaurroks.

4

Debía de ser por lo menos media tarde. Tenía que llegar a lo alto del inmenso roquedo antes de que anocheciera. No quería ni pensar en la posibilidad de que la noche le sorprendiera suspendido en la pared. Sería equivalente a firmar su sentencia de muerte.

Le quedaba muy poca agua, el pellejo estaba casi vacío. En el momento de partir bebería de un trago lo que quedaba.

Decidió abandonar su espada. Prefería desprenderse de ese peso muerto. No se sentía con muchas fuerzas. Las horas de ayuno forzoso comenzaban a hacer mella en él.

Se llevaría únicamente el pellejo vacío y los pedernales, por si necesitaba encender un fuego para calentarse. Por lo demás, llevaría el zurrón vacío para meter las adalías cuando las encontrara.

Antes de empezar a escalar, se detuvo a echar una ojeada al formidable obstáculo que se proponía superar. Las profundas fracturas en la piedra cincelada por las fuertes heladas y las frecuentes ventiscas le hicieron cobrar ánimos y esperanzas en el éxito de su empresa.

Pero pudo advertir igualmente la presencia de abundantes placas de hielo. Tendría que redoblar la atención. Un mal paso y acabaría sus días estrellado contra el fondo del valle.

No quiso perder el tiempo en más observaciones.

Estaba ansioso por acometer aquella difícil y definitiva tarea. Bebió un último trago de agua y empezó la ascensión.

Los comienzos no fueron difíciles. Sobre la plataforma se había formado un pequeño canchal de piedras caídas que le facilitaron los primeros pasos.

Pronto se halló a cinco o seis metros sobre el suelo del saliente rocoso. A partir de ahí comenzaba la pared propiamente dicha. Piedra, hielo y roca.

La fuerza del viento se intensificaba con cada metro de altura que ganaba sobre el resalte protector. Se recordó que no debía mirar hacia abajo por nada del mundo. Debía mantener los cinco sentidos atentos en asegurarse muy bien a la roca. No solo debía asegurar su propio peso, sino defenderse de las irregulares y

traicioneras ráfagas de ventisca.

Lanzaba continuas miradas hacia arriba tratando de descubrir la vía más fácil y segura.

Muy poco a poco había conseguido superar aproximadamente un tercio del desnivel total, cuando se encontró bloqueado. A poca distancia sobre su cabeza, sobresalía una cornisa pétrea que no había podido ver desde la plataforma, impidiéndole el paso. No era muy ancha, pero lo suficiente para no permitirle avanzar. En condiciones normales hubiera podido superarla con facilidad mediante un corto vuelo. Pero la violencia del viento, lejos de disminuir, iba en constante aumento.

Sufrió un momentáneo ataque de pánico. Las piernas comenzaron a temblarle descontroladamente. En un descuido miró hacia abajo y comprobó que ni siquiera el resalte desde el que había iniciado la ascensión se encontraba ya en la vertical bajo sus pies. La caída desde ese punto sería libre hasta el fondo del valle. Sintió que le fallaban las fuerzas y que la cabeza le daba vueltas. Trató de resistir el vértigo asiéndose con fuerza a la peña y confiando en que fuese algo pasajero.

Poco a poco, recobró la presencia de ánimo, aunque seguía sin tenerlas todas consigo. Era perfectamente consciente de que la más pequeña crisis de vértigo podía resultar fatal en su situación.

Trató de razonar.

Desde su posición actual no podía abarcar con la vista la extensión total de la cornisa, pero si se desplazaba lateralmente a derecha o izquierda, posiblemente acabaría rebasándola por uno u otro lado.

Puesto que a su derecha la pared parecía ofrecer más asideros, optó por desplazarse en esa dirección.

El nuevo esfuerzo físico y la concentración necesaria para descubrir cada nuevo punto de apoyo, le dieron mayor aplomo. El miedo y el agarrotamiento de brazos y piernas parecían disiparse mientras se movía con cautela.

Se preguntó sorprendido cómo en medio de un paraje tan hostil para la vida podían florecer las curiosas matas de hierba que iba encontrando aquí y allá. Algunas de ellas estaban incluso florecidas. Su periodo de floración debía de ser cortísimo, sin duda reducido a los días centrales del verano. Al acercarse a una de ellas, acercó el

rostro para verla mejor. Entonces se le cortó la respiración: ¡eran adalías! Nunca hubiera imaginado que las encontraría ahí. Las hubiera buscado al abrigo del fondo de los valles, pero jamás en las grietas entre esas peñas batidas por terribles vientos. Y menos a tan formidable altura.

Sea como fuere, ahí estaba lo que había ido a buscar a un lugar tan remoto.

Mientras iba arrancando cuantas flores podía para introducirlas en el zurrón, observó que su lugar natural de crecimiento eran las pequeñas oquedades y grietas de la roca, donde se había llegado a acumular una delgada capa de tierra.

Cuando el zurrón estuvo lleno, suspiró plenamente satisfecho. Había llegado a olvidar por unos minutos dónde se encontraba.

Pero ahí continuaba la desafiante cornisa. Más a su derecha, una estrecha hendidura parecía atravesarla de abajo arriba. Era muy angosta o, al menos, así lo parecía a esa distancia, pero quizá tuviese una abertura suficiente para deslizarse a su través.

Al aproximarse, comprobó que era incluso más ancha de lo que había pensado. La dificultad mayor estribaba en la completa ausencia de puntos de apoyo. Las paredes de la grieta parecían tan lisas como si un artesano se hubiera entretenido en pulirlas concienzudamente. Tendría problemas para agarrarse con la fuerza suficiente para soportar su propio peso y el empuje del viento.

Sin embargo, no parecía haber otro paso, al menos cercano, para alcanzar la cima.

La distancia entre ambas paredes le permitía apoyar los pies en una y la espalda en la opuesta, del mismo modo que si se encontrara encajonado entre las paredes de un estrecho pozo.

Intentó ascender sosteniéndose con la presión de brazos y piernas y comprobó que era posible. El esfuerzo y la tensión le hacían sudar, a pesar de la baja temperatura. Se secó las manos frotándolas sobre la ropa y empezó a subir lentamente los diez o doce metros que debía superar. En pocos minutos, había recorrido un buen trecho sin especiales dificultades. De vez en cuando, se detenía jadeando para descansar un momento y secarse el sudor del rostro y de las manos. En esas paradas cerraba los ojos, luchando con la tentación morbosa de mirar al abismo.

Ya casi estaba… El viento huracanado continuaba soplando sin

piedad. Arrastraba pequeños trozos de hielo que le golpeaban al pasar como insectos enfurecidos.

Las corrientes seguían siendo ascendentes: en la grieta se comprimían en un chorro que circulaba de abajo arriba. Resultaba una ayuda pequeña pero no desdeñable. Era como si pesara algunos kilos menos.

Medio metro… Alargó una mano y se asió con facilidad en un reborde por encima de la cornisa. Por primera vez, se veía capaz de superarla por completo.

Miró hacia lo alto: le quedaban cincuenta o sesenta metros para llegar a la cumbre, pero esta vez libres de obstáculos. Al menos en apariencia…

A medida que el viento le secaba el sudor, el frío comenzó a hacerle mella. Al contacto con el hielo y la fría piedra había comenzado a perder sensibilidad en los dedos de manera alarmante.

Sin embargo seguía siendo capaz de encontrar agarraderos entre las grietas y salientes de la roca. La inclinación de las paredes era ahora algo más suave.

Cuando volvió a alzar la cabeza, comprobó que había superado más de la mitad del trayecto. Lo más difícil estaba hecho.

Se detuvo unos instantes a tomar aliento. Había recuperado el optimismo y la confianza en sus posibilidades de éxito.

Los últimos metros eran mucho más fáciles. Casi sin darse cuenta, se encontró de rodillas en la cumbre de la montaña. ¡Lo había logrado!

Dando gracias a Dios, se tumbó unos instantes sobre la nieve. En parte, porque estaba exhausto y, en parte, para protegerse de la violencia del vendaval. Se sentía agotado pero feliz de hallarse con vida y con el zurrón repleto de adalías.

Pero no podía dormirse en los laureles, el sol se aproximaba ya al horizonte. Tendría que aprovechar las escasas horas de luz para descender todo lo que pudiera y hallar un lugar abrigado donde pernoctar.

5

Como certeramente había explicado Gheós, los morghuks eran tan salvajes y degenerados como astutos y poderosos.

Durante la noche, los warolf habían rondado en torno a las murallas, moviéndose con una virulencia aún mayor que la habitual.

Habían saltado sobre el río y nadado hasta la base de las murallas buscando un hueco por donde colarse en la ciudad.

Y sin embargo, al despuntar el día, los morghuks continuaban en sus posiciones, sin la menor señal de que los warolf les hubieran inquietado.

Gheós supuso que los oscuros poderes de los morghuks habían sido capaces de dominar a esas bestias del mismo modo que a los thaurroks. Sus esperanzas de que los warolf terminaran con ellos se desvanecían.

Habría que prepararse para una larga guerra psicológica y de desgaste. Los morghuks no podían entrar en la ciudad, pero tampoco los guerreros del interior podían intentar alejarlos con una salida, a no ser que estuvieran dispuestos a enfrentarse directamente contra los thaurroks.

Desde ese momento comenzó una lenta sucesión de días que se hacían muy largos y angustiosos para los sitiados.

Tampoco Iván daba señales de vida. La situación de Léirenn empezaba a ser preocupante. Si las adalías no llegaban pronto, su empeoramiento se haría irreversible.

Tratando de encontrar una solución, uno de esos días, Gheós acudió a la enfermería a entrevistarse nuevamente con el físico Offah, que observaba la evolución de Léirenn con indisimulada preocupación.

Ambos comenzaron a hablar en voz baja en un rincón.

Offah se mostraba especialmente pesaroso. Empezaba a desconfiar de las posibilidades de restablecimiento de la joven:

—Gheós, si he de ser sincero, no creo que pueda resistir mucho tiempo. El pulso es demasiado bajo. Va a depender de las ganas que tenga de vivir, de cuánto tiempo consigan sus menguadas fuerzas aferrarse aún a la vida…

—¿Y las adalías…?

—Sigo pensando que las adalías podrían devolverle la salud. Son nuestra esperanza, pero no sé… Hace ya días que ese chico salió a buscarlas y aún no ha regresado. Quizá lo hayan capturado los ruhar, o se haya despeñado por un precipicio…

—No hables así de Iván —le atajó en seco Gheós—. Volverá: ¡es el Bèrehor!

—Gheós, no pretendía ofenderte ni burlarme del chico. Dios quiera que no le haya ocurrido nada de lo que he dicho. Pero lo que quiero decir es que, a juzgar por el tiempo transcurrido desde su partida, debe de estar teniendo dificultades, no sabemos de qué tipo. Tampoco sabemos cuándo conseguirá regresar y si lo hará con o sin las hierbas…

Gheós hubo de rendirse ante la evidencia. Tratando de hallar una salida, preguntó:

—¿Existe alguna otra posibilidad, algún otro remedio para la muchacha?

—Me temo que no. Es decir… no tan seguro como las adalías.

—¿Y bien…?

—Es una locura, no lo conseguiríamos nunca —casi susurró el médico, como hablando consigo mismo.

—Preferiría que me lo dijeses.

—No sé…, quizás haya sido un error traerla hasta aquí. Ghulden me ha explicado la historia del cuchillo de Harran: el enemigo cree que es algo que le hace más fuerte.

»Eso me ha hecho reflexionar… También lo que dijo Faorn acerca de la malignidad, de la opresión que se respiraba en presencia de los morghuks y que yo también percibí en Aldénuri y sigo experimentando ahora.

»Creo que el mal que aqueja a Léirenn no es tanto físico como, por decirlo de alguna manera, moral. Sus heridas, en cuanto tales, son muy leves y no demasiado profundas.

»Pero creo que, de alguna manera, la maldad del sujeto que le atacó ha penetrado en el interior de Léirenn, en su alma, lastimándola y llenándola de tinieblas.

»Por decirlo en dos palabras, no creo que el cuchillo en sí le haya podido lastimar tanto, sino la maldad del sujeto que lo empleó.

—Estoy completamente de acuerdo contigo, Offah, yo no lo hubiera explicado mejor.

»En el caso de Léirenn hay que tener en cuenta, además, que ella es especialmente sensible. Empiezo a pensar que, cuanto mayor es la distancia moral que separa a la víctima de la malignidad de los morghuks, mayor es su padecimiento.

»Pero ahora dime…, ¿qué relación existe entre esto y tu opinión de que podría haber sido un error traerla hasta aquí?

—En medicina tenemos un principio que de manera instintiva aplicamos siempre a todo mal: a cada principio nocivo se debe aplicar su antídoto, su principio contrario. Algo que anule y contrarreste sus efectos.

»Pues bien, a los efectos devastadores de la maldad morghuk debe oponérseles también su contrario. No se me ocurre nada más contrario a ese entorno maligno y agresivo que crean los morghuks a su alrededor, que el ambiente cálido y acogedor del propio hogar, de la propia familia.

»Tal vez no sean más que elucubraciones sentimentales. Pero no se me ocurre otra cosa.

»Pienso que si hay algo en este mundo capaz de devolver la salud a esta chica, es la presencia cercana de los suyos.

»Ayer mismo, durante el único momento consciente del día, no hizo otra cosa que hablar de su casa en Aldénuri y de sus padres y hermanos.

»Se me podría decir que es lógico, pues está lejos de ellos. Pero había algo más… Había una añoranza profunda que me hizo pensar mucho.

Gheós se quedó pensativo.

Offah creyó que sus palabras habían resultado emotivas a oídos del sabio del Errion-Thal, pero que este las había considerado poco coherentes. Creyó que el anciano trataba de encontrar un remedio distinto para Léirenn.

Poco conocía todavía a Gheós. El anciano se había quedado positivamente impresionado por la perspicacia y sencillez del razonamiento del médico. Le había traído a la memoria el episodio de Iván y Astuur perdidos en el corazón del bosque de Arkane, impregnado de siglos de malignidad morghuk. Solo una amistad sincera y desinteresada había sido capaz de liberar a Iván y a Astuur

de sus padecimientos.

El anciano reflexionaba ya acerca de las posibilidades que tendrían de conducir a la enferma hasta el refugio de sus padres en las montañas de Érdain:

—Offah, creo que tienes razón. El lugar de esta muchacha está junto a su familia.

6

La montaña descendía en suave pendiente por el lado opuesto al de su ascensión. Sin embargo, el fuerte viento y la nieve dura obligaron a Iván a no bajar la guardia. Un simple traspié podía acarrearle consecuencias funestas.

Comenzó a caminar muy despacio, con el cuerpo inclinado hacia atrás, y asegurando muy bien cada paso antes de dar el siguiente.

El frío era atroz.

A pesar de la dureza de la costra superficial de nieve, pequeños cristales de hielo se levantaban y eran arrastrados a ras de suelo, difuminando la visión del perfil de la ladera de la montaña. Era imposible hacerse una idea cabal del terreno más allá de quince o veinte metros.

La única referencia posible en el avance de Iván se reducía a tratar de perder altura. Caminaba siempre pendiente abajo sin saber muy bien a dónde le conduciría su descenso.

A pesar de haber conseguido superar una abrupta pared rocosa y de hallarse sobre tierra firme, distaba mucho de hallarse a salvo. Era muy consciente de ello. En cualquier momento podía caer derribado por alguna de las frecuentes ráfagas de viento, y deslizarse monte abajo hasta estrellarse contra una roca o despeñarse hacia las profundidades de algún barranco.

Continuó caminando despacio, empleando en ello toda su capacidad de concentración.

Un gruñido ronco y poderoso se alzó desafiante sobre el monótono batir del viento. No parecía venir de muy lejos.

¿Qué tipo de criatura podía habitar en aquel territorio infernal? Recordó la figura del gigantesco oso blanco que le había parecido ver durante su peligrosa ascensión. ¿Sería aquel gruñido una confirmación de que no había visto visiones?

Continuó caminando con mayor impaciencia. Muy poco más podía hacer. El viento huracanado seguía impidiéndole remontar el vuelo.

Transcurrió un buen rato sin que volviera a oírse nada extraño. Tan solo la persistente ventisca.

Iván llegó a pensar que aquel ruido había sido producto de su imaginación. O tal vez el oso se hubiera alejado.

Sin embargo, no había dejado de experimentar la inquietante sensación de que algo o alguien le seguía.

Se resistía a volverse. No quería detenerse, ni menos aún dar pábulo a las sugestiones de su mente asustada y cansada.

Sin embargo, no había dado ni veinte pasos más cuando creyó percibir distintamente un rumor no muy lejano, como de jadeo.

Antes de que su razón pudiera intervenir, su cabeza se había vuelto por sí sola en un rápido acto reflejo.

A escasos cincuenta metros pudo ver la confirmación de sus temores. Se encontró cara a cara con un enorme oso blanco. Solo sus ojos se destacaban sobre la ladera helada, brillantes como bolas de acero bruñido. Le pareció que la muerte acechaba agazapada en el abismo de aquella negra mirada.

Al sentirse descubierto, el gigantesco animal se alzó sobre sus patas traseras emitiendo un estentóreo rugido. Puesto en pie superaba ampliamente los tres metros y medio de altura.

Iván comprendió que no podía hacer otra cosa que correr: correr ladera abajo con todas sus fuerzas, sin atender ya a posibles peligros de obstáculos o precipicios.

Ahora podía sentir sin duda alguna cómo la enorme fiera se lanzaba en su persecución.

Con extraña lucidez pensó que era un irónico capricho de la fortuna encontrarse ante un final así, después de haber superado los mayores peligros… Al menos —se dijo— lo había intentado con todas sus fuerzas. Llegada la hora de su muerte, le quedaría la satisfacción de haber peleado hasta el final.

Por eso mismo tenía que seguir corriendo.

Pero no había comparación posible. Era una carrera desigual.

El enorme animal se acercaba a grandes zancadas. Sus garras estaban concebidas para aferrarse y clavarse con fuerza en la nieve y en el hielo, de tal manera que su avance era rápido y seguro, en contraste con la inestabilidad de los torpes pasos del muchacho.

Iván esperó sentir de un momento a otro el dolor de un pesado zarpazo sobre su espalda. Sobre la cabeza quizás…

En fracciones de segundo, esa angustiosa espera del desenlace se transformó en pánico irresistible. No ya por la muerte inminente,

sino como reacción ante la pavorosa imagen de lo que supondría perecer aplastado entre las poderosas mandíbulas del oso blanco.

Como efecto de esa oleada de terror, todos sus nervios parecieron activarse y ponerse en movimiento. Una vez más, sus reflejos se adelantaron a su inteligencia. Antes de que su ofuscada mente hubiera podido tomar una decisión consciente, se encontró deslizándose montaña abajo, casi tendido de espaldas sobre su zurrón de piel de ciervo, que pasó a hacer las veces de un trineo.

Encogió las piernas y las sujetó entre los brazos para ofrecer menos resistencia en la pendiente de nieve.

Enseguida alcanzó una velocidad muy superior incluso a la del oso, que muy pronto hubo de contentarse con rugir irritado, viendo cómo su presa se alejaba rápidamente fuera de su alcance.

La inclinación de la pendiente fue aumentando por momentos, hasta convertirse en una caída casi vertical. Iván se deslizaba a una velocidad de auténtico vértigo. Ya no sentía miedo. Era una extraña sensación, como si la velocidad le produjese una especie de borrachera que le hiciera inmune al temor.

Viajaba completamente descontrolado entre afilados peñascos que aquí y allá sobresalían sobre la espesa capa de nieve.

Trató de frenar su avance usando con cuidado los talones. Imposible. La nieve estaba muy dura y se deslizaba demasiado rápido.

Lo intentó clavando los dedos de las manos. Peor aún. Perdió una uña y se quemó las puntas de los dedos de la mano derecha, despellejadas en carne viva.

El intenso dolor le hizo volver a la realidad y comenzó a angustiarse de nuevo.

De repente, al superar un ligero repecho, como de un metro de altura, se encontró volando por los aires, aunque de un modo muy distinto al acostumbrado. Gritó despavorido con toda la fuerza de sus pulmones.

Al caer, siguió rodando como un tronco sobre un terreno casi enteramente llano, hasta que se vio súbitamente sumergido en aguas muy frías. Había ido a caer en uno de los característicos ibones de las montañas de Héreggor. Se trataba de pequeños lagos que el deshielo formaba en verano en el fondo de algunos valles.

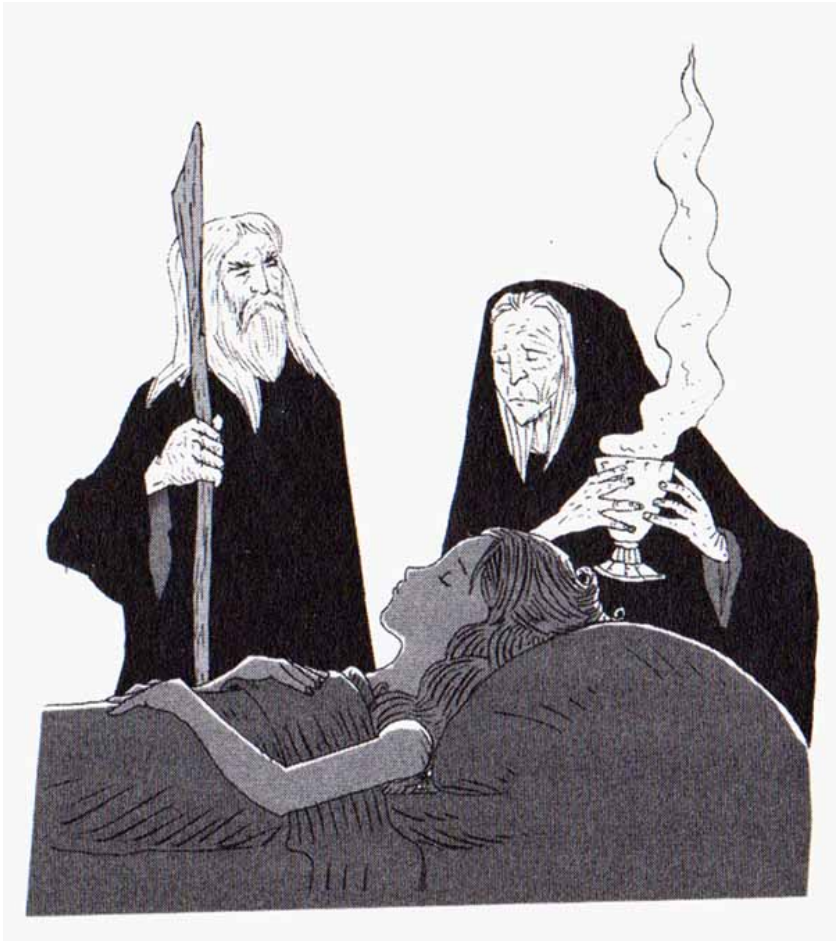
Tras la primera impresión, de gran desconcierto, sintió un frío

intensísimo mientras se esforzaba por volver a la superficie. Cuando asomó la cabeza sobre el agua vio que estaba muy cerca de la orilla. Nadó con los brazos y las piernas entumecidos para salir cuanto antes del lago semicongelado.

Junto a la orilla recuperó el zurrón. Comprobó con alivio que, aunque estaba empapado y muy maltrecho por uno de sus lados, había aguantado el terrible descenso sin perder su contenido. En el fondo del valle, el viento había disminuido hasta casi cesar por completo, pero estando mojado, la cuestión del refugio nocturno pasaba a cobrar una importancia aun mayor. A la intemperie moriría de frío.

La tarde estaba muy avanzada. No tardaría en oscurecer. Tenía que encontrar un refugio con urgencia. Una cueva quizás, donde pudiese encender un fuego y calentarse.

Desandando lo andado



1

Gheós acudió a entrevistarse con Esnaurr y Ghulden. Quería plantearles con urgencia la conveniencia de una expedición hasta las montañas de Érdain para salvar a Léirenn. Debían partir lo antes posible. Antes de que fuese demasiado tarde. La precaria salud de la muchacha se debilitaba de día en día.

Esnaurr trató de disuadirle:

—Pero Gheós, ¿estás seguro de que quieres llevar a la muchacha hasta Érdain? Os expondréis a graves peligros. Como tú mismo dijiste, aquí no corremos peligro alguno. Quedan alimentos para meses.

—Lo sé, Esnaurr. No dudo de la seguridad de Thórman-Dun.

»Tampoco dudo de Iván. Estoy seguro de que regresará. Pero creo que Offah tiene razón. Es posible que Iván se retrase y entonces…, entonces podría ser demasiado tarde para Léirenn.

—Pero ni siquiera sabes si en Érdain sanará…

—Quizás no puedas comprenderlo, Esnaurr, y la verdad es que yo tampoco sabría explicarlo muy bien, pero tengo el profundo convencimiento de que será así. No podemos dejarla morir aquí sin intentar nada. Debemos correr el riesgo que sea necesario para salvarla…

—Ghulden, estás muy serio, ¿qué dices tú? —preguntó Esnaurr ante la imposibilidad de disuadir al anciano de su proyecto.

—Siempre me he fiado de Gheós y siempre me ha ido bien —murmuró pensativo Ghulden—, así que estoy de acuerdo con lo que propone.

La capacidad de persuasión del anciano era mucha. Tenía a su favor su gran prestigio de hombre sabio y prudente. Y quizás ayudara también el hecho de que Esnaurr ansiaba romper aquella desquiciante inactividad.

Sea como fuere, Énaith dispuso que partieran al día siguiente. De ese modo, podrían aprovechar al máximo las horas de luz a fin de evitar el peligro mortal de los warolf. Él y sus hombres se encargarían de distraer durante el tiempo necesario a los sitiadores.

Viajarían sin escolta hasta la torre de vigilancia de Thernia:

entre Thórman-Dun y esa torre de vigilancia no existía peligro de que los ruhar anduvieran al acecho.

Una vez en Thernia, Gheós entregaría una carta firmada por el propio Esnaurr, en la que ordenaba que, si los guerreros de la guarnición habían detectado movimientos de pueblos enemigos por la zona, escoltaran al grupo hasta la siguiente torre fortificada.

Durante la noche, Esnaurr se ocupó personalmente de preparar la estrategia con un equipo escogido de adiestradores de yammouths, llamados yammuînns.

Esnaurr quería salvar a Léirenn, desde luego, pero si se proponía movilizar a todo un escuadrón de yammuînns era porque además quería probar hasta dónde llegaba la fiereza de los morghuks y de los thaurroks.

Limitarse a esperar acontecimientos, aunque solo fuera durante los pocos días de asedio transcurridos, no le gustaba nada. Tenía la sensación de que era muy perjudicial ceder la iniciativa a los sitiadores sin intentar hostigarlos y obligarles así a mantenerse preocupados por las posibles acciones de los sitiados.

Apenas había desaparecido de la vista de las torres de Thórman-Dun el último warolf, cuando Ardhe hizo sonar el cuerno como solo él era capaz de hacer. El característico sonido reverberó por los aires a través de las estepas.

Al oírlo, decenas de yammouths comenzaron en todas partes a abandonar perezosamente los círculos defensivos que habían formado durante la noche, para acudir a la llamada del principal batidor de Thérraîn.

Todavía tardarían algún tiempo en aparecer por la lejana línea del horizonte.

Gheós, Ghulden y Astuur aguardaban preparados para partir en cuanto recibieran la señal del centinela de la torre más alta.

Gheós y Astuur viajarían a caballo. Ghulden conduciría el carro donde iba a viajar Léirenn acompañada por Niara, una eficaz matrona que haría las veces de enfermera.

La espesa polvareda que empezaba a distinguirse en la lejanía solo podía obedecer a una cosa: era la respuesta a la llamada lanzada por Ardhe.

Realizó un segundo reclamo que volvió a resonar con intensidad en toda la llanura.

Ante esta segunda llamada, algunos yammouths iniciaron una carrera que parecía pesada al principio, pero adquirió en seguida una sorprendente velocidad.

En pocos minutos el suelo retumbaba literalmente en torno a Thórman-Dun. Una sensación que no podía pasar inadvertida a los morghuks…, ni aún menos a los thaurroks.

La tensión creció en torno a la ciudad.

La partida de morghuks que mantenía el asedio contaba, al menos aparentemente, con una veintena de thaurroks. Un poderío nada desdeñable. Estaban todos ellos en posición vigilante, con la mirada puesta en el horizonte, desde donde llegaban las manadas de yammouths.

Las puertas de la ciudad se abrieron repentinamente. Media docena de yammuînns a las órdenes de Ardhe partieron al galope en formación.

Inmediatamente después, las puertas volvieron a cerrarse.

Los thaurroks permanecían visiblemente atentos ante la desconocida amenaza que se aproximaba.

El cabecilla morghuk estaba desorientado. Sabía atacar con odio y saña, y sabía rodear una ciudad y sitiarla. Pero ante una situación semejante, simplemente no sabía cómo reaccionar.

Tampoco fue necesario. Los thaurroks, movidos por su instinto predador, no obedecían fácilmente a sus amos en tales condiciones de agitación. Se aprestaban ya a acometer a los yammouths.

El estruendo se hizo ensordecedor.

A los intimidatorios rugidos emitidos por los thaurroks, respondían los yammouths con no menos estentóreos bramidos. Ardhe y sus hombres conseguían orientar el rumbo de las manadas mediante distintas llamadas de sus cuernos, emitidas desde diferentes posiciones.

El creciente retumbar del terreno llegaba a hacer vibrar los portones de la ciudad.

El cabecilla morghuk decidió dirigir entonces su primer ataque contra aquel hombre, que era a todas luces el causante de la crispación y desconcierto de los thaurroks.

Aún estaba empezando a impartir las órdenes, cuando los portones de Thórman-Dun volvieron a abrirse.

Quinientos jinetes con Esnaurr a la cabeza iniciaron lentamente

su salida. La calma con que avanzaban, al paso de sus caballos, confería al conjunto un aspecto de gran firmeza, que no dejó de intimidar a los enemigos.

El Énaith marchaba a la cabeza y sus tropas le seguían, conformando en su despliegue una especie de gran letra uve.

Por detrás de aquellas fuerzas, ocultas a las miradas de las hordas morghuks, Gheós y su grupo abandonaban la ciudad en dirección al Norte.

Durante las primeras millas tendrían que tener mucho cuidado de avanzar cubiertos por las pequeñas colinas y ondulaciones del terreno, para evitar ser vistos desde el campamento morghuk. Después podrían abandonar esas precauciones y viajar lo más rápidamente posible hasta Thernia, la torre de vigías donde podrían pernoctar, a salvo de las asechanzas de los warolf.

El primero de los thaurroks se colocó frente a frente con el primero de los yammouths, pretendiendo cortarle el paso. Nada podía irritar más a un yammouth.

El mastodonte embistió con fuerza al thaurrok, que cayó revolcado por tierra.

El resto de los thaurroks acudieron en su ayuda, repitiendo así el mismo error.

Un thaurrok, individualmente considerado, poseía posiblemente mejores cualidades para la lucha que un yammouth. Pero el sentido de grupo que animaba a las manadas de yammouths era muy superior al que animaba a los thaurroks. Estos se vengaban de los daños causados a un congénere. Aquellos podían morir por defender a su clan.

La manada de yammouths, avanzando unida con un empuje indescriptible, había aplastado literalmente bajo sus patazas a los cuatro thaurroks que habían acudido a vengar a su compañero.

Sin embargo, la furia asesina de los monstruos de Arkane no conocía tregua.

Uno de los thaurroks embistió a gran velocidad a un yammouth aislado del grupo y lo corneó repetidamente en el flanco, causándole graves heridas. El yammouth quedó tendido en el suelo, agonizante.

Afortunadamente, pocos yammouths se separaron del grupo. Ya fuera por mero instinto de supervivencia o por otro motivo,

continuaron defendiéndose y atacando en grupo con una asombrosa coordinación.

Los thaurroks iban cayendo uno tras otro, muriendo pisoteados por los pesados mastodontes.

Mientras tanto, un grupo de enfurecidos zakhir intentaba dar caza al grupo de yammuînns.

Ardhe sabía muy bien que, incluso en medio de un combate, una cabeza fría podía ser más poderosa que la fuerza bruta.

Mientras cabalgaban sin cesar en torno a la amplia llanura donde se libraba la contienda entre yammouths y thaurroks, tanto él como sus hombres hacían sonar sus cuernos en los momentos precisos, haciendo que sus perseguidores se vieran acorralados y muchos de ellos triturados entre las pesadas patas de los mastodontes.

Por su parte, los hombres de Esnaurr habían rodeado al grueso de las tropas enemigas, que se aprestaron a formar en círculo dispuestas para el combate.

Sus tambores comenzaron a sonar con fuerza, entre amenazantes gritos de guerra.

Aun para los avezados guerreros de Thórman-Dun, se trataba de un espectáculo sobrecogedor.

Esnaurr levantó la vista y observó que la pericia de Ardhe y sus hombres para conducir a los yammouths, había dejado fuera de combate a los zakhir y a la mayoría de los thaurroks.

Sin embargo, se daba cuenta de que lanzar a los mastodontes contra el grueso de los morghuks en aquella posición resultaba muy arriesgado: muchos guerreros de Thórman-Dun podían también morir aplastados.

Se preguntó entonces si debía cargar con sus hombres contra la formación defensiva de los morghuks, sabiendo que habría muchas bajas por ambos lados. Refrenando a duras penas su impulso batallador, decidió no hacerlo.

El resultado de la primera escaramuza había resultado altamente satisfactorio: no habían tenido bajas y solo habían sobrevivido tres de los thaurroks. Pero no estaban en condiciones de aniquilar al enemigo con las pocas tropas que habían salido de la fortaleza. Hubiera sido un ataque precipitado e inútil.

Sería más prudente reservar las fuerzas para el momento

oportuno, si es que los morghuks continuaban allí. No tenía sentido exponer innecesariamente la vida de sus hombres, una vez conseguido el objetivo de distracción y de tanteo de las fuerzas enemigas que pretendía aquella salida.

Obedeciendo a su orden, los jinetes de Thórman-Dun se replegaron hacia la ciudad.

Ardhe y sus yammuînns hicieron lo propio, galopando fuera del alcance de la caballería morghuk, no sin antes haber ahuyentado a los yammouths hacia las llanuras en medio de una gran polvareda.

2

Apenas había transcurrido una jornada desde la victoria de los áldenors sobre la avanzadilla morghuk.

La silueta del baluarte de Muihl-Athern se recortaba desafiante sobre el alto promontorio rodeado de montañas. Amanecía.

Desde la retirada del enemigo, las horas en el interior de la fortaleza se habían aprovechado al máximo.

Lánder dormía por fin libre de tensiones y obligaciones acuciantes. Nada más caer sobre su lecho de paja, había quedado sumido en un profundo sueño.

Había encargado a Fínedan ocupar el mando para el caso de que no se levantara al amanecer.

En efecto, a la mañana siguiente y con la ayuda de los Thaines de Béltzeren y Léveren, Fínedan había comenzado por organizar los turnos de vigilancia en las torres.

También habían preparado las armas en los puestos de los arqueros y lanceros.

Además, habían seguido trabajando en la tarea de ganar espacios habitables donde acomodar convenientemente a enfermos, heridos y recién llegados.

Y junto a todo ello, habían dedicado tiempo a la no menos importante tarea de inventariar los víveres y las municiones con que contaban para poder resistir durante los días difíciles que se avecinaban. Unos y otras escaseaban.

Fínedan organizó una salida para recuperar el cargamento de los carros béltzeren abandonados fuera de las murallas. Apenas contenían objetos de valor. Probablemente al bajar en plena desbandada, los morghuks no se hubieran detenido a rebuscar demasiado. Y, si lo hubieran hecho, lo más seguro era que se hubieran contentado con las joyas, dejando los víveres y muchos enseres y herramientas que serían útiles a la población de la fortaleza.

El peligro al que se expondrían bajando hasta los carros sería pequeño. Los centinelas podrían avisar de cualquier movimiento de los morghuks mucho antes de que se aproximaran al lugar.

Antes de salir hubo que desatrancar de nuevo los gigantescos portones.

Fínedan dispuso que a las tareas de inspección acudiesen todos los habitantes de la fortaleza que lo deseasen: los habitantes de Béltzeren para recuperar sus propiedades que se hubieran salvado, y el resto para ayudar en el transporte de los víveres o, simplemente, para estirar las piernas.

Para muchos, sería una ocasión de salir del encierro forzoso que no había hecho más que comenzar, y de despejar un poco la mente.

Ana animó a sus hijos a que acudieran, pensando que les haría bien salir fuera del perímetro de las murallas, después de tanto tiempo de no poder corretear a sus anchas. Los gemelos Kel y Enkel, de quince años, acompañarían a sus hermanas Ruth y Magge, de once y nueve años.

El día era soleado, lo que contribuyó a que se creara un ambiente casi festivo en torno a los carros abandonados.

Tal y como Fínedan había previsto, la mayor parte de los utensilios y alimentos pudieron recuperarse. No así los bueyes. Todos estaban muertos, y la mayoría habían sido devorados por los thaurroks.

El sonido del cuerno de guerra de uno de los vigías interrumpió las conversaciones y los paseos.

El grupo de montañeses, como resignadamente habían comenzado a llamarse a sí mismos los refugiados, se encaminó apresuradamente hacia el portón de entrada.

Cuando el último rezagado hubo traspasado el umbral, volvieron a cerrarse y sellarse doblemente las puertas.

Supieron entonces que los morghuks se acercaban nuevamente en gran número. No era difícil imaginar que vendrían sedientos de venganza.

—¡¡¡Vienen a millares!!! —gritó el vigía de la torre más alta—. ¡¡¡Están subiendo por el paso de Hírikorr!!!

El paso de Hírikorr era el camino más largo, pero también el menos accidentado. Terminaba en un collado al que se accedía dando un gran rodeo.

Si habían elegido esa ruta era porque pensaban emplear las catapultas. No había otra explicación. No había ningún otro camino para subir y poner en posición esos pesados artilugios, ni siquiera

contando con la fuerza colosal de los thaurroks.

Y si habían decidido tomarse el ingente trabajo de subir las catapultas hasta el Reino Perdido, era porque habían tomado la decisión de no dejar piedra sobre piedra de aquella fortaleza.

Todo auguraba que sería una batalla a muerte hasta la destrucción del adversario.

Mientras tanto, Lánder se había reincorporado a sus tareas, plenamente repuesto del gran desgaste de los días anteriores.

Fínedan le había estado informando de los trabajos realizados y de los avances de la jornada. Cuando le habló de la más que probable llegada de catapultas en los días venideros, Lánder asintió, como si hubiera contado ya con ello, y añadió:

—No me preocupan tanto las catapultas como los alimentos… Creo que estos muros serán capaces de resistir. Si conseguimos aguantar hasta el otoño, la nieve y el frío acabarán con ellos, estoy seguro. He oído contar historias asombrosas acerca de los rigores invernales en estas montañas.

»En el interior de los edificios tendremos un buen refugio. Pero ahí fuera…, morirán sin remedio.

—Con los víveres recuperados de los carros y lo que tenemos aquí, creo que podremos acabar el verano sin problemas. Después, no sé qué podremos hacer…

—Tendremos que comer carne de thaurrok congelada… —respondió Lánder, tratando de quitar dramatismo a la situación con una nota de humor negro.

—*¡¡¡Morghukkah!!!*

—*¡¡¡Morghukkah!!!*

El perturbador grito de guerra se oía cada vez más cercano.

Lánder, ayudado por Fínedan y los Thaines de Léveren y Béltzeren, comenzó a organizar a los hombres para repeler el inminente ataque.

Mokke, el asesino de Gorkhol, dirigía el despliegue en torno a las murallas de Muihl-Athern. Era un consumado estratega.

El ritmo frenético de los tambores y los gritos de guerra seguía en aumento.

Al llamamiento del ronco sonido de una trompa morghuk, auténticas manadas de thaurroks se adelantaron al resto de las fuerzas asaltantes y cargaron una vez más contra las puertas.

Los montañeses se prepararon para disparar desde las murallas. Lánder recordaba a voces una consigna esencial para intentar detener aquella plaga de pesadilla:

—¡Ya sabéis, muchachos! ¡A los ojos! ¡Debéis apuntar a los ojos de esas bestias!

Ferrio oía el creciente estruendo desde la cama. Se hallaba consciente y había mejorado notablemente durante los últimos días. Aún estaba demasiado débil para poder combatir. Pero Ath había decretado que ya podía levantarse y dar breves paseos al aire libre. Ahora hablaba sosegadamente con Ana, sentada en una silla a su lado:

—Ana, no quiero verte tan afligida. Iván volverá. Siempre lo ha hecho…

—Sí, es cierto. Siempre lo ha hecho, pero eso no significa nada, alguna vez podría ser la última…

»Si no, dime: si puede volar, ¿cómo es que no ha llegado aún desde Aldénuri? Todas las personas que conocemos han llegado hasta aquí o… o han muerto…

—No lo sé, no podemos saberlo… pero no debes dejarte atormentar por la imaginación. Sabe cuidar de sí mismo. Precisamente porque puede volar puede escabullirse más fácilmente y ayudar a los demás.

»Algo en mi interior me dice que está vivo, y que hay otras personas que le necesitan más que nosotros. Iván volverá…

Ana sonrió, apretando dulcemente la mano de su esposo. En el fondo, también seguía creyendo que Iván vivía, pero la inquietud ante la prolongada ausencia la llevaba a buscar algún asidero, alguna razón distinta de las que ella se daba a sí misma para mantener la entereza.

El regreso de Ferrio y su lenta mejoría, la posibilidad de volver a compartir con él sus preocupaciones, le iban devolviendo poco a poco la serenidad, e incluso la alegría.

Fuera, el combate continuaba creciendo en intensidad.

Los thaurroks embestían con furia infernal contra el reforzado portón de entrada.

Hordas de morghuks iban llegando desde Hírikorr para sumarse a ellos. A pesar de que el ejército invasor había sufrido bajas en su avance desde el Errion-Thal, sus fuerzas eran aún numerosísimas.

Los montañeses, olvidados por ahora de los morghuks, no dejaban de disparar con sus ballestas y arcos, apuntando a los ojos de los thaurroks, aunque solo rara vez tenían éxito. Las fieras no dejaban de saltar y desplazarse de un lado a otro con movimientos rápidos e imprevisibles.

Lánder contó hasta noventa y dos ejemplares.

Solo dos habían resultado alcanzados en zonas vulnerables.

Bastaba con acertar en uno de los ojos para que la bestia, presa de un agudo dolor, se revolcase y perdiese el control sobre sus movimientos. Entonces, los propios morghuks se veían obligados a rematarla para evitar morir aplastados en uno de sus revolcones.

Las puertas de la fortaleza retumbaban con cada nueva embestida. De no ser por los sólidos contrafuertes, probablemente habrían cedido ya. No estaban ideadas para resistir un empuje de tal magnitud.

Lánder confirmó su previsión de que las catapultas no estarían listas para entrar en acción durante ese día. Por eso mismo, era necesario aprovechar bien la jornada. No podían contentarse con herir a algún thaurrok de vez en cuando. Los morghuks comenzaban a tomar posiciones a los pies de la muralla sin que ellos estuvieran haciendo nada por impedirlo.

Debían demostrarles que constituían un enemigo temible. Era preciso hacer algo que les disuadiera de ir tan rápido.

Llamando a Warko, Kel, Enkel y Hure, les pidió que trajeran a las murallas la estopa que había ya preparada. Mandó también a las mujeres que se ocupaban de calentar la pez, que pusieran calderos pequeños entre los distintos grupos de arqueros y encendieran hogueras junto a ellos. En cuanto estuvo todo dispuesto, varias mujeres fueron enrollando estopa en la punta de las flechas que después sumergían en los calderos de pez. En pocos minutos los arqueros comenzaron a disparar una lluvia de flechas incendiarias que se avivaban con grandes llamaradas al volar por los aires. Aunque los dardos seguían rebotando en su piel, los thaurroks mostraban temor y desconcierto cuando trozos de pez ardiendo quedaban adheridos a su cuerpo y no conseguían apagarlos ni librarse de ellos.

Áradain, el Béltzeren, poseía una puntería extraordinaria. Acababa de conseguir herir al tercer thaurrok del día.

Pero, al igual que Lánder, había observado que en varios lugares de la muralla los morghuks se aprestaban a levantar escalas con intención de asaltar la fortaleza.

—¡Lánder! ¡Tratan de colocar escalas! ¡Intentan un asalto!

—¡Los veo! ¡Quédate donde estás!

Sin perder un instante, Lánder escogió un grupo de ballesteros a los que puso a las órdenes de Áradain con la misión de abatir a los morghuks que intentaran acercarse con las escalas. Junto a ellos se prepararon las largas pértigas acabadas en horquilla para empujar las escaleras, si alguna llegaba hasta el muro, y las ollas de pez hirviente.

Las llamaradas de las flechas incendiarias resplandecían dejando largas estelas en el aire denso de humo antes de caer como una lluvia infernal sobre las hordas enemigas.

A ellas se unían las invisibles ráfagas de las ballestas que buscaban con mortal precisión a los portadores de las escalas de asalto.

El enemigo caía por doquier.

Los thaurroks seguían golpeando constantemente con una fuerza descomunal y cargada de fiereza. Las puertas crujían y se estremecían. Sin embargo, seguían resistiendo por el momento…

Desde abajo, centenares de arqueros morghuks disparaban contra las almenas con escasa eficacia. Entrenados sobre todo en el combate cuerpo a cuerpo con el hacha y las mazas, los morghuks no eran diestros en el manejo del arco y de la ballesta, que casi nunca utilizaban.

Hasta el momento, apenas hubo que llorar bajas entre los montañeses. Solo dos hombres habían resultado muertos, y aunque había algunos heridos, casi ninguno de gravedad. Pero el trasiego en la enfermería comenzaba a incrementarse, como un preludio de los días que se avecinaban…

El asalto parecía estancado.

Áradain y sus hombres habían cumplido a la perfección su trabajo, impidiendo que llegara a los muros una sola escala.

El incesante clamor de los guerreros morghuks parecía decaer y perder empuje, mientras los atacantes eran abatidos por docenas. Sin embargo, la hormigueante marea humana que fluía en negros borbotones desde la retaguardia parecía no acabar nunca.

Mokke iba comprendiendo que, sin las catapultas en posición, el progreso en desgastar el baluarte de Muihl-Athern sería lento y costaría un precio demasiado alto.

Las puertas parecían capaces de resistir ese tipo de asalto todavía durante semanas… La ofensiva carecería de eficacia mientras no hubiese brechas abiertas en los muros.

Ordenó la retirada. Sabría esperar.

Sonrió siniestramente, pensando que la verdadera batalla todavía no había empezado.

La retirada morghuk produjo una alegría desbordante entre los defensores. Los gritos de júbilo atronaron en el aire mientras los enemigos corrían desordenadamente hacia su posición de partida.

Lánder, aunque aliviado por haber podido repeler un ataque más, tampoco se hacía ilusiones. Y no era el único que sentía crecer su preocupación. Jan y Fínedan se acercaron a él y le expusieron sus temores:

—Lánder, las puertas han resistido esta vez, pero dan la impresión de haber acusado los impactos. Son menos fuertes de lo que habíamos creído, o la fuerza de esas bestias es superior a lo que temíamos…

—Tienes razón, Fínedan. Estaba pensando eso mismo cuando han dado la orden de retirada…

—Y eso —terció Jan— que no han empezado aún con las catapultas… Quiero decir que hasta ahora hemos confiado mucho en la solidez de este lugar, pero da la impresión de que si nuestros amigos se ponen a atacar los muros en serio, con la ayuda de los thaurroks no lo van a tener tan difícil para entrar.

»Creo —añadió, guiñando un ojo— que cuando construyeron esta fortaleza no debía de haber muchos thaurroks por aquí…

—No, no parece que hubiera muchos —respondió Lánder, siguiendo el tono bromista de Jan.

»Sí, Jan —continuó, ya en tono más serio—, tienes razón, creo que habrá que pensar algo. Y tendrá que ser pronto. Las catapultas no tardarán en llegar.

3

Iván comenzó a vagar por los alrededores del ibón. *Tenía* que haber alguna cueva en las cercanías. En una montaña tan castigada por los elementos y tan fracturada, era impensable que no pudiera descubrir al menos una oquedad donde guarecerse.

No podía demorarse mucho más en encontrar un refugio. Tiritaba de frío. Estaba empapado.

Se acercó a la pared rocosa que rodeaba el lago y comenzó a caminar despacio, observando las irregularidades de la peña.
Entre una gran roca y la pared de la montaña había una estrecha abertura que, cuando menos, serviría para ponerse a salvo de los osos que pudieran merodear por la zona. Era una rendija justa para el paso de una persona, pero no pasaría por ella una bestia como la que poco antes le había perseguido.

Al colarse por la ranura comprobó, para su consuelo después de un día tan accidentado, que la grieta daba paso a una cueva que penetraba en el interior de la montaña.

Introdujo cautelosamente la cabeza en la negrura y escuchó en silencio. No percibió nada. Pero estaba todavía tan cerca de la entrada, que el ruido del viento le impedía oír con claridad los posibles ruidos de la cueva.

Caminando a tientas sin separarse de la pared, se fue adentrando algunos metros mientras la vista se le iba acostumbrando a la penumbra de la entrada.

Debía de ser una cueva muy grande, pues mientras se adentraba, el eco de sus pasos se perdía en la inmensidad de las galerías.

También se oía muy lejano a derecha e izquierda el característico sonido de gotas de agua al caer acompasadamente desde el techo.

Pero le parecía oír al mismo tiempo un rumor diferente al del goteo y al de sus propios pasos.

Una piedra se desprendió en algún lugar y golpeó varias veces contra la roca antes de detenerse.

Comenzó a sentir miedo. Trató de tranquilizarse. Era solo una piedra.

Se quedó inmóvil. Casi no se atrevía a respirar. Escuchaba con la máxima atención.

Gotas tamborileando con monótona cadencia aquí y allá.

Un ligero rumor, apenas audible.

Algo le asió el cuello desde atrás con firmeza. No se atrevió a gritar. Estaba aterrorizado.

Le sujetaba con mucha fuerza. Apenas podía respirar.

Transcurrieron unos segundos interminables hasta que alguien gritó:

—¡Seth ish zinhish!

Se encendieron, como salidas de la nada, algunas antorchas y una multitud de voces comenzó a hablar desordenadamente. A Iván le pareció que repetían con mucha frecuencia unas palabras que sonaban algo así como:

—¡Hiss grith ish ikzz wuh!

Sus impresiones fluctuaban entre el más puro terror y la sensación de estar presenciando una escena irreal. Pero, a la vez, sabía muy bien que no estaba soñando.

A la luz de las antorchas, cada vez más numerosas, vio una multitud de ruhar de las montañas que lo observaban con curiosidad. Estaba ante los guardianes de la entrada. Todos ataviados de la misma manera, con gruesas pieles que les cubrían de pies a cabeza para protegerse del intenso frío. Aquí, en lugar de emplear vendajes para cubrirse la cabeza como hacían en las llanuras, utilizaban una especie de capuchas de piel. Iván quedó sobrecogido al notar el aspecto salvaje de sus rostros.

Un personaje que parecía distinguido, ataviado con un collar de dientes de lobo, probablemente una especie de druida, se acercó con aire solemne al prisionero.

Los fuertes brazos que le habían aprisionado el cuello le soltaron.

Apuntando con el dedo índice, el druida mostró interés por el zurrón.

Iván se lo entregó tratando de mostrarse cortés.

El druida, o lo que fuese, lo abrió y pareció alegrarse mucho al encontrar las adalías y el par de pedernales. Se quedó con todo ello.

A Iván lo maniataron y lo condujeron en medio de una numerosa escolta hacia el interior de la caverna.

Caminaron durante algo más de una hora. Siempre pendiente abajo, por lo que la temperatura iba haciéndose notablemente más benigna a medida que profundizaban en la gruta.

La tribu ruhar tenía una auténtica aldea construida en el fondo de la sima, junto a un gran lago subterráneo. Había casas de piedra distribuidas en torno a lo que parecía ser una plaza central.

Iván recordó que los ruhar eran un pueblo caníbal y temió que fueran a matarlo allí mismo.

Le condujeron a presencia de una especie de cacique que le observó con ojos inexpresivos. El druida le mostró las adalías y los pedernales.

Tras intercambiar algunas frases ininteligibles para él, encerraron a Iván en una de las casuchas, custodiado por un piquete de guardianes, e iniciaron una especie de danza mientras los tambores repetían constantemente un ritmo que a Iván le pareció tremendamente lúgubre.

Podía ver los resplandores que la hoguera central y las antorchas producían en el techo de la caverna. Las casas del interior de la cueva carecían de techumbre, ya que estaban cubiertas por la propia caverna.

Iván se puso a sopesar, con creciente angustia, sus posibilidades de huir: tenía las manos atadas y si se alejaba del fuego no podría ver nada.

A diferencia de lo que sucedía en las noches al aire libre, donde siempre podía verse algo, bajo tierra no se veía nada. A medio metro de una pared o a una distancia enorme, se veía siempre la misma negrura si no había alguna fuente de luz cercana.

A pesar de ello, se propuso escapar. No podía esperar a saber si pretendían comérselo o no. Podía tratar de encontrar algún lugar alto e inaccesible donde dormir, y al día siguiente buscaría la manera de regresar al aire libre, cuando se hubieran convencido de que había escapado de la cueva.

Los ruhar empleaban antorchas para desplazarse por el interior de la caverna. Quizás podría seguirles desde el aire sin que le vieran…, o incluso podía presentarse la oportunidad de arrebatarles una antorcha en un momento de descuido, aunque entonces podrían perseguirle siguiendo la luz… En cualquier caso, no estaba dispuesto a esperar más tiempo en aquella choza, arriesgándose a

perder la ocasión de huir.

Concentrándose profundamente, ascendió suavemente hacia el techo de la gruta. No era muy alto en aquel lugar, pues la aldea se hallaba emplazada en la periferia de la inmensa bóveda que se alzaba sobre el lago. Sin embargo, era lo bastante alto para permitirle deslizarse por el estrecho hueco entre los muros de piedra y el techo.

Para ganar altura y ponerse a salvo en la parte más alta de la galería tenía que pasar necesariamente por encima de la hoguera central en torno a la cual se hallaba reunida la tribu, danzando al son de los tambores.

Tardaron poco en percatarse de la presencia del prisionero por encima de sus cabezas. Cuando lo hicieron se pusieron a gritar enfurecidos:

—¡Shemks iwohs sizzh! ¡Shemks iwohs sizzh…!

Muchos echaron mano de sus hondas para derribarlo, pero era demasiado tarde. Iván se había desvanecido ya entre las sombras que parecían flotar sobre el lago.

El problema ahora sería encontrar un lugar seguro donde dormir hasta que amaneciera.

Desde la altura podía ver las antorchas ruhar moverse con celeridad de un lado a otro de la aldea. Algunos guerreros habían salido en canoas en su búsqueda.

Pero, a medida que se alejaba de las luces, apenas podía distinguir lo que tenía a unos pocos metros ante sí.

Trataba de no separarse de la pared rocosa, manteniendo contacto con las manos. Era una postura muy incómoda, pues seguía con las muñecas atadas. Pero no podía perder al menos ese punto de referencia. De lo contrario, la oscuridad absoluta le haría enloquecer: si se perdía completamente en la negrura, perdería toda noción espacial. No ya de dónde estaba, sino también de hacia dónde ir, e incluso de si estaba boca arriba, o boca abajo, o de costado. Sería una sensación desagradable y muy peligrosa al mismo tiempo.

Por eso no podía perder de vista las antorchas ruhar ni prescindir de la referencia de la bóveda de la caverna sobre el lago.

Al tacto, debía encontrar un refugio que le permitiera descansar durante lo que en el mundo exterior sería la noche. Un saliente o un

entrante donde poder dormir a salvo de los ruhar, y sin perderlos de vista.

Para su frustración, la fría y húmeda pared en esa zona se mostraba al tacto lisa y sin apenas irregularidades.

Dando media vuelta, volvió a volar hacia el poblado. Se había alejado demasiado y temía perderse en la inmensidad de la cueva.

Por debajo, los ruhar continuaban buscándole en medio de una gran agitación. Envuelto en la oscuridad, podía verlos a la luz de sus antorchas sin ser visto.

De repente, se le ocurrió una idea un tanto audaz: si lograba regresar al poblado sin que lo descubrieran, quizás pudiera encontrar allí un escondite.

Los ruhar le buscarían por todas partes menos en su propia aldea.

Estaba demasiado cansado para reflexionar sobre los peligros evidentes de su ocurrencia. Sin pensarlo más, se dirigió sigilosamente hacia las casas.

Al acercarse, comprobó que, como había imaginado, todo estaba casi desierto. En la especie de plaza central donde, muy probablemente, iban a ejecutarlo, quedaban solo unos pocos guerreros. El resto habían salido a buscarle.

Algunas antorchas iluminaban los cruces de calles y otros lugares de paso.

Iván volaba tan alto como le permitía el techo de la caverna. Buscaba siempre las zonas menos iluminadas por el resplandor de las antorchas.

Aparentemente, al menos, no había sido descubierto todavía.

Descendió suavemente sobre el muro de piedra de la que había sido su prisión. Era lo bastante ancho como para poder tumbarse encima sin dificultad, y su altura impedía que nadie pudiera verle desde el suelo.

Eso sí, el lugar era tremendamente incómodo: tanto que a Iván le parecía imposible dormir allí, a pesar del cansancio que acumulaba. El muro terminaba en piedras irregulares de todas las formas y tamaños. Aprovechó para cortar las cuerdas que le ligaban las manos restregándolas enérgicamente contra los salientes más afilados. No le llevó mucho tiempo.

Una vez con las manos libres, se sintió más seguro de sí mismo y

más audaz: decidió bajar al interior de la prisión. Pensó que no habría ningún peligro en ello. Hasta ahí apenas llegaba la luz, estaba demasiado oscuro para que alguien pudiera descubrirle. Él, en cambio, sí tendría ocasión de examinar al tacto si dentro existía algún escondrijo. Estaba tan extenuado que ya casi solo pensaba en localizar un lugar donde descansar. El hambre también empezaba a obsesionarle, y tenía mucha sed. Pero de eso se tendría que ocupar al día siguiente, una vez hubiera recuperado las fuerzas que ya comenzaban a fallarle de manera alarmante.

Inspeccionó las paredes de la estancia con detenimiento, piedra a piedra. No había ningún hueco o recoveco. Solo una pared, formada de piedras irregulares, pero una pared normal, si es que a ese antro se le podía llamar normal en algún sentido.

Mientras palpaba los muros con creciente desesperación, descubrió algo. Un objeto que yacía en una esquina. Por un lado era esférico y duro al tacto, y de forma irregular por el otro lado…

Lo soltó inmediatamente, cayendo en la cuenta de lo que era.

Se estremeció de pies a cabeza: ¡había tenido un cráneo humano entre sus manos! Ahora sabía entre qué tipo de gente se encontraba. Si antes había albergado alguna duda, ahora sabía a ciencia cierta que, si le capturaban, le matarían.

El descubrimiento le hizo cambiar radicalmente de idea. Prefería morir de cansancio antes que exponerse a ser capturado nuevamente por los ruhar.

Se disponía a remontar el vuelo cuando un rumor que se aproximaba le hizo quedarse inmóvil.

El druida penetró en la estancia escoltado por dos ruhar con hachas. Iván, oculto por las sombras en una esquina del recinto, se sentó, encogiéndose hasta hacerse tan pequeño como pudo.

El brujo depositó en el suelo una marmita humeante y comenzó a echar dentro de ella las adalías que había arrebatado a Iván y a aspirar sus vapores. La sala se llenó de un agradable aroma.

Iván se sintió sacudido por emociones encontradas: por un lado terror, por otro, indignación al ver perderse ante sus ojos las adalías de Léirenn, que tanto esfuerzo le había llevado conseguir. Y, casi por encima de todo, un cansancio mortal. Su cabeza estaba pidiendo a gritos una tregua, un respiro. Estaba padeciendo más de lo que se sentía capaz de soportar.

El vapor de las adalías tenía un olor muy agradable y ejercía un efecto sedante. Aunque trató de resistirse cuanto pudo, acabó por sumirse en un profundo sopor.

Su imaginación dormida comenzó a vagar por lugares y épocas remotos, en la distancia y en el tiempo.

Vio crecer reinos a través de arduas y sangrientas conquistas, y caer dinastías que habían permanecido siglos en el trono. Vio extinguirse épocas florecientes, a las que sucedieron otras de menor esplendor. Vio desarrollarse nuevos periodos de prosperidad y el renacer de pueblos que recuperaban los logros alcanzados y perdidos en el pasado…

Dentro de aquella extraña visión, de modo repentino, se vio cegado por un intenso fogonazo de luz.

Era como si, desde la luz, una voz le hablara directamente en el corazón. Le hablaba de las causas de muchas caídas y resurgimientos de imperios y reinados. Entendió muy en particular las causas de la degeneración de los morghuks, que hacía que su aparente poder fuera a la vez su más terrible debilidad.

Ya sabía, por sus conversaciones con Gheós, que el pueblo morghuk había alcanzado en el pasado cotas de desarrollo material y cultural muy superiores a las de otras naciones. Llegó a ser muy poderoso y a dominar un vasto imperio.

Pero sus gentes, otrora austeras y valerosas, muy pronto se acostumbraron a una vida fácil y regalada, haciéndose con el tiempo altivas y soberbias, codiciosas y egoístas.

Lejos de reconocer y combatir sus crecientes corrupciones y maldades, las justificaron primero, hasta llegar a negarlas y a considerarlas virtudes y méritos. Se engañaron pensando que su inmenso poder y su capacidad de dominar las cosas y a las gentes les permitía determinar a voluntad qué era el bien y qué el mal.

Rápidamente se deslizaron por la senda de la ambición más desenfrenada. Robaron y esclavizaron a los pueblos vecinos hasta exterminarlos, y el aumento de su poder no los llevó sino a ahondar en su espiral de ruindad y degradación.

Ahora, evocando todo eso sin saber cómo, Iván entendió, de un modo intuitivo, que no se puede vivir por mucho tiempo de espaldas a la verdad y que esta acaba por imponerse aun a costa de grandes sufrimientos. Comprendió que el mal, cuando arraiga en

una persona o en todo un pueblo, es esencialmente disgregador y destructivo, si se renuncia a reconocerlo como mal y a combatirlo honradamente.

Ciertamente, los morghuks parecían poderosos e invencibles en su maldad. Pero, al igual que la oscuridad es solo falta de luz, y el silencio ausencia de sonido, el mal es carencia de bien. No tiene consistencia en sí mismo. Por eso, si los áldenors sabían resistir unidos en su lucha frente a los morghuks, la victoria acabaría llegando.

Los áldenors resistirían en la medida en que sus fuerzas morales les mantuvieran unidos y decididos a hacer frente a un enemigo corrupto e interiormente dividido.

4

Despertó con un ligero sobresalto. Se sentía tremendamente entumecido. Como si hubiera recibido una severa paliza. Desconocía que había estado aletargado durante días.

La oscuridad era total. El silencio también.

¿Dónde estaba?

Pero había sido tal la intensidad de su extraña experiencia que, aun antes de responder a esta pregunta, recordó vívidamente su sueño, si es que se había tratado de un sueño.

La impresión le había quedado muy profundamente grabada. Junto con el convencimiento de que saldrían victoriosos si seguían luchando hasta el final, experimentaba una inexplicable sensación de optimismo y serenidad.

Se puso en pie y avanzó despacio hacia el leve resplandor que podía distinguir a su derecha. Aún se sentía envuelto en una relajada somnolencia.

Comprobó que había dormido en el interior de una estancia y que fuera había una antorcha ardiendo. Desde ahí llegaba el débil resplandor que había percibido.

Al ver a sus pies una marmita que contenía agua y restos de plantas, empezó a recordar dónde estaba: en la caverna de la peligrosa tribu ruhar. Aquella era la marmita que el druida había usado para aspirar el vapor de las adalías que le había robado. Y que a él le habían hecho relajarse y dormir.

Afortunadamente, no le habían descubierto. O, al menos, eso parecía. Le extrañó la total ausencia de vida en aquel lugar. ¿Dónde estaban los ruhar? En cualquier caso, tenía que salir inmediatamente de aquel antro maloliente. Había pasado demasiado tiempo en ese horrible lugar.

Pero antes tendría que encontrar la salida.

Comenzó a concentrarse y un momento después se elevaba suavemente, hasta rebasar la altura de los muros de la choza. La débil claridad de la única antorcha encendida en varios metros a la redonda, le permitió comprobar que no había nadie a su alrededor.

Se dirigió hacia la antorcha y la arrancó de su tosca sujeción

entre dos piedras. Pensaba tratar de hallar la salida sirviéndose de esa luz.

El silencio era sobrecogedor. Parecía que la aldea entera se hubiese esfumado en el aire, sin que quedara ni un alma en el poblado. Desde luego, no parecía una calma muy natural.

Iván no quiso detenerse a analizar las causas de tan extraña quietud. Si había algo de amenazador en aquel silencio, razón de más para abandonar la caverna cuanto antes.

Al elevarse sobre el lago, el reflejo de su antorcha en las aguas le recordó que no había bebido nada desde antes de entrar en la cueva, ya no sabía si el día anterior o dos o tres días antes… El caso es que tenía sed.

Cuando se hubo alejado a una distancia prudencial de la orilla, descendió sobre el lago y, suspendido en el aire, bebió a sorbos tomando el agua con la mano que tenía libre. Estaba muy fresca.

En cuanto calmó su sed, se elevó de nuevo a una buena altura sobre las aguas y se encaminó lentamente en la dirección en que, según creía, podía encontrarse la salida.

Recorrió túneles y galerías durante un buen rato. Tanto, que temió que la antorcha se consumiera antes de que hubiese logrado salir.

No se veía en ninguna dirección ni un atisbo de claridad que indicara el camino de salida. Se vio asaltado por una angustia creciente. Estaba perdido. En cuanto la tea se agotara, se vería rodeado por la más densa e impenetrable oscuridad, como si estuviera enterrado en vida.

Tuvo la impresión de que ya había pasado antes por el lugar que estaba recorriendo. Por un momento, creyó desmayar de pura congoja. Trató de recapacitar: tenía que pensar algo.

Se detuvo sobre un alto promontorio y allí, sentado en el más absoluto silencio, permaneció quieto un buen rato tratando de recuperar la sangre fría.

Entonces pudo percibir muy vagamente una especie de clamor amortiguado en la lejanía. Aguzó el oído para escuchar con la máxima atención.

Sin duda eran voces que llegaban desde algún lugar lejano. Voces y sonidos que se asemejaban a los de una batalla… Tal vez los ruhar estuvieran luchando contra otra tribu. Eso explicaría su ausencia del poblado.

Cuando Iván entró en la cueva, le habían capturado de inmediato porque había centinelas de guardia. Quizá la lejana lucha que oía tuviese lugar también para defender la entrada de algún enemigo…

Si las cosas eran así, para alcanzar la salida, debía dirigirse hacia el origen de aquel griterío. Y si no estaba en lo cierto… en todo caso le sería más fácil sobrevivir en la proximidad de seres humanos, por peligrosos que fuesen, que tratar de orientarse en medio de la completa oscuridad de las galerías subterráneas.

Algo más esperanzado, afinó el oído y partió sigilosamente en la dirección de la que provenían los sonidos.

Poco a poco, las voces se fueron haciendo más audibles.

Permanecía alerta durante todo el trayecto, tratando de evitar ser visto por algún ruhar que estuviera en las proximidades del tumulto.

Al girar un cerrado ángulo, ante sus ojos se abrió una especie de anfiteatro de gran perímetro. Retrocedió rápidamente hasta volver a ocultarse tras la esquina, manteniendo la antorcha fuera de la vista. Asomó la cabeza con precaución desde el pasadizo y comprobó que su suposición había sido acertada.

A la claridad incierta de unas cuantas antorchas, los ruhar que le habían tenido prisionero luchaban encarnizadamente por impedir la entrada a una tribu enemiga.

La escasa luz que conseguía colarse desde la entrada era incomparablemente más fuerte y agradable que la que desprendían las teas de los ruhar.

Iván arrojó su antorcha lejos hacia el pasadizo. En la protección que le ofrecía la oscuridad de su puesto de observación, esperaría a que acabase la contienda y entonces se deslizaría hasta la ansiada salida al aire libre.

El combate era de una gran crueldad. Los guerreros no parecían contar con otras armas que piedras, hondas y lanzas con puntas de sílex.

Iván no quiso ver más. Se encogió tras una peña a esperar.

Transcurrió quizás una hora, o algo más, hasta que el exaltado griterío cedió paso poco a poco a la calma. Volvió a asomarse y observó que los asaltantes habían conseguido derrotar a la tribu ocupante de la caverna, y habían tomado muchos prisioneros.

Por todas partes se veían cuerpos caídos, inmóviles en extrañas

posturas, y los invasores que no dejaban de entrar por la puerta de la caverna, ahora ya sin oposición, saltaban sobre ellos sin detenerse, vociferando con euforia en su extraña lengua.

5

Tendría que tener mucho cuidado de no ser descubierto. Las tinieblas parecían impenetrables a sus ojos, pero no podía fiarse. Aquellas primitivas gentes estaban acostumbradas a moverse en medio de la más absoluta oscuridad, y probablemente serían capaces de percibir cualquier sonido ajeno a la propia gruta.

Trató de respirar haciendo el mínimo ruido posible.

Los vencedores se reorganizaban y empezaban a descender hacia el interior de la caverna, llevando custodiados a los numerosos prisioneros de la otra tribu.

Iván juzgó llegado el momento.

Al amparo de las sombras, voló silenciosamente hacia la abertura de salida. De repente le asaltó la duda: ¿habría centinelas fuera de la gruta? Recordó la roca exterior que limitaba la entrada hasta hacerla impracticable para las fieras. En caso de haber guardianes, no estarían en el estrecho paso entre la roca y la pared de la montaña, sino más lejos, a los lados.

Por si acaso, al llegar a la salida remontaría el vuelo en vertical, alejándose cuanto pudiera de la vista de los posibles centinelas.

Ya casi estaba.

Al asomar la cabeza al exterior, la poderosa luz del sol le cegó completamente. Hubo de ascender prácticamente a ciegas, confiando en no ser visto ni atacado por los hipotéticos guardianes de la entrada.

Se había tapado los ojos con las dos manos. Muy poco a poco, se atrevió ir separándolas.

Cuando por fin pudo contemplar el paisaje, se felicitó a sí mismo, por hallarse nuevamente libre y por la belleza de la realidad que contemplaba. Definitivamente, la oscuridad de las cavernas no era un lugar adecuado para vivir. Al menos, no para él.

Fuera no había centinelas.

Aterrizó en una roca elevada sobre el terreno. Ahí estaría a salvo de las fieras y podría reflexionar con calma.

Había calmado su sed en el lago pero no había comido nada en los últimos días. Tenía un hambre atroz. Se sentía muy débil y

cansado.

A la breve euforia del reencuentro con la libertad y la luz, sucedieron pronto pensamientos descorazonadores: no tenía qué comer, ni posibilidades de conseguirlo. No sería fácil encontrar nada en aquel lugar montañoso e inhóspito. No tenía armas. Además, los osos y los caníbales ruhar acechaban y podían volver a capturarle.

Hacía mucho frío… Y, por si fuera poco, había perdido las adalías.

Tenía que rendirse a la realidad. Había fracasado.

Lo cierto era que no estaba en condiciones de volver a ascender a lo alto de una de aquellas gigantescas cumbres donde crecían las plantas que precisaba Léirenn. Ni siquiera volando. Para resistir las violentas rachas de viento necesitaba estar en plenitud de facultades. En su estado, sería incapaz de controlar el vuelo en medio de las ventiscas. Se estrellaría sin remedio.

A pesar de que todo eso era muy cierto, abandonar, una vez que estaba allí, no era una decisión fácil de tomar. Le costaba una enormidad. Pensaba que estaba traicionando a Léirenn y eso pesaba en su ánimo como una enorme losa.

La cabeza iba por un lado y los sentimientos por otro.

Pero volvía a dar vueltas a los mismos razonamientos y concluía siempre en el mismo punto. Tenía que regresar a Thórman-Dun. Solo así podría sobrevivir. Estaba a solo día y medio de viaje. Allí podría recuperar fuerzas y, si fuera posible, si aún estuviera a tiempo, regresaría a buscar las adalías.

Recordó la triste visión de Léirenn postrada. Cuando la vio se había dicho a sí mismo que, si era necesario, daría su vida por salvarla. Se sentía como un cobarde fracasado. Iba a regresar a la ciudad con las manos vacías: Léirenn moriría por su culpa.

Sus sentimientos le pedían que se quedara.

Pero la terca realidad volvía a imponerse: no tenía alimentos y estaba ya muy débil. Demasiado débil. Con las fuerzas justas para regresar con vida a la ciudad. Si no regresaba ya a Thórman-Dun, corría el riesgo, no ya de no llevar a tiempo las hierbas, sino incluso de perecer él mismo. No de morir a cambio de salvar a Léirenn, sino de morir inútilmente…

Finalmente tomó la que posiblemente fuera la decisión más

difícil y dura de su vida; y posiblemente también la única sensata en una persona en su sano juicio: volvería a Thórman-Dun… y si aún fuese posible, regresaría de nuevo a las montañas. Quizás ahora, que conocía el terreno, podría conseguir las adalías sin perder tanto tiempo en exploraciones…

Pero, si quedaba alguna esperanza de salvar a la muchacha, pasaba necesariamente por regresar a Thórman-Dun a reponer fuerzas.

Profundamente apesadumbrado, se dispuso a emprender el vuelo de regreso. Se sentía como paralizado por la tristeza de saber que, sin embargo, con su decisión, se reducían drásticamente las posibilidades de salvación para Léirenn.

Con un esfuerzo supremo se puso en marcha, diciéndose que, como antaño en Arkane, debía vencer de nuevo la tristeza y hacer lo que sabía que era necesario.

6

Por la posición del sol, debía de ser media mañana cuando se encaminó hacia el Oeste.

Trataba de volar a la mayor velocidad de la que era capaz. Tenía prisa, urgencia, por ver cómo se encontraba Léirenn.

Deseaba con todas sus fuerzas que a su llegada le dijesen que aún estaba a tiempo de regresar una vez más a por las hierbas. Ahora sabía que, en tan solo media semana más, podría lograrlo.

Acusaba muy intensamente el cansancio de tantos días en aquellas tierras inhóspitas, en tensión constante y sometido a duras privaciones, que habían menguado notablemente sus energías físicas y psíquicas.

Volvía a volar alto. Le suponía un esfuerzo de concentración muy notable, pero se estaba aproximando a las regiones de media montaña donde había encontrado abundancia de asentamientos ruhar. No quería exponerse a ser alcanzado por el disparo de alguna honda.

Recorrió varias leguas sin incidentes. El regreso se le hacía muy monótono y aburrido.

Cuando, varias horas después, comenzó a atardecer, estaba ya en plena estepa.

Encontró un arroyo en un lugar despejado. Desde ahí podía controlar con la vista una amplia extensión a la redonda. Calmó nuevamente su sed y continuó su largo viaje.

Dado lo avanzado del día, se proponía buscar una manada de yammouths para pasar la noche, como había hecho unos días antes.

A la luz crepuscular, le llamó la atención una solitaria columna de humo a lo lejos. Pensando que podía ser un campamento, se acercó a inspeccionar.

Desde una prudente distancia y sin perder altura, comprobó que se trataba de una hoguera, y que en torno a ella había cinco hombres que comían. Eran ruhar. Podía distinguir claramente los atavíos y el aspecto de todos ellos. Por sus bastones de viaje y por los fardos que transportaban, parecían pertenecer a alguna tribu de costumbres nómadas. Uno de ellos tenía aspecto de ser un druida, a

juzgar por los colgajos que llevaba sobre el pecho, muy semejantes a los del brujo que había visto en la caverna.

Estaban muy concentrados en su conversación, o en su comida. No parecieron percatarse de la presencia de Iván. Al menos, no dieron muestras de ello.

Una manada de yammouths comenzaba a formar sus característicos círculos nocturnos no lejos de allí.

Continuó observando a los ruhar con asombro. No concebía cómo podían permanecer tranquilamente comiendo en mitad de la llanura, cuando manadas de warolf no tardarían en salir de sus madrigueras y asolarlo todo.

Tampoco parecían temer a los yammouths que, aunque alejados, podían acercarse hasta ellos en cuestión de pocos minutos.

El aroma del asado llegó hasta él.

Prefirió alejarse. La resolución del enigma quedaría para mejor ocasión. Se dirigió hacia la manada.

Desde la distancia, se elevó a mayor altura para eludir sin peligro las cercanías de los hombres de la hoguera. Y para, en la medida de lo posible, seguir pasando inadvertido.

En un lugar no muy alejado del grupo de hombres, descubrió la solución al misterio de la calma que mostraban: el terreno de la estepa en aquella zona seguía siendo de naturaleza cárstica, al igual que el de las montañas. En el propio suelo se abrían numerosas simas y cavidades que, no cabía duda, debían de ser conocidas por los ruhar de la región. Allí podrían refugiarse de los warolfs y de los yammouths.

La entrada de la mayoría de las cuevas que pudo ver era lo bastante ancha para permitir el paso a los warolf. Descubrió una, sin embargo, que le recordó a la caverna donde había sido apresado en las montañas: una enorme piedra en forma de menhir reducía el acceso hasta hacerlo impracticable para las fieras. Era de un tamaño justo para permitir la entrada de un hombre no demasiado grueso.

Continuó hasta la manada de yammouths y escogió un ejemplar desde cuya posición en el círculo pudiese verificar si sus sospechas eran correctas o no.

No hubo de esperar mucho. El sol estaba ya muy próximo a ocultarse.

En efecto, el druida y su gente abandonaron la hoguera y se

dirigieron hacia la piedra en forma de menhir. En la cueva contigua pernoctarían a salvo de los warolf.

Contrariamente a lo ocurrido en su viaje de ida, en la manada había un constante movimiento. Dos ejemplares parecían estar enemistados entre sí. Se instigaban constantemente con pequeños empujones y movimientos laterales de cabeza que parecían ir en progresivo aumento.

Esto constituía una auténtica tortura para Iván, a quien la tensión y el hambre le impedían dormir.

Iban pasando las largas horas de la noche. Toda la manada se veía alterada por los incesantes ataques y respuestas de los rivales.

En un momento dado, uno de los adversarios se salió del grupo y, emitiendo un ensordecedor bramido, alzó la enorme trompa y embistió con fuerza a su rival, que, sin embargo, no resultó gravemente dañado.

El agredido, más pesado, se mostraba profundamente irritado. Inmediatamente, devolvió el ataque, con tal ímpetu que uno de sus colmillos, como si se hubiera tratado de un gigantesco sable, hizo un profundo corte en el cuello del otro yammouth.

La sangre atrajo inmediatamente a los warolf, que hasta entonces habían merodeado por los alrededores sin atreverse a más.

Docenas de ellos saltaban y rivalizaban salvajemente por asestar una dentellada al cuello del yammouth herido. Algunos lo consiguieron.

El yammouth, enloquecido de dolor y miedo, se alejó más aún de la manada, tratando de huir. Un tropel de warolf le perseguían y rodeaban con creciente fiereza.

Pasadas unas horas, el estrépito se fue acallando. El duermevela de Iván se transformó insensiblemente en un profundo sueño.

En esta ocasión no lo despertó el sol, sino el movimiento del yammouth sobre el que dormía. Se desperezó con mucha dificultad, entumecido y embotado. Había sido una mala noche.

Solo el pensamiento de que ese mismo día llegaría a Thórman-Dun le dio fuerzas para decidirse a continuar el viaje.

Recordó a los ruhar que había visto la tarde anterior. Ellos también saldrían de su refugio nocturno. Debía tener cuidado.

Dirigió la mirada hacia el menhir que indicaba la entrada a su caverna y vio con un sobresalto que había sido derribado.

Probablemente el yammouth herido, en su intento de huir, había chocado con él, o quizá hubiera tratado de usarlo como protección frente a los warolf…

El caso es que la gran piedra se había desplomado y cerca de ella yacía el mastodonte, o más bien su osamenta, que era todo lo que había quedado de él.

¿Qué habría sido de los ruhar? ¿Habría bloqueado el menhir la salida, dejándolos atrapados en la cueva? Si era así, debía tratar de hacer algo por ellos. Por muy peligrosos que fuesen, no podía dejar morir a cinco hombres atrapados en un agujero.

Lamentó en voz alta su mala suerte, más con resignación que con ira. Tratar de rescatar a los ruhar podía demorarle un buen rato. Y si de algo carecía, era de tiempo. También de fuerzas.

Solo tenía hambre y prisa.

Pero tenía muy claro que no podía abandonar a su suerte a esos cinco hombres.

Con un suspiro, alzó el vuelo y se aproximó con cautela.

Los huesos del yammouth estaban completamente mondos. Los warolf no habían dejado ni un resto de la carne.

Pero vio que, contrariamente a lo que había creído, la piedra había caído en sentido contrario a la entrada de la sima: probablemente, en lugar de obstruir la salida a los ruhar…, habría abierto la entrada a los warolf. Apretó con fuerza las mandíbulas, reprimiendo un escalofrío.

Se posó en el suelo a cierta distancia de la cueva y se encaminó hacia su entrada con precaución.

Afinando el oído, caminaba despacio. Trataba de no hacer ruido.

La suave y fría brisa de la mañana le acariciaba la cara. Fuera de ella, era incapaz de percibir nada más. El silencio de la estepa lo llenaba todo.

Muy cerca ya de la cueva, se detuvo a escuchar.

Llamó:

—¿Hay alguien…? ¿Alguien puede oírme…?

Se adelantó algunos pasos para asomarse a la entrada de la gruta y estuvo a punto de pisar los restos de un hombre, devorados como los del yammouth. A un metro de la cabeza del esqueleto pudo ver un collar hecho de piedras y dientes como el que llevaba el brujo de la tribu que lo apresó. El cadáver debía de ser el del druida que

había visto la tarde anterior.

Supuso que los cuerpos de los otros hombres no estarían muy lejos hacia el negro interior de la caverna. Era impensable que hubieran podido escapar de la furia de los warolf…

Allí no había nada que hacer.

Iba a marcharse cuando reparó en que, cerca del esqueleto del druida, había un fardo de tela, cerrado con una cuerda.

Se inclinó a cogerlo con intención de inspeccionar su contenido. Al abrirlo vio abundancia de raíces, hierbas y hongos. Probablemente los warolf fueran carnívoros y habían despreciado los vegetales.

En circunstancias normales no se le hubiera ocurrido ni tan siquiera probar nada de todo aquello. Menos aún proviniendo de gentes como los ruhar.

Pero tenía tanta hambre —pensó sonriendo débilmente— que en ese momento habría sido capaz de comerse una docena de thaurroks a mordiscos.

Comenzó a rebuscar entre el contenido del fardo, probando cautelosamente algunas de las cosas que parecían más comestibles.

Algunas raíces y tubérculos que no conocía tenían un sabor agradable. O, al menos, el hambre hacía que lo tuvieran… Encontró también unos hongos bastante carnosos que masticó con avidez, después de rezar para que no fueran venenosos.

Cuando le pareció que ya era suficiente para acallar las protestas urgentes de su hambriento estómago, decidió dejar de comer. No sabía cómo le sentarían aquellas cosas y optó por no ingerirlas en grandes cantidades hasta no estar seguro de que no producían ningún efecto dañino.

Sacó el fardo fuera para elegir con más luz algunos de los tubérculos y raíces que le habían parecido más aceptables. Se los llevaría para comerlos unas horas más tarde, si seguía sintiéndose bien.

A la luz del día descubrió que había raíces de varios colores y formas. También las hierbas, aromáticas en su gran mayoría, eran muy variadas, pero no sabía si llevárselas, porque llenarían poco. Decidió sacarlas todas para llevarse en el fardo solo lo que iba a comer…

Y entonces reconoció unas flores que ya había visto en otra

ocasión.

¡El druida llevaba en su saco una gran cantidad de adalías!

Quiso llorar. Quiso cantar. Quiso reír.

¡Las tenía! ¡Ya no tendría que regresar a las Montañas del Este! Finalmente, el esfuerzo por socorrer a los ruhar que había creído atrapados, había tenido su recompensa.

Ahora sabía que Léirenn *tenía* que seguir con vida. Debía salir hacia Thórman-Dun sin perder un instante más y entregar las hierbas de inmediato.

Ató una buena cantidad de adalías en una gavilla, aprovechando los cordeles de esparto del propio fardo, las sujetó al cinturón, y emprendió el vuelo.

El día que había amanecido nublado en su interior, aparecía ahora cargado de luz y optimismo. Agradeció a Dios poder regresar y estar ya tan cerca de entregar a Léirenn la medicina que necesitaba.

7

Gheós y el resto del grupo se hallaban aproximadamente a una legua al Norte de Thórman-Dun. Todo hacía pensar que habían conseguido romper el cerco sin ser vistos por los morghuks que asediaban la ciudad.

Si todo iba bien, llegarían a la torre de Thernia antes del anochecer. En realidad, no había alternativa. Tenían que llegar. No hacerlo supondría la muerte. Era el único refugio frente a los warolf en decenas de millas a la redonda.

Seguían la llamada senda del Norte o del Áldendor. A pesar de su pomposo nombre, se trataba de una vereda apenas definida sobre el terreno. Una vez al mes, los guerreros que custodiaban las torres eran relevados y seguían su ruta. Ese era prácticamente todo el tráfico que justificaba su existencia, y que evitaba que quedara completamente borrada.

La sensación de desamparo y soledad en medio de la vasta estepa era nueva para los viajeros.

Niara apenas había abandonado nunca la ciudad, y jamás había viajado hasta el Áldendor.

Gheós, Ghulden y Astuur solo se habían adentrado en Thérraîn durante su reciente huida desde el Errion-Thal. Entonces habían cabalgado veloces. El sentimiento de urgencia y el temor a ser alcanzados habían predominado sobre cualquier otra impresión.

Ahora, al avanzar al lento ritmo que permitían los caballos de tiro, estaban asombrados por la inmensidad de la anchurosa meseta. Experimentaban una impresión nueva para ellos al sentir su propia pequeñez en medio de las aparentemente ilimitadas extensiones.

La belleza del paisaje, en su sencilla sobriedad, unida al profundo silencio, solo roto por los graznidos de algún cuervo solitario y por la brisa de la tarde al mecer la amarillenta hierba del campo, terminó por cautivarlos.

Recorrieron un largo trecho en silencio.

Gheós interrumpía su actitud contemplativa solo para preguntar por el estado de la enferma:

—Niara, ¿cómo se encuentra Léirenn? ¿Está soportando bien el

viaje?

—Pensaba que el aire sano de los campos le haría bien, pero, a juzgar por el color de la cara, diría que está algo peor. Quizás el traqueteo del carro le resulte incómodo.

Léirenn viajaba sobre un jergón, cubierta por mantas y protegida del sol por un toldo. Cada vez eran menos frecuentes sus momentos de consciencia.

Resultó una dura jornada de viaje, pero al final del día, elevándose sobre una loma descubrieron la inconfundible torre fortificada de Thernia, que se recortaba en su solidez sobre los tonos rojizos del cielo crepuscular.

Léirenn había empeorado visiblemente. Era como si en un solo día hubiese desmejorado el equivalente a una semana en Thórman-Dun.

Gheós sufría interiormente. Él era el único responsable. Los demás no habían hecho otra cosa que seguir sus consejos. La duda comenzó a atormentarle.

¿Debían dar media vuelta y regresar a la ciudad?

Desconocía la causa del empeoramiento de la enferma. Desde luego, el viaje había resultado duro, pero ella viajaba acostada en un cómodo jergón y bien abrigada. Tal vez todo fuese debido a la evolución natural del mal que le aquejaba.

Sea como fuere, comenzaban a temer seriamente por su vida. De seguir así las cosas, pronto llegaría un momento en que no tendría ya fuerzas para alcanzar su destino…, y tampoco para regresar a casa. Moriría en algún desolado lugar de la inmensa estepa de Thérraîn…

Crujiendo sobre los goznes, se abrió el estrecho y sólido portón de acceso a la torre.

El jefe de la guarnición salió a recibirles escoltado por dos de sus hombres.

Gheós suspendió sus angustiados pensamientos para saludar y entregar el documento que Esnaurr había preparado. Se trataba de una especie de salvoconducto mediante el cual serían bien recibidos y auxiliados a su paso por todos los puestos fortificados de la estepa.

Cenaron y se acomodaron lo mejor posible, dada la escasez de medios del lugar.

Niara apenas durmió en toda la noche, velando el sueño febril de Léirenn, que a ratos se agitaba convulsa en medio de constantes pesadillas. En algunos momentos parecía delirar.

Sin embargo, al amanecer, su aspecto era notablemente mejor. Daba la impresión de que había superado una grave crisis en medio de su enfermedad.

El debate interior de Gheós no había cesado durante toda la noche. Por la mañana, al comprobar la inesperada mejoría de Léirenn, tomó finalmente la decisión de continuar adelante. Viajarían sin escolta hasta el siguiente puesto. Los caminos estaban libres y no había señal alguna de peligro.

Antes de despedirse de los hombres de la guarnición, Gheós les explicó brevemente quién era Iván de Aldénuri y les encareció que, si llegaba a esa torre, lo encaminaran hacia la torre de Nórbriga.

Desde el mismo inicio de la nueva jornada, el trayecto se fue haciendo progresivamente más difícil. El territorio era más abrupto, con abundantes barrancos y colinas que el carromato debía salvar trazando amplios rodeos.

Ghulden y Astuur trataban de aligerar la carga que pesaba sobre el ánimo de Gheós, procurando delicadamente envolverlo en animadas conversaciones sobre los temas más dispares: el clima del lugar, la vegetación, costumbres de los yammouths, hechos famosos del pasado…

En un momento en que hablaban más o menos despreocupadamente de la inmensidad de las tierras que atravesaban, Astuur, con su habitual espontaneidad, exclamó:

—¡Es curioso! Este lugar es tan solitario como los alrededores de Thórman-Dun y, sin embargo, tengo la continua sensación de que estamos acompañados…

Ghulden y Gheós intercambiaron una mirada de aprensión. Pero dejaron pasar el comentario como si no lo hubiesen oído o no tuviese la menor importancia.

A pesar de las dificultades añadidas, Léirenn parecía soportar mejor esa segunda jornada de viaje. Su estado parecía haberse estabilizado.

En consecuencia, Gheós se sentía bastante aliviado de sus angustias de la víspera. Ghulden y Astuur habían contribuido a ello con su amistosa conversación.

Viajando lentamente, consiguieron cubrir la etapa de ese día sin mayores complicaciones.

Los ánimos estaban algo más elevados. Habían completado otra jornada que los aproximaba a su destino. Aumentaban las posibilidades de que Léirenn consiguiera llegar con vida hasta Muihl-Athern.

Atardecía. La torre de Nórbriga no podía tardar en aparecer a la vista.

8

Cuando Iván avistó la ciudad de Thórman-Dun, ya empezaba a anochecer. Las piras nocturnas en lo alto de las murallas eran fácilmente visibles desde la distancia.

Los warolf no habían salido aún, pero estarían a punto de hacerlo.

Llegaba cansado, pero tremendamente ilusionado. Por fin podrían administrar a Léirenn el remedio que tanto necesitaba.

Al aproximarse algo más, vio una enorme hoguera casi apagada, que humeaba a una milla escasa frente a las puertas de la ciudad. Preocupado por lo que aquello pudiera significar, trató de imprimir mayor velocidad a su vuelo. No estaba lejos. De hecho, no tardó en poner los pies sobre lo alto de las murallas. Entonces, sin siquiera detenerse en saludos protocolarios, preguntó por Léirenn a los centinelas. Cuando el jefe de la guardia le informó de que la muchacha había abandonado la ciudad el día anterior, la noticia le cayó como un auténtico jarro de agua fría. Trató de consolarse pensando que al menos la víspera continuaba con vida… Decidió presentarse inmediatamente ante el Énaith Esnaurr…

Acudió a la carrera. Estaba ansioso por conocer los hechos de primera mano.

Cuando Esnaurr le vio, se alegró visiblemente. Él también deseaba conocer las noticias que traería Iván. Pidió que le trajeran de cenar. De este modo, sentados frente a frente, ambos interlocutores comenzaron a ponerse mutuamente al corriente acerca de los últimos acontecimientos.

—Gheós nunca había dudado de que regresarías. Pero ante tu tardanza temió que hubieses encontrado dificultades. Léirenn comenzó a empeorar rápidamente. Apenas hablaba. Cada vez pasaba más tiempo inconsciente.

»Offah nos dijo que, en su opinión, no podría resistir mucho más tiempo en ese estado. Y estimó que, a falta de la flor del yermo, si existía un remedio que pudiera sanarla del mal de los morghuks, no podía encontrarse sino en su propio hogar. Rodeada de los cuidados, del cariño y la cercanía de su propia familia.

»¿Comprendes? Por eso les dejé partir.

—Pero ¿Y los warolf? Con los warolf acechando por la noche no habrán podido ir muy lejos…

—Si todo va bien, a estas horas descansarán ya en la torre de Nórbriga. La segunda etapa de su viaje. Allá estarán a salvo.

»Tenemos bastantes torres fortificadas a lo largo y ancho de la estepa. Cumplen a la vez la función de refugio y puesto de guardia. Aunque, a decir verdad, el territorio es tan amplio que su vigilancia no es perfecta. Al poco tiempo de tu marcha llegó hasta aquí un contingente morghuk que te buscaba…

—¿Han venido hasta aquí buscándome? —se asombró Iván.

—Sí, nos amenazaron con destruir la ciudad si no te entregábamos… Pero descuida, su amenaza no sirvió de nada. Destruimos a los guerreros y a los thaurroks que lanzaron contra nosotros…

—¿Han traído thaurroks hasta aquí? —Iván sintió que un escalofrío le recorría la espalda.

—Sí. Pero ya ha pasado. No queda ni uno. Esta tarde hemos librado la batalla final. Ayer hicimos una salida de distracción, para que Gheós y el resto del grupo pudieran salir con Léirenn sin ser notados. No pretendíamos empeñarnos en una gran batalla, pero las cosas salieron de tal manera que les dimos una buena paliza antes de retirarnos. No han sido capaces de mantener la cabeza fría hasta traer refuerzos y hoy han vuelto a atacar. Con ayuda de los yammouths, los hemos aplastado.

—¿De los yammouths?

Esnaurr sonrió divertido al ver la expresión atónita de Iván.

—Exacto. Algunos de nuestros hombres, los yammuîns, son capaces de domarlos y manejarlos cuando es necesario.

»No sé si al acercarte a la ciudad has reparado en la gran pira —preguntó, alzando levemente las cejas.

—Sí —confirmó Iván—, la he visto y me he asustado…

—Son los restos de los thaurroks y de los morghuks. No había tiempo de enterrarlos, así que hemos decidido quemarlos para evitar que los alrededores de la ciudad se conviertan en un comedero de los warolf…

Iván terminó de comer, algo sorprendido por lo rápidamente que había acabado con todo, y se mostró dispuesto a partir para

alcanzar al amanecer al grupo que trasladaba a Léirenn. Esnaurr trató de convencerle de que debía tomarse al menos un día para descansar:

—Iván, tu decisión es propia de un corazón generoso. Pero tienes que recuperarte. Estás agotado. Tendrías que ver el aspecto que tienes…

Después de un amistoso forcejeo, Iván aceptó dormir al menos unas horas antes de salir de nuevo.

—Partirás por la mañana. En cuanto amanezca, si así lo quieres.

»Solo te daré un consejo: desconfía siempre de la estepa. Cuando bajes a tierra, ten los ojos bien abiertos. Los peligros de esas tierras no se reducen a los warolf y a los ruhar. Incluso desde Thernia en adelante, donde ya no hay warolf, existe otro tipo de peligros. No es ahora el momento de hablar de ello. Te diré únicamente que solo las torres fortificadas son seguras.

»Por lo demás, el carro avanza despacio y debe recorrer necesariamente las etapas fijadas entre torre y torre. No te será difícil localizarlos. Pronto podrás darles alcance.

Una vez más, Iván tuvo ocasión de practicar la difícil lección de moderar sus impulsos juveniles. La cabeza debía regir sobre los sentimientos.

Después de dar una vez más las gracias a Esnaurr, se retiró a dormir, casi arrastrándose.

El Énaith le prometió que le despertarían en la cuarta vigilia de la noche.

Le costó mucho vencer al sueño cuando un soldado le zarandeó para despertarle. Casi se arrepintió de haber decidido partir de madrugada.

Esnaurr estaba esperándole. Le acompañó a desayunar y le entregó un pequeño pellejo de agua y un nuevo zurrón donde llevaría los víveres y las gavillas de la flor del yermo para Léirenn.

Le indicó la dirección que debía seguir para llegar a la torre de Thernia, primera etapa de su viaje, siempre hacia el Norte. Una vez allá, le indicarían el camino hacia la segunda atalaya, la de Nórbriga.

Iván se despidió profundamente agradecido. Los guerreros de Thórman-Dun, pensó, son gente de una extraordinaria nobleza. Y Esnaurr es un digno jefe de todos ellos:

—Gracias Esnaurr. ¡Hasta pronto! Nunca olvidaré todo lo que habéis hecho por los áldenors.

—No tienes por qué darlas. Además, te recuerdo que en Thórman-Dun somos medio áldenors.

—Entonces, *¡Áldenn lahiàrr-íriun!* —se despidió en la lengua antigua, visiblemente emocionado.

—*¡Áldenn lahiàrr-íriun!* —respondió Esnaurr con una amplia sonrisa, mientras Iván se alejaba poco a poco.

El frío era notable. El sol no había salido aún, aunque la claridad iba aumentando rápidamente. Iván pudo orientarse al principio por las estrellas.

Los salvajes aullidos de los warolf iban apagándose poco a poco.

Nuevamente viajaba con la urgencia de entregar el remedio lo antes posible. Pero las circunstancias habían cambiado: ahora tenía la certeza de que Léirenn seguía con vida. Además, había podido reponer fuerzas y descansar algo.

Sobrevolando la monótona extensión de la estepa recordó a su familia. No se había olvidado de ellos ni un solo día desde que tuvieron que separarse. Pero la tensión constante de los días precedentes le había impedido meditar sosegadamente.

Había dejado a su padre herido camino de Muihl-Athern. No quería ni pensar en la posibilidad de que ese carro no hubiera conseguido llegar a su destino…

Inconscientemente, quizás como medio de autoprotección ante las adversas circunstancias, durante todos esos días había dado por cierto que sus padres y hermanos estarían sanos y salvos en el refugio de las montañas de Érdain.

Ahora, en la soledad de las inmensas llanuras, sin peligros conocidos que le acuciaran y volando de regreso hacia el Áldendor, la incertidumbre que había mantenido a raya durante tanto tiempo le asaltó con violencia. Y con ella, la ansiedad por regresar al Áldendor.

No quiso perder tiempo en parar a comer.

Con cuidado de no dejarlo caer, asió el zurrón con una mano, y con la otra extrajo los alimentos que pensaba comer mientras volaba. Volvía a tener mucha hambre. Tardaría días en recuperarse de las largas jornadas de ayuno transcurridas en Héreggor.

Poco después del mediodía, distinguió sobre el horizonte la silueta

de la torre de Thernia, emplazada en lo alto de una colina.

Tenía una especie de corraliza contigua, un edificio achaparrado. Posiblemente guardarían ahí los caballos.

La torre tenía un aspecto muy antiguo: no era muy alta y tenía una base muy ancha, de perímetro algo mayor que el contorno de la cima almenada. Estaba construida con pesadas piedras de corte cuadrangular. No tenía ventanas, tan solo algunas troneras.

La angosta entrada era apenas lo bastante espaciosa para el paso de un hombre.

En la parte superior, protegidos por las sólidas almenas, los centinelas mantenían constantemente la vista sobre las llanuras.

La figura de Iván que se aproximaba flotando por los aires no les pasó inadvertida. Sin embargo, no parecieron extrañarse demasiado. Gheós, previendo que Iván partiría tras ellos si conseguía regresar a tiempo con la flor del yermo, les había puesto sobre aviso. Aunque había tratado de explicar las cosas con cierto tacto, era muy probable que los soldados hubieran pensado que el anciano desvariaba. Ahora no les quedaba otro remedio que reconocer que había dicho la pura verdad. Sea como fuere, procuraron no dar muestras de asombro.

Iván aterrizó directamente en la parte alta, en medio de los guardianes. El que estaba al mando le saludó, afectando una naturalidad que distaba mucho de ser espontánea.

El muchacho, tras responder al amable saludo, fue directamente a la cuestión que le preocupaba: cómo alcanzar a Léirenn cuanto antes.

El vigía le explicó que habían salido de allí la víspera por la mañana con la intención de alcanzar el siguiente puesto fortificado: la torre de Nórbriga, donde habrían pasado la noche si todo había salido como era de esperar. Le dio las instrucciones necesarias para llegar a su destino sin extraviarse en las vastas extensiones desiertas. Por la distancia que había hasta esa segunda torre, Iván calculó que podría llegar antes del anochecer, con lo que en un día habría acortado una buena distancia sobre el grupo de Léirenn. Agradeciendo al jefe de la torre su información, se puso en camino de inmediato.

Los centinelas se miraron largamente, sin hablar, mientras el muchacho áldenor se alejaba por el aire.

A partir de Thernia, el terreno se volvía algo más accidentado. El carro habría tenido que sortear un sinfín de colinas y barrancos haciendo su recorrido notablemente más largo.

Por el contrario, al avanzar siempre en línea recta, Iván conseguiría reducir considerablemente la ventaja que le llevaban sus amigos.

Aquí la vegetación era algo más abundante que en los alrededores de Thórman-Dun. En cambio, la atmósfera era menos clara y se hubiera dicho que algo vagamente hostil flotaba en el ambiente.

Viajó sin detenerse durante toda la tarde.

Aún faltaba algo más de una hora para el anochecer cuando divisó la torre fortificada de Nórbriga, réplica exacta de la de Thernia. Desde el empinado promontorio sobre el que se alzaba, el puesto de vigilancia dominaba una amplia extensión a su alrededor. Los centinelas, también prevenidos por Gheós, avistaron a Iván cuando aún se encontraba a mucha distancia. Al aterrizar no le hicieron preguntas, pero sus caras de asombro, peor disimuladas que las de sus compañeros de la torre anterior, hablaban por sí solas.

Tan solo había tres hombres, que atendieron a Iván con gran respeto. Kemmo, el guardián al mando, le explicó detalladamente lo que necesitaba saber:

—Han partido al amanecer hacia Ommah, el siguiente puesto fortificado. Si todo ha ido bien, a estas horas estarán a punto de llegar. Aquí cambiaron los caballos. Se llevaron animales de refresco.

»Cuatro de nuestros hombres les han acompañado. Irmen está al mando.

»La chica tenía muy mal aspecto. El anciano estaba muy preocupado. Parecía tener la esperanza de que vendrías. Pero las arrugas surcaban su frente.

»También la mujer que cuidaba de la muchacha se mostraba muy afligida.

Iván, consternado por las noticias, quiso saber qué posibilidades tendía de llegar a Ommah esa misma noche.

Kemmo fue rotundo:

—Posiblemente ninguna. Aquí no hay warolf. No es ya su territorio. Pero no aconsejaría a nadie pasar la noche a la

intemperie. Menos aún viajando solo. Ni siquiera por el aire —añadió con un titubeo casi imperceptible.

»A partir de Nórbriga comienza un territorio enigmático. No nos gusta mucho adentrarnos en él y solo lo hacemos para cambiar las guarniciones de las dos torres, la de Ommah y la de Férnnia.

»Jamás pasamos las noches en despoblado. Esnaurr ha dado órdenes tajantes al respecto. Hace años, no tomábamos tantas precauciones, pero muchos hombres, guarniciones enteras, desaparecieron y, desde entonces…

»Quizás no tenga nada que ver, pero algunas leyendas hablan de que en el pasado existió un gran reino en las montañas cuyo territorio llegaba hasta aquí. Ese pueblo se desvaneció por completo sin dejar rastro: lo llamamos por eso el Reino Perdido… Solo han quedado como testigo mudo de su existencia las inmensas murallas de su ciudad principal, en lo alto de las montañas.

»La franja de territorio al Sur de las montañas es un lugar extraño. Me refiero a la franja que se extiende entre el paso de Ayr y el lugar donde nos encontramos, Nórbriga.

—¿El paso de Ayr?

—Sí. Es una estrecha garganta que hay que atravesar en la ruta hacia el Reino Perdido. Está más allá de la última torre, más allá de la torre de Férnnia.

Cuando Kemmo hablaba del «Sur de las montañas», se refería lógicamente al Sur de las montañas de Érdain.

Aunque desde Nórbriga las montañas aún estaban lejos, desde la torre de Ommah bastaba con que el día no estuviera nublado para que las cumbres más altas pudieran verse fácilmente hacia el Norte, recortadas en el anchuroso horizonte. Desde ahí, su aspecto no era tan imponente como desde la vertiente Norte, en el Áldendor. La gran altitud de la meseta reducía mucho el desnivel desde la vertiente Sur.

Férnnia estaba enclavada a poco más de una legua al Sur de la cordillera, en el piedemonte. Desde algún lugar por allí, se decía, partía una antigua senda que ascendía directamente hacia la ciudad del Reino Perdido.

Iván trataba de hacerse cargo de la situación. Tenía que alcanzar a Léirenn cuanto antes. A la vez, le recomendaban que no viajase de noche como precaución ante un peligro absolutamente

indeterminado.

Su corazón le pedía desoír las advertencias de Kemmo.

Su cabeza le decía que tendría que fiarse de quienes conocían aquellas tierras mejor que él.

De nuevo aquel debate interior. Gracias a Dios, Iván había madurado a través de las contrariedades. Iba aprendiendo a tamizar sus impulsos interiores a través de la cabeza. Para eso la tenía, se solía decir a sí mismo, bromeando, y no solo para sujetar el pelo… Aceptó finalmente la hospitalidad de los guardias, con idea de partir al amanecer, o incluso antes, para alcanzar a la caravana.

Se puso a cenar de prisa. Uno de los soldados le alcanzó una copa de una bebida caliente semejante al sukkôts, lo cual agradeció muchísimo. El calorcillo de la bebida le reconfortó profundamente y, aunque con gusto se hubiera quedado a charlar con los amistosos guardias de la torre, prefirió retirarse a descansar, para recuperar fuerzas. Le prometieron despertarle poco antes del amanecer.

A pesar del cansancio acumulado, tardó en dormirse, pensando en los acontecimientos que llevaba vividos y tratando de adivinar cuál sería la situación en el corazón las montañas de Érdain. Muy probablemente, los morghuks habrían cercado ya la fortaleza en que se refugiaban los áldenors y, entre ellos, su familia y sus amigos…

9

Se despertó con cierto sobresalto. No le costó levantarse, aunque no había dormido bien.

Se sentía tenso. Ese día, si todo iba bien, conseguirían sanar a Léirenn y después… Solo Dios sabía lo que les esperaba. Murmuró una oración mientras se vestía.

Desayunó rápidamente. Sin hacer ruido para no despertar a los guerreros de la guarnición de Nórbriga, subió hasta lo alto de la torre y, tras contemplar unos momentos el bello amanecer, emprendió el camino hacia Ommah.

Como todas las mañanas desde que había llegado a la estepa de Thérraîn, hacía frío. El sol tardaría todavía un poco en calentar el ambiente.

No había rastro de vida humana. Sin embargo, le asaltó de nuevo la imprecisa sensación de amenaza que había experimentado el día anterior.

Kemmo se había mostrado muy rotundo en cuanto a la peligrosidad de esas tierras, especialmente durante la noche. Pero no había descrito ningún peligro concreto. Toda su explicación había quedado en una firme pero indeterminada advertencia.

No es que Iván no hubiera creído sus palabras. Pero no le gustaba nada que se difundieran de boca en boca avisos dramáticos sobre peligros y asechanzas sin nombre. Sabía por experiencia que era muy difícil que ese tipo de advertencias no degeneraran en leyendas o supersticiones. Él era mucho más partidario de saber todo lo posible sobre los riesgos a los que se enfrentaba: cuáles eran, de dónde provenían, si eran de naturaleza animal o humana, qué posibilidades existían de combatirlos…

Viajaba embebido en estos y otros pensamientos, pero sobre todo en la impaciencia de llegar a tiempo para salvar a Léirenn.

Tanto se sumió en sus reflexiones, que dejó de advertir el paso del tiempo, y se sorprendió al divisar repentinamente sobre un promontorio la torre de Ommah.

Faltaba más de una hora para el mediodía. Había recorrido un gran trecho a muy buen ritmo, y se le había pasado en un suspiro.

Al acercarse a la torre le llamó la atención no ver ni siquiera un centinela. Quizás estuvieran de patrulla por los alrededores, o tal vez escoltando a Léirenn hacia la torre de Férnnia.

Pero era raro que no hubiese nadie. Incluso en caso de tener que salir de patrulla, era evidente que debía quedarse un retén de al menos dos hombres al cuidado de la torre.

¿Estarían todos dentro?

Llegó hasta las almenas y se posó sin hacer ruido.

Todo estaba en silencio.

Empezó a inquietarse: ¿les habría ocurrido algo a Léirenn y a los demás?

Nervioso, se dirigió a la puerta que daba acceso al interior.

Bajaba las escaleras con sigilo, deteniéndose a escuchar cada pocos peldaños.

Pero el silencio era absoluto.

La escasa luz en el interior de la torre provenía únicamente de las estrechas troneras.

Aceleró el paso. Sus pisadas resonaban ahora con el eco característico de los lugares amplios y vacíos.

Llegó a la planta baja. El corazón comenzó a latirle más aprisa: alguien había dejado un mensaje en un lugar bien visible. Reconoció la letra de Gheós sobre el pergamino.

Se acercó al haz de luz de la tronera más próxima y leyó:

> *Iván, si lees este mensaje, debes apresurarte. Léirenn empeora muy rápidamente. Cada hora puede ser decisiva.*
> *Vamos hacia Férnnia.*
> *Mantén los ojos bien abiertos. Algo o alguien está al acecho.*
> *¡Áldenn lahiàrr-íriun!*
> *Gheós.*

Introdujo el pergamino en su zurrón y, saltando los escalones de tres en tres, subió de nuevo a la parte alta de la torre.

Echó una mirada en derredor desde las almenas.

Todo parecía estar en absoluta calma. Todo parecía normal. Sin embargo, el aviso de Gheós era muy claro, y los guardianes de la torre habían desaparecido… Al parecer, la vaga sensación de peligro que venía sintiendo no era infundada.

Pero lo más importante era que Léirenn necesitaba las flores del yermo con urgencia absoluta. Tenía que llegar a tiempo…

Sin más cavilaciones, reemprendió el viaje.

Al no haber centinelas que pudiesen orientarle, tuvo que descender al terreno y localizar las recientes rodadas del carro de Léirenn, para poder seguirlas.

Esto supondría no poder avanzar en línea recta. Con todo, tenía que alcanzarles, y tenía que hacerlo antes del anochecer…

Avanzaba lo más rápido que podía.

Cada cierto tiempo debía bajar a tierra para recuperar el rastro del carro en una senda apenas visible sobre la hierba rala.

A media tarde, las rodadas sobre el barro estaban muy frescas. Aparentemente, solo había huellas de dos caballos a los lados del carro. Tendrían que haber sido más…

¿Qué estaba ocurriendo?

La molesta sensación de amenaza, lejos de disminuir, parecía acentuarse a cada paso.

Alarmado, continuó avanzando, atento a todo lo que podía ver desde su altura.

Pasadas unas dos horas, creyó apreciar movimiento a cierta distancia por delante. No alcanzaba a distinguir de qué se trataba, porque era una zona sombría.

Al acercarse, se animó considerablemente: ¡Era un carro! Y a sus lados marchaban dos caballos ¡Tenían que ser ellos!

Comenzó a gritar:

—¡Gheós! ¡Ghulden! ¡Astuur! ¡Eh! ¡Los de la caravana! ¡Soy Iván…!

El carro se detuvo y los jinetes se volvieron, pero aún no podía ver sus caras.

Por un momento dudó: ¿eran ellos, o eran solo su carro y sus caballos?

Pero muy pronto salió de dudas. Una voz amiga le devolvió el saludo:

—¡Iván! ¡Estás aquí! ¡Por fin! ¡Gracias a Dios!

Los segundos que tardó en llegar junto al grupo se le hicieron una eternidad.

Ahí estaban todos: Léirenn acostada, con Niara a su lado, y Ghulden, que guiaba el carro, escoltado por Gheós y Astuur sobre

sendos caballos.

No había ningún soldado de escolta…

—¡Iván, sabía que vendrías! —gritaba Astuur con entusiasmo.

Iván abrazó uno a uno a sus amigos. La sonrisa de Gheós y de Ghulden no conseguía ocultar un trasfondo de preocupación.

—Traigo las hierbas, la flor del yermo —dijo antes de nada, descolgándose el zurrón.

—¡Sabía que lo harías! —sonrió Gheós, mirándole con orgullo.

A Niara, la cuidadora, se le escaparon unas lágrimas. Había temido mucho por la suerte de Léirenn. Tanto, que en los últimos días se había resignado a perderla sin remedio.

De hecho, cuando Iván contempló a su amiga, creyó ver un cadáver. Parecía una pálida representación de la muchacha alegre y llena de vida que había conocido.

Su mirada se nubló y se entristeció visiblemente.

Gheós había desmontado de su caballo y subía al carro. Con el semblante serio, a pesar de que trataba de sonreír, preguntó:

—¿Leíste el mensaje que te dejé en Ommah?

—Sí…

—Bien, entonces ya sabes que no podemos detenernos. Hablaremos despacio más adelante. Naria y yo nos ocuparemos de preparar el remedio. Sube a mi caballo. Continuaremos la marcha mientras tanto.

»Por nada del mundo debe encontrarnos la noche en el descampado.

Iván se impresionó de encontrar a Gheós tan circunspecto. Era evidente que sucedía algo grave. Quizás ese «algo o alguien al acecho» al que aludía el mensaje fuese más peligroso de lo que podía sospechar…

En cuanto Iván estuvo montado, el grupo reanudó la lenta marcha hacia Férnnia.

Solo entonces se atrevió a preguntar a Astuur y a Ghulden qué había ocurrido con los escoltas de Nórbiga y con los centinelas de Ommah.

—Encontramos Ommah vacío —respondió Astuur—. Los guerreros de Thórman-Dun que nos habían acompañado hasta ahí se alarmaron mucho. Dos de ellos volvieron a Nórbriga a informar del extraño suceso y los otros dos nos acompañaron durante un

trecho.

»Pero estaban visiblemente alterados. El paso cansino del carro se les hacía insoportable. Estaban ansiosos por llegar a Férnnia y comprobar que los vigías de la torre continuaban allí, sanos y salvos.

»Hará poco más de media hora, Gheós les ha permitido adelantarse. Si todo va bien, no tardaremos en volver a verles.

—Es extraño que no me cruzara con los dos centinelas que galopaban de regreso hacia Nórbriga.

»Claro que entonces yo viajaba en línea recta y el camino en ese tramo serpentea constantemente. Tal vez ese sea el motivo…

La conversación era entrecortada, por la mente de todos circulaba la idea de que algo extraño estaba ocurriendo. Para rebajar la tensión, Ghulden cambió de tema:

—Iván, ¿tuviste problemas para conseguir las hierbas?

—¿Problemas? No sé ni cómo estoy aquí. Lo pasé muy mal, salía de un peligro y caía en otro peor…

»Y al final, me capturó una tribu de ruhar de las montañas, que habitan en cavernas. ¡Querían comerme!, ¿sabéis? Eran caníbales. Pude escapar por los pelos…

Astuur escuchaba con la boca abierta.

—¿Cómo conseguiste escapar?

—Como siempre, volando. Como es lógico, no se lo esperaban, así que en cuanto me dejaron solo, escapé por los aires…

Iván tenía la cabeza puesta en la ansiada recuperación de Léirenn, y no se sentía aún en condiciones de volver con el recuerdo a los tristes y duros días pasados en las montañas de Héreggor. No tenía ganas de hablar de nada.

Durante un rato continuó esforzándose por mostrarse optimista y por mantener una animosa charla. Pero, sin querer, se iba ausentando de la conversación, con la atención atraída por lo que sucedía en el interior del carro.

La medicina que Gheós y Naria le estaban preparando a Léirenn, con arreglo a las instrucciones de Offah, se obtenía simplemente machacando en un mortero las raíces y los tallos de las adalías hasta destilar un líquido verdoso parecido a la clorofila.

Era una operación sencilla, pero que requería cierto tiempo.

El sol estaba ya muy cercano al horizonte por el Oeste.

Gheós y Naria habían acabado ya de majar las adalías. Mezclaron en un cuenco el líquido obtenido de las hierbas con un poco de agua y se lo dieron a beber a Léirenn. Para entonces, Iván, que no había dejado de permanecer atento a la operación, hacía ya un buen rato que había atado la brida de su caballo al lateral del carro y había subido a bordo.

La muchacha, agitándose inconsciente, rechazó al principio la infusión. Pero una vez que la hubo probado, bebió sin parar hasta apurar el contenido del recipiente.

Entonces, en cuestión de segundos, su agitación se transformó en un dulce y apacible sueño. Sus mejillas adquirieron casi inmediatamente un saludable tono rosáceo.

—¡Está surtiendo efecto! —exclamó Iván entusiasmado.

—¡Sí…! —corroboró Gheós con una sonrisa que, por primera vez en mucho tiempo, parecía libre de toda perturbación.

Naria se echó a llorar de pura alegría.

Ghulden y Astuur se sumaron al regocijo general, palmeando encantados la espalda de Iván, que se abrazó fuertemente a ellos.

Casi olvidaron por completo los desconocidos peligros que los venían manteniendo en tensión.

No tardaría mucho en anochecer.

10

Los dos guardianes que los habían escoltado desde Nórbriga les salieron al encuentro para conducirlos hasta Férnnia.

Venían abatidos. Sus compañeros de este último puesto también habían desparecido…

En un vigilante y tenso silencio, llegaron a la torre ya entrada la noche.

Acomodaron a Naria y Léirenn en la mejor estancia, la de la planta baja.

Léirenn seguía durmiendo profundamente, pero ahora se trataba a todas luces de un sueño reparador. Respiraba acompasada y plácidamente, sin la menor muestra de desasosiego anterior.

El resto se distribuyó en los dormitorios de los pisos superiores. Antes de empezar los turnos de vigilancia, Gheós quiso que se reunieran todos un momento. Se dirigió a Irmen, uno de los centinelas de Nórbriga:

—He notado (y creo que los demás también) una presencia escrutadora durante todo el trayecto. Al principio era solo una impresión muy vaga, pero se ha ido haciendo más intensa a medida que avanzábamos. Sin embargo, no he visto nada…

—Gheós, esa descripción es exacta —asintió Irmen.

»Llevamos años sufriendo los ataques de un enemigo invisible. No es la primera vez que desaparecen hombres de las torres de Ommah o de Férnnia. Pero no hemos podido averiguar nada acerca de este enemigo. Ni siquiera si es hombre o animal. Solo sabemos, por experiencia, que suele atacar en medio de la soledad. Por eso nunca vamos solos…

—Irmen, dime una cosa —intervino Ghulden—: ¿hasta dónde se extiende su influencia? ¿Nos perseguirá hasta el mismo Reino Perdido?

—No creo… Por lo que hemos visto, el peligro empieza en Nórbriga, y esa presencia de la que hablaba Gheós parece desvanecerse al cruzar el estrecho desfiladero de Ayr…

La reunión duró unos minutos más. Gheós resumió los puntos principales: no debían dejar a nadie solo. Debían permanecer

juntos. Y era preciso extremar las precauciones, al menos, hasta el Paso de Ayr.

Ghulden e Irmen montaron la primera guardia, mientras los demás se retiraban para intentar dormir un rato.

Durante la noche parecía imperar la calma.

Pero cada uno de los que iban haciendo los turnos de guardia advertía de algún modo que era una falsa calma. Una presencia desconocida se hacía sentir, al acecho entre las sombras.

Al amanecer, con todos reunidos de nuevo, la tensión se alivió, aunque no completamente.

El aspecto de Léirenn había continuado mejorando sensiblemente. Su color era muy saludable. Las ojeras habían desparecido, y ya no se veían las arrugas que anteriormente surcaban su rostro y especialmente la frente. Tenía una expresión apacible y relajada.

Sin embargo, todavía no había recuperado la conciencia, para desilusión de Iván, que estaba ansioso por su pronta recuperación.

Gheós y Naria decidieron no interferir en su ritmo vital y esperar a que despertara por sí misma.

Desayunaron con rapidez. Aunque no tenían prisa por cubrir una nueva etapa, pues Férnnia era la última torre y las montañas que marcaban el fin del territorio no estaban lejos. Pero Gheós quería traspasar el estrecho desfiladero de Ayr lo antes posible, con la esperanza de librarse de aquella amenaza latente que, además de un peligro cierto, constituía una tortura para los nervios.

Los dos hombres de Nórbriga se ofrecieron a acompañarlos hasta el desfiladero.

Gheós y Ghulden se resistieron un poco, pero cedieron ante su insistencia. Comprendían que les vendría muy bien su escolta y, sobre todo, agradecían contar con guías que los condujeran con seguridad hasta aquel paso, desconocido para ellos.

El paso de Ayr distaba de Férnnia dos leguas de serpenteante camino entre colinas. Al ritmo del carro, antes de media mañana podrían haber llegado a la entrada.

El desfiladero no era largo. Y, si bien era bastante angosto, en principio no tendrían dificultades para atravesarlo.

La certeza de que estaban siendo observados seguía incomodando a todos durante el camino, aunque procuraban hacer caso omiso de la

inquietante sensación.

El sendero en ese tramo bordeaba amenos prados. A lo lejos, se veían ya los primeros bosques después de la desnuda estepa.

Iván viajaba sentado en el carro junto a Ghulden. El paisaje le trajo a la memoria la colina sobre la que se asentaba su casa en Aldénuri, y los bosques que la rodeaban.

Pero todo aquello había dejado de existir. Si algún día regresaban, tendrían que reconstruirlo todo. No solo la casa, sino probablemente también los bosques. Los morghuks y los thaurroks arrasaban cuanto pisaban…

Tratando de centrar sus pensamientos en algo más alegre, volvió a fijarse en el paisaje. Dos altos farallones de roca se alzaban imponentes ante su mirada. Tiró de la manga a Astuur, que cabalgaba amodorrado junto al carro, para que no se perdiera aquel panorama majestuoso.

—¡La entrada al desfiladero de Ayr! —exclamó Irmen, notando su sorpresa.

—¿Por ahí es por donde tenemos que pasar? —preguntó Iván impresionado.

—Sí. Es un espectáculo que nunca deja de sobrecoger, ¿no crees? He venido muchas veces y no me acabo de acostumbrar. Además, este es un lugar especial. Hasta aquí venían a ser coronados en la antigüedad los reyes del Reino Perdido —se refería a la amplia explanada que se extendía a los pies de la majestuosa entrada al desfiladero.

Menos de una legua les separaba de las puertas de Ayr, el punto a partir del cual, quizá, se librarían de la oscura amenaza que se cernía sobre ellos.

Gheós se acercó a Irmen y le dijo algo, después se aproximó a Iván y estuvo hablando con él unos minutos en voz baja. Cuando terminaron, Irmen prestó al muchacho su escudo y su arco.

Iván se elevó, adelantándose al grupo, hacia el imponente desfiladero. Al ganar altura, comprobó que detrás de Ayr se extendían las estribaciones de la amplia cordillera en un sinfín de valles y montañas. El encargo que le había hecho Gheós no era otro que inspeccionar el territorio: inspeccionar la garganta a todo lo largo y, sobre todo, comprobar si había trazas de que alguien hubiese preparado una emboscada. Tenía que mantenerse bien

alerta. El enigmático enemigo que acechaba desde Nórbriga, podía acometer en el momento menos esperado.

Volaba ya en las cercanías de los altos farallones. Su aspecto desde el aire era más sobrecogedor aún. Eran de una verticalidad sorprendente y entre ambos se abría un estrecho barranco que caía en picado sobre el valle.

Algunos muflones y cabras ramoneaban apaciblemente sobre los picachos más inaccesibles e insospechados.

Hubo de elevarse más. Si quería estudiar la zona sin exponerse a ser alcanzado por un posible enemigo, tendría que volar bastante por encima de aquellas cumbres.

No parecía haber nadie. Aunque tampoco había habido nadie, en apariencia, a lo largo de todo el trayecto desde Nórbriga y, sin embargo, dos guarniciones enteras de centinelas habían desaparecido…

Buscó señales de presencia humana o animal, sin encontrar nada que le llamara la atención.

Por primera vez en varios días, se dio cuenta de que no experimentaba esa extraña sensación de estar siendo observado o seguido.

Cuando consideró que ya había visto lo suficiente, regresó hacia la caravana, que estaba ya muy cerca de la entrada del paso.

Descender era muy rápido para Iván, bastaba con dejarse caer de manera controlada.

Al reunirse con Gheós, le explicó sus impresiones:

—No he visto nada… y tampoco he tenido esa sensación inquietante de estos días.

Gheós asintió en silencio. No eran malas noticias, pero quiso cambiar impresiones con los dos hombres de Nórbriga.

Aún estaban conferenciando cuando un ruido de cascos al galope les hizo alzar la mirada. Dos jinetes procedentes del desfiladero se dirigían hacia ellos a gran velocidad.

Como movidos por un resorte, todos tomaron sus armas y se dispusieron a defenderse.

Ghulden, Astuur y los dos centinelas apuntaron con sus arcos.

—¡No disparéis! ¡Son de los nuestros! —exclamó Irmen.

En efecto, se trataba de dos de los guardianes de Ommah.

Irmen se adelantó, haciendo señas con los brazos para darse a

conocer. De lo contrario, quizás ellos, a todo galope, no tuviesen tanta facilidad para reconocer a sus compañeros.

Tan pronto como llegaron a la altura del grupo, se presentaron y, tras asegurarse de que los forasteros eran de fiar, uno de ellos comenzó a relatar:

—Tres de nuestros hombres partieron en patrulla de rutina hacia Férnnia. Tardaban mucho en regresar, al igual que las palomas mensajeras que enviamos.

»En vista de ello, dos de los nuestros acudieron a avisar a Nórbriga y nosotros vinimos hasta Férnnia. Al no encontrar a nadie en la torre, tomamos la decisión de continuar hasta Ayr por si encontrábamos algún rastro. Pero hemos cruzado hasta el otro lado del desfiladero sin encontrar nada.

»Ahora, de regreso, os hemos tomado por un contingente de los nuestros…

—¿Habéis encontrado indicios de alguna otra presencia? ¿De alguna gente enemiga o de fieras que hayan podido atacarlos? —preguntó Gheós con gran interés.

—No. Todo parece estar en calma en el paso. No hay ni rastro de nada ni de nadie.

—Si ellos acaban de cruzar el paso sin problemas, creo que debemos intentarlo —continuó Gheós dirigiéndose hacia su gente—, a fin de cuentas, el mismo peligro encontraríamos en el largo trayecto de regreso a Nórbriga, así que opino que debemos atravesar cuanto antes.

Iván, Ghulden y Astuur se mostraron de acuerdo. Poco tenían que perder. Toda la región era igualmente extraña y amenazadora, así que más valdría avanzar que retroceder. Además, parecía confirmado que, cruzando el desfiladero, desaparecía esa inquietante presencia enemiga.

Preguntaron a Naria, que permanecía en el carro junto a Léirenn, y se mostró también de acuerdo con la decisión.

Los cuatro soldados se brindaron a acompañarles. Un gesto de nobleza propio de los bravos guerreros de Thórman-Dun.

Accedieron.

La suerte estaba echada.

Reanudaron la lenta marcha hacia la ya cercana embocadura del pasadizo.

Cuando finalmente traspasaron la entrada, se sobrecogieron ante la altura de las paredes laterales. Se sentían como insignificantes hormigas.

Sin que nadie lo sugiriera, cesaron por completo las conversaciones.

Avanzaban en fila de a dos. Gheós conducía ahora el carro de Léirenn. A su lado cabalgaba Iván. Les precedían Ghulden y Astuur. Los cuatro soldados cubrían la retaguardia.

Avanzaron un buen trecho sin sobresaltos.

La profundidad de algunas de las grietas abiertas en la roca parecía indicar que desde ahí partían túneles que se internaban en las profundidades de la cordillera.

Tal vez, el enigma que inquietaba a los hombres de la guardia de las torres fortificadas tuviera algo que ver con eso. O tal vez no…

Seguían avanzando lentamente pero sin detenerse.

Empezaban a vislumbrar ya el valle que se abría al otro lado del desfiladero, a unos cientos de metros.

La tensión se podía palpar.

El silencio se veía roto solo por el sonido de altas cascadas que brotaban a distintas alturas a lo largo del corredor.

Un cuervo atravesó la cárcava de lado a lado, emitiendo estridentes graznidos. Todos se estremecieron, pero no sucedió nada.

Ya casi lo habían logrado. Un poco más y tendrían vía libre para llegar a Érdain.

Unos cincuenta metros antes de la salida, había un saliente en la pared derecha que estrechaba notablemente el paso. Temieron que el carro no pudiera pasar.

Ghulden se adelantó unos metros para ver la anchura exacta y comprobar que detrás no hubiera sorpresas. Astuur no quiso dejar solo a su padre y lo siguió de cerca.

Astuur midió en tres zancadas la anchura del hueco y asintió, mirando hacia el carro: cabría.

No parecía haber nadie al otro lado. Se acercaron con cautela y Ghulden retuvo a su hijo sujetándole el brazo, para pasar delante de él. Se asomó a izquierda y derecha y gritó:

—¡Vía libre!

Padre e hijo espolearon a sus monturas y galoparon para situarse

con los arcos dispuestos al otro lado, entre el verdor de uno de los fértiles valles del Sur de las montañas de Érdain.

Tras ellos, fueron llegando los restantes componentes del grupo. Las manifestaciones de alivio y de alegría estallaron como si alguien hubiera roto unas cadenas que las contenían.

Una vez pasado el momento de excitación y desahogo, hubieron de serenarse para pensar en lo que quedaba por hacer y tomar las decisiones necesarias.

Los cuatro guerreros de Thórman-Dun debían regresar cuanto antes a la estepa. Gheós, hablando por todos, les agradeció su servicio y su lealtad:

—Gracias por todo, amigos: no habríamos podido encontrar nunca hombres mejores y de más confianza. Transmitidle nuestro agradecimiento también a Esnaurr cuando regreséis a Thórman-Dun.

»Y… bueno, deseamos de todo corazón que encontréis sanos y salvos a vuestros compañeros desaparecidos. Os recordaremos a ellos y a vosotros todos los días…

—Gracias, Gheós —respondió Irmen—. Gracias a todos vosotros, y hasta pronto.

Con un último gesto de saludo, los cuatro guardianes de las torres dieron media vuelta y se adentraron de nuevo, esta vez al galope, en las profundidades de la garganta de Ayr.

11

Era ya casi la hora de comer. Decidieron almorzar. Después podrían avanzar un buen trecho sin detenerse hasta el anochecer.

Naria, que no se había separado de Léirenn en ningún momento, bajó del carro sonriendo:

—¡Ha abierto los ojos! ¡Léirenn ha abierto los ojos!

—¿Cómo? ¿Está consciente? —preguntaron casi al unísono Iván y Gheós.

—No, todavía no, pero en el desfiladero, al notar que de repente dejaba de darle el sol, ha abierto los ojos unos instantes.

»Había vida en ellos: ahora estoy completamente segura de que se está recuperando, ha desaparecido la mirada mortecina que tenía en Thórman-Dun. Estoy segura de que no tardará en volver en sí.

Comieron felices y relajados, en una pradera soleada. Por primera vez en mucho tiempo, los motivos de preocupación parecían empequeñecerse ante la alegría de haber conseguido atravesar sin daño la estepa y la mejoría de Léirenn.

Esos momentos de distensión hicieron mucho bien a todos. No se engañaban: sabían bien que deberían afrontar todavía dificultades y peligros. Sin embargo, sentían que sus esperanzas se renovaban y les permitían afrontar el futuro con optimismo.

Mientras los demás dormían un rato al sol, Gheós e Iván aprovecharon para conversar sobre la siguiente etapa de su viaje.

—Es muy probable que los morghuks hayan sitiado ya la fortaleza del Reino Perdido. Lo sabes, ¿no?

—Sí —coincidió Iván—, viendo lo rápido que han llegado a Thórman-Dun, tenemos que darlo por hecho… Pero también sabemos ahora que se les puede vencer. Ellos los han derrotado…

—Ciertamente, los morghuks no son invencibles. Tú también los has derrotado en Erreth-Llàyr —sonrió Gheós—, ¿recuerdas?

Iván sonrió a su vez, rechazando con un gesto de la mano la afirmación de Gheós.

—¡Claro que me acuerdo! ¡Con el miedo que pasé…! Pero no fui yo. Éramos un ejército muy unido y teníamos una posición magnífica…

—Desde luego, pero si no hubieras arriesgado la vida para apoderarte de su estandarte desde el aire, habrían acabado por vencer nuestra resistencia. Los morghuks son débiles, pero no es fácil para cualquiera identificar sus debilidades y aprovecharlas contra ellos…

—Es curioso… —dijo Iván con sorpresa.

—¿Curioso? ¿Qué es curioso?

—Eso que has dicho de la debilidad de los morghuks… En la cueva donde me apresaron los ruhar, después de escaparme, me escondí en una cabaña: la misma de donde me había fugado unas horas antes. De pronto, entró el druida que me había quitado las adalías y se puso a echarlas en un caldero de agua hirviendo…

—¿Para preparar una poción? —preguntó Gheós, interesado.

—No creo… Me parece que solo quería inhalar el humo… El caso es que yo no podía moverme del rincón oscuro para que no me viera, y todo se llenó de aquel vapor. El olor era muy agradable, y te relajaba completamente… Sin darme cuenta, me quedé dormido… o inconsciente. Y empecé a soñar…

—¿Una pesadilla?

—No, no… no tuve miedo. Era más bien como una visión, o una voz… Yo tenía muchas cosas en la cabeza, estaba hecho un lío con todo lo que estaba sucediendo, y no había podido pensar con calma desde que huimos de Aldénuri…

—No me extraña —asintió comprensivo Gheós—, no has parado desde entonces…

—… necesitaba reflexionar, para intentar ver… no sé… qué sentido tenía todo esto, qué debía hacer, si valía la pena tanto sufrimiento… Incluso a veces pensaba si no sería mejor rendirse y acabar de una vez.

—¿Y el sueño, o la voz, te habló de eso?

—Sí. De hecho, al despertar, recordaba muy bien lo que había soñado, y había recuperado la decisión de luchar. Hasta el final. Estaba, y estoy, seguro de que vale la pena y de que podemos vencer. Por eso decía que es curioso que hayas hablado de la debilidad de los morghuks, cuando cualquiera pensaría que su fuerza es irresistible…

—¡Vaya! —se alegró Gheós—, ¡y yo que pensaba que tendría que animarte! ¿Has entendido, entonces, por qué su fuerza es solo

aparente?

—Creo que sí: he entendido que los morghuks llaman «bien» al mal… lo adoran y lo aman como si fuera el bien. Y que el mal no puede vencer definitivamente, porque acaba por destruirse a sí mismo y a los que lo abrazan…

—Lo que dices es muy cierto, Iván… Y muy sabio. Por eso tiene sentido que luchemos con todas nuestras fuerzas. Si les resistimos con firmeza, la victoria acabará llegando. Y si nos cuesta la vida, habrá valido la pena, porque quienes nos sucedan entenderán esto mismo: esa será su herencia, y sus vidas también valdrán la pena…

Iván miraba con fijeza a Gheós, sorprendido por la vitalidad que parecía arder en los ojos del anciano, como un fuego encendido desde el inicio de los tiempos.

—¿Tú también lo has soñado? —preguntó con un titubeo—; quiero decir… ¿lo has…?

Gheós no pudo evitar reírse, viendo la expresión atónita de Iván.

—¿Soñado, dices? ¡Sí!, ¿por qué no? Al fin y al cabo, ¿qué es un hombre sin sus sueños?

—¡Un morghuk! —se le escapó a Iván sin pensar, provocando otra alegre carcajada de Gheós.

—¡Eso es, sí señor! ¡Eso está muy bien visto! —Secándose las lágrimas de la risa con el dorso de la mano, añadió, ya en tono serio —. Lo entiendes, ¿verdad?

Aguardó el gesto de asentimiento de Iván, antes de apoyarse en su hombro para ponerse en pie con cierta dificultad.

—Muy bien. Pues entonces, es el momento de seguir adelante… Hasta el final. Creo que deberías partir ya. Nosotros te seguiremos a nuestro paso.

—Sí, yo también creo que debo irme… no solo por saber qué ha sido de mi familia. Me gustaría acompañaros hasta Érdain, y ver cómo Léirenn se va recuperando, pero…, bueno, creo que aquí ya he hecho todo lo que tenía que hacer y los de Érdain pueden necesitarme… Sigo siendo el Bèrehor, ¿no es así?

—Tú te lo dices todo —asintió afectuosamente Gheós—. No tengo nada que añadir. Si todo va bien, nos veremos en Érdain…

Iván despertó a Ghulden y a Astuur para despedirse de ellos.

—Id con cuidado… pronto nos veremos…

Se le hizo un nudo en la garganta. Prefirió abreviar la despedida y

alzar enseguida el vuelo.

Se alegró pensando que muy pronto volvería a abrazar a su madre y a sus hermanos, quizá también a su padre…, y que dejaba atrás a sus amigos por poco tiempo.

Desconocía la ruta que debía seguir. Irmen le había explicado que la antigua fortaleza del Reino Perdido quedaba a unas nueve o diez millas hacia el Oeste, una vez atravesado el paso de Ayr. Estas eran todas las referencias con que contaba.

No se apuró en exceso, pues supuso que cuando se aproximase, el estruendo guerrero de los morghuks acabaría de guiarle derechamente hasta su destino.

Si lograba orientarse con acierto, podía llegar incluso en ese mismo día…

Mientras viajaba, iba pensando en su conversación con Gheós. Le había reconfortado mucho saber que su sabio amigo y consejero compartía las convicciones que habían arraigado en él desde que despertó de aquel extraño sueño en la cabaña de los ruhar. Ahora ya no le parecía suficiente tratar de salvarse de los morghuks con su familia y amigos. Estaba convencido de que su deber era buscar el modo de derrotarlos, por el bien de todos los hombres, aunque pareciera imposible. Aunque tuviera que poner en juego su vida…

Y, sobre todo, estaba plenamente seguro de que ninguna acción encaminada a oponerse a aquella maldad era inútil, por pequeña que pareciera en comparación con su tremendo poder de destrucción.

Cada acto honrado, bueno, bienintencionado que una persona decidía realizar, era como un clamoroso «¡no!» que debilitaba y alejaba el poder del mal. Cualquiera que se empeñara en mantener su libertad frente al mal, haciendo el bien que podía en cada circunstancia, estaba en realidad protegiendo la libertad de todos los hombres y mujeres del mundo. La libertad de vivir una vida noble y verdaderamente humana. Y, un día, esa libertad atesorada en los corazones, que ningún poder podría arrebatarles, acabaría por vencer definitivamente…

Absorto en estos pensamientos, que lo llenaban de esperanza y determinación, había ido reduciendo insensiblemente la velocidad que hubiera necesitado para llegar ese mismo día a la fortaleza del Reino Perdido.

Cuando empezó a anochecer, se dio cuenta de que debería descender para pernoctar al raso.

Afortunadamente, esas montañas no eran comparables, en la altura y en la dureza del clima, a las de Héreggor. Tampoco había warolf ni ruhar al acecho. Y al fin y al cabo, estaban en verano.

Le bastaría con buscar un lugar resguardado donde pasar la noche, después de cenar algo de lo que había repuesto en el zurrón con la generosidad de Ghulden y Gheós.

Lamentó no poder abrazar a su familia ese mismo día. Pero al día siguiente tendría toda una jornada por delante para dar con el camino, y debía de encontrarse ya a poca distancia.

A vida o muerte

1

Las catapultas estuvieron colocadas ese mismo día.

Los morghuks formaron una barrera de thaurroks, con su dura piel, como escudo para poder ensamblarlas y emplazarlas a cubierto de las flechas provenientes de la fortaleza.

A media tarde estaban listos para el ataque.

Aquellas máquinas de guerra tenían potencia suficiente para rebasar las murallas y arrojar enormes rocas directamente sobre la aldea que los montañeses habían comenzado a reconstruir pacientemente.

Sin embargo, Mokke no parecía tener prisa por comenzar. Parecía regodearse en el desasosiego que la presencia de las catapultas estaba causando entre los áldenors.

En Muihl-Athern había un gran trajín. Los enfermos, Ferrio entre ellos, estaban siendo trasladados a zonas más resguardadas, a salvo de la artillería enemiga.

Se preparaban para una fase del asedio mucho peor de lo que habían podido imaginar.

A la vista de los mortíferos artefactos, cuyas dimensiones eran capaces de impresionar al más valiente, Lánder había empezado a preocuparse muy seriamente por la suerte de su pueblo. Calculaba que, si no pasaba algo, en muy poco tiempo la situación podía ser crítica.

Por de pronto, había que tomar las medidas necesarias para proteger a la gente lo mejor posible de la lluvia de proyectiles que se avecinaba. Como jocosamente había dicho Jan, de nada les servirían los capotes de lluvia. Ni siquiera los edificios del interior de la fortaleza podrían protegerlos eficazmente… Esperaba que las murallas y los portones no cedieran, o al menos no por muchos lugares a la vez, de modo que pudieran defender las brechas y reforzarlas antes de que el enemigo se colase por ellas.

Tras unas horas de tensión insoportable, Mokke ordenó atacar de nuevo.

Volvieron a sonar los tambores de guerra y los intimidantes aullidos.

—¡¡¡Morghukkah!!!

Todas las catapultas estaban cargadas, cada una de ellas rodeada por una legión de servidores, tanto hombres como thaurroks.

Lánder podía ver las siete máquinas de guerra desde su atalaya. La magnitud de la amenaza dejaba muy poco lugar a la esperanza.

El primer proyectil, una roca que pesaría una buena tonelada, salió disparado desde la primera catapulta. Iba dirigido contra las almenas sobre el portón de entrada.

Pasó a muy pocos metros, agitando violentamente el aire sobre las cabezas de los aterrorizados arqueros. Al caer en el interior, destrozó buena parte de la fachada de una de las casas que, con no poco trabajo, habían reconstruido durante los días anteriores.

Lánder sentía una frustrante sensación de impotencia. No se le ocurría nada que pudieran hacer por el momento, más allá de mantener a la gente a cubierto y rezar para que los morghuks no consiguieran afinar la puntería y los muros resistieran.

Tarde o temprano, abandonarían el bombardeo y pasarían al ataque. No era poco el esfuerzo que suponía cargar aquellas catapultas con rocas del tamaño de la primera, por lo que parecía poco probable que pudieran disparar más de dos, o a lo sumo, tres a la hora con cada una… No era poco, sabiendo que uno o dos proyectiles bien dirigidos podían bastar para que la defensa se hiciera muy precaria…

Las otras seis catapultas comenzaron a disparar.

Todos los arqueros se habían puesto a cubierto, atentos a la orden de Lánder para volver a las almenas en caso necesario. Y lo mismo habían hecho las compañías de lanceros, que aguardaban parapetados en las entradas de los extensos sótanos en los que se habían refugiado todos los enfermos y los demás no combatientes.

Las murallas parecían resistir bien los primeros impactos. Cada vez que uno de aquellos proyectiles se estrellaba contra ellas, se fragmentaba en mil pedazos que volaban en todas direcciones, como una mortífera granizada. El choque de piedra contra piedra producía un sordo retumbar, como si un terremoto amenazara con derrumbar la fortaleza entera.

Cada roca que daba en el blanco dejaba a los defensores con el aliento en suspenso y los nervios en tensión, a la espera del siguiente impacto.

Pero por el momento, aparte de algunos destrozos en los edificios interiores, la muralla no mostraba daños graves, ya que los proyectiles la habían golpeado a media altura, sin descrestar un solo paño de almenas ni abrir brecha alguna practicable para los asaltantes.

Lánder, junto con Fínedan y Jan, que se habían ofrecido como voluntarios, ocupaban un arriesgado puesto de observación en lo alto de una de las torres sobre la muralla. Cada uno de ellos vigilaba uno de los tres lados de la torre que daban al exterior de la fortaleza. Era peligroso, pero no querían dejar de observar los movimientos del enemigo para evitar que pudiera sorprenderlos un ataque lanzado bajo el bombardeo de las catapultas.

Jan esperó a estar seguro de que el punto que había divisado en el cielo, hacia el este, seguía avanzando hacia ellos, antes de avisar a los otros:

—¡Mirad eso! Me pregunto si no será…

Lánder y Fínedan llegaron de inmediato a su lado y, después de observar atentamente, se intercambiaron una mirada incrédula. Tenían demasiadas ganas de que fuera verdad lo que creían ver para darlo por bueno a la primera.

Unos metros por debajo de ellos, el choque de un proyectil arrancó de cuajo tres almenas. Todos se arrojaron al suelo para evitar los cascotes que llenaron el aire.

Cuando se disipó el polvo, volvieron a levantarse.

El puntito que habían visto se había acrecentado y ya no cabía duda: era Iván. Lánder suspiró audiblemente, pasando los brazos por los hombros de sus dos compañeros. Ahora conocía bien la leyenda o, mejor dicho, los relatos antiguos acerca del Bèrehor y, aunque no sabía bien qué podría hacer por ellos un simple muchacho, sintió que se renovaban sus fuerzas con una esperanza renacida, como si se hubiera sacudido de repente un gran peso de encima.

Algo así debían de sentir los otros, a juzgar por el tono de sus voces:

—¡Es Iván! —dijo Fínedan, palmeando alegremente la espalda de los dos amigos—. ¡Esto marcha!

—Siempre dije que este chico valía —confirmó Jan, visiblemente emocionado.

Después de una mañana vagando por las montañas, Iván había llegado hasta un lugar no distante de Muihl-Athern. Hubiera continuado su trayectoria errática si no hubiese sido por el ensordecedor aullido con que las tropas morghuks acompañaron la salida del primer proyectil de sus catapultas. Guiándose por el sonido, había localizado la fortaleza y, dando un rodeo para no pasar sobre el ejército enemigo, volaba ya muy cerca, manteniéndose a poca altura para que las ondulaciones del terreno lo ocultaran.

Aun a distancia, no pudo evitar sobrecogerse a la vista del espectáculo. Millares de guerreros morghuks aullaban frente a la fortaleza, siguiendo como en trance el ritmo frenético de los tambores de guerra.

No quiso ni imaginarse la terrible masacre que se produciría si aquellas hordas conseguían traspasar las defensas de la ciudad del Reino Perdido.

Al ver lo que sucedía cuando un proyectil impactaba contra las murallas, decidió ganar altura para evitar el peligro de los cascotes que volaban por todas partes. Se suspendió inmóvil en el aire, esperando a que cesara la andanada de las catapultas, para descender sobre los muros aprovechando el tiempo de recarga.

Fue entonces cuando Mokke se percató de su presencia. Nada buscaba con mayor ahínco que acabar con el Bèrehor. Temió que, si no le parecía segura la situación, Iván se alejase de nuevo. Para evitarlo, ordenó cesar el fuego.

De todos modos, ya atardecía. La noche no tardaría en caer.

Iván descendió sobre la muralla lo más rápidamente que pudo, cerca de la torre en la que había localizado desde el aire a su tío Lánder y a sus buenos amigos Jan el farero y Fínedan, el tío abuelo de Léirenn. Corrió hacia ellos y se fundieron en un gran abrazo, bajo la protección de las almenas.

—¡Cuántas veces he pensado que nunca más volvería a veros…! ¿Sabéis algo de mi padre?

—Está aquí, sano y salvo. No debes preocuparte por él —respondió Lánder, apartándose un poco para mirarlo—. ¿Pero, se puede saber dónde has estado todo este tiempo?

—¡Uf! ¡Es muy largo de contar! Ya hablaremos. Me encontré con Gheós, Ghulden y Astuur en una lejana ciudad fortificada de las

estepas del Sur. Estaba también allí Léirenn gravemente herida —añadió mirando a Fínedan—, pero ahora se está recuperando…

—Así que allí fue donde llevaron a Léirenn… ¿Dices que está mejor? —preguntó Fínedan, preocupado.

—Sí, creo que sí. Esa ha sido la causa de que me retrasara tanto… Pero viene hacia aquí, la traen Gheós y los otros en carro. Su paso es lento. Estarán a pocas jornadas de camino…

—¡Espera a que se entere su familia! ¡Y a que tus padres y hermanos te vean!

Jan se encargó de devolver a sus amigos a la realidad con que se enfrentaban:

—Todo eso está muy bien, muchacho. Y me alegro lo indecible de tantas buenas noticias… Pero justo antes de que aparecieras por aquí nos han estado obsequiando con una pequeña llovizna de pedruscos del tamaño de un buey… De dos bueyes, para ser exactos.

»Hay que pensar algo como lo de la última vez que bailamos con estos —añadió, refiriéndose a la batalla del Paso de los Gigantes—, o no viviremos para contar esta fiesta. No pasará mucho tiempo antes de que consigan echar las puertas abajo o abrir una brecha por la que colarse…

Se quedaron mirando en silencio al farero, que había resumido mejor que nadie la situación.

Oscurecía lentamente. Los hombres de guardia habían ocupado sus puestos en las almenas, una vez cesada la actividad de las catapultas.

Lánder y Jan se dispusieron a recorrer los puestos de guardia. Iván, acompañado por Fínedan, fue en busca de su familia y de la de Léirenn.

—Algo se nos ocurrirá —le dijo a Jan al despedirse, aparentando una seguridad mucho mayor que la que sentía en ese momento—: no pueden vencer, lo sabes, ¿no?

El farero asintió en silencio, despidiéndole con su sonrisa de siempre.

2

Ferrio mejoraba rápido. La aparición inesperada de su hijo constituyó además un revulsivo que contribuyó a darle nueva vida.

Ana casi no podía creerlo. Había llorado de puro gozo, y todavía, a ratos, rompía en un manso y silencioso llanto. Apenas hablaba. Se contentaba con mirar y remirar a su hijo como para asegurarse de que no estaba soñando, de que realmente estaba allí, a su lado, cenando con el resto de la familia en aquel sótano que la necesidad había transformado en el viejo comedor de Aldénuri.

Kel y Enkel, fieles a su costumbre, acribillaban a su hermano a preguntas sobre los lugares donde había estado y los peligros que había vivido. Sus hermanas Ruth y Magge celebraban el reencuentro con su hermano mayor llenas de alegría, aunque algo más silenciosas de lo habitual.

Ferrio y Ana parecían oír sin escuchar las peligrosas andanzas de su hijo. Se limitaban a contemplar, conmovidos y agradecidos, a toda su familia de nuevo junta. Se encontraban en circunstancias adversas y dolorosas, pero arropados por el cariño mutuo, que hacía de aquel reencuentro una entrañable fiesta.

Después de cenar, Iván se acercó a saludar a la familia de Léirenn. Fínedan les había dado ya las buenas noticias sobre su mejoría, pero estaban deseosos de ver a Iván, para conocer mejor los pormenores y, sobre todo, para agradecerle lo que había hecho por su hija.

—Nunca podremos agradecértelo bastante. ¡Que Dios te bendiga! —repetía Eider, mientras se secaba las lágrimas con el pañuelo.

Hark abrazó también a Iván, al que quería como a un hijo, dándole las gracias con la sinceridad de quien se hubiera librado de un dolor imposible de soportar:

—¡Gracias Iván!, esta noticia nos ha devuelto la vida. Lo hemos pasado tan mal todo este tiempo…

Hure, el amigo de Iván desde la infancia, no se encontraba con su familia en ese momento. Como los demás muchachos de la aldea, cumplía turnos de vigilancia en las murallas. Iván encargó a Hark decirle que le buscara al quedar libre y regresó con su familia.

El tío Lánder se había unido ya a los demás, y aprovecharon la tertulia familiar para ponerse al día unos a otros sobre la situación. Iván les informó de la caída del Errion-Thal, con los detalles que conocía por Gheós, Ghulden y Astuur, y les contó lo que sabía del asedio de Thórman-Dun y de la derrota de los morghuks.

A todos les impresionó conocer la magnitud de la invasión morghuk, pero a la vez se sintieron esperanzados al saber que los thaurroks habían sido vencidos y los morghuks, diezmados, habían tenido que retirarse de Thórman-Dun.

—Hay que resistir —murmuró Lánder cuando Iván acabó su relato —… ¡Ojalá tuviéramos por aquí algunos de esos yammouths! Pero de momento aguantamos bien… Algo se nos ocurrirá.

La conversación se alargó todavía durante un buen rato, pues Iván, para distraerlos un poco de las graves preocupaciones del momento, prosiguió describiendo con todo detalle multitud de aspectos de la ciudad de Thórman-Dun: las costumbres de sus habitantes, el paisaje, el clima, los imponentes yammouths que vagaban por la estepa, los warolf…

Cuando por fin se retiraron a descansar, era ya muy tarde.

No hubo nuevos ataques de los morghuks durante la noche. No tenía sentido malgastar energías disparando a ciegas. No tenían prisa. El poder de las catapultas era devastador y lo sabían. Les bastaba con las horas del día para afinar la puntería y castigar los muros y portones de la ciudad.

Habían retirado la mayoría de los caballos y todos los thaurroks unas millas a retaguardia hasta que llegase el momento de emplearlos, una vez que se hubiera abierto una brecha en la fortaleza.

Al amanecer, se reanudó el terrible martilleo de las catapultas.

Desde el interior de la fortaleza, cada nuevo impacto resultaba sobrecogedor. Era como encontrarse en el interior de una frágil cabaña sobre la que se abatiese fieramente la más terrible de las tormentas. Parecía que en cualquier momento los muros fueran a venirse abajo.

Nadie circulaba por la plaza central. Salvo los que tenían obligaciones inaplazables de vigilancia o abastecimiento, todos permanecían en los refugios que ofrecían los vastos sótanos de la fortaleza, rezando en silencio y esperando a que aquel tormento

terminara.
En medio de la forzosa inactividad, Iván cavilaba afanosamente, tratando de discurrir algún modo de explotar las debilidades del enemigo. Desde su última conversación con Gheós, venía dando vueltas al asunto. Una cosa era estar convencido, como lo estaba, de que toda aquella maldad se acabaría destruyendo a sí misma; y otra, muy distinta, decidir qué se podía hacer aquí y ahora para fomentar y acelerar ese proceso de autodestrucción, antes de que los morghuks los destruyeran a ellos y a toda su civilización.
Mientras tanto, los proyectiles continuaban minando los muros y la moral de los montañeses. Los nervios se resentían y muchos ánimos comenzaban a exasperarse.

Resultaba extremadamente duro permanecer a cubierto con los brazos cruzados, mientras el enemigo atacaba sin cesar y, lenta pero inexorablemente, pulverizaba poco a poco sus defensas.

La monótona cadencia de los tambores y de los cantos de guerra, que no cesaban, contribuían no poco a perturbar los ánimos de los asediados.

Iván percibía en su interior mejor que nadie la influencia de la cercanía de los morghuk, y se daba cuenta de cómo afectaría a los demás, que carecían de la experiencia necesaria para comprender cuál era la causa de aquella sensación de abatimiento y desesperanza que poco a poco los iría dominando y debilitando en su resolución. Era urgente hacer algo…
Los gritos de alarma de unos centinelas del lado este de la fortaleza le sacaron de sus cavilaciones. Corrió hacia aquel lado de las defensas.

Al llegar, supo en seguida el motivo de los gritos: un hombre de mediana edad, al que no pudo reconocer —supuso que sería de otra de las aldeas evacuadas—, se había descolgado con una larga cuerda desde uno de los baluartes y ahora corría con un saco a la espalda, tratando de no alertar a los morghuks. Quizá no había podido aguantar más la tensión del asedio y había optado por intentar ponerse a salvo en solitario, llevándose sus pertenencias.

Los centinelas habían intentado inútilmente hacerle volver. Ahora seguían en tenso silencio el desesperado intento. No se atrevían a gritarle de nuevo para que regresara, por temor a alertar a los morghuks, que no parecían haberle visto.

Lánder llegó jadeante, junto con Fínedan, y se unió al pequeño grupo que contemplaba angustiadamente los acontecimientos, maldiciendo en voz baja la estupidez del fugitivo.

El hombre había conseguido alejarse más allá del alcance de los arcos y ballestas de la fortaleza. Nadie podría ayudarle ya, si era descubierto.

Enormes rocas seguían estrellándose con violencia contra las firmes murallas.

Cuando el fugitivo subía el terraplén de un pequeño barranco, aparecieron ante él como por ensalmo seis morghuks que habían estado ocultos al otro lado. Probablemente se trataría de uno de los piquetes apostados para interceptar a los mensajeros u observadores que pudieran intentar salir de la fortaleza.

El hombre retrocedió rápidamente, pero los morghuks lo acorralaron, entre grandes carcajadas. Parecían jugar con él al gato y al ratón. Viéndose perdido, el fugitivo soltó el saco y, desenvainando un largo puñal, embistió con un alarido al morghuk que tenía enfrente en ese momento. El guerrero, sorprendido, dio un paso atrás y evitó por poco la puñalada. Antes de que el atacante pudiera revolverse, lo derribó de un terrible hachazo.

Los que seguían la escena desde las almenas vieron impotentes cómo el hombre caía y quedaba inmóvil en el suelo. Algunos gritaron con furia a los morghuks, que les correspondieron con alaridos y gestos amenazadores.

—Izad esa cuerda —ordenó con voz queda Lánder a los centinelas más cercanos al lugar por donde el hombre se había descolgado—, ya no podrá usarla para volver con nosotros…

Las catapultas continuaban lanzando proyectiles con la misma cadencia, sin que nadie entre el grueso de los morghuks pareciera haberse dado cuenta del mortal incidente. Los pocos defensores que se habían congregado en las almenas al oír los gritos, volvían a sus refugios, entristecidos y furiosos.

Iván siguió allí, observando la conducta del piquete de morghuks. Se habían abalanzado sobre el saco que llevaba el muerto y lo registraban febrilmente, desparramando alrededor comida y prendas de ropa. Uno de ellos extrajo algo que brillaba y lo levantó en alto, lanzando un aullido animal de regocijo. Era una copa dorada.

Los demás morghuks se estrecharon a su alrededor, tratando de arrebatarle la copa, entre discusiones y forcejeos cada vez más airados. Antes de que Iván pudiera darse cuenta de cómo había sucedido, dos de ellos habían caído y los restantes se batían salvajemente unos contra otros. Tras unos minutos de enconada lucha, el único morghuk que quedaba en pie, aunque lleno de heridas, se alejó de los cuerpos caídos de los otros cinco, mirando con codicia la copa que llevaba en la mano.

Cuando el morghuk superviviente se perdió de vista, Iván permaneció absorto. La mandíbula tensa y los puños apretados mostraban la intensidad de sus cavilaciones. Unos minutos después, pareció relajarse y murmuró para sí:

—Podría ser… tal vez podría funcionar…

Atento a mantenerse a cubierto de los cascotes que seguían rociando de tanto en tanto las almenas, se desplazó agachado hasta donde se encontraba Lánder.

—¡Tío Lánder! Tenemos que hablar…

—¿Qué pasa, has visto algo extraño?

—No…, o sí. He visto lo que hacían esos morghuks… Tengo una idea que a lo mejor funciona…

3

Lánder había reunido a todo el consejo para debatir la idea de Iván, que habían discutido largamente, hasta quedar convencidos de que valía la pena probarla. Una vez decidido y perfilado entre todos lo que había de hacerse, se empezaron de inmediato los preparativos.

Cientos de hombres y mujeres trabajaron sin descanso durante toda la jornada.

Prosiguieron durante la noche, aprovechando la calma que les concedían los atacantes, seguros de su superioridad y de la potencia de sus armas de asedio.

Al día siguiente, poco después del amanecer, antes de que las enormes catapultas comenzaran a castigar nuevamente a la amedrentada población, un larga caravana de carros cargados hasta los topes con las riquezas que los desplazados habían logrado salvar de la invasión estaba formada tras los sólidos portones.

Todo el oro de Anditz, el rico comerciante muerto antes de alcanzar el refugio de Muihl-Athern, se había distribuido entre los doce carros. Además de una gran cantidad de joyas y adornos aportados por el resto de los refugiados, se apilaban en los carros piezas de bisutería de escaso valor material, pero de rica y brillante apariencia.

Detrás de los carros, estaba formado un numeroso ejército compuesto por béltzeren, léveren y todos los hombres del Áldendor capaz de empuñar un arma. Silenciosos y tensos, esperaban la señal para entrar en batalla.

Lánder dio la orden de abrir las puertas.

Veinte hombres trabajaron rápidamente en la tarea de levantar los travesaños y puntales de refuerzo que tan bien habían cumplido su función hasta entonces. Con enorme estrépito, los portones comenzaron a descender lentamente.

En el campamento morghuk alguien dio la voz de alerta y los guerreros empezaron a prepararse para el combate a toda prisa.

Mokke hizo correr la orden de esperar, hasta ver qué estaba ocurriendo. ¿Acaso irían a entregarse? ¿Se proponían negociar la

paz? Quizás ignoraban que en el lenguaje guerrero de los morghuks no existía semejante concepto. Solo los de rendición o muerte…
Las puertas continuaban descendiendo.

Mokke pensó que habría sido el momento óptimo para lanzar una carga que permitiera invadir la fortaleza, pero los caballos permanecían aún en la retaguardia. No habría tiempo de traerlos hasta allí arriba y lanzar el ataque a tiempo, antes de que los áldenors pudieran volver a cerrar las puertas. Intrigado, se resignó a esperar acontecimientos. ¿Qué diablos pretenderían hacer los sitiados?
Tan pronto como los portones golpearon contra el suelo, un par de hombres junto a cada uno de los carros, gritando como posesos, azotaron a los caballos que tiraban de ellos y prendieron fuego a las vasijas llenas de pez y paja que habían colocado en los pescantes. Los animales, espantados, se pusieron en movimiento hacia el campamento morghuk. Sin amo que los condujera y sintiendo cerca el calor de las llamas, los tiros de caballos galopaban desbocados, haciendo saltar los carros sobre el terreno irregular.

El metal de jarros, copas y bandejas empezó a atraer la atención de los sitiadores con su tintineo y con los destellos que emitía a la luz del sol naciente. Mientras los carros se dispersaban por la tierra de nadie, conducidos en las caprichosas direcciones que tomaban los caballos enloquecidos, empezaron a oírse entre los morghuks gritos de sorpresa, que pronto formaron una barahúnda endiablada.

Grupos de morghuks, cada vez más numerosos, empezaron a moverse a la carrera hacia los distintos carros, provocando que otros grupos corrieran también para adelantárseles. En pocos momentos, el desorden de las tropas era absoluto, ante la desesperación de los capitanes que trataban de detener a sus hombres, incluso dando muerte a algunos. Aquí y allá estallaron refriegas, porque algunos guerreros se revolvían contra sus jefes cuando intentaban violentamente que volvieran a la formación.
Al preparar los carros durante la noche, los áldenors habían practicado en su fondo diversos orificios del tamaño aproximado de un puño, y los habían tapado desde abajo con tablillas apenas sujetas por la punta de dos clavos. Sobre esos orificios habían amontonado monedas y piezas pequeñas que empezarían a caer por ellos y se dispersarían en cuanto el traqueteo y los baches

desprendieran las precarias tapaderas.

Los caballos no reducían la velocidad de su frenética carrera. Los pocos morghuks que habían intentado detenerlos poniéndose delante de ellos habían sido arrollados y aplastados. Algunas monedas comenzaron a desprenderse entre las ranuras y a caer al suelo, atrayendo a nuevos grupos de morghuks que se arrojaban sobre ellas y luchaban en confuso montón por hacerse con el oro.

El campamento enemigo había quedado casi vacío, y las catapultas abandonadas. Dispersos en una amplia extensión, puñados de sitiadores luchaban encarnizadamente, matándose entre sí, mientras otros habían corrido hasta sus caballos y emprendían la persecución de los carros, que se alejaban de ellos cada vez más.

Mokke se vio rápidamente desbordado por los acontecimientos. Si quería evitar una masacre entre su propia gente, debía actuar con la máxima rapidez y contundencia. Ordenó hacer sonar la trompa de mando. Pero fue en vano: el reclamo del oro era mucho más fuerte para los codiciosos morghuks, que parecían desbocados, fuera del alcance de sus órdenes.

La noticia del rico botín que tenían a su alcance se había extendido a una velocidad pasmosa. A los puestos a los que no habían llegado los carros, había llegado la agitación de la lucha por el oro. El caos se había extendido por el ejército morghuk como el fuego entre la paja seca. Solo los hombres de la guardia de Mokke permanecían junto a él.

Los imponentes portones de la fortaleza de Muihl-Athern continuaban abiertos.

A través de la gran portada empezó a avanzar el ejército aldenórico. Lo componían tres cuerpos, dirigidos respectivamente por Lánder y por los Thaines de Béltzeren y Léveren.

Se disponían a atacar en tres direcciones a la vez, aprovechando el desconcierto reinante, para aislar al enemigo disperso en tres zonas diferentes, impidiendo su coordinación y sus apoyos.

Cuando juzgó llegado el momento, Lánder dio la orden de ataque:

—¡Adelante, áldenors! ¡Muerte o victoria!

—¡Muerte o victoria! —repitieron al unísono miles de gargantas.

El ejército fue dividiéndose en sus tres cuerpos a medida que los hombres abandonaban la fortaleza. Varios escuadrones de caballería de cada cuerpo se adelantaron al galope para tomar las líneas que

delimitaban sus sectores respectivos antes de que los morghuks dispersos pudieran reaccionar y reunificarse. Las columnas de infantería avanzaban a paso de carga por el terreno descubierto.
La caballería del cuerpo central cargó veloz hacia su frente. Su primer objetivo eran las catapultas. Casi toda la guardia del cacique morghuk corrió desde la loma en la que Mokke había situado su puesto de mando y se dispuso a rechazar la carga.

Consiguieron detener, con grandes pérdidas, la primera oleada. Pero a esta le siguieron otra, y otra más, que con su tremendo ímpetu acabaron hundiendo la línea defensiva. Los jinetes áldenors llegaron finalmente a las catapultas, que comenzaron a arder a los pocos instantes.
En los otros frentes, la infantería formaba sendas barreras que avanzaban implacables hacia los morghuks que trataban de hacerles frente en grupos más o menos grandes, pero desorganizados y sin más armamento que el que cada uno llevaba a la cintura cuando sus filas se dispersaron en busca del oro. Entretanto, la caballería, dividida en pequeñas unidades, hacía constantes y rápidas pasadas atacando por los flancos o por la retaguardia las concentraciones dispersas de enemigos que apenas acertaban a oponer resistencia. Más que un enfrentamiento de dos ejércitos, el combate parecía la persecución de un enemigo en desbandada.

Nadie que hubiese conocido la furia del ejército morghuk hubiera podido creer lo que estaba ocurriendo. Anulados por su indisciplina para mantener la unidad y por las brutales reyertas, que habían causado no pocas bajas en sus propias filas, los morghuks estaban siendo barridos del campo de batalla. Su terrible fiereza en la lucha estaba costando también un elevado tributo de sangre entre los áldenors pero, lejos de lo que hubiera supuesto una verdadera oposición, coordinada y firme, no hacía sino retrasar lo que parecía inevitable.

Únicamente Mokke y los pocos de sus hombres que quedaban junto a él conservaron la presencia de ánimo para correr hacia su retaguardia, a pocas millas de la fortaleza, con el propósito de liberar los thaurroks, que habían sido retirados de la zona de operaciones junto con casi todos los caballos, a la espera de que las catapultas hicieran su trabajo y se lanzara el asalto definitivo.
Iván había previsto ese movimiento. Por eso, de acuerdo con

Lánder, había abandonado la fortaleza sigilosamente y volado dando un gran rodeo para llegar al pequeño valle donde se encontraba la manada de thaurroks. El control que ejercían los morghuks sobre aquellos monstruos era tan completo que, una vez les ordenaban quedarse en un sitio, les era imposible abandonarlo si no recibían una nueva orden. Estaban tan encerrados como si una gigantesca muralla los rodeara, por lo que era innecesario que hubiera nadie vigilándolos.

Así, cuando Iván llegó hasta ellos, armado con su ballesta y una buena provisión de dardos, encontró a los thaurroks sesteando, sin ningún morghuk que pudiera inquietarle. Desde el aire, lejos del alcance de las bestias, pudo empezar a disparar contra ellas, apuntando con todo cuidado a sus puntos vulnerables.

Pero solo había conseguido abatir a tres cuando oyó las voces de un grupo de morghuks que se acercaban corriendo. Temeroso de que pudieran llevar arcos, se alejó y se ocultó tras unas rocas que se elevaban a poca distancia del lugar.

Cuando Mokke y sus hombres llegaron al recinto de los thaurroks, encontraron a tres de ellos que se revolvían violentamente en el suelo, rugiendo de dolor. Los tres tenían dardos profundamente clavados en los ojos.

—¡El chico está por aquí! —exclamó Mokke enfurecido—. ¡Solo él puede haber hecho esto!

Dos de los hombres de Mokke prepararon sus arcos, mientras los demás buscaban con la vista a Iván.

4

Desde su escondite, Iván comprendió que si Mokke ordenaba a los thaurroks atacar al ejército aldenórico, todo estaría perdido. Un contraataque de los thaurroks sería probablemente imposible de resistir, y si los áldenors volvían a encerrarse en la fortaleza, el enemigo conseguiría reagruparse. Sería como volver a empezar, y esta vez no habría ardid capaz de arrebatar la ventaja a los sitiadores…

Tenía que hacer algo…, ¿pero qué…?

Áramil, el Thaine de Léveren, luchaba valerosamente en primera línea. En medio de la desigual lucha, había observado cómo Mokke, seguido de varios de sus hombres, corría monte abajo hacia la zona de los thaurroks. En cuanto logró deshacerse de sus adversarios más próximos, espoleó a su caballo, tratando de alcanzarlos.

Mokke y sus hombres estaban ya ordenando a los thaurroks que habían quedado en pie atacar a las fuerzas del Áldendor.

—¡¡Urhokk khujj thauh jhambyyr!!

Las imponentes moles se fueron levantando una tras otra y, deseosos de acción después de largos días de encierro forzoso, iniciaron una rápida carrera monte arriba, hacia la planicie donde se desarrollaba la batalla.

Áramil se encontró de repente frente a ellos y no pudo hacer que su caballo diera la vuelta a tiempo para huir y dar la alarma. Jinete y caballo fueron arrollados por las enfurecidas bestias, que los aplastaron sin ni siquiera detenerse.

Lánder observó como petrificado la manada de thaurroks que llegaba desde el fondo del valle. Por un momento pensó que todo había acabado. El plan de los áldenors había contado con diezmar y dispersar al ejército morghuk mientras los thaurroks estaban en la retaguardia. Después se replegarían de nuevo a la fortaleza. Desde allí habrían hecho frente a los supervivientes que, sin duda, regresarían con los thaurroks, pero no podrían forzar la entrada al reducto una vez destruidas las catapultas.

Ahora, la imprevista aparición de los monstruosos animales venía a alterar los planes, enfrentándolos al descubierto con una

amenaza casi imposible de superar.

Pero no podía dar la orden de retirada en esa situación: si no hacían frente al ataque, el ejército sería destruido mientras intentaba retroceder, y la fortaleza caería. Ordenó que los cuernos de guerra dieran la señal convenida para que se cerraran de nuevo las puertas de la fortaleza, con el grueso del ejército fuera de los muros.

Al oír la señal, los combatientes áldenors se reagruparon ordenadamente para adoptar nuevas posiciones de ataque. Todos eran perfectamente conscientes de que había llegado la temida hora de jugarse el todo por el todo, sin posibilidad de vuelta atrás.

En el centro de los cuerpos del ejército, Lánder se alzó sobre los estribos y animó a sus hombres al esfuerzo supremo, gritando con voz atronadora:

—¡No hay retirada posible! ¡El futuro está en nuestras manos! ¡Adelante! ¡Hasta la victoria!

Rodeado del clamor ensordecedor que respondió a su arenga, espoleó a su caballo al encuentro de la manada que corría abriéndose en abanico hacia ellos.

Algunos grupos dispersos de morghuks que seguían resistiendo pudieron reagruparse cuando el repliegue momentáneo de los áldenors alivió la presión sobre ellos. Sedientos de venganza y olvidados por el momento de la fiebre del oro, obedecieron las tajantes órdenes que volvieron a hacer de ellos una fuerza organizada, aunque notablemente diezmada.

Los guerreros que un momento antes constituían los restos de un ejército derrotado, gentes que luchaban individualmente por su vida, estaban a punto de convertirse, con la llegada de los thaurroks, en la punta de lanza de un terrible contraataque. Si conseguían desbordar al ejército aldenórico, todo aquello por lo que Lánder y sus hombres habían luchado, estaría perdido.

Era ya una batalla a vida o muerte. No entre hombres singulares, sino entre dos pueblos. Quien resultara derrotado desaparecería de la faz de la tierra.

Lánder llegó a la altura del primero de los monstruos. Jamás se había visto antes en una situación igual. Le vino a la mente un pensamiento fugaz: el recuerdo de los relatos con los que había entretenido a sus sobrinos en Aldénuri años atrás, en los días en que

Iván era cautivo de los kerren. Entonces no habría creído que fuera a terminar sus días entre las garras de una de aquellas bestias casi míticas.

Durante las horas de preparación de la salida, habían instruido a las tropas para que, en caso de encontrarse ante algún thaurrok, dirigieran sus ataques a los ojos, al cuello o al talón, los puntos débiles que conocían… Haciendo acopio de todo su valor y energía, desmontó de su caballo con agilidad impropia de sus años y, haciendo una finta, descargó un poderoso mandoble de revés contra el talón del animal que se le venía encima.

Dios quiso que acertara de lleno y que la bestia se desplomara como un árbol abatido por el hacha de un leñador. Una vez en el suelo, pudo rematarlo clavándole la espada en el cuello.

La valerosa y afortunada acción infundió nuevos ánimos a los montañeses, pero la situación había cambiado poco o nada.

Otros jinetes siguieron el ejemplo de Lánder, cabalgando para enfrentarse audazmente a sus monstruosos oponentes. Aunque algunos thaurroks cayeron, la mayoría de los jinetes áldenors no lo consiguió, y nada parecía capaz de contener el empuje de aquella bestial oleada.

En cuestión de minutos, las tornas estaban cambiando por completo. El panorama era nuevamente desalentador. De un solo golpe, cada thaurrok era capaz de abrir enormes brechas en las líneas aldenóricas, para después avanzar inconteniblemente, aplastando a hombres y caballos.

Los áldenors, a pesar de las numerosas bajas, no cejaban en su valiente defensa. Bien sabían cuánto dependía de su perseverancia en la desesperada lucha, pero se daban cuenta a la vez de que solo un milagro podía salvarlos. Su grito de guerra se cumpliría al pie de la letra: victoria o muerte…

Y todo hacía temer que esta vez tocaría muerte. Los morghuks estaban a punto de conquistar el Áldenor y esta vez exterminarían a todos sus habitantes…

5

El sonido ronco de un cuerno de guerra nunca oído hasta entonces llegó con fuerza desde Hírikorr, el valle que se encontraba a escasa distancia por detrás de los thaurroks.

Lánder, exhausto, musitó una plegaria preparándose a bien morir.

Por poco numerosos que fueran los refuerzos que anunciaban su llegada con aquel cuerno, supondrían una ayuda inestimable para los morghuks, un empuje que decidiría definitivamente la batalla.

Ya no quedaba para los áldenors ninguna esperanza de victoria, solo el honor de haber luchado hasta el final con todas sus fuerzas.

Lánder rogó también a Dios clemencia para los hombres, mujeres y niños que quedaban en la fortaleza, y para todos los que junto a él libraban el último combate.

Oculto tras las rocas, Iván había presenciado, sin poder hacer nada, cómo Mokke y sus hombres lanzaban los thaurroks al ataque. El cacique morghuk se quedó allí mismo un buen rato. Dibujando con una rama en el suelo y gritando como un poseso, dio instrucciones a su estado mayor para organizar un contraataque en cuanto los thaurroks hubieran roto la presión del ejército aldenórico.

Iván no podía pasar por encima de ellos hacia el campo de batalla sin exponerse a las flechas de la escolta de Mokke, y pensaba angustiado cómo dar un rodeo para llegar a tiempo de ayudar a los suyos.

El ronco sonido del cuerno hizo levantar la cabeza a Mokke y a sus hombres, que se revolvieron alarmados sin poder descubrir su origen.

Había algo en ese sonido que se le hacía familiar a Iván… Al oír una nueva llamada, recordó, con una intensa oleada de emoción. ¡Era el eco de los cuernos de Thórman-Dun! ¡Aquel que sonaba en la ciudad al amanecer y al anochecer en la vasta estepa!

Mientras Mokke y su escolta corrían recelosos hacia el lugar de la batalla, para acercarse a la protección de los thaurroks, Iván voló en la dirección de la que provenía el inesperado sonido amigo.

Pensaba que quizá Esnaurr habría mandado un contingente de

sus jinetes, que podrían reforzar a los áldenors en la difícil situación creada por la liberación de los thaurroks, y se propuso ir a su encuentro para guiarlos por el camino más corto al campo de batalla.

Pero Iván no había tenido oportunidad de ver en acción la pericia de los yammuînns para conducir a los yammouths mediante el sonido de los cuernos. Por eso nunca hubiera imaginado lo que vio cuando apenas había recorrido una milla: Esnaurr en persona, con un fuerte escuadrón de jinetes, precedía a una compacta manada de yammouths, conducida por Ardhe y el resto de sus yammuînns. Los alcanzó cuando se disponían a cubrir el último tramo entre Hírikorr y la fortaleza de Muihl-Athern.

Cuando los mastodontes asomaron tras el último repecho y arremetieron contra el thaurrok más cercano, aplastándolo bajo sus pisadas, los áldenors creyeron enloquecer de alegría. Comprendieron que no se trataba de refuerzos morghuks, sino de fuerzas amigas.

Un rugido unánime se extendió por el campo áldenor. La esperanza renació en los corazones.

Lánder lanzó de nuevo a los suyos al ataque:

—¡Son refuerzos del noble pueblo de Thórman-Dun! ¡Al ataque, una vez más, hasta la victoria final! ¡Por el Áldendor!

—¡Por el Áldendor! —repitió un coro de voces enardecidas.

Las suerte volvía a cambiar de lado rápidamente en la batalla: los yammouths, en manada y expertamente dirigidos por los yammuînns, iban acorralando y acabando uno a uno con los asustados thaurroks.

Sin ellos, los morghuks no tendrían la menor posibilidad: sus efectivos humanos estaban tremendamente mermados, y el ejército aldenórico los acosaba ya libremente y con renovada energía.

Mokke comprendió que todo estaba perdido y decidió que había llegado el momento de huir, para tratar de salvar su vida. Subió de un salto a un caballo y lo espoleó furiosamente.

Fínedan, atento a sus movimientos, galopó tras él.

El morghuk tenía muy pocas posibilidades de huir. El paso de Hírikorr estaba cortado por la lucha entre los yammouths y los thaurroks. Tendría que tomar otro camino, mucho más abrupto y difícil para las cabalgaduras.

Mientras tanto, la batalla se encaminaba a su fin.

Los thaurroks, movidos por una furia indomable y por su instinto depredador, centraban ya toda su atención en luchar contra los yammouths. Habrían podido acabar con ellos de no haber sido por el instinto gregario de los gigantes de la estepa, que los llevaba a unirse estrechamente en compactas manadas. Guiados por la maestría de los avezados yammuînns como si formaran un solo cuerpo, los grupos de mastodontes iban acorralando y exterminando sistemáticamente a sus encarnizados oponentes.

Los morghuks estaban siendo derrotados. Esta vez, para siempre. Los que quedaban en pie se batían enconadamente, provocando aún muchas bajas entre los áldenors. Eran conscientes de que ya no podrían cambiar el curso del combate, pero seguían luchando movidos por el instinto de supervivencia y por su feroz determinación de no rendirse jamás.

Al igual que sus amos, los thaurroks eran incapaces de huir. Su instinto les llevaba a no pensar más que en acometer con furia infernal mientras tuviesen vida. Por eso, al final de aquella terrible jornada, bestias y amos fueron aniquilados. La sangre de muchos, y el arrojo generoso de todos, había puesto fin, quizás esta vez para siempre, a una espantosa pesadilla en el Áldendor y en el Errion-Thal.

La voz rota de Lánder, cubierto de sangre propia y ajena sobre su agotado caballo, se elevó sobre el clamor de los combatientes para confirmar que todo había terminado:

—¡¡Victoria!! ¡Hemos vencido! ¡Somos libres! ¡Volveremos a repoblar el Áldendor! ¡Recuperaremos nuestros hogares!

Fínedan gritó a Mokke para que se detuviera.

El morghuk, lejos de atender a la llamada, espoleó a su caballo exigiéndole más velocidad. Era una locura. El terreno era demasiado escarpado.

Fínedan le perseguía sin quitarle la vista de encima, pero iba perdiendo terreno. Llegó a perderlo momentáneamente en un recodo del camino.

Al rodearlo, el áldenor descubrió a Mokke tendido en el suelo. Había caído de su caballo que aguardaba inmóvil unos metros más allá.

No estaba herido. Se incorporó como un gato y, empuñando el

cuchillo de Harran, amenazó al áldenor.

Aunque no más corpulento, Mokke era más joven y ágil. Pero Fínedan estaba dispuesto a todo para impedirle la huida. No podía permitir que un día pudiera regresar con nuevas hordas de enemigos.

Titubeando ante la determinación de Fínedan, el morghuk eludió la pelea. Antes de correr hacia su caballo y reemprender la huida, lanzó el puñal de Harran, que fue a clavarse en el arzón de la silla de Fínedan, haciendo encabritarse al caballo.

El veterano áldenor consiguió dominar a su montura y reanudó la persecución, pero había perdido un tiempo precioso y no era nada fácil mantener el paso de su caballo en aquel terreno.

Mokke, satisfecho con la ventaja adquirida, galopaba a rienda suelta montaña abajo cuando apareció en el camino ante él alguien que subía a pie desde el valle y que, a juzgar por su aspecto, había recorrido antes un larguísimo camino. Era un hombre fornido. Parecía desarmado.

El morghuk gritó:

—¡¡Apártate, maldito imbécil!!

Pero el caminante lo había reconocido y no obedeció a su orden. No era otro que Ingharr, que, con otros pocos, había sobrevivido a la invasión del Errion-Thal y venía caminando desde su tierra en busca de Gheós y sus compatriotas. Plantado en medio del camino, gritó a su vez:

—¡Mokke! ¡Tenía muchas ganas de encontrarme contigo!

El morghuk intentó arrollar a Ingharr, pero cuando estaba a punto de alcanzarlo, el caballo de Mokke tropezó, arrojando a su jinete violentamente contra el suelo. El cacique morghuk cayó de espaldas contra el suelo, donde quedó yaciendo inmóvil.

Ingharr se acuclilló junto al cuerpo caído y le palpó el cuello para comprobar si tenía pulso.

—Está muerto, ha recibido un mal golpe —murmuró, con voz cansada, incorporándose para saludar a Fínedan, que llegaba en ese momento a su altura.

Fínedan saltó de la silla y abrazó al gigantón.

—¡Ingharr! ¡Qué alegría volver a verte! ¡Te creía muerto en la invasión del Errion-Thal!

—¡Fínedan, amigo! Somos un buen puñado los que nos hemos

salvado. La mayoría hemos peregrinado hacia el Oeste, siguiendo el rastro de otros supervivientes de nuestro pueblo. Yo me he adelantado, porque después de pasar por las ruinas de Aldénuri el rastro me condujo hacia aquí y… bueno, me imaginé que podía echar una mano…

—Has llegado justo a tiempo para presenciar el final…

—Sí. Parece que se acabó.

—Gracias a Dios… Ven, tenemos que volver con los demás. Échame una mano.

Entre los dos cruzaron el cadáver de Mokke sobre su propio caballo y echaron a andar hacia la fortaleza llevando los animales de la rienda.

La lucha había cesado. Mientras unos hombres se habían dejado caer, agotados, en sus puestos, otros ayudaban a sus compañeros heridos. Las conversaciones fluían con voz queda. Los ánimos parecían indecisos entre la celebración de la victoria y la tristeza por tantos amigos caídos, por tanto dolor. Tendría que pasar tiempo para que terminara por imponerse la alegría y el orgullo de haber tomado parte generosamente en la salvación de todos.

Iván se ofreció a regresar para llevar las buenas noticias a la fortaleza, donde desde que la batalla se había extendido a zonas fuera de la vista, continuarían inquietos esperando acontecimientos.

Apenas se había elevado por encima del campo de batalla, deseoso de apartar la vista de aquella escena de destrucción, cuando una voz conocida lo llamó a sus espaldas:

—¡Iván!

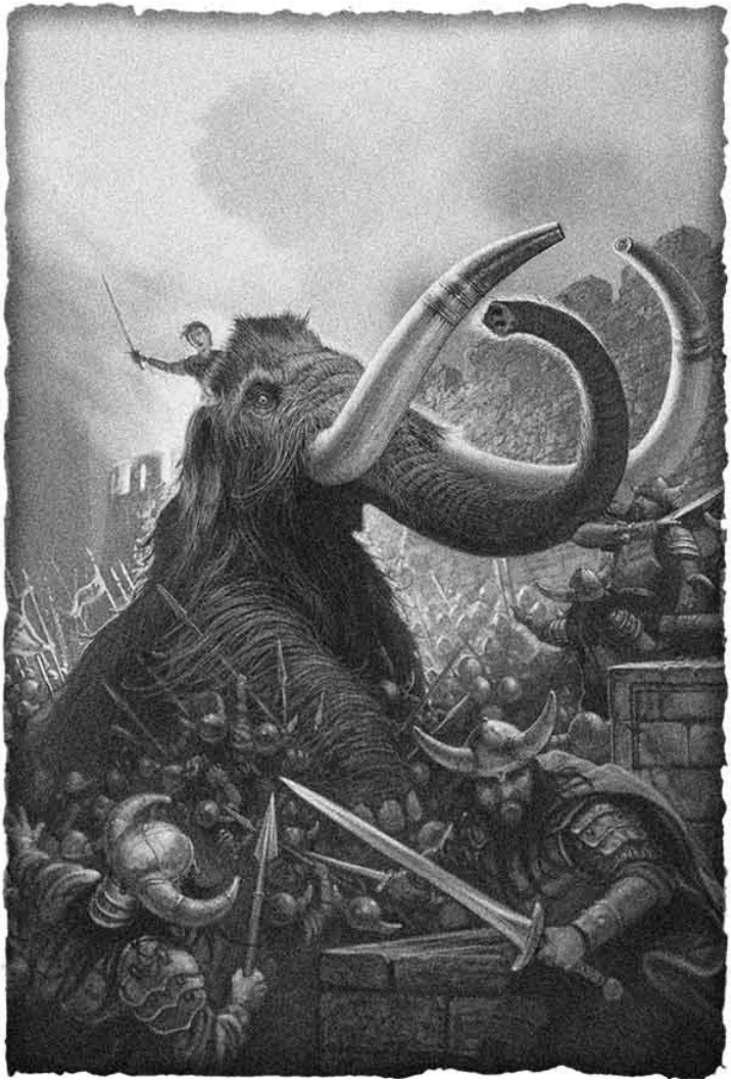
Al volverse vio a Léirenn, que le saludaba con una amplia sonrisa desde el pescante del carro conducido por Ghulden.

Parecía restablecida, y estaba más guapa que nunca. El carro bajaba por una senda olvidada de las montañas. Gheós, Astuur y Naria cabalgaban a su lado.

Un gozo indescriptible inundó a Iván. Un gozo que no parecía de este mundo. Solo entonces se atrevió a pensar que, quizás, la victoria sobre los morghuks habría resultado definitiva. Y que todos aquellos sacrificios habían merecido la pena.

A pesar del dolor y del luto, para los áldenors y sus pueblos hermanos empezaba un tiempo de esperanza. Tiempo de reconstruir sobre las ruinas y de amar y trabajar lo tan arduamente conquistado

hasta que llegara la Victoria postrera e imperecedera.



Diccionario de la saga de Iván de Aldénuri

A continuación encontrarás una lista de los principales personajes, lugares y criaturas que aparecen en esta historia:

1. PERSONAJES

Iván de Aldénuri: joven protagonista.
Ferrio: padre de Iván.
Ana: madre de Iván.
Kel: hermano de Iván. Gemelo de Enkel.
Enkel: hermano de Iván. Gemelo de Kel.
Ruth: hermana de Iván.
Magge: hermana menor de Iván.
Lánder: tío abuelo de Iván. Tío paterno de Ana.
Léirenn: amiga y vecina de Iván. Hermana de Hure.
Hure: amigo y vecino de Iván. Hermano de Léirenn.
Hark: Esposo de Eider. Padre de Léirenn, Hure y Anthe.
Eider: Esposa de Hark. Madre de Léirenn, Hure y Anthe.
Anthe: hermano pequeño de Léirenn y Hure.
Fínedan: tío abuelo de Léirenn, Hure y Anthe. Tío de Eider.
Sonne: Hermana de Fínedan. Abuela de Léirenn, Hure y Anthe. Madre de Eider.
Helder: Thaine de Aldénuri.
Hugo Gorkhol: extraño personaje ajeno a Aldénuri y que vive en la aldea.
Elgga: esposa de Gorkhol.
Jan Urgull: farero de Aldénuri.
Aran de Innen: vocal de Aldénuri.
Warko: hijo mayor de Aran de Innen.
Oiker: hijo menor de Aran de Innen.
Kerma: esposa de Aran de Innen.
Gheós: venerable y sabio anciano de Eekklo.
Ghulden: Señor de la casa de Fenndor, en el Errion-Thal. Padre de Astuur.

ASTUUR: hijo de Ghulden. Amigo de Iván.
ESNAURR: Énaith de Thórman-Dun.
ATH: médico de Aldénuri.
OFFAH: médico de Thórman-Dun.
MOKKE: colaborador de Gorkhol.
ØHLDEMÜK: lugarteniente de Trokk en Kerrenia Oriental.
TROKK: Snørka de Kerrenia.
INGHARR: corpulento y fiel soldado de Eekklo.
ERRIEN: Thaine de Eekklo.
KINNDRETH: Pescador de Atherbea.
KILDA: esposa de Kinndreth.
ERROTH: hijo mayor de Kinndreth.
IANNIA: hija mayor de Kinndreth.
LARR: Thaine de Atherbea.
HÀRAI: Jefe de la aldea de Nahi-Arai.
BALKA: esposa de Hàrai.
HARRAN: personaje casi legendario, antepasado de Iván. Fue el Bèrehor mientras vivió.
BÉRIODUN: personaje casi legendario, antepasado de Iván.

2. LUGARES

ALDÉNURI: aldea natal del protagonista de esta Saga.
ÁLDENDOR: territorio o país al que pertenece Aldénuri.
ERRION-THAL: península cercana al Áldendor y de donde proceden sus habitantes.
ARKANE: bosque al Sur del Errion-Thal donde los morghuks habitaron durante siglos desde tiempos inmemoriales.
NIELSKO: territorio entre el Áldendor y el Errion-Thal.
NIÉLSKOVAR: idioma de Nielsko, de raíz distinta al idioma del Áldendor o aldenórico.
ERRETH-LLÀYR: isla al Norte de Aldénuri.
KERRENIA: territorio de los Kerren.
ÉLDAS-KÁLAR: capital de Kerrenia Oriental.
HOORDERRAK: en lengua kerrénica, «isla de poniente». Parte Occidental de las dos en que se divide el territorio de los kerren.
THÓRMAN-DUN: ciudad amurallada situada en plena estepa de Thérraîn.
THÉRRAÎN: amplia estepa de clima extremado que se extiende al Sur de las montañas de Aldénuri.

KÉLDORÁIN: estrecho y peligroso paso marino por el que se accede a la costa de Aldénuri.

FHÁRENDAIN: puesto fronterizo vigilado al Sureste del Áldendor.

ATHERBEA: aldea al Sur de la isla de Erreth-Llàyr.

HÉREGGOR O MONTAÑAS DEL ESTE: lejanas montañas al Este de la estepa de Thérraîn.

PASO DE LOS GIGANTES: cada uno de los pasos de comunicación entre las dos vertientes, Norte y Sur, de la isla de Erreth-Llàyr, a través de las montañas Medd.

DIVISORIA DE LAS MEDD (O SIMPLEMENTE «DIVISORIA»): la extensa cadena montañosa que cruza la isla de Erreth-Llàyr de Este a Oeste dividiéndola en dos regiones netamente diferenciadas.

NAHI-ARAI: aldea del interior de la isla de Erreth-Llàyr, al Sur de la divisoria.

ÉRDAIN: aldea al Suroeste del Áldendor, de la que es originario Lánder. Por extensión, se llaman «de Érdain» a las montañas vecinas.

YNNDURNOR: territorio más al Este del Errion-Thal.

BYUR-MUKÂH: siniestra aldea morghuk al Norte de la isla de Erreth-Llàyr.

HÍRIKORR: collado por el que se accede a la fortaleza de Muihl-Athern desde el Áldendor.

MUIHL-ATHERN: antigua fortaleza enclavada en las montañas al Sur de Érdain. Fue construida por un antiguo pueblo del pasado que desapareció sin dejar rastro.

3. NOMBRES COMUNES

ÁLDENOR: natural del Áldendor.

KERREN: pueblo guerrero y marino del Norte.

MORGHUK: pueblo maligno y hostil.

EEKKLO: aldea principal del Errion-Thal.

FENNDOR: casa fuerte del Sur del Errion-Thal, donde viven Ghulden y su hijo Astuur.

SKERRAG: nave kerrénica caracterizada por su insuperable versatilidad y velocidad en mar abierto.

THAINE: en el Áldendor, personaje en quien recae el gobierno de cada aldea.

THAINU: nombre que recibe el Thaine en el dialecto de la isla de Erreth-Llàyr.

ÉNAITH: nombre que recibe el Thaine en el dialecto de Thórman-

Dun.

SNØRKA: entre los kerren, cargo semejante al del Thaine, con la diferencia que este se extiende no solo a una aldea, sino a todo el territorio.

BÈREHOR: legendario personaje llamado a defender con especial eficacia a su pueblo.

SUKKÔTS: vieja bebida típica de las grandes ocasiones en Aldénuri.

URKKÔTS: vieja bebida típica de las grandes ocasiones en el Errion-Thal. Debía beberse en el interior de un cuerno de uro.

VARGGO: barco de pesca característico del Erreth-Llàyr.

NAHI-ARAYRN: natural de Nahi-Arai.

SÎKKR: enormes embarcaciones de carga morghuks.

RUHAR: primitivo pueblo caníbal de las estepas de Thérraîn.

4. CRIATURAS

THAURROKS: animales de tamaño colosal, con cuerpo similar al de un lagarto. Su aspecto es monstruoso y su agresividad no tiene parangón. Se caracterizan por su dura piel, que los hace invulnerables, salvo en los ojos, el cuello y el talón. Se distinguen por su cabeza, de aspecto semejante a la de un toro.

WAROLF: ferocísimos animales de aspecto y voracidad parecida al de una hiena, pero del tamaño de un oso. Durante el día, se refugian en madrigueras y cuevas profundas. Por las noches, asolan las estepas de Thérraîn.

YAMMOUTHS: enormes mastodontes abundantes en las llanuras de Thérraîn.

KRILDEN: cefalópodos frecuentes en el mar de Enden. A menudo atacan a flotas enteras de barcos a los que fácilmente consiguen hundir.

GRAZKOS: especie de córvido abundante en el pasado, del que se conservan algunos ejemplares en el corazón del bosque de Arkane.

KODHRAS: gigantesca serpiente de las profundidades. Rara vez sube a la superficie, pero cuando lo hace, puede llegar a penetrar incluso algunas millas tierra adentro con sus minúsculas patas del abdomen. Extremadamente violenta, devora cuanto encuentra.

J. PÉREZ-FONCEA (San Sebastián, España, 1965) compagina en la actualidad la escritura con el ejercicio de la abogacía.

Especializado en Derecho internacional y europeo, su profesión le ha llevado a trabajar y a residir en diversos países del oeste de Europa, en cuyas tierras, partiendo desde una legendaria cornisa cantábrica, se inspiran los escenarios, y se desarrollan las aventuras de Iván de Aldénuri.

En la lectura de sus relatos se adivinan tres grandes pasiones: la naturaleza, la historia y los idiomas (sobre todo el estudio de las etimologías), elementos sobre los que se asientan cada una de sus obras.

Notas

[1] Episodio narrado en el primer libro de Iván de Aldénuri: *El bosque de los Thaurroks*. < <